

PAMELA STUPIA

LAS SIETE VIDAS DE
MASON DAFT

 Planeta

Las siete vidas de Mason Daft

Las siete vidas de Mason Daft

Pamela Stupia

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Las siete vidas de Mason Daft](#)

Stupia, Pamela

Las 7 vidas de Mason Daft / Pamela Stupia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-8167-1

1. Literatura Juvenil. I. Título.

CDD A860.9283

© 2023, Pamela Stupia

Ilustración de cubierta: Joel Turina

Ilustraciones de interior: Florencia Gómez Forti - @rewolfdraws

Todos los derechos reservados

© 2023 Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2023

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8167-1

Para Juani. Ojalá te encuentre en todas mis vidas.

NOTA DE LA AUTORA

ESTE LIBRO CONTIENE ALGUNAS ESCENAS CRUDAS QUE PUEDEN AFECTARTE. SI NECESITÁS ADVERTENCIAS DE CONTENIDO, TE INVITO A QUE LAS BUSQUES [AQUÍ](#).

Nueva York, 2023

Me odio y quiero morir.

Ese fue el título que Kurt Cobain había elegido para un disco de Nirvana. Y, sin ningún tipo de dudas, así se hubiese titulado si la discográfica no se hubiese negado rotundamente. Por pura coincidencia, fueron esas mismas palabras las que pensó Mason una noche de primavera. Si hubiese sido invierno, o tal vez otoño, el marco hubiese sido el de una historia perfecta. Pero no lo era. El frío en Nueva York se estaba disipando, la nieve ya era historia y las flores amarillas empezaban a brotar en el Central Park. Sin embargo, en la vida de Mason Daft hacía mucho tiempo que nada florecía.

Pensó en comer algo, pero... qué sentido tenía si todo estaba a punto de terminar. ¿Cambiaría algo morir con el estómago vacío? Aquel interrogante lo perturbó. En los últimos meses se había preguntado más de una vez qué ocurriría luego. ¿Cielo? ¿Infierno? ¿Y si todo se apagaba para siempre? Mason creía que no habría nada más, sería como si una luz se apagara. Como si algo dejara de funcionar para siempre. Eso, que tanto había pensado de pequeño y tanto le había inquietado, ya no le importaba. Nada le preocupaba o, tal vez, el problema era que todo le preocupaba demasiado. Eso no lo sabía bien, pero tampoco le pareció relevante analizarlo cuando todo estaba a punto de terminar.

Se afeitó, mientras se preguntaba si era mejor morir afeitado o con la barba crecida. Entonces, se puso unos pantalones negros, una camiseta de Nirvana y sus Converse negras. Miró a su alrededor como si quisiera llevarse algo de aquel entorno que odiaba. Un monoambiente (que bien podría ser considerado solo un cuarto si no fuese porque tenía un baño pequeño) en pleno Chinatown. Un sitio minúsculo en donde Mason soñó con tener aventuras enormes. No había sido posible. Tal vez no fuera su destino, o, más como pensaba él, nunca había sido lo suficientemente capaz. *Debería haber sido yo y no Sam*, pensó. Mason estaba seguro de que ella no hubiese desaprovechado su vida como él lo hacía cada día. Sin embargo, ya no se torturaría y haría justicia por mano propia.

Estiró la cama que no había llegado a hacer por la mañana. Tuvo la idea absurda de que cuando su madre fuera a recoger las cosas de su hijo muerto, no se decepcionaría tanto si encontraba un sitio medianamente ordenado. Absurdo. A una madre con la fortaleza de la suya, pensó Mason, nada le decepcionaría más que un cobarde corriendo hacia la muerte.

Se preguntó cuándo había hablado con ella por última vez. Habían estado enviándose

mensajes durante el día y él, por supuesto, había fingido. Igual que como hacía con Nick, su hermano, y con su padre. Todos los días les pintaba un panorama completamente diferente al que vivía en realidad. Les hablaba de aquella vida que deseaba, pero que no había podido alcanzar.

Pensó en escribir una carta, pero sintió vergüenza. Tal vez, lo mejor fuera que su familia no entendiera. Después de soñar durante prácticamente toda su vida con mudarse de Filadelfia a Nueva York para triunfar en su carrera y brillar en una megacorporación, le alcanzaba con saber él y solo él, que a los veintisiete años no había logrado absolutamente nada. Ni brillar en una megacorporación, ni enamorarse, ni disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Y eso era lo que más le preocupaba. Había perdido el disfrute en todo.

Resopló y tomó asiento sobre el colchón. Llevaba cinco años instalado allí. Un pequeño departamento ubicado sobre Mulberry y a pasos de Canal Street. Un edificio con una fachada de ladrillos anaranjados y escaleras metálicas oxidadas. Algo que sería temporal y se transformó en permanente. Esas paredes que lo ahogaban porque conocían todo acerca de él. Lo observó una vez más. Paredes descascaradas y manchas de humedad. Una cama pequeña, una mesita junto a ella, los discos de Nirvana, unos cómics y no mucho más. Eso había sido todo lo que había conseguido. Había dejado a su familia en Filadelfia con el sueño de vivir y triunfar en Nueva York y solo había logrado vivir en esa madriguera. Cuando se mudó, pensó que no soportaría el olor a comida china que se colaba por la ventana, ahora ni siquiera era capaz de percibirlo. Estaba acostumbrado.

Tomó la pequeña estatuilla que descansaba en la mesa de luz. Todavía no había decidido si le generaba gusto o aberración. Unos años atrás la hubiese considerado extraña. Ahora, le parecía habitual. El hecho de vivir junto a una pequeña tienda de *souvenirs* orientales lo llevaba a normalizar lo singular. Ladeó la cabeza y la observó. Era una anciana encorvada con una túnica que le rozaba los pies. En una de sus manos llevaba una pequeña vasija rota y en la otra un largo bastón cuya textura llevó a Mason a deslizarse el pulgar, parecía corteza de árbol. En el extremo superior lucía un farol de color violeta. Era minúscula, pero Mason se detuvo a observarla y sonrió al recordar aquella mañana. Llegaba tarde al trabajo, como cada día, pero no dudó un instante en detenerse cuando Tao, el hijo del dueño de la tienda de *souvenirs*, lo llamó a los gritos. Cuando lo alcanzó, le entregó la estatuilla. “*Un regalo para vos*”, se limitó a decir. Mason sonrió y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

¿Qué pensaría Tao mañana? Era un adolescente lo suficientemente callado como para agradecerle a Mason, que no era bien dado al diálogo. Supuso que sentiría pena. Todos lo harían y luego, por supuesto, recordarían solo los buenos momentos. Eso es lo que hacen las personas con los muertos. Los canonizan. Limpian su alma para hacer de su dolor algo más profundo.

Él no creía haber hecho aquello con Sam. Su hermana *realmente* había sido una persona con el alma pura. Mason había intentado muchas veces en los últimos diecisiete años encontrar una mancha en sus recuerdos de Sam, pero no había nada. Recordaba su cabello negro y sus ojos brillantes. Una sonrisa que lo iluminaba todo. Recordaba cómo lo arropaba cuando tenía miedo por las noches y cuando se sentaba junto a él para jugar con los Lego. Samantha era la mayor de sus hermanos y no le importaba tener seis años más que Mason. Pasar tiempo con su hermano

menor no la avergonzaba como a Nick. No había manchas que pudieran ensuciar sus recuerdos. Samantha falleció demasiado pronto.

Se puso de pie, conectó el móvil con el pequeño parlante *bluetooth* y se tomó unos minutos para elegir el último disco de Nirvana que escucharía. Eligió el *MTV Unplugged en Nueva York*. Siempre le gustó cómo sonaba la banda en vivo, a pesar de que nunca había tenido el privilegio de oírlos salvo por ese disco o videos de YouTube. Kurt Cobain se había quitado la vida dos años antes de que Mason naciera, cuando tenía veintisiete años. Y Mason haría lo mismo, casi como si lo hubiese planificado en su honor.

Eligió *Jesus Doesn't Want Me For A Sunbeam*, una canción que siempre lo hacía sonreír con amargura. Originariamente, la canción pertenecía a una banda llamada The Vaselines, pero Nirvana había grabado su propia versión durante ese acústico. Respiró hondo y se dirigió al baño. Se observó en el espejo, unas pequeñas arrugas habían comenzado a aparecer en su frente. Hubiese preferido que fuera a los lados de los ojos o de la boca, señales de que hubiese sonreído más. Pero estaba a las claras que había fruncido el ceño más de la cuenta. Observó el lunar al final de su ceja derecha. A Samantha le gustaba tanto que solía dibujárselo con delineador negro en su propio rostro. Tal vez por eso Mason lo odiaba tanto.

Apagó la luz y se detuvo unos instantes para disfrutar de la canción que sonaba lenta en el pequeño apartamento. Sintió la angustia como una ola. Comenzó en la boca del estómago y se detuvo en la garganta. Era un sentimiento conocido y habitual, pero sería la última vez. No esperaba morir de otro modo que no fuera angustiado.

Abrió la ventana de un tirón. El vidrio estaba opaco y el marco oxidado. Se trepó, sacó una pierna y luego la otra. Se suponía que su casa contaba con un balcón, pero nadie que quisiera conservar la vida haría lo que él estaba haciendo. Los finos barrotes estaban oxidados y el piso estaba compuesto por las mismas barras. Mason se había preguntado más de una vez por qué el bendito arquitecto no había pensado en poner algo más firme. En este caso no se iba a quejar, a vistas de que le estaban facilitando el trabajo.

Respiró el aire de la noche. La calle estaba tranquila y el calor de Nueva York ya se empezaba a sentir. Pensó en que pronto llegaría el verano y él ya no estaría. Contrario a preocuparlo, lo entusiasmó. Se tomó del barandal y observó el cielo. Estaba despejado y se veían más estrellas de lo habitual. Probablemente fuera porque nunca se tomaba el tiempo de observarlas.

Sus ojos se detuvieron en las guirnaldas colgantes con lámparas chinas que atravesaban la calle. Eran de diferentes colores: naranja, rosado y amarillo. El paisaje era agradable en ojos de otro, en los de Mason, Chinatown representaba una prisión.

Cerró los ojos y los abrió al cabo de unos segundos. Ya no quería pensar más. Estaba cansado y avergonzado. Sintió el peso en el centro del pecho y entonces, se movió. Se dijo que sería rápido, que solo debía saltar, aunque moría de miedo. Se convenció recordándose que dejaría atrás todo eso que lo hacía sentir patético, amargado e inútil. Se merecía ese final porque había tenido tiempo suficiente y no había encontrado nada por lo que valiera la pena vivir.

Entonces, cerró los ojos una vez más. Respiró hondo y cuando los abrió, decidido y

resignado, levantó la pierna derecha y en medio del silencio de la noche, oyó un grito.

—¡NO!

Se sintió como si despertara de un sueño. Tambaleó y regresó la pierna a su lugar. Frunció el ceño y buscó con la mirada. Localizó una sombra en la vereda de enfrente, pero la perdió de vista muy rápido.

De pie en el balcón, observó sus manos temblorosas. Un halo de calor húmedo lo recorrió y dejó escapar un trémulo suspiro. Algo le hizo sentir náuseas. Tal vez era miedo o algo que no entendía y que, por supuesto, tardaría demasiado tiempo en comprender.

Se trepó por la ventana y se encontró nuevamente en su habitación. Ahora sonaba *The Man Who Sold the World*, pero Mason tenía la cabeza en otro lado. Estaba asustado, frustrado y preso. Otra vez, no había sido capaz de liberarse hacia la muerte.

Se quitó la ropa y se deslizó bajo la ducha. Sus ojos dieron con una mancha de humedad en el techo. Cerró los ojos e intentó dejar de pensar, algo que, en principio, a Mason le costaba demasiado. Se detuvo en cada gota que tocó su cuerpo. Llevaba un año queriendo empezar el gimnasio, pero cuando llegaba la hora se sentía demasiado cansado como para hacerlo. Tal vez podría hacerlo al día siguiente, se prometió sabiendo que no lo cumpliría.

Se secó lentamente una vez que abandonó la ducha y con la toalla en la cintura se observó en el espejo. Su pelo negro contrastaba con su piel. Sus ojos demasiado oscuros se veían cansados. Se sacudió el cabello con ambas manos y no pensó en nada. Solo se observó. Quiso encontrar algo que le gustara. No de su físico, eso no le importaba en absoluto. Buscaba algo destacable de él, de su alma, de sus elecciones, de su personalidad. Quiso ser compasivo y honesto consigo mismo. Le gustaban sus sueños, pero le frustraba su poca habilidad para concretarlos. Le gustaba cómo era con las personas, le parecía bien ser generoso pero no le agradaba ser tan poco combativo. Odiaba no poder alzar la voz cuando eran injustos con él o cuando no valoraban sus esfuerzos. Odiaba no tener a alguien que lo entendiera. Odiaba amar solo el pasado.

Se dejó caer en la cama, sin siquiera detenerse a ponerse ropa interior. Todavía con el disco de Nirvana sonando, pensó en la reunión que tendría al día siguiente con Taylor, su jefe. No había pensado nada porque no había planeado estar vivo, de modo que tendría que despertarse, al menos, una hora antes de lo habitual para planear algo. Siguió pensando en su trabajo y en tomarse las vacaciones que tenía pendientes para visitar a su familia en Filadelfia. Siempre pensaba demasiado antes de dormir, a veces creía que lo ayudaba a conciliar el sueño, otras, que fomentaba el insomnio. Sin embargo, esa noche fue más fácil de lo habitual.

Casi como si continuara despierto, se vio de pie, desnudo y en medio de una calle desconocida. Miró a su alrededor y se sintió dentro de una postal. Las personas vestían ropas antiguas. Los hombres llevaban trajes oscuros, chalecos y tirantes. Las mujeres, faldas largas y pañuelos coloridos cubriéndoles el cabello. Las más grandes tenían delantales anudados en la cintura.

Mason frunció el ceño y notó que nadie lo observaba, salvo un hombre. Vestía una camisa blanca con el cuello desabotonado bajo un saco gris. Los pantalones hacían juego y una gran boina del mismo color se asentaba en su cabeza. Unos bigotes que terminaban en punta cubrían

prácticamente toda su boca. Mason pensó en hablarle, aunque sabía que estaba soñando, pero en ese momento ocurrió algo que fue raro, incluso, tratándose de un sueño. Su cuerpo comenzó a brillar y sintió cómo el cuerpo de aquel hombre tan singular lo absorbía todo, hasta borrarlo completamente de la escena.



Sicilia, 1890

Mason observó su cuerpo. Ahora vestía el mismo atuendo de aquel hombre. Arrastró los pies sobre el camino de tierra y levantó la vista para echar un vistazo a su alrededor. Había personas por todos lados. Hombres, mujeres y niños. Se sobresaltó cuando lo sorprendió un hombre con un acordeón en sus manos y un bombo en la espalda. Mientras tocaba ambos instrumentos, soplabla sobre una flauta de pan que se sostenía delante de sus labios. Mason enarcó las cejas y se deslizó hacia un lado para permitirle pasar. Descubrió que el hombre era la definición misma de un músico cuando prestó atención al bonete de metal que llevaba en la cabeza. En él, se balanceaban una decena de pequeñas campanas. Mason cerró los ojos y capturó el sonido.

Despertó de su ensoñación (lo cual era peculiar, porque de antemano ya estaba soñando) y continuó su camino. Se topó con mujeres con delantales a cuadros y pañuelos coloridos en la cabeza. Llevaban canastos con frutos y hortalizas. Los niños a su lado andaban descalzos. Un carruaje tirado por caballos se detuvo junto a él.

—¡Carmelo! —exclamó uno de los dos tipos que llevaban las riendas.

El carruaje era improvisado. Se trataba, en pocas palabras, de un trasto de madera con dos ruedas. Además de los dos hombres, viajaban en él cinco personas más. Una mujer con un atuendo completamente negro, una adolescente, dos hombres mayores y un niño. El carruaje se detuvo, el que lo había llamado Carmelo continuó observando a Mason, que no supo cómo responder a aquel desconocido.

—¿Carmelo? ¿Vas camino a casa? —preguntó en italiano. Mason se sorprendió por haber comprendido cada una de sus palabras y, casi sin proponérselo, respondió en el mismo idioma.

—Sí, voy a casa.

—Vamos —dijo ahora el niño—. Buna fue hacia allí más temprano.

Asintió con un gesto y, sin saber qué decir o cómo actuar, Mason se trepó, mientras le hacían lugar en el carruaje para que tomara asiento.

—¿Cómo van tus planes? —le preguntó el tipo en cuanto el carruaje comenzó a moverse—. ¿Vas para *La América*?

Mason no supo qué responder, así que asintió con un gesto, mientras el niño que iba en el carruaje comenzó a saltar.

—Dicen que en *La América* los sueños se hacen realidad.

—Los sueños solo se hacen realidad cuando trabajás por ello, Giuseppe —dijo la mujer que

llevaba el atuendo negro.

—Carmelo irá a trabajar a América —murmuró la adolescente y Mason giró la cabeza para observarla. Frunció el ceño al sentir que la conocía... que ya la había visto alguna vez—. Y, conociéndolo, cumplirá sus sueños —continuó la chica.

De inmediato, Mason sintió un calor suave y profundo en el pecho. Esas palabras, la confianza de aquellas personas, era algo a lo que él no estaba acostumbrado. *Claro*, pensó Mason, *solo en sueños las personas confían en mí*.

—Estás demasiado callado esta mañana, Carmelo. —El que llevaba las riendas se giró hacia Mason cuando habló—. Ya estás sintiendo nostalgia, eso no ayudará a Buna. Se la veía angustiada más temprano.

—No siento nostalgia. —Mason miró a su alrededor. No supo exactamente dónde se encontraba, pero era un pueblo pobre y antiguo. Se sentía como si hubiera viajado en el tiempo —. Conozco América y será un buen lugar.

El carruaje se detuvo y todos lo observaron. Mason tragó saliva, nervioso, cuando sus compañeros de viaje estallaron en carcajadas. Él también rio, aunque no entendía qué de todo lo que había dicho, que no había sido mucho, era *tan* divertido.

—Bueno, tal vez nos veamos por allí. Ya sabés, no quedaremos muchos en Sicilia.

Sicilia, pensó Mason. Una isla al sur de Italia. No sabía mucho, pero sí la conocía de nombre. De hecho, le preocupó un poco recordar que la mafia siciliana había sido una de las más peligrosas en el pasado.

—O nos quedará confiar en los Fasci —dijo el otro hombre que llevaba las riendas y que todavía no había hablado—. Presentarán nuevas condiciones a los terratenientes y nuestro trabajo será más justo.

El hombre a su lado se giró con un movimiento rápido.

—Massimo, ¿estás yendo a esas reuniones?

Massimo esbozó una sonrisa, mientras el niño observó a la mujer de negro y se cubrió la boca. Luego murmuró: “*Usan un crucifijo y banderas rojas*”. La mujer de negro lo regañó.

—No hables de esas cosas —le dijo.

Mason dejó de escuchar. Estaba cansado y no entendía nada, tal vez fuera mejor despertar. El sueño estaba resultando demasiado confuso y agotador.

Sicilia, pensó y observó las edificaciones. No tenían más de dos pisos y abundaban los balcones y ventanales. Detrás de ellas, a lo lejos, se observaba una gran montaña que expulsaba humo. Mason enarcó las cejas al descubrir que se trataba de un volcán. Luego, continuó observándolo todo. No había móviles, redes sociales, ni pantallas de ningún tipo. Sonrió ante el relajó que le representó aquello, incluso cuando no usaba redes sociales más que para rendir mejor en su trabajo.

—Llegamos a casa, Carmelo —dijo Massimo.

Mason fingió saberlo, se despidió de cada uno con un saludo rápido y bajó. Se detuvo frente a una puerta mientras el carruaje se alejaba y, sin saber qué hacer, tomó el picaporte y abrió. Lo recibieron gritos, risas y conversaciones en voz extremadamente alta. Se encontró en una especie

de patio repleto de plantas y con personas aquí y allá. Un niño corrió a abrazarlo y Mason rio.

—¡Carmelo! —dijo una mujer, con una sonrisa suave.

Mason sonrió, como si en lugar de llamarlo Carmelo hubiese dicho su nombre. Se dirigió hacia ella, que abrió una puerta y lo invitó a entrar. Una mujer la llamó e intercambiaron algunas palabras. Lo único que Mason logró rescatar de la conversación era su nombre: Buna.

Eso no ayudará a Buna. Le había dicho el tipo del carruaje.

Se detuvo a observarla. Buna no tenía más de veinticinco años, tenía el cabello castaño y cejas tupidas y oscuras. Llevaba una falda larga y una blusa, pero pudo deducir curvas prominentes e interesantes bajo el atuendo. En el dedo anular de su mano derecha llevaba un anillo. Mason observó rápidamente sus manos y encontró el mismo anillo. Buna era su esposa.

Al menos en mis sueños hago las cosas un poquito mejor, pensó Mason.

—Tengo algo para mostrarte —dijo Buna cuando estuvieron a solas. Mason le respondió con una sonrisa. Si en la vida era un fracaso en cuestiones amorosas, debía aprovechar que en sus sueños esto se daba de una forma más provechosa—. Llegó esta carta de parte de tu hermano, no te enojés, ni te frustres, solo leela. —Mason asintió y tomó el sobre. No encontraba ningún problema en leer una carta de Nick.

—¿Ahora? —preguntó Mason.

—Cuanto antes mejor. —Buna dio un paso hacia él y le dio un beso suave en los labios—. Sé que es difícil para vos, Carmelo, pero vamos a dejar nuestra vida atrás. Siempre es mejor hacerlo sin remordimientos.

Mason asintió y puso su atención en el sobre. Estaba dirigida a Carmelo Brambilla.

Y por supuesto, no era de Nick. Ese no era su hermano en aquella vida.

Nueva York, 2023

Cuando estiró el brazo para detener la alarma de su móvil, Mason golpeó la estatuilla que le había obsequiado Tao. Hizo un ruido *tan* escandaloso al impactar contra el piso, que Mason se despertó por completo. Todavía recostado, se giró y estiró la mano para tomar la estatuilla. En el intento, estuvo a punto de caer de la cama.

Lanzó un suspiro de alivio al ver que la estatuilla continuaba entera y la depositó nuevamente en la mesilla. Tomó el móvil y detuvo la alarma. Gruñó al descubrir que no era la primera ni la segunda, sino la tercera alarma. Había planeado levantarse temprano para desayunar tranquilo y pensar en la idea perfecta para la reunión del equipo de *marketing*. Aunque sabía que Taylor, su jefe, bastardearía cualquiera de sus ocurrencias, él lo seguía intentando porque, si bien Mason era un tipo que se daba por vencido fácilmente, tenía la particularidad de arrepentirse de ello. Era como si, aunque se rindiera, lo siguiera intentando.

Se vistió con unos *jeans* negros, una camiseta del mismo color y botas acordonadas. No era el atuendo que solían usar sus compañeros de trabajo, pero eso le dejó de importar cuando cumplió los veinticinco. Y ya tenía veintisiete. No tenía sentido preocuparse por la ropa que usaba cuando, aunque llevara Gucci, en la empresa lo continuarían ignorando.

Tomó las llaves, dinero, el móvil y se puso una chaqueta negra. La había usado por primera vez en el casamiento de Nick, su hermano. El pantalón estaba abandonado en un cajón pero el saco lo usaba a diario para ir a trabajar. O al menos en este momento del año en el que el calor todavía no era agobiante y la nieve ya era parte del pasado.

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo y tironeó varias veces de la puerta hasta que cedió. Todo estaba oxidado en ese bendito edificio. En la urgencia por no llegar tarde a la oficina, casi se da de lleno con una pequeña estantería de la tienda de al lado. Aunque Chang y Tao le caían excelentemente bien, le molestaba un poco que abarcaran cada día un poco más de la acera. En cualquier momento colgarían estatuillas orientales de su cabeza.

—Hola —lo saludó Tao desde la puerta, justo cuando Mason estaba echando maldiciones.

—Tao. Hola. —Sonrió.

—Sí, ya lo sé. Llegás tarde. —Se burló el chico.

Tras un gesto amistoso, Mason intercambió unas palabras rápidas con Tao, luego se puso los auriculares y buscó una canción que lo ayudara a comenzar el día que no hubiese existido si la noche anterior hubiese cumplido con su cometido. Eligió *Snap Out of It*, de Arctic Monkeys

mientras se preguntó cómo era posible estar tan cansado, habiendo dormido más de siete horas de corrido.

De camino a Grand St., la estación del metro que usaba habitualmente para ir a la oficina, entró en Sam's. La tienda frente a Columbus Park estaba atendida por su dueño y vendía desde sándwiches hasta ensaladas y hamburguesas. Mason solo quería un café. Lo tomaba negro y sin azúcar. No era más que un remedio para mantenerse despierto un día más. Lo cual, luego de la frustración de la noche anterior, se tornaba cada vez más pesado.

Caminó a paso ligero hacia la estación del metro analizando ideas para presentar antes de la reunión de la que no le permitirían participar, sin embargo, los recuerdos del sueño que había tenido durante la noche lo invadían una y otra vez. Había soñado que se llamaba Carmelo y vivía en Sicilia. Y Mason difícilmente recordaba sus sueños, de modo que hacerlo de una forma tan vívida lo impresionaba.

Llegó a la estación justo cuando el tren se aproximaba y tomó asiento en cuanto halló un sitio libre. Habitualmente prefería viajar de pie, pero estaba muy cansado. Se sentía como si hubiese pasado la noche en vela y le dolía el estómago porque la noche anterior no había cenado. Se había salteado la última cena y, finalmente, tendría unas cuantas más. En ese momento, se preguntó si no debía tomar lo sucedido como una señal para intentar ser feliz de algún modo. Pero no sabía cómo hacerlo, porque no encontraba felicidad en ningún aspecto de su vida y, aunque sabía que parte del conflicto era que tenía una fuerte tendencia a la negatividad, sentía que parte de esa negatividad era producto de lo realista que era.

Su trabajo era el mismo desde que había salido de la universidad. En cinco años, no había logrado crecer en absoluto, ya fuera porque no le daban la oportunidad o porque él no se la ganaba. Conservaba un solo amigo de la universidad y se veían muy poco porque Mason nunca tenía ganas de salir o de hacer planes después de la oficina. Y en cuanto al amor, bueno, era un área bastante árida en la vida de Mason, que había tenido una novia en la secundaria con la cual había salido un mes y otra en la universidad con la que mantuvieron relación durante un poco más de un año.

Y, por si se lo están preguntando, tampoco tenía suerte en el juego.

Sam solía decirle a Mason que debía pensar menos y vivir más. Él era pequeño cuando ella falleció, sin embargo, ya pensaba demasiado por aquel entonces. A los diez años, era un niño que se preocupaba más de la cuenta y que se sentía inseguro ante la vida. Por supuesto, la pérdida de su hermana había potenciado todo ello. Desde que su persona favorita se había esfumado de su vida, Mason se había sentido en una cuerda floja. Le había costado mucho planificar sin pensar que todo podía acabarse y se le había hecho muy difícil crear nuevos lazos porque el miedo a la pérdida lo mantenía alerta. Y ya habían pasado diecisiete años.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Estaba abrumado. Se sentía sobrepasado por los diferentes pensamientos y sensaciones con los que había amanecido. No esperaba que fuese un día sencillo después de los acontecimientos de la noche anterior, pero sentirse así, tan extraño y como si algo hubiese cambiado de repente lo incomodaba. Porque Mason odiaba la rutina, pero salirse de ella le generaba pánico. Como si necesitara tener el control antes de dar cada paso. Por

eso, pensaba él, nunca había alcanzado el éxito. La gloria era solo para los valientes.

Abrió los ojos y revisó en dónde se encontraba. Estaba a una estación de la oficina y quería llegar listo. Lo cierto es que llevaba pensando en ello hacía unas semanas, desde que Taylor le comentó que uno de los clientes más importantes de la agencia les había dado un ultimátum. Según la marca, las últimas acciones de *marketing* a cargo de la agencia habían sido demasiado “vacías” o “frías”. Taylor había gruñido y se había reído de aquello, mientras Mason lo observaba desde su escritorio. “*No sé qué pretenden que hagamos con una marca de velitas para adolescentes*”, había comentado, mientras Mason pensaba en que no podía estar más errado. No se lo había dicho, claro. Después de cinco años de trabajo juntos, Taylor sabía cómo destruir anímicamente a Mason con solo dos palabras. Y Mason, sabía cómo evitar que esto ocurriera. De algún modo, era un círculo vicioso del cual no podía escapar.

Bajó del metro y se topó con la corriente humana típica y habitual del Bryant Park. Siguió pensando en cómo podrían abordar el ultimátum del cliente y, entonces, sin hacer caso a su alrededor, hizo lo que normalmente le funcionaba muy bien. Pensó en cómo los productos de la marca impactaban en la vida de las personas. Él no estaba de acuerdo en que Oh, Honey! fuese una marca de velas para adolescentes. Tenía un catálogo de productos amplio que incluía fragancias corporales, geles de ducha, jabones, aromatizantes y, sí, su producto estrella: velas. Y la clientela era variada en cuanto al rango etario. La mamá de Mason era, por ejemplo, una de las clientas más fieles.

Caminó las tres cuadras que lo separaban de la oficina pensando en momentos, lugares y situaciones en las cuales él se había sentido conectado con la marca y, entonces, lo supo. Encontró la llave que abriría el corazón del equipo de *marketing* del cliente y supo que Taylor se burlaría de él, porque esa era su reacción habitual.

Apoyó la tarjeta que llevaba prendida a la cintura cerca del molinete y se dirigió a los ascensores, fue hacia el tercer piso y no saludó a ninguna de las personas con las que compartió elevador. Estaba sumido en los pensamientos que se veían invadidos, una y otra vez, por los recuerdos de aquel sueño que había tenido.

—Buenos días —murmuró con desgano a la recepcionista que, como cada mañana, no respondió a su saludo.

Susurró otro saludo cuando entró a la oficina que compartía con Taylor y este le respondió con un simple “ajá” mientras tipeaba en su móvil. Mason necesitó otro café.

Se quitó la chaqueta y, sin hacer otro comentario a Taylor, se encaminó hacia la máquina expendedora de café que estaba a unos pasos de su oficina. Allí encontró a tres personas que habían tenido la misma necesidad que él.

Eran dos tipos del área de comunicaciones internas de la agencia y una chica que, si su memoria no fallaba, pertenecía al sector de diseño. No sabía su nombre y no recordaba haber intercambiado una sola palabra con ella pero, en el mismo instante en el que la vio, se dio cuenta de que había soñado con ella.

Frunció el ceño. En realidad no había soñado con ella. Él sabía que no la había visto en sus sueños pero, de algún modo extraño y rebuscado, tenía claro que aquella adolescente que iba en

el carruaje era en realidad esta chica con la que nunca en la vida se había relacionado. Tenía otro rostro, un aspecto completamente diferente y, por supuesto, no era adolescente.

—¿En qué parte de China naciste? —le preguntó uno de los dos tipos, acomodándose delante de la máquina de café.

La chica suspiró agobiada.

—No nací en China. Soy tan americana como vos.

El otro tipo se rio.

Mason se aclaró la garganta. Le parecía perfecto que la gente fuera sociable. Él no lo era, pero lo admiraba en los demás, sin embargo, quería un café y esos tres cuerpos no le estaban permitiendo alcanzarlo.

—Bueno, es lo mismo —respondió el primero de los dos tipos. Era rubio, tenía ojos celestes y una espalda bastante ancha. Probablemente, pensó Mason, habría sido *quarterback* del equipo de fútbol en la escuela secundaria. O en la universidad. Algo lo habría llevado luego a interesarse por la comunicación empresarial.

—No es lo mismo. —La chica subió el tono de voz—. No nací en China, sino en Estados Unidos.

—Bueno, bueno... —murmuró el otro, mientras Mason se aclaraba la garganta nuevamente. Esta vez más fuerte. Lo ignoraron—. ¿De qué parte de China es tu mamá?

La chica se giró para verlo, a Mason le hubiese dado miedo que lo mirara así. Fue como si sus ojos hablaran.

—Mi papá nació en Estados Unidos.

—Estoy seguro de que hay algún tatarabuelo que nació en China —dijo el *exquarterback*.

La chica lo movió de un manotazo y comenzó a servirse un café. Mason enarcó las cejas. Para ser un *exquarterback*, a la mujer se la había hecho muy fácil moverlo.

—Corea —murmuró—. Mi bisabuelo vino desde Corea. Aunque no lo creas, no todas las personas con ojos rasgados provienen de China.

El *exquarterback* se rio. Mason se preguntó si la conversación de aquellos dos idiotas le generaba nervios, ansiedad o vergüenza ajena.

—Bueno, es lo mismo —dijo—. En realidad no nos importa, solo teníamos ganas de hablar con vos.

Mason llevó ambas manos al rostro. Aceptaba lo de ser sociable, pero aquella conversación lo había trasladado a su infancia. Desde los quince años que no escuchaba un intercambio tan básico.

Cuando la chica terminó de servir su café, se dio vuelta ignorando a los dos que la rodeaban y se encaminó hacia su oficina. No sin antes murmurarle a Mason: “*Perdón por hacerte esperar por tu café, seguro ahora vas a disfrutarlo más*”.

Nueva York, 2023

Los dedos de Mason se movían rápido sobre el teclado. Estaba inspirado y no tenía mucho tiempo. La reunión con el equipo de Oh, Honey! era en veinte minutos y quería presentar algo. En el fondo, sabía que no tenía sentido y que las cosas no iban a cambiar en la empresa. Sin embargo, cuando una idea surgía se sentía en la obligación de proponerla. Además, Mason no se imaginaba dedicándose a otra cosa y la llama de la pasión por su profesión seguía intacta.

Si se remontaba al pasado, Mason no recordaba cómo ni cuándo había decidido estudiar *marketing*. De algún modo, sentía que había nacido para ello. Le gustaba y desde pequeño había soñado con vivir en Nueva York y trabajar en una gran empresa. Pero ese es el problema con los sueños. A veces se cumplen, pero no del modo que uno lo espera. Mason vivía en Nueva York y trabajaba en la gran empresa, pero nada se sentía como en sus sueños.

Dentro de la agencia había diferentes equipos de *marketing*, casi todos formados por cuatro o cinco personas. Una vez que una compañía contrataba los servicios, cada equipo presentaba una propuesta y el equipo cuya idea era elegida se quedaba con el cliente. Cuando Mason empezó a trabajar en la agencia, le resultó divertido y motivador, pero con el tiempo descubrió que, de todos los equipos, había aterrizado en el peor.

Su jefe, Taylor Foster, llevaba quince años en la agencia y Mason era el único que había soportado tanto tiempo a su lado. En cinco años que llevaba en la compañía había visto pasar a más de veinte compañeros. Llegaban entusiasmados, igual que Mason, y abandonaban la empresa a los pocos meses. Así es que habían acabado siendo solo ellos dos en el equipo número tres de la agencia Fox Marketing, una de las más importantes de Manhattan.

Por supuesto que había intentado cambiarse de equipo, pero Taylor Foster tenía una fama muy conocida dentro de la empresa y nadie quería problemas con él. Mason tampoco.

—Estuve pensando en una propuesta que puede resultar interesante para Oh, Honey! —aseguró Mason y le entregó el documento que acababa de imprimir a Taylor.

Este lo tomó y se deslizó hacia atrás en la silla. Mason permaneció de pie. Confiaba en que su idea era buena y que estaba alineada con lo que el cliente estaba buscando.

—Siempre tan sensible. Deberías trabajar en Disney en lugar de en esta agencia de *marketing* —dijo Taylor, hizo un bollo con el papel y lo lanzó al cesto de basura.

—El cliente reclamó que las campañas eran demasiado frívolas —insistió Mason—. ¿Qué es lo más representativo de la marca? Los aromas. —Suspiró—. Y los aromas evocan recuerdos.

Las velas de manzana y canela me recuerdan a mi hermana.

—Es demasiado deprimente para una marca como Oh, Honey! —Taylor se puso de pie y se acercó a la impresora. Mason lo siguió.

—No es deprimente. Después de diecisiete años, ese aroma todavía me hace sentirla cerca. Oh, Honey! es una marca con muchos años, y así como ese aroma en particular a mí me recuerda a mi hermana, a otra persona le puede recordar a su infancia, a un amigo. O a unas vacaciones. Los productos de Oh, Honey! son como una especie de archivo de recuerdos y sensaciones. Y mostrarlo en una campaña la hace, justamente, menos frívola.

Taylor tomó la pila de papeles que acababa de imprimir sin responder y los deslizó dentro de un sobre.

—Tu propuesta es estúpida. Igual que todas las propuestas que presentaste en los últimos cinco años. Ni siquiera sé por qué lo seguís intentando. Dejame a mí que soy el que es bueno en esto y vos dedícate a darme el tiempo que necesito para elaborar campañas que valgan la pena.

—¿Si no soy bueno por qué sigo aquí? —preguntó Mason, agobiado.

—Porque necesito a alguien que haga cosas útiles, como esto. —Le entregó el sobre—. Llévalo a las oficinas de Boost, es el contrato que firmaron ayer.

Mason tenía mucho para decir, pero ya estaba cansado. Tenía veintisiete años, experiencia y conocimientos en los que confiaba completamente; sin embargo, su jefe siempre lograba hacerlo sentir pequeño e inútil.

Tomó el sobre y salió de la oficina. Lo que acababa de ocurrir era algo habitual pero todavía le afectaba. Su idea le había parecido buena. Si hacían una campaña potente en redes sociales, incluso generarían *feedback* por parte de los clientes. Podían hacer dinámicas para que los seguidores interactuaran y se conectaran con la marca de otro modo. Le frustraba que sus ideas murieran siempre en esa pequeña oficina ocupada por él y por Taylor. Porque incluso le generaba cierta contradicción. Seguía pensando que sus ideas eran buenas pero, al mismo tiempo, se sentía un perdedor por no lograr que su jefe se entusiasmara por ellas.

Las oficinas de Boost, una empresa de indumentaria deportiva que estaba trepando de manera ágil en el mercado, se encontraban a poca distancia de la agencia, así que Mason llegó rápidamente. Se presentó en recepción y aguardó el elevador preguntándose cómo había logrado Taylor ganarse al cliente. Como de costumbre, no le había permitido participar de la reunión y también se había burlado de su idea, que incluía un evento con una serie de actividades gratuitas en el Bryant Park junto con diferentes marcas de la industria de la salud y el bienestar. Mason había planificado todo con mucho entusiasmo. A pesar de que no se destacaba por ser un deportista, le gustaba la idea de que los clientes de Boost pudieran conectar con la compañía mientras adoptaban hábitos saludables relacionados con la alimentación y el deporte. Para Taylor, la idea era demasiado “femenina”, algo que Mason no entendió, pero aceptó porque era su jefe y esas decisiones no estaban en sus manos.

—Mason Daft —se presentó ante la secretaria del área de *marketing* de Boost—. Traigo el contrato de Fox Marketing. Lo podríamos haber enviado por correo, pero supongo que lo necesitaban en papel.

—Sí. —Una voz sorprendió a Mason, que se giró de inmediato—. Hola, soy Lyla. Taylor me dijo que enviaría a su asistente con el contrato. —La mujer estaba de pie en las puertas de una oficina vidriada. Mason se acercó y le estrechó la mano, mientras ella continuaba—. Pasá. Soy un poco chapada a la antigua, me gusta tener los contratos en papel.

Lyla aparentaba alrededor de cuarenta y cinco años. Su cabello era rubio y lacio. Mason se fijó que tanto su oficina como su propio vestuario eran demasiado prolijos. Le indicó que tomara asiento al otro lado del escritorio y él lo hizo. Después de preguntarle cómo solía tomarlo, se comunicó por el conmutador con su secretaria y pidió dos cafés. Un cortado para ella y un café negro para él.

—Estamos muy felices de contar con una marca como Boost en la agencia —dijo Mason, mientras ella revisaba el contrato.

—Te aseguro que yo también. Estuvimos buscando agencias durante dos meses, las propuestas eran demasiado anticuadas o muy básicas. Boost está creciendo muy rápido y, aunque eso es positivo, también debemos tener en cuenta que el ascenso no durará para siempre. Cuando las aguas se calmen, debemos haber dejado algo en los clientes.

—Las acciones de *marketing* que incluyen experiencias son las más recordadas —dijo Mason, que empezó a ponerse nervioso porque Taylor no le había contado nada acerca de la propuesta que les había hecho. Tenía miedo de hablar de más o de decir algo incorrecto.

—Sí. Las gráficas en la vía pública siguen siendo efectivas, al igual que las publicidades en los medios tradicionales, pero lo que recuerdan los clientes son las experiencias como la que propuso tu jefe. Y creo que también es interesante incluir otras compañías que apunten a los mismos objetivos.

Mientras la secretaria acomodaba dos tazas de café sobre el escritorio. Mason se mantuvo en silencio, analizando las últimas palabras de Lyla, que continuó.

—Estamos evaluando qué actividades podemos llevar a cabo y seleccionando las compañías perfectas para el evento. Aunque supongo que ustedes nos enviarán algunas propuestas. —Bebió un sorbo de café. Mason se dedicó a observarla, aunque su mente estaba en cortocircuito y comenzaba a dolerle la panza—. ¿Sabés si Taylor pudo hablar por los permisos para realizar las actividades en el Bryant Park?

—No. Taylor estuvo de reunión en reunión, pero voy a consultarle y te confirmaremos luego por correo.

Lyla hizo algunos comentarios más, mientras ojeaba el contrato y cuando Mason acabó su café se despidió. Sentía que había tomado una jarra de petróleo. Tenía el estómago revuelto y los pensamientos no le permitían analizar la situación con claridad. Taylor le había asegurado que su idea era tonta y demasiado “femenina” y, sin embargo, la había presentado como propia. No solo lo había hecho sentir incapaz, sino que le había robado su proyecto.

El camino de regreso a las oficinas de la agencia sucedió en una nebulosa. Mason no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir y aunque conocía a Taylor, no esperaba que hiciera algo así. Principalmente, porque estaba seguro de que su jefe lo consideraba un inútil con malas ideas.

Una vez en su oficina, tomó asiento y respondió algunos correos. No se detuvo a consultarle a Taylor por la reunión con Oh, Honey! y tampoco se sintió culpable al desear que perdiera el cliente. Normalmente, en su trabajo se sentía pequeño e impotente. Ese día, por el contrario, se enojó por primera vez.

A la hora del almuerzo se sirvió un poco de ensalada y se dejó caer en una silla del comedor de la compañía que, como era tarde, estaba prácticamente vacío. Estaba metido en sus pensamientos. Se sentía frustrado y avergonzado. El sueño de la última noche regresó a él sin que siquiera se diera cuenta. Sonrió. Ojalá fuera como Carmelo, que todavía tenía sueños. Era una paradoja. Había soñado que era un hombre que estaba haciendo todo para cambiar su vida, mientras él no hacía nada.

Pensar menos y vivir más. Eso le aconsejaría Sam si estuviera allí. Pero no estaba, se había ido hacía mucho tiempo y a Mason se le hacía muy difícil pensar menos. También se le hacía difícil vivir.

Sicilia, 1890

Mason abrió los ojos y se sintió mareado. Había un aroma diferente. Giró la cabeza y encontró a una mujer a su lado. Se sobresaltó y tomó asiento en la cama. El mareo fue todavía más profundo. Observó su cuerpo. Llevaba un pijama de dos piezas de color azul marino. Él no solía usar pijama y tampoco dormía con mujeres. Bueno, sí que lo hacía de vez en cuando, pero no con un pijama como ese, ni tampoco en esa cama.

En la medida en la que el mareo fue menguando y se sintió más tranquilo, Mason se permitió echar un vistazo a su alrededor. La habitación era extraña pero le resultaba conocida. Se puso de pie lentamente e intentó no hacer ruido ya que no quería enfrentarse a aquella mujer que no recordaba y que, por alguna razón, estaba durmiendo con un pañuelo en la cabeza.

Observó la pequeña mesa al lado de la cama. No estaba su estatuilla ni sus cómics. Tomó una foto que parecía antigua pero estaba en perfecto estado, como si acabara de ser tomada. En ella, había una pareja. Mason frunció el ceño y se centró en los detalles. El hombre era Carmelo, aquel con el que había soñado. La mujer, era su esposa. Mason dejó la foto y se aventuró por la habitación. Necesitaba salir de allí porque estaba empezando a pensar que estaba soñando otra vez.

En cuanto abandonó el cuarto se encontró en un patio, el mismo con el que había soñado la última vez. Se dio cuenta de que había una serie de puertas como la de su dormitorio y comprendió que, probablemente, vivieran varias familias allí. Sacudió la cabeza, atormentado. Estaba pensando como si todo aquello fuese real y no producto de sus sueños.

Caminó hacia un lado y otro. La casa estaba muy silenciosa y él casi lanza un grito de felicidad cuando encontró un cuarto con unas jarras metálicas llenas de agua. Se mojó el rostro y se observó en un pequeño espejo que encontró sobre la mesa. Aparentaba unos cuarenta años y lucía un bigote que no hubiese imaginado ni en sueños. Suspiró y se detuvo en la mirada que le devolvía el espejo. Era extraño verse con otro aspecto, sobre todo porque no había nada en común entre Mason y aquel hombre. Sin embargo, le inquietaba sentir que algo de esa mirada le pertenecía. Como si fueran el mismo o si algo los conectara.

Suspiró y abandonó el cuarto. Comenzaba a acostumbrarse a aquellos sueños. Nunca se había sentido tan consciente o tan “despierto” mientras dormía. Le daba la sensación de que tenía la capacidad de comprender que estaba dormido y todo lo que ocurría a su alrededor era muy real. No había dragones ni sucedían cosas extrañas. Y Mason solía ser bastante creativo a la hora de

soñar. Una vez, incluso, soñó que era una gárgola.

—¡Carmelo! —Una mano tiró de él y lo arrastró hacia un cuarto que en lugar de puerta tenía una cortina multicolor—. Me sorprende que te despiertes antes que Buna. Es sábado y no trabajás.

Otra vez le hablaban en italiano y él podía comprenderlo a la perfección. Sin siquiera planteárselo, le respondió usando el mismo idioma.

—Me desperté algo mareado.

La señora que lo había arrastrado hacia la cocina sonrió. Estaban en una pequeña cocina llena de trastos, sartenes, platos y tazones. Todo estaba limpio, pero desordenado. La mujer llevaba un delantal floreado y parecía tener unos sesenta años.

—¿Estás nervioso? —Suspiró y colocó ambas manos en los hombros de Mason—. Voy a extrañar mucho a mi hija. Y también a vos. Pero sé que van a ser muy felices. No tengas miedo, Carmelo. Sos absolutamente capaz de comenzar una vida nueva en el sitio que te lo propongas.

Él asintió ya que no sabía muy bien cómo responder a aquello. No conocía la historia de aquel hombre y eso le despertaba todavía más curiosidad. Normalmente, cuando uno soñaba, comprendía mejor el contexto. O eso creía Mason.

—Estoy nervioso, los cambios se me dan muy mal —dijo, porque al no saber qué responder, simplemente decidió ponerse en el lugar de Carmelo y entender lo que él sentiría.

—Lo sé, pero te esforzaste mucho por esto.

—Buna va a extrañarte —dijo Mason, cuando pensó en la dulce esposa de Carmelo.

—Y nosotros también a ustedes. Por eso deben hacer que valga la pena. —La mujer le dio un golpe suave y cariñoso en la mejilla a Mason—. ¿Y cómo hacerlo? Siendo felices. Encontrando su sitio, cumpliendo sueños y formando una familia.

Mason asintió, más conmovido de lo que debería estar.

La mujer continuó.

—Mi abuelo solía decir que extrañaba mucho a sus padres, pero que cuando los tenía a ellos, no me tenía a mí. Ni a mis hermanos. —Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa suave—. La vida te da y te quita. No nos tendrán a nosotros, pero tendrán una nueva familia que los hará felices. Y, de todos modos, seguiremos unidos en el pensamiento y en el recuerdo.

—Podremos visitarlos también —dijo Mason, pero la señora se dio vuelta y siguió con lo suyo. Estaba amasando.

—Las visitas son complicadas, es mucho dinero y un viaje muy largo.

Mason enarcó las cejas sin responder. Observó la masa en la que trabajaba la mujer. Tenía aceitunas, aceite, cebolla dorada y carne picada cocida. El aroma era delicioso.

—¿Qué día es hoy? —murmuró Mason.

Sin levantar la vista de la masa, ella pensó un instante.

—Sábado. Cinco de abril.

—¿De qué año? —preguntó sin titubear. No le preocupó que la señora lo mirara raro. Era un sueño. Los sueños son extraños y uno tiene permitido preguntar cosas ridículas.

La mujer rio.

—¿Ya no sabés ni en qué año vivís, Carmelo? —Comenzó a armar bollos con la masa—. Estamos en 1890. Y a mí me resulta increíble porque el tiempo pasa muy rápido. A tu edad pensaba que ya estaba todo perdido, pero casi duplico tu edad y la vida sigue siendo maravillosa a pesar de todo.

Mason se preguntó cómo lo hacía. Cómo encontraba maravillosa una vida en la que perdería a su hija para siempre. Permaneció allí, con su pijama azul marino, observando cómo la mujer transformaba la masa en bollos y los acomodaba luego en una fuente para cocinarlos. Y allí se mantuvo, en silencio, preguntándose cómo un sueño podía sentirse tan real. Tan nítido. Sonrió cuando al cabo de un rato, la señora le entregó uno de los bollos calientes. La masa estaba dorada y las aceitunas y los trozos de carne se asomaban desde el interior. Arrancó un pedazo con los dedos y lo llevó a la boca. La masa era suave y las aceitunas, el aceite y la carne le daban un sabor único. Era algo tan simple y delicioso que lo dejó sin palabras. Mientras la mujer metía otra tanda de bollos, Mason se lo devoró y luego regresó a su cuarto donde Buna, la esposa de Carmelo, seguía durmiendo.

Se detuvo a observarla. Era más joven que Carmelo pero incluso mientras dormía lucía fuerte y segura. Tenía las mejillas sonrosadas y estaba tumbada de costado, con ambas manos bajo la almohada. Mason dio la vuelta hacia su lado de la cama y tomó asiento. Luego, abrió el pequeño cajón de la mesilla y encontró el sobre con el que había soñado en otra oportunidad. Esa carta de su hermano que nunca había leído. La depositó sobre la mesilla y siguió buscando. Encontró una libreta con su foto y datos personales: Carmelo Brambilla, nacido en 1855 en Sicilia, Italia.

En el mismo cajón, encontró un cuaderno con anotaciones. Tenía información sobre viajes de Génova a Buenos Aires y algunos nombres que supuso que eran contactos. Mason sabía que estaba soñando, pero como no podía simplemente despertarse, tomó la carta que había recibido de su hermano. Estaba escrita en italiano, pero Mason pudo leerla sin inconvenientes.

Carmelo,

Llevamos muchos años sin escribirnos, pero se comenta que planeás irte a América con tu esposa. Supongo que no estás interesado en despedirte y, a decir verdad, yo tampoco lo estoy. Solo te escribo para comunicarte que nuestro padre está viejo y enfermo. Y aunque asegura a los gritos que no le importa que abandones Sicilia, creo que una despedida valdría la pena.

Giuseppe Brambilla



Nueva York, 2023

Mason se despertaba más cansado que antes de acostarse. Llevaba más de una semana soñando lo mismo y ya comenzaba a preocuparle haber enloquecido. De vez en cuando recordaba sus sueños, pero nunca con tanta nitidez. Últimamente, sentía que todo había sido real y recordaba hasta el sabor de aquellos bollos que la suegra de Carmelo preparaba los sábados por la mañana.

Y eso también era ridículo. Sus sueños seguían un hilo conductor. Era como si cada noche al quedarse dormido viera el siguiente capítulo de una serie de televisión. Tras una semana, ya podía seguir conversaciones como si de verdad fuese Carmelo. Conocía su rutina y la de los demás. Poco a poco, iba comprendiendo los miedos de aquel hombre. A veces, se sentía un impostor cuando en sus sueños fingía ser aquel Carmelo que Buna amaba o al que su hermano odiaba. Y, cuando durante la jornada laboral se dispersaba pensando en lo difícil que sería para Carmelo empezar una nueva vida lejos de sus seres queridos y sin Internet, se preocupaba. Primero por Carmelo y luego por él. Tenía la leve sospecha de que estaba enloqueciendo poco a poco.

Mason gruñó al oír la segunda alarma. Fue al baño, se vistió y abandonó el edificio con desgano. La última semana laboral había sido nefasta. Después de descubrir que Taylor había presentado su idea ante Boost y se había llevado el mérito, le costaba trabajar. Se había planteado, igual que muchas veces antes, cumplir con el horario y hacer lo justo y necesario. Sentía que su trabajo no era valorado y que su esfuerzo no tenía sentido. De cualquier modo, sabía que no cumpliría con ello. Dedicaba más de la mitad de las horas de cada día al trabajo, hacerlo sin aportar nada le resultaba una burla hacia él mismo. Además, su trabajo le gustaba, solo se sentía desmotivado.

—Buen día, Mason —le dijo Tao con una sonrisa. Estaba en la puerta de la tienda de su padre con una mochila colgada de los hombros.

—Buen día, Tao. ¿Vas a la escuela?

—Sí, lamentablemente.

Mason sacudió el cabello del chico. Le recordaba a él. Le encantaba ir a la escuela en Filadelfia para ver a sus amigos, pero odiaba las clases. Tenía un buen recuerdo de la escuela, aunque todas las materias que incluían números se le daban fatal.

Después de despedirse de Tao, Mason continuó con su rutina habitual. Se compró un café negro sin azúcar, se trepó al metro justo antes de que cerrara las puertas y se acomodó frente a la

computadora sin expresar más que un simple “buen día” a Taylor.

Revisó el correo y respondió algunas consultas de clientes. Aunque Taylor siempre estaba en copia, Mason sabía que esas tareas le correspondían a él. Estaba tan enojado con el asunto de la propuesta a Boost que las actitudes habituales de su jefe le molestaban más que nunca. Sin embargo, no podía hacer nada con ello. Salvo renunciar, pero teniendo en cuenta que tenía veintisiete años y su experiencia se limitaba tan solo a aquella empresa, no estaba en sus planes buscar otro empleo.

—Oh, Honey! seguirá siendo cliente —dijo Taylor, mientras se ponía una chaqueta—. Hoy es el cumpleaños de mi hijo y no hice a tiempo a comprarle el regalo. —Mason lo observó en silencio, no tenía ganas de hablar con él como si no llevara cinco años haciendo de su vida un infierno—. Encargate de enviarle el detalle de la acción en redes.

—¿A quién? —Mason se echó hacia atrás en el asiento. Estaba muy cansado.

—La acción de redes de Oh, Honey! Les propuse utilizar el concepto de los aromas y los recuerdos. —Se dirigió hacia la puerta y giró antes de abandonar la oficina—. Supongo que ya que no sos capaz de aportar nada a este equipo donde solamente somos dos, podés elaborar una acción para redes sociales.

Mason no pudo reaccionar. Se mantuvo observando el sitio donde hacía un instante había estado Taylor intentando comprender si lo había hecho de nuevo. ¿Había presentado su idea? ¿La misma propuesta que le había parecido tonta cuando él la planteó? Otra vez sentía esa contradicción. No le gustaba que su jefe se llevara el mérito por sus ideas, pero intentaba centrarse en el hecho de que tanto Boost como Oh, Honey! habían elegido sus propuestas. Eso tenía que significar algo.

Pasó las siguientes cinco horas elaborando el plan de redes completo. Le gustaba la idea de darles cierto protagonismo a los clientes con un concurso que los invitara a contar sus experiencias. Para ello, pensó en crear un sitio web donde los clientes pudieran acceder a sorteos semanales, descuentos exclusivos y contenido interactivo. Y donde también tendrían la posibilidad de contar qué aroma o producto les evoca un recuerdo. La marca podría recoger algunos de ellos y generar contenido en redes con el lema “Aromas que guardan recuerdos” y el concepto de Oh, Honey! como un depósito de momentos vividos.

Mason se deslizó hacia atrás y respiró hondo. Su trabajo le divertía mucho y disfrutaba de exprimir su cabeza para construir un plan diferente. Algo que atrajera los ojos de todos. Sin embargo, todavía sentía ese sabor amargo de no llevarse ningún mérito. Nadie iba a saber que su cabeza estaba detrás de aquella idea y, aunque sabía que no era lo importante, le resultaba frustrante.

Se puso de pie y fue por un café. No había almorzado pero tenía el estómago revuelto. Solo necesitaba despabilarse un poco para seguir con el plan. Taylor, evidentemente, había ido a comprar el regalo de su hijo a otro estado porque aún no había regresado. “*Mejor*”, pensó Mason que siempre se sentía más cómodo trabajando solo.

La empresa tenía un gran comedor en el último piso donde los empleados almorzaban mientras disfrutaban de las vistas de Nueva York y una pequeña cocina en cada piso donde

podían prepararse infusiones o tomar algún *snack*. Allí se dirigió Mason para prepararse un café. Eran las tres de la tarde y no había nadie. Optó por un *cappuccino* porque estaba tan amargado que necesitaba más sabor del habitual. Sintió unos pasos cuando se propuso elegir un *snack* para llevarse a la oficina.

—Los chips de banana son deliciosos —dijo la chica a su lado.

Cuando Mason se dio vuelta, encontró a la misma chica que una semana atrás había tenido que explicarles a dos idiotas que sus rasgos no implicaban que fuera china.

—No se ven muy atractivos —respondió Mason, acercándose a la máquina para ver el envoltorio más en detalle.

—No te dejes llevar por la apariencia, en serio, son muy ricos.

Mason asintió y seleccionó entonces los chips de banana. Estaba seguro de que no iban a gustarle, pero tenía claro que esa chica no aceptaba un no por respuesta. La observó mientras ella se servía un café.

—Pumpkin Spice en primavera. —Bromeó.

—Es mi sabor favorito, no voy a limitarme a tomarlo solo en otoño.

—Es muy dulce —agregó Mason, mientras apoyaba la cadera en una pequeña mesa cargada de vasos y saborizantes para infusiones—. ¿No te aburre?

—Creo que debería, pero probablemente sea culpa de mi papá. —Sonrió—. Es el cliente número uno de tu cliente. En casa puede faltar todo, salvo las velas de Pumpkin Spice.

Mason sonrió. Antes de responder la observó unos minutos. Llevaba unos pantalones de color negro, una camiseta del mismo color y una chaqueta de *jean* con roturas. A los de diseño se les permitían más libertades en cuanto al atuendo, evidentemente.

—Estoy en este momento desarrollando una campaña para Oh, Honey! con el concepto de los aromas y los recuerdos. —Se detuvo un instante, era la primera vez que hablaban y no quería ser como los dos idiotas de la otra vez—. La idea es que los clientes cuenten qué recuerdos les traen ciertos aromas de la marca.

—Al fin una campaña que vale la pena... —murmuró—. El olfato está infravalorado. —Mason enarcó las cejas y ella continuó—: Dicen que recordamos un treinta y cinco por ciento de lo que olemos contra un cinco por ciento de lo que vemos.

—¿Esto es cierto? —Mason frunció el ceño—. Es decir, esos datos...

—Sí. Por eso cuando perdemos a una persona, luego de unos años nos cuesta un poco recordar su rostro, pero no olvidamos su aroma.

Mason pensó en manzanas y canela. Sam usaba una colonia con ese perfume y aunque a veces le costaba recordar su rostro con nitidez, podía evocar su aroma fácilmente.

—Mi hermana falleció hace diecisiete años y todavía recuerdo su aroma —dijo Mason en un susurro. Al ver el rostro de la chica, se detuvo—. Perdón, no quería ponerme dramático.

Ella se apuró a responder.

—¿Desde cuándo es un drama recordar? —Sonrió y estiró la mano—. Mi nombre es Jazlyn Yu, podés contar conmigo si necesitás trabajar con alguien de diseño en esa campaña.

Él tomó la mano de ella con firmeza.

—Lo haré. Y mi nombre es Mason Daft.

Nueva York, 2023

Mason dio vueltas en la cama y gruñó. El cansancio ya era insoportable. Tomó asiento en la cama y se desperezó. Era viernes y había decidido no tener ningún tipo de plan para el fin de semana. Quería descansar y pensar en otra cosa que no fuese el trabajo.

La última semana había sido demasiado intensa. Taylor no solo había presentado sus ideas como propias, sino que se había desligado por completo. Así, Mason estaba coordinando la organización del evento de Boost en el Bryant Park y había tenido que atrasar el diseño del sitio web de Oh, Honey! porque las horas del día parecían no ser suficientes.

Para colmo, ya iban dos semanas de esos sueños en los que todo el mundo lo llamaba Carmelo. Era insoportable. Quería desconectarse de todo y, por el contrario, sentía que vivía dos vidas en simultáneo. Le resultaba inverosímil no haber soñado otra cosa en todo ese tiempo.

Se vistió, movió la estatuilla que Tao le había obsequiado y tomó un cómic de Marvel. Cuando abandonó el edificio encontró al chico ordenando unos pequeños bolsos bordados en las estanterías que cada vez abarcaban una porción más grande de la vereda.

—¡Mason! —exclamó el chico y señaló el cómic que llevaba en la mano—. ¿Cuál estás leyendo?

—*Marvel Zombies* —dijo Mason, mostrándole la portada—. ¿Cómo vas con los que te presté?

—Los tengo en la tienda, ya los terminé de leer.

—Perfecto. —Sonrió Mason—. Hoy cuando regrese de la oficina te doy los tomos siguientes. ¿Vas a estar aquí?

—Si es por los cómics, entonces lo haré. —Bromeó.

Mason se despidió y se obligó a no pensar ni en el sueño recurrente de Carmelo ni en todo lo que tenía que hacer en cuanto llegara a la oficina. Tomó asiento en un banco de la estación y leyó hasta que llegó el metro. Continuó leyendo de pie hasta que llegó a destino. Una vez en la oficina, respondió algunos correos y vio cómo Taylor desaparecía durante horas y no hacía absolutamente nada de todo lo que tenían pendiente. Sabía que no podía decirle nada porque era su jefe, pero le desesperaba no llegar con todo.

A la hora del almuerzo, decidió, por primera vez en dos semanas, no salteárselo. Fue al comedor, optó por las pastas con queso y se sentó frente a una mesa vacía. Había logrado avanzar con el evento de Boost. Ya estaban hechas las reservas en el parque y Lyla, la directora

de *marketing* de la marca, había aceptado a una compañía de bebidas saludables que propuso Mason como participante. Ahora se estaba encargando de las disciplinas. Había tenido conversaciones con una academia de danza de Tribeca que era bastante conocida en TikTok pero todavía no se lo había contado a Lyla. La idea era que el evento se extendiera desde la mañana hasta la tarde, y que los clientes, tras registrarse en un sitio web desarrollado específicamente para la acción, pudieran participar de *workshops* relacionados con la salud y el deporte, obtener descuentos y regalos, además de participar en las actividades deportivas.

—¿A qué otro diseñador seleccionaste para la campaña de Oh, Honey!? —Jazlyn se dejó caer en la silla frente a Mason. Acomodó una ensalada frente a ella y clavó el tenedor sin dejar de observarlo.

Él esbozó una sonrisa.

—A ninguno.

—No recibí ningún correo solicitando mis servicios

—dijo, llevándose un tomate *cherry* a la boca. Mason la observó. Era hipnótica.

—Estoy atrasado con otra campaña, pero ya me atemorizaste lo suficiente como para que no se me ocurra recurrir a otro diseñador.

—Me alegro.

Mason la observó y recordó a la vecina de Carmelo. La misma con la que había viajado la primera vez que tuvo ese sueño. Era una de las amigas de la hermana de Buna, así que siguió encontrándola en sus sueños y aunque eran completamente diferentes, porque Jazlyn tenía rasgos asiáticos, su cabello era oscuro y era mayor, de algún modo él sentía que se trataba de la misma persona. *¿Por qué soñaba con aquella chica como si la conociera?*

—Es viernes, cambiá la cara —dijo Jazlyn.

Mason enarcó las cejas. ¿Qué cara tenía? ¿Tan amargado se veía desde afuera?

—Lo tengo claro. No pienso en otra cosa que no sea el fin de semana desde que me levanté.

—¿Qué planes tenés? —preguntó ella.

—Dormir.

Jazlyn, que estaba tomando agua, se atoró y comenzó a toser. Mason la observó, intentando ayudarla, pero ni se movió de su lugar.

—¿Estás bien? —preguntó, cuando dejó de toser.

—Sí, es que me causó gracia que desearas el fin de semana solo para dormir.

—Sí, bueno. Eso ocurre cuando te volvés mayor.

—Yo salgo los fines de semana —respondió ella—. No sos mucho más grande que yo.

—Tengo veintisiete —dijo Mason.

—Yo veinticuatro.

—A los veinticuatro salía los fines de semana.

—Ya. Qué aburrido. —Suspiró Jazlyn—. Bueno, en realidad, depende. ¿Vas a dormir solo o acompañado?

—¿Siempre les hacés este tipo de preguntas a las personas con las que hablaste solo dos veces en tu vida?

—A veces se las hago la primera vez que hablo con ellas. Podés sentirte un privilegiado. Mason se rio.

—Voy a dormir solo. No estoy pudiendo descansar bien últimamente.

—¿Insomnio? —preguntó—. Me da la sensación de que te preocupás mucho por el trabajo. Y encima tenés al peor jefe.

Mason no tenía idea de quién era el jefe de Jazlyn, pero la chica parecía ser un poco más observadora que él.

—No tengo insomnio. Pero llevo dos semanas soñando lo mismo.

—¿Y qué soñás?

Mason sintió vergüenza de inmediato, pero aunque quiso pensar en alguna mentira que lo dejara mejor frente a Jazlyn, se le daba pésimo mentir, así que le dijo la verdad.

—Sueño que soy otra persona.

—¿Y qué sucede en el sueño? —Dio un trago de agua y dejó el plato vacío a un lado.

—Siempre suceden cosas diferentes, pero siempre soy el mismo hombre. Estoy en la misma casa o el mismo barrio. Y hay personas que no conozco.

Jazlyn apoyó los codos sobre la mesa, interesada.

—Siempre me interesó el tema de los sueños. Pienso que esconden cosas. ¿Si no, por qué a veces los olvidamos?

—Bueno, yo estos los recuerdo claramente. Y cada noche es como si continuara la historia. El tipo está distanciado de su familia y va a emigrar a la Argentina.

Jazlyn frunció el ceño y Mason se preguntó por qué le estaba dando tantos detalles a una persona que no conocía lo suficiente.

—¿Como en el 1800? —Se rio y Mason dejó el tenedor sobre el plato. Ella continuó—: Bueno, hubo muchas personas que emigraron a América desde fines del 1800. Pero eran europeos, principalmente. Por la guerra. —Resopló al ver que Mason la miraba extrañado y deslizó una pregunta irónica—: ¿Fuiste a la escuela?

—Sí, pero no estudiaba. Me copiaba de Jack. Era el típico que tapaba la hoja para que no te copiaras pero yo igual lo lograba. —Carraspeó—. El tipo, digamos... yo, cuando sueño. Soy italiano. Tengo conversaciones en ese idioma.

Jazlyn lo observó con los ojos pequeños.

—¿Intentaste mentalizarte para soñar otra cosa? —preguntó.

—Todos los días. Lo extraño es que estoy demasiado consciente de que estoy dormido. Eso no me pasó antes. Tal vez no esté durmiendo muy profundamente.

—Ay, Mason. Es que es raro que tu sueño tenga sentido histórico... —murmuró Jazlyn.

—¿A qué te referís?

—¿Podés tomar decisiones en tus sueños? —agregó sin hacer caso a su pregunta—. ¿Sos capaz de controlar lo que ocurre?

—Tal vez. La verdad es que no lo intenté.

—Intentalo esta noche —dijo Jazlyn. Estiró la mano hacia el móvil de Mason y lo puso frente a la cara de él para desbloquearlo. Luego, agendó su número.

Lyn..., pensó Mason al ver cómo ella guardó su número.

—Intentá controlar el sueño y mañana contame qué pasó.

—¿Sos una friki de los sueños? —Bromeó Mason.

—Soy una friki, pero no solo de los sueños.

Mason lanzó una risita y se despidió. Jazlyn se quedó allí, preguntándose si aquel compañero de trabajo que siempre le generó curiosidad, era algo más que un simple compañero. Un poco lo sentía, por eso siempre lo había observado.

Sicilia, 1890

Siempre comenzaba del mismo modo. Mason encontraba a Carmelo en sus sueños. A veces lo veía durmiendo, en otras oportunidades estaba conversando con alguien más o caminando. En este caso, se encontraba de pie en la puerta de su casa, leyendo una libreta que llevaba en las manos. El cuerpo de Mason comenzó a brillar como en cada sueño y luego sintió cómo el de Carmelo lo absorbía. Entonces, como en cada oportunidad, Mason sentía que dejaba de ser él mismo, y comenzaba a vivir aquella vida que desconocía. La de un italiano que planeaba abandonarlo todo y empezar de cero.

Se había planteado muchas veces empezar de cero, pero Mason no se consideraba tan valiente. Por eso, de algún modo, había empezado a sentirse orgulloso de aquel hombre.

Guardó la libreta en el bolsillo del saco y miró a su alrededor. Jazlyn le había preguntado si tenía autonomía en los sueños, si era capaz de tomar decisiones o de intervenir de alguna manera. Y a él le hubiese parecido ridículo en otro momento de la vida, pero después de soñar lo mismo por tanto tiempo, le resultaba cada vez más difícil encontrar respuestas coherentes.

En lugar de entrar a la casa, Mason decidió caminar hasta la esquina y doblar a la derecha, justo donde vivía Gianna. La adolescente era amiga de la hermana de Buna y habían conversado más de una vez. Le parecía bastante madura para la edad que tenía, pero Mason sentía que no era plenamente feliz.

Algunas veces, después de despertar de aquellos sueños, Mason se sentía angustiado justamente porque le daba la sensación de que allí nadie era feliz. No solo Buna o Carmelo, que estaban a punto de abandonarlo todo. Era algo que se respiraba en el aire. Una especie de desmotivación generalizada.

Mason encontró a Gianna sentada en la puerta de su casa. Tenía un vestido de color celeste, un delantal floreado y llevaba el cabello oscuro recogido en un rodete. No era la primera vez que la veía allí.

—¿Descansando? —preguntó Mason, que se hubiese sentado a su lado si no supiera ya que cuando tenía actitudes de ese tipo lo observaban de modo extraño.

—Cuidar a mis hermanos es todavía más agotador que el trabajo de mi padre.

—Lo imagino. Nunca los vi estando quietos.

—Solo están quietos cuando duermen. —Sonrió y lanzó una risita—. Supongo que planeás tener hijos en la Argentina.

Mason siempre había pensado que tendría hijos, hasta que creció y eso pasó a segundo plano. Si tenía que responderle con la verdad, le diría que no lo sabía. Pero ese era Carmelo, Gianna no estaba hablando con Mason, así que contestó lo que consideró que sería propio del italiano.

—Sí. Una vez que estemos instalados, supongo que tendremos unos cuantos. Así que tendrás trabajo en la Argentina si decidís trasladarte vos también.

Gianna esbozó una sonrisa suave y, como respuesta, Mason ladeó la cabeza. Siempre que hablaba con ella, sentía que estaba agotada o que vivía sin ninguna ilusión y eso le dolía. De algún modo, se sentía identificado con ella. Él era así. Vivía un poco como Gianna cuando estaba despierto.

—El otro día dijiste que los sueños solo se hacen realidad cuando trabajás por ello —recordó Mason—. ¿Cuál es tu sueño?

Gianna lo observó como si no comprendiera por qué Carmelo estaba actuando de ese modo. Una prueba de que Mason estaba logrando lo que Jazlyn le había propuesto. Estaba tomando decisiones y cambiando el rumbo de ese sueño. No sabía si eso era bueno o malo, pero al menos era algo.

—No sé si tengo alguno —contestó—. De todos modos, no todos tenemos el derecho de trabajar por nuestros sueños.

Mason frunció el ceño, porque no estaba de acuerdo.

Por supuesto que a veces se cansaba de intentarlo. Solía estar desmotivado y tan solo unas semanas atrás había estado a punto de quitarse la vida porque no lograba encontrar algo que lo retuviera o lo ilusionara. Pero siempre volvía a intentarlo, porque prefería creer que era un fracasado o un torpe al que se le dificultaba llegar a ciertas metas, antes de considerar que no tenía el derecho de desear un futuro mejor.

—¿Creés que no tenés el derecho de cumplir tus sueños? —Se puso de cuclillas—. ¿Por qué?

—Porque para cumplirlos hay que tomar decisiones...

Gianna se detuvo de inmediato y sus ojos se perdieron a espaldas de Mason, que se giró en busca de lo que había capturado la atención de la chica. Entonces, sintió que ese sueño se transformaba en un cuento de hadas.

El andar del caballo blanco silenció todo lo demás. El soldado que lo montaba observaba todo a su alrededor, con ese atuendo que para todos los demás era habitual, pero que a Mason le resultaba fascinante. De otra época. De una historia que solo aparece en libros escolares.

El soldado tenía el cabello negro peinado hacia atrás. Era joven, Mason supuso que tendría uno o dos años más que Gianna, pero su presencia era abrumadora. Exhumaba orden y respeto. Se giró nuevamente y observó a la chica que estaba maravillada con ese hombre.

—Buenas tardes, Gianna —dijo el soldado.

—Buenas tardes, Luigi —respondió ella.

Y así acabó todo.

Mason se preguntó si ese intercambio de palabras era lo que la motivaba a estar allí cada tarde. Sintió la angustia como si no fuera un sueño. Como si de verdad estuviera allí junto a esa chica y aquel soldado.

—Mi padre concertó mi casamiento con un jornalero que trabaja con él —declaró Gianna—. Y yo no lo quiero. Es muy grande para mí. Así que ya lo sabés ahora, Carmelo. No todos tenemos el derecho a soñar. Por eso, debés aprovecharlo. —Mason asintió con un gesto lento de la cabeza—. Levantate cada día en la Argentina o donde te encuentres y trabajá para cumplir tus sueños. Si una mañana estás cansado, recordá a esa vecina que tenías en Sicilia y soñá por ella un día más.

Nueva York, 2023

Era sábado y el sol se colaba por la ventana. Mason se duchó y se puso unos pantalones deportivos de color negro y una camiseta del mismo color. Se preparó un café y tomó la caja de galletas Teddy Grahams. Las de chocolate eran sus favoritas, pero no lo andaba confesando a los cuatro vientos porque ningún tipo serio de veintisiete años comía esas galletas con forma de ositos.

Tomó el móvil y buscó a Jazlyn en la aplicación de mensajería instantánea. Le había pedido que le contara si podía tomar decisiones en los sueños y él ya tenía una respuesta. Sin embargo, eran las nueve de la mañana. No quería quedar como lo que era: un amargado que se había ido a dormir antes de la medianoche y que se había despertado a la hora en la que una chica como ella, probablemente, recién se estuviera metiendo en la cama.

Tocó sobre la foto de Jazlyn para verla en detalle. La imagen la capturaba de la cintura para arriba, estaba de pie en una discoteca o un concierto. El fondo era oscuro pero se veía rodeada de gente. Ella estaba de pie, con un gorro de lana de color negro y una camiseta de la banda de *rock* Creed. Tenía un brazo en alto con un vaso de cerveza. Sus labios pintados de rojo oscuro resaltaban sobre todo lo demás.

Dejó el móvil y se acercó a la ventana con la taza en la mano. El día estaba hermoso. La actividad en su barrio era bastante usual, pero los sábados por la mañana aterrizaba gente de todos lados. Los restaurantes de Chinatown y Little Italy se llenaban y los turistas llegaban a raudales a la zona de NoLIta, donde había restaurantes de moda, cafeterías y tiendas de ropa. En los últimos años, NoLIta le había empezado a ganar terreno al SoHo. Ese trozo que antes había sido parte de Little Italy había ido perdiendo su carácter italiano poco a poco a partir de los años noventa y, para aquel entonces, ya era una explosión de *boutiques*, restaurantes y bares. Mason no estaba seguro de si eso lo entusiasmaba.

Una vez que acabó el café, se puso una chaqueta negra, zapatillas y un gorro de lana. Revisó la última conexión de Jazlyn y concluyó que todavía estaba dormida.

La tienda del papá de Tao ya estaba abierta cuando bajó, tenía que darle los cómics que le había prometido porque el día anterior cuando llegó del trabajo el chico ya se había ido. Había unas tres o cuatro personas en el negocio, así que Mason decidió dar unas vueltas por el barrio y regresar más tarde.

Cruzó en diagonal hacia Columbus Park. Como todos los sábados por la mañana, se encontró

con una serie de carpas y sombrillas. Desde que Mason vivía allí, ese trozo del parque había sido utilizado por un grupo (cada vez más grande) de hombres de origen chino que jugaban al póker por dinero. Y lo hacían a la vista de todo el mundo.

Se quedó de pie junto a una de las sombrillas observando el juego. Eran apasionados, jugaban a los gritos y el dinero se movía de mano en mano. Pero eran desconfiados. Mason no les preocupaba porque ya lo conocían. Aunque él prefería negarlo, se había sumado a algunas partidas en el pasado.

Al cabo de un rato, Mason continuó su camino por el parque mientras se le escapaban algunos bostezos. Estaba cansado y el recuerdo del sueño de la noche anterior regresaba una y otra vez. Gianna, el soldado, el derecho a cumplir sueños. Todo había sido muy intenso y también lo sentía muy real. Gruñó internamente al darse cuenta de que siempre que aparecía Gianna en sus sueños, él sentía que se trataba de Jazlyn.

Cerca del mediodía, Mason se encontró entre los restaurantes de Little Italy. Estaba tan acostumbrado a recorrer la zona como un autómatas que cuando prestó atención, todo le resultó más pintoresco de lo habitual. Los restaurantes con manteles a cuadros y las banderas de Italia en la fachada de las tiendas. De repente, se sintió mucho más conectado con su sueño. Entró en el supermercado y compró algunas cosas que necesitaba: pasta de dientes, café, pan y algo de fruta. Sonrió ante la idea. Si se estaba volviendo loco, entonces lo haría completo. Sumó al carrito unas cebollas, harina, carne picada, aceitunas y aceite de oliva. Cuando regresó a casa, Tao estaba en la puerta de la tienda.

—Ayer no estabas cuando regresé del trabajo —comentó Mason, mientras subían las escaleras.

—Desaprobé un examen y mi padre sabe cuánto me distraen los cómics.

Mason se detuvo frente a la puerta haciendo malabares con las bolsas de papel de las compras y las llaves. Tao se las quitó y abrió la puerta.

—Eso significa que soy culpable. Tu papá me da un poco de miedo, Tao.

El chico lanzó una carcajada mientras ayudaba a Mason a ordenar la compra.

—Mi papá puede ser terrible cuando se enoja, pero sabe negociar —explicó el chico—. Le prometí que estudiaría durante el día y que solo leería por la noche, unas horas antes de dormir. Le dije que si no tengo un momento de ocio me siento desmotivado.

—Creo que el que es bueno para negociar sos vos. —Bromeó Mason—. ¿Me ayudás a cocinar? Tengo una receta nueva que quiero probar.

Tao aceptó con entusiasmo y se pusieron manos a la obra. Mason siguió los pasos tal como los recordaba de sus sueños. Preparó la carne, mientras Tao cortaba las cebollas y cocinaron ambos ingredientes por separado. Luego, Mason unió el resto de los ingredientes hasta tener una masa suave y añadió la carne, las aceitunas y la cebolla. Armó los bollos y los llevó al horno.

Mientras se cocinaban, intercambiaron los cómics y Tao se tumbó en la cama a leer. Mason tomó su móvil y le envió un mensaje a Jazlyn contándole que había seguido su consejo. Ella le respondió bastante rápido, pidiéndole que le contara todo. Era más fácil enviarle un mensaje de audio, pero Mason consideró que no tenían la confianza suficiente. Así que escribió en detalle lo

que había soñado.

Jazlyn solo se limitó a decirle que lo intentara las próximas noches y le pidió que se reservara el almuerzo del lunes para que hablaran de ello. Mason pensó en negarse, estaba atrasado con las campañas y la semana siguiente tenía que meterse de lleno en el trabajo. Además, lo de los sueños era una tontería y tampoco conocía mucho a esa chica como para enroscarse en ello. Antes de que pudiera inventar una excusa, Jazlyn le pidió que preparara un informe de la campaña de Oh, Honey! para que revisaran en dicho almuerzo.

Mason se puso de pie, retiró la fuente del horno y sintió que se trasladaba a sus sueños en cuanto sintió el aroma de los bollos que hacía la mamá de Buna. Le habían quedado con el mismo aspecto y cuando los probó, descubrió que el sabor era prácticamente el mismo.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó Tao mientras masticaba—. Nunca lo había comido.

—No lo sé —contestó él.

Una vez que se encontró solo esa noche, Mason puso música y se tumbó en la cama. Sonaba *Black Hole Sun* de Soundgarden, una canción que traía calma al departamento mientras la noche en Nueva York estaba en pleno movimiento. Pensó en su familia y no pudo evitar recordar la carta que había recibido en sus sueños. La de aquel hermano del que Carmelo se había distanciado. ¿Qué suceso tan grave puede separar a dos hermanos? Él, que había perdido tan pronto a su hermana, no podía entenderlo. ¿Cómo es posible que algo pudiera pesar más que la unión de dos hermanos? El pensamiento lo angustió, así que decidió que, si volvía a soñar con esa que ya era como su vida paralela, le haría caso a Jazlyn.

Cuando acabó la canción y empezó a sonar Creed, tomó el teléfono. Jazlyn le había comentado algo respecto a la emigración de europeos. Tipeó rápidamente en el buscador y encontró mucha información sobre el tema. Cuando entendió que las piezas encajaban a la perfección, tomó asiento lentamente y leyó. Entre 1880 y 1915 habían llegado más de 1 500 000 europeos a la Argentina. Y él no lo sabía hasta ese momento. ¿Por qué lo que soñaba tenía tanto sentido?

Sicilia, 1890

Carmelo estaba inclinado mojando su cabello. Dejaba caer agua con una jarra metálica en medio del patio de aquella casa que Mason tanto conocía. Cuando su cuerpo comenzó a brillar, no hizo a tiempo a prepararse. Sintió el agua fría en la nuca y tiritó. Dejó la jarra en el piso y sacudió la cabeza. El cabello de Carmelo era más corto que el de Mason, pero cuando se incorporó algunas gotas resbalaron por su cuerpo. Llevaba unos pantalones grises y una camiseta sin mangas, los tiradores estaban sueltos a los costados y la camisa de mangas largas estaba sobre un escalón a su lado. Se vistió sin importarle mojar la ropa. Tenía un plan y el solo hecho de recordarlo como si estuviera despierto le dio la pauta de que podía lograrlo.

Fue en busca de Buna.

—Hola —susurró al encontrarla en la habitación. Llevaba una blusa de color blanco y una falda rosada. Buna aparentaba unos años menos que Carmelo y de todas aquellas personas con las que llevaba semanas soñando, ella era la que más le inquietaba. Era como si, aun siendo Mason, los sentimientos de Carmelo lo invadieran. Despacio... de a pedacitos. Mason, sentía cariño por ella.

—Hola —respondió ella con una sonrisa, mientras Mason la tomaba de la mano.

—¿Qué ocurrió con mi familia? —preguntó—. Quiero que me cuentes tu versión aunque yo ya conozca la mía.

En realidad, Mason no conocía ninguna versión. Simplemente quería entender esa historia. Para alguien que extrañaba a su hermana cada día de su vida, era muy difícil entender que alguien eligiera alejarse del suyo.

Buna tomó asiento en la cama y tiró suavemente de él para que se sentara a su lado.

—Todo lo que conozco es tu versión. Es lo que vos me contaste. Yo no estaba allí cuando ocurrió todo. —Suspiró—. Pero sé que aunque pasó mucho tiempo, esos recuerdos te hacen daño.

Mason sintió un dolor en las entrañas. Un sentimiento extraño. Como cuando recordaba el momento en el que su papá le dijo que su hermana había fallecido. Cerró los ojos y respiró hondo. Sentía cómo la angustia de Carmelo escalaba por su garganta y era imposible, pero aun así estaba ocurriendo.

—Vamos a irnos —murmuró—. Voy a dejarlo todo atrás.

—Excepto a mí. —Buna se inclinó y apoyó ambas manos sobre los muslos de Mason—. Yo

siempre voy a estar.

—Lo sé.

—Y si tu decisión es responder a esa carta, también voy a acompañarte. Porque supongo que de eso se trata esta conversación.

Mason deslizó sus manos y cubrió las de Buna.

—Recordame cada detalle de lo que pasó —insistió con un hilo de voz. Ella suspiró.

—Estabas enamorado. Compartiste con Donata toda tu vida y me da celos pensarlo, así que no sé por qué necesitás que sea yo quien te lo cuente.

Donata. Pensó Mason. Ese dolor en las entrañas, otra vez.

—Lo que siento por vos es diferente, siempre lo fue

—dijo Mason. Y no estaba mintiendo. De alguna manera lo sabía. Cuando estaba junto a Buna se sentía liviano y fresco. Demasiado tranquilo y protegido. Era desmesurado para tratarse de un simple sueño y lo confirmaba cada noche.

—Pero ella fue tu primer amor. Tu primera amiga, tu primer beso... —Suspiró—. Vivieron en la misma casa desde que ambos tienen memoria. Sus familias eran amigas y compartiste todo con ella.

—Hasta que...

—Bueno, hasta que tu padre y el de ella decidieron la unión entre sus familias.

Mason recordó a Gianna y ese matrimonio concertado. ¿Entonces su matrimonio con Buna no había sido su propia elección? ¿Por qué lo sentía entonces tan correcto?

—Mi padre lo decidió —murmuró.

—Tu padre decidió que tu hermano se casara con Donata. Y vos, que siempre fuiste el más travieso pero también el más respetuoso de la familia, no lo pudiste soportar.

Mason cerró los ojos. Ese dolor en las entrañas se expandió hasta su pecho. Vio a Donata en su cabeza. Su cabello castaño oscuro cayendo sobre sus hombros. Una sonrisa primero, luego lágrimas. Se vio a sí mismo, o en realidad a Carmelo, golpeando con el puño las paredes de una casa. De su casa. Estaba recordando todo. Viendo una película en su cabeza que Carmelo conocía, pero Mason no. Lo sintió todo: angustia, ira, frustración... y luego... Buna. Pensó en ella y la recordó más joven. Sonriente. Se vio a él. A un Carmelo más liviano, eligiéndola y dejándose llevar. Riendo con esa mujer, planeando una nueva vida. Rememoró abrazos y discusiones que acababan con besos. Lo supo todo porque, de alguna manera, Carmelo decidió entregarle sus recuerdos. Cuando abrió los ojos, Buna lo observaba.

—Mi hermano no tuvo la culpa —dijo, mientras las lágrimas que no sabía si eran suyas o de Carmelo resbalaban por su rostro.

—Tu hermano solo hizo lo que tu padre decidió, pero él sabía que estabas enamorado de Donata y vos esperabas que se opusiera, que te propusiera en su lugar.

—Pero no lo hizo, supongo que porque mi actitud tampoco fue la mejor.

—Quisiste huir con ella. Además, no sabías que tu hermano llevaba años enamorado de Donata en secreto.

—Y ella...

—Donata siempre te quiso, su futuro lo soñaba con vos. Todavía se siente de ese modo y eso le hace mucho daño a tu hermano, pero de algún modo, él es culpable. Se podría haber negado. Lo podría haber intentado.

—Y yo no te tendría... —dijo Mason, que ya había olvidado quién era, si estaba soñando o estaba despierto. Su alma y la de Carmelo se habían abrazado de tal modo, que los límites habían desaparecido. ¿O es que nunca habían estado separadas? Mason ni siquiera se podía detener a pensar.

—Si me permito ser egoísta, debo admitir que la decisión de tu padre hizo mi vida maravillosa. —Suspiró—. Pero también la veo a Donata y siempre que la encuentro en algún sitio, confirmo que no es feliz. Jamás sonrío y sus hijos...

—¿Mis sobrinos?

—Son iguales a vos, porque vos y tu hermano son muy parecidos. Supongo que debe ser duro para ella verte en sus propios hijos. Donata nunca tuvo la oportunidad de oponerse. Se llevó la peor parte.

Mason se mantuvo en silencio. En algún momento había tomado la mano de Buna y descubrió que lo estaba haciendo con mucha fuerza.

—Perdón —murmuró, suavizando el gesto. Se inclinó y la besó.

—El barco parte de Génova mañana, Carmelo —dijo Buna acariciándole el rostro—. Creo que estás listo.

La casa era la que recordaba. Un poco más rústica que en la que vivía con Buna. Seguía el mismo patrón de todas las edificaciones de la zona. Estaba muy nervioso, pero no dejaba de recordarse que se trataba de un sueño y que, entonces, no había nada que temer. Buna llamó a la puerta, mientras Mason no podía hacer otra cosa más que mantenerse de pie y controlar los sentimientos que bullían dentro de él. Sentía como si llevara a Carmelo encerrado en su cuerpo. ¿O el que estaba encerrado en un cuerpo ajeno era él?

Una señora mayor abrió la puerta. Tenía el cabello castaño y los ojos verdes. Mason calculaba que tenía la misma edad de la mamá de Buna, así que no se sorprendió cuando la mujer se lanzó en sus brazos y comenzó a llorar.

—Hijo, pensé que te irías sin despedirte.

De inmediato, Mason recordó el día anterior a abandonar Filadelfia. Sus padres habían organizado una fiesta de despedida en casa con amigos y familiares. Habían preparado su comida favorita y todos le habían entregado regalos para la habitación que ocuparía en el campus de la universidad. Esto era muy diferente y demasiado extremo. No volvería a verlos nunca más.

—Lo lamento —murmuró Mason.

Cuando su madre lo liberó del abrazo, tomó rápidamente la mano de Buna. Ella era su ancla, incluso en un sueño delirante como este, había encontrado a alguien en quien confiar.

—Tu padre está en la habitación. Ya no sale mucho de allí.

—No estará feliz de verme —dijo Mason. En realidad, no supo por qué lo dijo; pero su madre no lo negó. Buna le presionó la mano suavemente, dándole su apoyo—. Tu hermano y Donata están aquí —dijo la mujer y se detuvo a observar a Carmelo—. ¿Creés que podés...?

—Puedo —dijo Mason, sin dejarla terminar. Buna esbozó una sonrisa suave.

Paso a paso, Carmelo y Mason observaron la casa con los mismos ojos y sintieron lo mismo. Esas paredes en las que Carmelo había crecido eran ajenas para Mason, pero lo entendía. Aquel sueño era más claro que todos los demás. O, tal vez, Mason había decidido tomar las riendas y dejarse llevar.

—¿Qué hacés acá? —dijo su padre desde la cama cuando lo vio atravesar la puerta. Mason se detuvo y lo observó. No lo conocía, pero era importante para Carmelo. Podía sentirlo y también necesitaba estar allí, aunque se tratara de un sueño.

—Vine a despedirme —dijo Mason y echó un vistazo a su alrededor. La casa era precaria, estaba mucho más deteriorada por dentro que por fuera. Hacía frío y la energía se sentía demasiado densa. Al otro lado de la cama estaba Giuseppe, su hermano. Buna tenía razón en que Carmelo y él se parecían. El hombre tomó la mano de la mujer a su lado, como si Mason fuera a arrebatársela. Ella observó a Mason como quien se encuentra frente a un tesoro—. Giuseppe, Donata —dijo Mason con un gesto de cabeza.

—Hola, Carmelo —dijo su hermano. Donata solo pudo desviar la mirada hacia sus pies.

—Sé que no es momento de presentaciones y no vengo a enmendar nada porque todo lo que hicimos, cada uno de nosotros, ya no lo podemos revertir. Pero ella es Buna —dijo Mason con una sonrisa triste—. Es mi esposa.

—Ya la conocemos —murmuró el hombre desde la cama—. ¿Creés que no se habla de vos en el pueblo? También sabemos que te vas a América como un cobarde.

—Cobarde es quedarse encerrado en la misma miseria —dijo Mason, sin pensar demasiado en si era lo correcto—. Si fuese feliz aquí, me quedaría. Lucharía por mejorar mi vida, pero no lo soy cuando los recuerdos del pasado solo empañan la felicidad que gané día tras día.

—Siempre fuiste un estúpido —dijo el hombre, pero Giuseppe lo interrumpió.

—Papá... está aquí. ¿No es cierto? Vino a despedirse.

—Ya —respondió el hombre sacudiendo la mano—. Podés irte, esta es mi despedida.

Mason asintió y esbozó una sonrisa triste. Sus ojos se nublaron producto de las lágrimas. Ese hombre era un desconocido, pero algo adentro de él parecía romperse. Era la angustia de Carmelo que desbordaba sus sentimientos.

Donata levantó la vista y sonrió.

—Ojalá seas muy feliz, Carmelo. Nadie lo merece más que vos. —Dio un paso hacia adelante, aunque su marido quiso detenerla—. Alejarse de lo que hace daño y buscar ser feliz no es de cobarde. De todos los presentes en esta casa, sos el más valiente.

Con Buna a su lado, Mason sonrió, se dio vuelta y recorrió la casa una última vez. Carmelo usó sus ojos para llevarse recuerdos. Usó su cuerpo para moverse, para alejarse y para completar su tarea.

De regreso a casa, Buna y Mason se mantuvieron en silencio. Todo estaba dicho. Al día siguiente, sus vidas cambiarían para siempre. Se detuvieron frente a la puerta. Mason se acercó y la besó. Lo hizo con suavidad. Con amor. Un beso que Mason nunca había dado porque, hasta entonces, en su vida, nunca había estado realmente enamorado. Sintió cosquillas y una calidez que deseaba sentir fuera de sus sueños.

Y, entonces, el cuerpo de Carmelo comenzó a brillar. Lo encandiló todo mientras besaba a Buna, en esa calle de la Sicilia de 1890. Y Mason lo pudo ver con sus propios ojos. Esta vez, el cuerpo de Carmelo lo había expulsado. Sus pies descalzos sentían el calor de esa tierra tan ajena a su propia vida. Observó su cuerpo. No llevaba camiseta, tenía unos pantalones cortos de color negro y su tatuaje de Nirvana no encajaba con su alrededor. Cuando acabó el beso, Buna lo descubrió allí, de pie, y se sobresaltó. Carmelo se giró, pero no hubo sorpresa en su mirada.

—¿Quién sos? —preguntó Buna.

Carmelo sonrió.

—No te preocupes, mi amor. Él también soy yo.

Nueva York, 2023

Mason se despertó transpirado. Tomó asiento en la cama y cerró los ojos cuando sintió que el departamento daba vueltas. Le recordó a las épocas universitarias, cuando despertaba en la habitación del campus luego de una noche de fiesta con sus amigos. Se le revolvió el estómago y abrió los ojos. De una patada, se quitó las sábanas de encima y confirmó que llevaba puestos los mismos pantalones cortos de color negro del sueño. Tras otro mareo, sintió el estómago completamente al revés. Se puso de pie y sintió las piernas débiles. Como pudo, se dirigió al baño y se puso de rodillas frente al inodoro para vomitar. No había cenado, así que no había mucho de lo que deshacerse. Aun así, su cuerpo reaccionaba con el mismo reflejo una y otra vez.

Cuando acabó, Mason tomó asiento en el mismo cuarto de baño con la espalda sobre la pared y la mirada fija en la bañera. Estaba cansado, le dolían los músculos del estómago y le ardía la garganta. Sentía los ojos empañados por las lágrimas y el sueño. Odiaba los domingos, pero aquel había empezado peor que nunca.

Después de darse una ducha, Mason se preparó un té y se acercó a la ventana. Ese sueño había sido extraño, pero no era eso lo que le preocupaba. A fin de cuentas, todos los sueños son raros. Lo que lo inquietaba era que no sentía que había estado durmiendo. Recordaba detalles, como el entramado del pañuelo de Buna o el lunar que Carmelo tenía en el antebrazo derecho. Recordaba los aromas, los sonidos, las sensaciones. Evocar ese sueño le generaba sentimientos.

Dejó la taza sobre la mesa y regresó a la ventana. Hacía unas semanas había decidido quitarse la vida. Ni siquiera en eso había tenido éxito. No era capaz de decidir nada en su vida y sentía que estaba muy lejos de ser como Carmelo. De abandonarlo todo para apostar por algo completamente nuevo y desconocido. Resopló y miró a su alrededor, estaba harto de ese departamento y de él mismo. Corrió la mesa hacia el lado contrario y arrastró la cama hasta acomodarla junto a la ventana. A lo mejor, si modificaba algo dejaba de tener esos sueños que lo hacían sentir cada vez más demente. Acomodó la mesita junto a la cama y separó los cómics que Tao le pediría pronto.

Al mediodía, se puso una camiseta y se calzó unas zapatillas sin atarse los cordones. Bajó las escaleras y cruzó al restaurante chino de enfrente. Pidió una ración de arroz con pollo dulce y regresó a casa. Almorzó sentado en la cama, tratando de dejar de pensar en ese sueño, pero sin lograrlo. Dejó el plato sobre la mesa de luz cuando terminó, se puso los auriculares, eligió un disco de Nirvana en el móvil y cerró los ojos.

Mason tenía diez años cuando falleció Sam. Llevaba enferma hacía unos meses, pero él nunca pensó que acabaría de ese modo. Sam solía decirle que pensaba demasiado y que debía vivir más. Sin embargo y paradójicamente, aquella fue la única oportunidad en la que no había pensado demasiado. Cuando su hermana enfermó, consideró que sería algo un poco más grave que un resfrío y que por eso necesitaba tantos estudios y tratamientos. Mientras tanto, su hermana había continuado con su vida como si aquello no fuese grave, y lo hizo durante todo el tiempo que pudo. Aprovechó cada día de clases como si fuese el último, rio con sus amigas, jugó con Mason, abrazó a su familia y, principalmente, sonrió.

Sonrió.

Sonrió.

Sonrió.

Allí, angustiado y con los ojos todavía cerrados mientras sonaba *Heart-Shaped Box*, una de sus favoritas de Nirvana, Mason le devolvió la sonrisa a aquel recuerdo.

Sintió que se le encogía el estómago cuando recordó a su padre dándole la noticia. Lo había abrazado, mientras temblaba como un papel y le susurró al oído: “*Todo va a estar bien, Sam falleció*”.

Ahora, con veintisiete años, lo entendía mucho mejor. Su padre sabía que nada estaba bien y que, por supuesto, ya nunca lo estaría. Pero aquel hombre que acababa de perder a una hija, necesitaba darle seguridad a los dos hijos que le quedaban. Así que, aunque nada estuviera bien, lo dijo. Y plantó la semilla de la aceptación en la familia desde el primer día.

Mason era el único que todavía no lo aceptaba.

Tomó asiento en la cama, apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza.

Después del funeral, Mason había ido directamente a la habitación de Sam y, durante un año, fue el único que se atrevió a hacerlo. Poco a poco, esas cuatro paredes que habían sido el mundo de su hermana se transformaron en un refugio para Mason y también en su prisión. Día tras día fue tomando pensamientos, secretos y pasiones de su hermana. Quería conocerla todo lo que pudiera, porque sabía que diez años no habían sido suficiente.

Empezó a pasar las tardes en esa habitación. Tomó los discos de Nirvana de su hermana y se acostó sobre la alfombra a escuchar cada uno de ellos. Eligió sus canciones favoritas y encontró su corazón roto en muchas de ellas. Leyó las biografías de la banda que tenía su hermana y vio los videos que ella había grabado de la televisión.

Y cuando decidió que ya había conocido lo suficiente a Sam, dejó de entrar a esa habitación, pero se llevó los discos. Se volvió fanático, se encontró en la música y sonrió al sentir que algo lo unía a Sam. Que todavía podían compartir algo. Sin embargo, ya habían pasado casi siete años, le quedaba poco para acabar la escuela y él seguía encerrado en el pasado.

Investigó sobre diversas carreras. Encontró una que le interesaba, pero siguió encerrado en el pasado.

Se mudó a Nueva York, estudió en la universidad que había soñado, pero siguió encerrado en el pasado.

Se graduó. Su hermano se casó y él continuó encerrado en el pasado.

Y allí estaba ahora, escuchando Nirvana. Encerrado en el pasado.

Se arrancó los auriculares, enojado consigo mismo y tomó el móvil. Buscó a Jazlyn entre los contactos y estuvo a punto de llamarla, pero se detuvo. ¿Quién era ella? Solo habían hablado en unas pocas oportunidades y ella no tenía idea de su vida. Nunca tendría idea, porque no había conocido a Sam. Lanzó el móvil a la cama y se llevó las manos al rostro. Estaba desesperado. No quería pensar más, ni soñar más. No le hacía bien hacerse preguntas sobre sus decisiones ni plantearse seguir adelante como si su hermana nunca hubiese existido.

Miró hacia la ventana. Ahora, estaba la cama entre él y ese balcón. Quería ser valiente, saltarla y acabar con todo, pero estaba demasiado cansado como para intentarlo. Su teléfono comenzó a sonar y lo tomó de inmediato.

—Hola, Mason. Hace una semana que no hablamos.

—Hola, mamá. Perdón, estuve con mucho trabajo.

—¿Te sigue gustando tu trabajo? ¿O estás cansado? —Suspiró su mamá a través del teléfono —. No tiene sentido dejar de lado las cosas bonitas de la vida por trabajo.

Mason pensó en decirle que su vida no tenía cosas bonitas, pero no podía hacerlo. No a esa mujer que había perdido a su hija adolescente y había continuado su vida con valentía.

—Me gusta mi trabajo, sabés que lo disfruto.

—Bueno, si es lo que te gusta entonces no me angustia no saber de vos. Mientras seas feliz, tu mamá es feliz.

—Lo sé...

—¿Y con qué estás ahora?

—Una campaña de Oh, Honey!, tu marca favorita. Y otra de Boost. Estoy organizando un evento en el Bryant Park.

—Dos compañías muy importantes. Estoy muy orgullosa de vos.

—Gracias, mamá.

—Bueno, ya noto en tu voz que te hablé demasiado. Espero que estés acompañado. ¿Alguna novia? ¿Algún novio?

—Estoy solo, ma. No necesito a nadie más.

—Bueno, si vos lo decís.

—Chau, mamá.

—Chau, Mason. Espero que vengas a visitarnos pronto.

—Seguro.

Cortó la llamada y dejó el teléfono a su lado. Sintió la angustia en la garganta, llevaba años mintiéndole a su mamá para que no supiera que se sentía un fracasado. Que se había transformado en alguien a quien despreciaban en su trabajo. Había deseado que su familia lo visitara, pero siempre que surgía la oportunidad se negaba porque no quería que vieran dónde vivía. Y cuando los visitaba, mentía acerca de su posición laboral. Estaba cansado de ser mediocre. De tener esa vida insulsa y vacía.

Se puso de pie, tomó la *laptop* y regresó a la cama. Seguía pensando en Carmelo, porque se daba cuenta de que ese hombre que existía en sus sueños tenía una vida mucho más compleja

que la de él y, así y todo, se había arriesgado. Buscó información sobre la emigración europea a América y pasó dos horas leyendo historias y viendo fotografías. Todo le recordaba a sus sueños.

Descubrió que el puerto de Génova, que había mencionado Buna en su último sueño, había sido el puerto italiano de emigración más grande y antiguo. Buscó más información y encontró listas de pasajeros distribuidas por años. Aunque se remarcaba que no había un registro fiel de cada uno de los pasajeros, el corazón de Mason comenzó a latir acelerado. Filtró la búsqueda ingresando el año 1890 y luego ingresó el apellido que recordaba de sus sueños.

Lanzó un gemido entrecortado, cerró la *laptop* y la lanzó sobre la cama. Le temblaban las manos. Se puso de pie y recorrió el departamento. Luego, tomó nuevamente la *laptop*, levantó la tapa y volvió a leer. Quiso encontrar un error, pero no había ninguno. La información era clara:

Carmelo Brambilla
Puerto de salida: Génova
Año: 1890

Nueva York, 2023

Jazlyn rodó sobre la cama y se encontró con el pecho de Declan. Tuvo la intención de poner los ojos en blanco, pero estaba demasiado dormida. Los brazos de Declan la atrajeron hacia él y ella lo permitió. Al fin y al cabo, estaba allí por decisión propia.

Otra vez.

A través de la ventana, se coló una brisa suave, propia de una primavera que promete ser más calurosa de lo habitual. Declan tiró de las sábanas para cubrir el cuerpo desnudo de ambos. Jazlyn pensó que si no fuese él, fingiría estar enferma para no ir a trabajar y permanecería todo el día en aquella cama.

Pero era Declan.

—Es lunes, otra vez —gruñó ella, mientras él se acomodaba de costado y tomaba una de las piernas de Jazlyn. Rodeó con ella su cintura.

Declan tenía ese don natural para hacer con Jazlyn lo que él quisiera. Y no es que ella no lo supiera. Al contrario, lo tenía tan claro como que no quería tener nada que ver con él.

—Si cerrás los ojos, puedo hacer que comiences la semana en las nubes.

Contrario a cerrarlos, Jazlyn los abrió. Miró a Declan con el ceño fruncido. De vez en cuando, se preguntaba qué había visto en él. Casi nunca encontraba respuestas.

—¿En serio, Declan? —preguntó.

—Si sabés que es cierto. Lo comprobaste muchas veces antes —respondió él, mientras se inclinaba para dejar un rastro de besos sobre el cuello de Jazlyn. Le gustaba, ese era el problema. Declan le generaba furia y pasión en partes iguales.

—Lo único que recuerdo es que cada lunes que comienza a tu lado, acaba en un infierno.

—En eso estamos de acuerdo.

Jazlyn resopló.

—Lo dije en referencia a lo horrible del infierno, no a lo... caluroso.

Declan se rio justo cuando sonó su móvil. Se giró de inmediato y lo tomó. Tipeó rápidamente con el ceño fruncido. Jazlyn se tomó esos momentos para castigarse a ella misma por estar otra vez en esa maldita cama.

—Es Claire. Tendremos que dejar el calor del infierno para el próximo lunes.

Ni siquiera perdía tiempo en mentir. No es que a Jazlyn le gustara que le mintieran pero, en situaciones como estas, lo prefería.

Sin responder, recogió su ropa y se dirigió al baño.

El departamento de Declan se encontraba en Chelsea, una zona que a Jazlyn le encantaba, hasta que comenzó a asociarla con él. Ahora, cada vez que iba a alguna fiesta o concierto en la zona se la pasaba temiendo encontrarlo.

Se observó en el espejo. Tenía el maquillaje hecho un desastre y, claramente, llegaría tarde a la oficina. No cabía posibilidad de pasar por su casa antes, de modo que se lavó la cara para quitarse todo resto de maquillaje y se vistió. La noche anterior no había pensado que acabaría allí y mucho menos que tendría que ir al trabajo con esa falda negra tan corta, ni con ese top de encaje. Por suerte llevaba zapatillas, lo cual no ayudaba en absoluto, pero al menos era lo que usaba habitualmente.

—Te llevaría a la oficina, pero Claire... —dijo Declan, pero ella lo interrumpió.

—No hay problema, tengo ganas de caminar.

Mentira. No tenía ganas de caminar y viendo la hora que era, lo único que le serviría sería correr.

—Estás rara sin maquillaje —dijo él.

—Y vos estás idiota sin cerebro, pero ya me acostumbré.

Salió del departamento dando un portazo y una vez en la calle, comenzó a correr. Llegó a la estación justo cuando el metro se detenía y se trepó de él sin preocuparse por el hecho de que no se había peinado. Rebuscó en la cartera hasta dar con la tarjeta de ingreso a la oficina y respiró aliviada una vez que se encontró en el elevador. Obtendría un sermón por parte de su jefe, pero solo había llegado veinte minutos tarde.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre a su lado.

Jazlyn levantó la vista y descubrió que se trataba de Mason. El único del departamento de *marketing* que no se creía superior al resto. Dejó caer la espalda sobre la pared del ascensor.

—Sí, perdón. Estaba tan preocupada por no llegar tarde que no te reconocí.

—No hay problema. Como verás, somos dos los que estamos llegando tarde.

Jazlyn lo observó. Estaba diferente. Tenía el cabello alborotado y llevaba unos *jeans* negros con una sudadera enorme del mismo color. Le gustaba aquella versión. Encajaba mejor con él.

Mason ladeó la cabeza. Claramente, Jazlyn no había pasado por su casa. Estaba vestida de un modo diferente al habitual. Con una falda corta y un top de encaje. Un atuendo más propio para una fiesta que para la oficina. Él, que tampoco solía vestirse como sus compañeros, no les daba demasiada importancia a esas cuestiones, pero le daba la sensación de que la chica estaba incómoda. Automáticamente, recordó a los dos idiotas que la habían estado molestando unas mañanas atrás e imaginó cómo se sentiría si ella fuese Sam y no una simple compañera de trabajo. Se quitó la sudadera y se la entregó.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Por si tenés frío. Podés devolvérmela mañana.

Ella frunció el ceño, pero la tomó.

—¿Acaso mi atuendo no te parece apropiado? —Bromeó, porque tenía claro que no lo era.

—Yo creo que cualquier atuendo que te haga sentir cómoda, es apropiado.

Ella asintió, pero se pasó la sudadera por la cabeza en cuanto abandonaron el ascensor.

—Tenemos temas pendientes —le recordó Jazlyn mientras se separaban. Ella se dirigía hacia el área de diseño, él hacia la de *marketing*.

—Claro que sí, el diseño de la campaña de Oh, Honey! —respondió él.

No recordaba lo que se sentía dormir tan bien.

En cuanto despertó esa mañana no supo donde se encontraba. Había cambiado la cama de lugar y eso lo desorientó. Además, llevaba semanas durmiendo pésimo y soportando sueños extraños.

Entró a la oficina y saludó a Taylor con un gesto de la cabeza. Su jefe estaba al teléfono, recostado en el asiento y con los pies sobre el escritorio. Era lunes y Mason ya sabía que sería una semana durísima en la cual, por supuesto, él sería el único de los presentes en aquella oficina que trabajaría a diestra y siniestra.

Respondió algunos correos y se puso al día con las habilitaciones para el evento de Boost en el Bryant Park. Por suerte, habían decidido llevarlo a cabo en dos meses, de modo que Mason tenía tiempo para resolverlo todo. Aprovecharía la tarde para meterse de lleno en la campaña de Oh, Honey!, para la cual Taylor no estaba aportando absolutamente nada.

Era casi el mediodía cuando Mason oyó unos golpecitos en la puerta que estaba medio abierta. Levantó la cabeza y se encontró con Jazlyn.

—¿Almorzamos? —preguntó. Taylor carraspeó y se acomodó en el asiento. Mason supo que estaba a punto de acotar algo que le arruinaría el día, pero Jazlyn no le dio tiempo—. Tengo algunas ideas muy buenas para la campaña de Oh, Honey!

Mason asintió con un gesto, se puso de pie, acomodó los papeles sobre su escritorio y abandonó la oficina. Pensaba que almorzarían en el comedor, pero la chica presionó el botón de la planta baja. Respiró hondo y se llevó una mano al cabello, sabía que Jazlyn iba a tocar el tema de sus sueños y él quería dejarlo atrás. Pero era su culpa porque él la había metido en medio.

¿Por qué lo había hecho? Ni siquiera la conocía. Solo habían intercambiado un par de palabras antes de que le contara lo de aquel sueño. Y ahora la tenía agendada en los contactos de su móvil y le prestaba su sudadera. Ni siquiera sabía si tenía segundo nombre. O si había nacido en Nueva York.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jazlyn con una sonrisa—. Sos muy metódico, tenés que cambiar eso.

Mason frunció el ceño y lanzó una risita.

—Ni siquiera me conocés.

—Pero tenés cara de terror porque no vamos a almorzar en el comedor como todos los días. —Suspiró—. Tuve una mañana difícil, pensé en que era buena idea que compráramos algo y fuéramos a almorzar al Bryant Park. El día está precioso.

Por primera vez en varias semanas, la mañana de Mason no había sido complicada. Se

despertó más descansado de lo habitual y sin sueños por recordar. Tenía la mente completamente en blanco. No sabía si había olvidado el sueño de aquella noche o si directamente no había soñado.

Se dejó llevar por el plan de Jazlyn. Compraron dos ensaladas en la cafetería que estaba frente al Bryant Park y luego cruzaron. Era un día primaveral perfecto, así que Mason consideró que había sido un acierto abandonar el edificio. Ocuparon una de las mesas al borde del camino y almorzarón mientras Mason le contaba con lujo de detalles de qué se trataba la campaña de Oh, Honey! y cuáles serían las instancias de comunicación en redes.

Jazlyn tomó nota en su móvil de algunos detalles para poder diseñar el portal de la campaña y las piezas que usarían en redes sociales. Mason le compartió algunos detalles clave como el *claim* (1) de la campaña, los colores que había elegido la marca para que se la identificara y algunos requisitos que había puesto la directora de *marketing* de la compañía. Jazlyn era rápida y proactiva, a Mason le sorprendió no haber trabajado antes con ella y se sintió a gusto con el intercambio. Ella propuso algunas ideas que él apuntó en las notas de su móvil porque le parecieron interesantes para sugerir a la marca. Cuando acabaron de almorzar, todavía les quedaba poco más de un cuarto de hora.

—Te ves más descansado —dijo ella.

—Sí, al fin pude dormir una noche completa sin sueños extraños.

Jazlyn frunció el ceño y se echó hacia atrás en la silla. Cruzó las piernas.

Todavía llevaba la sudadera de Mason que le cubría todo el atuendo. En el muslo derecho tenía un tatuaje pequeño pero llamativo. La tinta negra resaltaba sobre su piel. Él la observó y recordó a Gianna. No había absolutamente nada en común entre ambas, pero él sentía que en realidad había sido una falla en aquel sueño. Como si su subconsciente hubiese olvidado sus rasgos y los hubiera reemplazado por otros.

—¿Y qué hay de lo de intervenir en el sueño? —preguntó Jazlyn—. Me dijiste que lo habías logrado.

—Sí. En realidad pude tomar decisiones todo el tiempo. Prácticamente como si estuviera despierto.

Jazlyn enarcó las cejas, sorprendida.

—Y anoche no volviste a soñar con ello... eso sí es raro.

—Lo raro es que soñara.

—Bueno, sí. Pero es raro que haya acabado así, sin más. —Suspiró—. Después de tantas noches.

Pensó en cómo había acabado ese sueño, pero no quiso decírselo. Ya había ventilado suficientes ridiculeces delante de esa chica como para meter en el medio destellos y magia.

—¿Qué pasa? —Jazlyn se inclinó hacia adelante. Mason dirigió sus ojos hacia aquel tatuaje. Eran palabras en otro idioma.

—Nada.

—Ya te dije que soy una especie de gurú de los sueños. Soy la persona indicada para que le cuentes todo.

Mason lanzó una carcajada, pensó que Jazlyn se enojaría, pero ella también rio.

—Es que sentí tan real ese sueño. Sobre todo el último. —Suspiró y dejó caer los hombros—. Tuve recuerdos de aquel hombre dentro del propio sueño. Creo que estoy muy estresado —admitió—. A lo mejor deba volver a terapia.

—Definitivamente necesitás volver a terapia —respondió Jazlyn y él enarcó las cejas, sorprendido—. No pongas esa cara. Todos necesitamos terapia.

—Lo sé.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que no te animás a contarme?

—¿De verdad sos como una gurú de los sueños? —Bromeó Mason.

—No, pero soy el tipo de gurú que creo que necesitás.

Mason se mordió el labio inferior. Esa chica era divertida y misteriosa. Y por momentos le despertaba respeto... o terror. Era extraña, pero él también lo era. Lo extraño lo hacía sentirse más cómodo.

—Busqué el nombre de aquel hombre en los listados de emigrantes europeos —confesó, avergonzado—. Estando despierto.

—Sí, supongo que en 1890 no existía Google. Hubiese sido imposible que lo hicieras mientras soñabas.

—Bueno, se trata de un sueño. Allí podemos hacer lo que sea.

—Sí, siempre que se trate realmente de un sueño —dijo Jazlyn—. Pero no lo es, ¿verdad? —Sonrió—. Porque ese hombre estaba en esa lista, él de verdad existió.

—Sí, pero no entiendo cómo es posible.

—Tal vez eras vos. —Jazlyn se encogió de hombros y sonrió.

Mason recordó las últimas palabras de Carmelo hacia Buna. Le había dicho que no le temiera a Mason. “*Él también soy yo*”, había escuchado antes de despertar. Y ahora, ella le estaba diciendo lo mismo.

—No entiendo —confesó.

—Yo tampoco, pero de alguna manera lo supe en cuanto me lo contaste. No estoy segura de que hayas estado soñando, Mason. —Suspiró—. Creo que, en realidad, solo te trasladaste a otra vida. —Miró a su alrededor y se acercó a Mason, para luego susurrar—: Me parece que te trasladaste a una de tus vidas pasadas.

1. *Claim* es un término conocido en publicidad como la frase de cierre de un anuncio o campaña publicitaria que alude a las cualidades de un servicio o producto.

Londres, 1992

Mason no había visto una habitación como aquella ni en sueños.

Se trataba de un dormitorio en *suite* como el de un hotel, pero lucía más bien como propio de una casa. Una en la que podría vivir si no trabajara ocho horas al día para cobrar un salario miserable con el que, a duras penas, podía cubrir el alquiler de su departamento en Chinatown.

Echó un vistazo a su alrededor. Los grandes ventanales estaban cubiertos por cortinas de color azul y dorado. Bajo sus pies, una alfombra mullida de color crema suavizaba el sonido de sus pasos. Al otro lado del cuarto, había unos sillones del mismo tono de azul que las cortinas y una mesa pequeña con un delicado jarrón con flores amarillas. Dio unos pasos hasta llegar al arco que dividía la sala de estar del dormitorio. Desde donde se dirigía Mason podía ver una gran cama matrimonial. Se detuvo un momento y giró en redondo. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí?

Oyó un sonido proveniente de la otra punta del cuarto. Parecía un resoplido. Mason no tenía muchas opciones. Así que retomó su camino hacia el dormitorio. La alfombra le hacía cosquillas en la planta de los pies.

Lo único que oía eran los pájaros al otro lado de la ventana.

Y luego, otro resoplido.

Mason pensó en detenerse, pero no lo hizo. Siguió avanzando, atravesó el arco y se sorprendió al descubrir esa zona del cuarto que se encontraba apartada. Se topó con una cama enorme con colchas pesadas y almohadones con ribetes dorados. A un lado, un gran vestidor. Al otro lado, una cómoda elegante con un espejo ovalado, productos de belleza y perfumes. Frente al espejo, la dueña y señora de los sonidos que Mason había escuchado.

Otro resoplido.

La mujer estaba sentada en un banco frente al espejo, trasteando con algo en sus manos. No hizo caso a Mason que se acercó, lentamente, hasta detenerse justo a su espalda.

¿Otra vez estaba soñando?

La mujer levantó la cabeza y se observó en el espejo. Tenía una peluca entre sus manos. La llevó a su cabeza sin notar a Mason que veía a aquella mujer de espaldas frente a él, pero también de frente a través del espejo. Ladeó la cabeza al darse cuenta de que también se veía a él mismo. Llevaba los pantalones cortos que se había puesto para dormir y una camiseta blanca. La mujer se sujetó la peluca con unas horquillas y frunció el ceño al ver a Mason a través del espejo.

En ese momento, él comenzó a brillar y el cuerpo de ella lo atrajo por completo.

Mason estaba mareado, pero lo tranquilizó el hecho de saber que otra vez estaba soñando. Se dijo que no había nada de qué preocuparse porque se despertaría pronto, pero le inquietó encontrarse en el reflejo de aquel espejo. Tenía una peluca oscura y un atuendo al que no estaba acostumbrado. Se puso de pie y se observó: llevaba un conjunto de falda y chaqueta rosada y tacones del mismo color. Intentó dar un paso y le sorprendió poder hacerlo con agilidad. Como si ya hubiese caminado en zapatos como esos.

Se dirigió a la sala de estar y observó un pequeño bolso sobre los sillones. Tomó asiento y lo abrió. Dentro, encontró un manojito de llaves, un lápiz labial rojo, un sobre blanco, dinero y un documento con una foto de la mujer y su nombre: Margaret Harper.

Dentro del sobre no había nada misterioso. Solo un *ticket* para un abierto de tenis. Mason se detuvo a observar la fecha. El partido se desarrollaría el 8 de junio de 1992 en Londres. Devolvió el *ticket* al sobre y este, al bolso. Luego, se puso de pie, se acercó al ventanal y corrió las cortinas cuando una hermosa vista del Hyde Park lo sorprendió.

Mason había viajado a Londres solo en una oportunidad. Fue por cuestiones laborales porque Taylor no podía hacerlo y nunca más se repitió porque, naturalmente, su jefe delegaba los viajes de negocios solo en casos extremos.

Unos golpes en la puerta lo sorprendieron.

—Pase —dijo, fingiendo naturalidad.

—Margaret, su chofer está listo —dijo un mayordomo sonriente.

Mason, que no tenía idea de cómo reaccionar, se recordó que era un sueño y que podía ocurrir cualquier cosa y él siempre saldría ileso.

—Gracias —dijo, antes de atravesar la puerta.

—Le queda muy bien el cabello oscuro, niña —dijo el mayordomo en inglés británico—. Aunque sigo prefiriendo el rubio—. Se detuvo y con un movimiento rápido ingresó a la habitación y tomó algo de la mesa. Se lo entregó a Mason—. No se olvide los lentes.

Mason los tomó y se los colocó. Todo era demasiado ostentoso y caro allí. Y esa mujer llevaba peluca y gafas. ¿Se trataría de alguna celebridad?

—Gracias.

—Recuerde que Harry llegará de Nueva York a eso de las ocho de la noche. No se demore más de la cuenta. —La siguió mientras descendía las escaleras. Mason parecía conocer esa casa más que la de él. El mayordomo continuó hablando—: Los niños pasarán la tarde en casa de sus primos. Regresarán a la misma hora que su padre.

Mason se detuvo frente a la puerta y se giró.

—¿Siempre sos tan insistente? —preguntó.

El mayordomo sonrió nuevamente.

—Para eso me paga, niña.

Entonces, Mason se acomodó los lentes y se dirigió hacia el vehículo que lo aguardaba. Era extraño, si bien podía caminar a la perfección con aquellos zapatos y notaba que sus movimientos eran ligeros y propios de una mujer, Mason se sentía diferente. No era como en aquel sueño anterior, en el que era un hombre italiano. Ahora era una mujer que hablaba inglés británico y usaba tacones y pelucas. No iba a negarlo, este sueño era mucho más divertido.

Ya en el vehículo el chofer no emitió una sola palabra y Mason observó el paisaje. Londres era tal como la recordaba, aunque se daba cuenta de que ciertas cosas eran diferentes. Él no tenía un teléfono móvil y los vehículos no eran los que estaban de moda. Entonces, cuando se encontró frente al Queen's Club, tomó el sobre que llevaba en su bolso y descubrió que eso era lo que notaba diferente.

Su sueño transcurría en 1992.

A Mason le gustaba el tenis aunque, en general, no era bueno en los deportes. Le gustaba verlos, pero se le hacía imposible practicarlos. Había seguido prácticamente toda la carrera de Roger Federer y había asistido a algún que otro partido del US Open con su padre.

Ahora, estaba allí completamente solo y dentro del cuerpo de una mujer que había decidido ir a ver tenis con falda y tacones.

La ubicación era muy buena. La habían acompañado a un palco pero, por alguna razón desconocida, un hombre que parecía conocer a Margaret le aconsejó mantenerse dentro y con los lentes puestos. Quiso preguntarle si era una celebridad, pero no le pareció que tuviera sentido. ¿Quién necesita preguntarle a otro quién es? Aunque se tratara de un sueño del que despertaría pronto, le incomodaba quedar en una situación extraña.

Se estiró un poco para ver algo del partido. Eso de quedarse en el fondo del palco y con gafas no tenía sentido. Llevaba allí tres sets y no había podido ver nada. ¿Qué persona que gusta del tenis disfruta de ese modo?

—Señora —murmuró el hombre a su lado.

Él se giró de inmediato.

—¿Sí?

—El partido está por terminar. ¿La acompaño al vestuario de Connor?

Mason se quedó sin palabras. Connor Davies estaba a punto de pasar a semifinales del torneo y este hombre le estaba sugiriendo ir al vestuario. Definitivamente, pensó Mason, Margaret era una celebridad que otras celebridades recibían amistosamente en el vestuario. Él no había visto mucho de Connor Davies, aunque por supuesto conocía su trayectoria. Se había retirado cuando Mason ni siquiera había nacido.

—Claro —respondió sin dudar y siguió al hombre.

Aprovechó el recorrido para admirar el Queen's Club. Era imponente y antiguo, con el césped y los arbustos prolijamente cortados y las edificaciones con ladrillo a la vista. Mason se sintió parte de la realeza en un sitio que denotaba antigüedad y elegancia en partes iguales.

El hombre se detuvo frente a una puerta y la abrió para él. Mason entró sin dudar.

—Estaré aquí afuera —aseguró antes de cerrar la puerta.

Mason observó el vestuario. Era pequeño pero lujoso. Descubrió elementos personales que supuso que serían de Connor así que se mantuvo quieto. Se acercó al espejo y se observó. La peluca oscura no se veía natural, sin embargo, Mason se centró en los ojos de Margaret. Eran grises y apagados. Unas arrugas a los lados de los ojos denotaban la edad. Mason había revisado la fecha de nacimiento en el documento de Margaret cuando se dirigía en el vehículo hacia el club. Tenía cuarenta y siete años y por lo que había dicho el mayordomo, Mason sospechó que estaba casada y tenía hijos.

¿Tendría razón Jazlyn y esta sería otra de sus vidas pasadas? El solo hecho de pensarlo le dio la pauta de que estos sueños, al menos, no eran sueños comunes y corrientes.

Y si Jazlyn tenía razón, entonces... ¿cuántas veces había vivido Mason? ¿Y por qué soñaba con ello?

—Esperaba esto más que ganar el partido —dijo una voz a su espalda, Mason se giró y observó a Connor atravesar la puerta.

El tenista dejó una toalla húmeda sobre una silla a su lado y avanzó. En un vistazo rápido, Mason advirtió a través del espejo cómo Connor tomaba a Margaret de la cintura. De alguna manera, en ese instante, dejó de ser él. Como si le hubiese permitido a Margaret dominar la situación. Connor la besó con pasión y Mason sintió cómo el corazón de ella estallaba dentro de él. Era una sensación única, distinta. Desconocida para un Mason que solo recordaba algo similar de aquel sueño anterior. Cuando Buna besaba a Carmelo y Mason sentía a través de él. Era extraño y, al mismo tiempo, reconfortante. Mason empezaba a comprender que, en sus sueños, a veces, los sentimientos que lo sacudían era propios y, en otras oportunidades, no. En este momento, la que sentía era Margaret. Y era mucho más de lo que Mason había experimentado en su vida.

—¿Es tarde? —murmuró Connor unas horas después, ya en otro sitio que parecía un cuarto de hotel.

Mason le había entregado las riendas a Margaret cuando Connor comenzó a besarla y en ningún momento se sintió incómodo. Era algo muy difícil de explicar, porque todo lo que vivía Margaret en ese sueño, también lo vivía él. Pero no sentía que Connor lo besaba a él, sino a ella. Cuando la cosa pasó a mayores y Mason se encontró en una cama con él, también supo que era ella. Como si lo único que uniera a Margaret y a él, fuera el alma.

—Sí, creo que tengo que regresar —dijo Margaret y se vistió rápidamente. Mason, que parecía estar durmiendo dentro de su propio sueño, se alertó al ver que eran pasadas las ocho de la noche y que el mayordomo había insistido demasiado con el horario de regreso.

Connor la acompañó a la puerta y se despidieron antes de que ella saliera y se subiera al vehículo que la esperaba, ya sin la peluca. Cuando llegó a casa, encontró al mayordomo en la puerta. La expresión era completamente diferente a la de aquella mañana.

—Se lo advertí, niña. —Mason tragó saliva, nervioso. Luego, asintió y dio un paso dentro de la casa.

El silencio era sepulcral y las luces estaban apagadas, salvo por una lámpara en la sala de estar. Mason se dirigió hacia allí pero no pudo ver mucho, alguien lo tomó del pelo y lo sacudió. Cuando se giró, vio a un hombre enfurecido que no dudó un instante y le dio un golpe en la cara con el puño cerrado.

Sintió un dolor profundo y luego despertó.



Nueva York, 2023

Mason llegó tarde al trabajo.

Cuando era más joven repudiaba la impuntualidad. A los veintisiete años, la practicaba frecuentemente.

Se dejó caer en la silla y encendió la computadora. Para bien de su salud mental, Taylor aún no había llegado. Su silla vacía era como música en los oídos de Mason que había despertado agotado y lo último que necesitaba era soportar a un jefe insoportable dando órdenes que, mayormente, no tenían sentido.

Revisó el correo y se detuvo principalmente en el que tenía que ver con la campaña de Oh, Honey! Si bien se encontraba alineado con los tiempos que habían impuesto desde la marca, la directora de *marketing* quería ver algo tangible. Mason le respondió el correo asegurándole que en el transcurso del día le enviaría algunas alternativas de diseño para el portal. Inmediatamente después, le envió un correo a Jazlyn consultándole si tenía algo para calmar la ansiedad de la mujer. La chica le aseguró que tendría algo listo para que revisaran a la hora del almuerzo.

Mason, que adoraba la soledad, sintió que Jazlyn estaba dando por sentado que almorzarían juntos. Estuvo a punto de pedirle que le enviara los bocetos por correo, pero lo cierto es que su compañera estaba trabajando muy rápido, contrarreloj y con entusiasmo. Se sentía un desagradecido, además de que le gustaba la idea de trabajar con ella en otras campañas a futuro porque Ricky, el diseñador con el que trabajaba habitualmente, no tenía lo que se dice un buen gusto estético. Raro, tratándose de un diseñador.

A media mañana, Mason fue en busca de un café. Se sentía mareado, cansado y con el estómago revuelto. Lo hubiese entendido de haber bebido alcohol. Tenía todos los síntomas de la resaca posterior a una noche agitada, cuando lo único que había hecho había sido cenar *wonton* frito con salsa agri dulce que había comprado en el restaurante chino de enfrente del departamento. Luego, había tomado un té que le había dado Tao para probar. Era picante y sabroso. Según el chico, era originario de Nepal y combinaba té negro con especias como canela, jengibre, cardamomo, anís y pimienta. Definitivamente, iba a pedirle más.

Luego del té, había leído un poco del cómic de Marvel que llevaba postergando hacía días por falta de tiempo y, más tarde, se había dormido con la ilusión de que los sueños extraños hubieran acabado definitivamente. Sin embargo, había vuelto a ocurrir.

Esta vez, se había encontrado en una casa lujosa de Londres y el mismo sueño lo había

obligado a sumergirse en la vida de una mujer de cuarenta y siete años que parecía tener algún que otro secreto. ¿Había engañado a su esposo? Tal vez le hubiese importado, o le hubiese parecido horrible pero, aunque repudiaba las infidelidades y nunca las había comprendido, ese hombre se merecía mucho más que unos radiantes cuernos.

Bebió un trago de café y se deslizó en el asiento hasta recostarse un poco. No solo estaba cansado, también se sentía impotente por el tema de los sueños. Quería simplemente dormir y despertar ocho horas más tarde bien descansado y sin recordar historias descabelladas. Además, no le gustaba aquella sensación de que estaba transitando dos vidas en simultáneo. Esos sueños eran tan claros y se sentían tan reales, que Mason pensaba que en unos años lo que había ocurrido con Carmelo, por ejemplo, se sentiría como un recuerdo más. Algo propio y vivido. Y todo aquello le daba miedo. Si no hubiese sido porque Jazlyn le había sacado la información sin que él pudiera detenerse, jamás se le hubiese ocurrido contárselo a alguien.

En una lucha interna entre el deseo y el temor, Mason estiró las manos hasta el teclado. Tenía el navegador abierto y con el buscador listo. Simplemente, debía tipear un nombre y un apellido: Margaret Harper; pero, en el último momento, el temor le ganó al deseo y decidió buscar información sobre el abierto de tenis de 1992 en Queen's Club. Por supuesto que encontró datos de sobra.

El Campeonato Stella Artois de 1992 fue un torneo de tenis masculino jugado sobre canchas de hierba en el Queen's Club de Londres, Reino Unido y fue parte de la Serie Mundial del ATP Tour de ese año. Fue la novena edición del torneo y se llevó a cabo en el mes de junio. Connor Davies ganó la competición de individuales.

Mason no lo pensó demasiado y buscó información sobre Connor Davies. Claro que hubiese tenido más sentido indagar sobre Margaret Harper, pero no se sentía listo.

En el caso del tenista, encontró datos sobre su carrera, presentaciones en torneos, títulos ganados y algún que otro dato personal como su fecha de nacimiento o la ciudad en la que nació (Boston, Estados Unidos). Mason se incomodó al ver fotos del tenista porque era tal cual como lo había soñado y cuando encontró una entrevista que le habían hecho para un canal de deportes, se le puso la piel de gallina al oír esa voz que le había susurrado bajo las sábanas.

—Parecés mi abuela. —La voz de Jazlyn sorprendió a Mason que cerró rápidamente el sitio web que estaba curioseando—. No sé para qué tiene móvil si no responde los mensajes.

Mason tomó el móvil y encontró tres mensajes no leídos de Jazlyn, dos de su hermano y uno de Duncan.

—No miro mucho el teléfono cuando estoy trabajando —murmuró, mientras leía los mensajes. Jazlyn puso los ojos en blanco.

—A mi abuela se lo dejo pasar porque tiene ochenta y cuatro.

Mason levantó la vista para observarla. Vestía una sudadera gris holgada y de mangas tan largas que ocultaban sus manos. Por debajo, una camiseta blanca escapaba desprolija. Llevaba unos *jeans* azul claro que dejaban ver sus tobillos. En los pies, medias negras y zapatillas blancas. En ese instante, tomó una gorra de lana de su bolso y se la puso.

—Yo tengo veintisiete —dijo Mason, mientras se ponía de pie y tomaba la chaqueta.

—El número angelical.

Mason frunció el ceño y se detuvo. Jazlyn se giró en redondo y le sonrió.

—¿Qué? —preguntó él, con la nariz arrugada y una sonrisa.

—Dicen que el veintisiete es un mensaje de los ángeles sobre el propósito de nuestra alma en la Tierra —dijo, estiró el dedo y le dio un toque a Mason en la nariz. Él se echó hacia atrás y lanzó una risita.

—Sos rara —expresó Mason cuando estuvieron frente a las puertas del ascensor, dispuestos a bajar a almorzar.

Jazlyn sonrió y chocó con su hombro el de él.

—Vos también —susurró.

Jazlyn había pasado por diferentes etapas de su vida y, cada una, había estado marcada por algo que la obsesionaba. A los catorce años su obsesión había sido Arctic Monkeys. Luego, tuvo una etapa de obsesión por todo lo referido a planetas y constelaciones. Y, definitivamente, nadie que la conociera hubiera olvidado el fanatismo por la astrología que transitó a los veinte. Pero, sin duda, su pasión más duradera había sido el análisis de las vidas pasadas. Llevaba tres años teniendo esa única obsesión y había leído más libros al respecto que su abuela en toda la vida.

Por eso, cuando ese compañero de trabajo que le despertaba un sentimiento que ella había denominado “curiosidad regresiva” le dirigió la palabra por primera vez, se transformó en parte de su obsesión. Bueno, no es que Jazlyn estuviera obsesionada con él como persona, pero sí que le despertaba un interés de los que ella difícilmente podía controlar. Jazlyn podía luchar contra cualquier cosa, excepto contra la curiosidad.

—Diseñé tres opciones para el portal de Oh, Honey! —le dijo a Mason mientras acomodaba la *laptop* sobre una mesita pequeña en el Bryant Park.

—¿No querés que almorcemos primero? —Mason llevaba una bandeja con hamburguesas y papas fritas en las manos. Y Jazlyn ni siquiera le había dado tiempo a sentarse.

—Pero saquémonos esto de encima. —Se apuró.

—Básicamente estamos almorzando juntos para hablar de ello. ¿Por qué vamos a querer resolverlo rápido? —preguntó Mason, que acomodó la bandeja en la mesa y luego bajó la tapa de la *laptop* de Jazlyn—. Además, tengo hambre.

Jazlyn asintió avergonzada y guardó la *laptop* nuevamente en su bolso. Quería hablar de los sueños, quería entender qué le ocurría y por qué ella sentía esa “curiosidad regresiva”.

—No voy a hablarte de mis sueños —dijo él, mientras se llevaba una papa a la boca.

Ya está pasando, pensó Jazlyn. Desde la primera vez que habían hablado, ella había sentido que lo conocía. Probablemente, a él le ocurría lo mismo. El problema era que Mason era demasiado realista.

—Que hayas dicho eso, después de negarte a que toquemos temas laborales, solo da la pauta de que te morís de ganas de que hablemos de tus sueños.

—No. —Le dio un mordisco a la hamburguesa.

Encima es lindo, pensó Jazlyn. Por supuesto que sus amigas le dirían que no era nada del otro mundo, pero a ella que le había llamado la atención por su personalidad (y, obviamente, por la curiosidad regresiva), últimamente se le hacía muy difícil no verlo atractivo.

Mason tenía el cabello negro. No era castaño oscuro, era NEGRO. Y eso le parecía sumamente bello. Era una especie de ángel caído. O, tal vez, un ángel que había escapado del cielo para descender al infierno. Quizás lo habían expulsado del cielo y del infierno. Era un alma desorientada en el cuerpo de un hombre de ojos negros y labios gruesos. Llevaba las uñas cortas y sus manos eran grandes. En ese momento estaba tomando una papa frita entre sus dedos y la observaba como si fuese una demente.

—¿Qué? —preguntó, incómoda, y tomó su hamburguesa.

—¿Qué dijiste del infierno?

Jazlyn se quedó callada, no sabía cómo salvar la situación.

Era un problema que ella tenía. Cuando estaba sola en casa (que era prácticamente todo el tiempo que estaba en casa), hablaba sola. Tenía largas conversaciones con ella misma o, por ejemplo, discutía con Declan y le decía todo lo que no se animaba a decirle en realidad. El nivel de conversación que llevaba a cabo era tal, que a veces no se acordaba si ciertas cosas las había hablado con Declan, o con ella misma.

Ahora, Jazlyn estaba intentando quitarse la costumbre, porque ya lo había hecho en varias oportunidades frente a otras personas. Le había ocurrido con Jessie, su mejor amiga, pero eso no era tan grave como hacerlo ante Mason.

—Que estas hamburguesas son un infierno. —Carraspeó—. De sabrosas.

Mason frunció el ceño y luego rio. Eso era lo que sostenía su “curiosidad regresiva”. Que él tomara con naturalidad esos rasgos de ella que, incluso su mejor amiga, podía considerarlos extraños. A ella le ocurría lo mismo con él.

—Prefiero las de Bronson’s. ¿Las probaste? —Mason dio otro bocado y continuó mientras masticaba—. Las papas fritas son finitas y crocantes. Todavía no encontré otras que las superen.

—No las probé. Ni siquiera la escuché nombrar.

—Es una hamburguesería cerca de casa, te la recomiendo.

Invítame. Pensó Jazlyn, aunque sabía que nunca ocurriría. Mason parecía ser bastante solitario y, aunque se llevaban bien, sentía que por momentos era bastante reticente a ella. Por el contrario, Jazlyn estaba cada vez más intrigada.

—¿Dónde vivís? —preguntó.

—¿Preferís que te responda eso o que te cuente lo que soñé?

No tenía dudas acerca de la respuesta. Sobre todo porque podía buscar la dirección de la hamburguesería y descubrir muy fácilmente en qué barrio vivía. Igual se prometió no hacerlo.

—Tu sueño, obviamente.

Mason sonrió y luego se mordió el labio inferior, pensativo.

—Londres —mencionó—. Año 1992.

—¿Cómo eras? —Se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos, ansiosa.

Mason volvió a sonreír.

—¿Tus amigos te dicen que estás loca o ya están acostumbrados?

—Están acostumbrados, pero lo mencionan frecuentemente —dijo Jazlyn. Sin dejar de mirarlo, intentó tomar una papa frita del paquete frente a ella.

—No tenés más —le avisó Mason y ella observó la bandeja, sorprendida.

—La próxima me voy a comprar las grandes, nunca son suficientes papitas. —Empujó la bandeja con suavidad y apoyó nuevamente los codos sobre la mesa, dispuesta a escucharlo.

Mason tomó una papa de las de él y la extendió hacia ella. Jazlyn sintió que el estómago le daba un vuelco. No entendió concretamente por qué. Sí, Mason le generaba mucha curiosidad y también le parecía un poco atractivo. Pero tampoco es que le quitaba el sueño. Tal vez, fue la sorpresa de ver cómo, lentamente, él se abría un poco más a ella.

Jazlyn se inclinó todavía más en la mesa y tomó la papa con los labios.

Mason se echó hacia atrás y la observó con una sonrisa.

Londres, 1992

Mason se observó a través del espejo, pero el rostro que vio no fue el suyo, sino el de Margaret.

Estaba en el mismo banco en el que la encontró la última vez, solo que en esta ocasión no llevaba peluca. Tenía el cabello rubio y apenas le tocaba los hombros. Sus ojos grises lucían como si una tormenta hubiese quedado atrapada en ellos. La vida de la mujer era tormentosa.

Se inclinó para observar los detalles de aquel rostro, pero fueron los ojos de ella los que lo atrajeron como un imán. La mirada era profunda y Mason olvidó que sus ojos no eran grises y que su cabello era oscuro. En esa mirada, se vio a él mismo.

Oyó unos golpes en la puerta seguidos de unos pasos sigilosos. Una mujer le sonrió desde el arco que separaba la sala de estar del dormitorio y Mason le devolvió una sonrisa suave.

—Déjame ayudarte. Madison ya está despierta y esperando el desayuno. —La mujer arrastró un banco desde la otra punta del dormitorio y tomó asiento junto a Margaret. Parecía una ama de llaves, o alguien que ayudaba en la casa. Mason nunca había tenido personal de servicio. Tampoco durante su infancia, de modo que no entendía demasiado la forma de vida de Margaret —. ¿Duele?

Mason apretó los dientes. Tenía un ojo morado y otro golpe en la mandíbula que le dolía demasiado. Sobre todo si le tocaban el rostro del modo que estaba haciendo la mujer.

—Ayer dolía un poco más, ahora solo si ejercés presión como estás haciendo —dijo Mason.

La mujer se rio, tomó una base de maquillaje y comenzó a aplicar sobre las heridas y a difuminar con golpes suaves.

—De todos modos, lo mejor sería que no salieras hoy —le aconsejó.

—No voy a hacerlo —respondió Mason, aunque tuviera claro que se trataba de un sueño y que no tenía idea de si realmente Margaret tenía planes para esa tarde.

—Bien. —Suspiró la mujer—. Harry se fue con los dos niños. Madison quiso acompañarlos pero, como hace habitualmente, le dijo que era una salida de hombres.

Mason unió los cabos y llegó a la conclusión de que Margaret tenía dos niños y una niña. No le sorprendió el comentario de Harry, después de cómo la había golpeado, no esperaba que fuera una persona agradable en ningún aspecto. Mason se preguntó por qué Margaret soportaba todo aquello. Claro que ella lo engañaba y que eso tampoco estaba bien, pero él la había golpeado y hacía diferencia entre sus propios hijos.

—Listo —dijo la mujer y acomodó el maquillaje mientras Mason se ponía de pie—. Maddie

te espera abajo.

Tal como estaba vestida, con una bata floreada y los pies descalzos, Margaret lucía preciosa. Mason echó un último vistazo al espejo, había un abismo entre la apariencia de aquella mujer y cómo se sentía por dentro. Su belleza era amarga. Estaba cansada y asustada, pero principalmente, se sentía culpable. Mason no entendía los motivos, pero había aprendido a dejarse llevar y a sentir por aquellas personas con las que soñaba.

—¡Mami! —exclamó la niña en cuanto la vio entrar a la cocina—. Papi se fue y no me dejó ir con ellos. Dijo que era una salida de hombres. ¡Odio no ser un hombre!

Mason sintió el sacudón en el estómago que le generó ese comentario a Margaret. La niña tenía unos ojos marrones enormes, boca pequeña y cabello rubio. Rondaba los tres o cuatro años y se veía simpática con aquel pijama de los Ositos Cariñositos.

—Ser mujer tiene sus privilegios —dijo Mason—. Pero no voy a revelarlos, ya lo averiguarás sola porque sos muy inteligente.

La niña frunció el ceño y tomó asiento.

—Estás rara, mamá.

Mason se incomodó. Estaba seguro de que Madison no sabía que su padre era violento con ella. ¿El maquillaje no había funcionado?

—¿Rara? —preguntó.

—Sí, como si fueras vos... pero también alguien más.

El corazón de Mason dio un salto. Nunca, en ninguno de sus sueños anteriores alguien había notado algo extraño.

—Soy yo, mi amor. —Le acarició el cabello para que se quedara tranquila—. Mamá siempre está acá.

De algún modo, Mason sintió que aquellas palabras habían sido pronunciadas por Margaret. Él no había pensado en decirlas y sencillamente habían escapado de sus labios.

Preparó un café para él y un chocolate caliente para Madison. Mientras la niña desayunaba, el mayordomo que en el sueño anterior se había mostrado cómplice, apareció tras la puerta mucho más serio. Le entregó un sobre sin decir una palabra y abandonó la cocina. Mason no dudó un instante y abrió el sobre. Dentro, encontró unas fotos. Eran seis en total y las miró una y otra vez para luego devolverlas al sobre. Eran imágenes de Harry, su esposo, con distintas mujeres en su viaje a Nueva York. Y no se trataba de reuniones de trabajo. Había besos y caricias.

Mason resopló, indignado y cuando Madison le preguntó si podía ir a su cuarto a jugar, se lo permitió. Tomó el control remoto de la televisión y cambió de canal hasta dar con una noticia de la realeza. Bebió el café viendo las noticias y, por momentos, sintió que Margaret era la que dominaba el sueño. Imágenes de Madison siendo una bebé recién nacida aparecieron en su mente, como si él mismo lo hubiese vivido. Sintió la emoción y el orgullo que solo una madre es capaz de conocer y eso lo inquietó. Volvió a ver la TV y le llamó la atención la noticia: la princesa Diana y el príncipe Carlos estarían separados. Mason sabía cómo había acabado la historia, sin embargo, no fue capaz de pensar porque los sentimientos de Margaret lo arrasaron

por completo: deseo, envidia, frustración. Esa mujer deseaba divorciarse, pero algo la detenía.

Apagó la televisión porque no quería tener esos sentimientos. Se suponía que estaba soñando, pero todo estaba resultando demasiado agotador. Muy intenso. Tomó una revista de chismes y comenzó a ojearla. Encontró artículos sobre artistas que conocía, como Elton John o Noel Gallagher y también de algunos que desconocía; sin embargo, lo que le llamó la atención fue una doble página dedicada a Harry Lennox, su esposo. Decía que era uno de los empresarios más ricos de Inglaterra y mostraba fotos de sus encuentros de negocios en Nueva York. Mason sintió la angustia de Margaret cuando vio el círculo en rojo: una de las fotos que había recibido en ese sobre. Mostraba a Harry susurrando en el oído de una mujer mientras deslizaba su mano bajo la falda de ella. El título en amarillo decía: “¡*ESCÁNDALO!*”.

Nueva York, 2023

Taylor observó a Mason con el rostro habitual.

Siempre estaba disconforme o decepcionado y lo que más enojaba a Mason era que todavía albergaba la ilusión de que eso cambiara. Ya llevaba cinco años sin hacer un trabajo merecedor de una felicitación. Y no es que le importara la opinión de alguien como Taylor, pero sí de quien era su jefe. Un poco le molestaba el hecho de que su confianza dependiera de si su trabajo le parecía correcto a un idiota como él. Pero es que era su jefe y, por supuesto, por algo se había ganado el puesto.

—No me gustan los colores ni la tipografía —afirmó con el ceño fruncido y cara de estar oliendo mierda. Estaba viendo el boceto del diseño del sitio web que presentarían a la directora de *marketing* de Oh, Honey! esa misma tarde.

—Los colores fueron los que pidieron desde el equipo de *marketing* de la marca.

Mason odiaba justificarse, sentía que aparentaba ser poco autocrítico, pero es que hay ciertas cosas en las cuales las compañías se ponen firmes. Además de que cualquier experto en *marketing* conoce la importancia de la identidad de marca. Salvo Taylor, claro. A Mason le daba la sensación de que a veces sus quejas eran forzadas. Como si considerara que su rol como jefe fuera desaprobarlo todo.

—No recuerdo que la campaña incluyera esta tontería de la opinión de expertos en aromas.

Claro. Mason no se lo había mencionado, pero no le parecía una tontería. De hecho, le había pedido a Jazlyn que lo incluyera en el boceto del sitio web para que la compañía lo viera plantado y decidiera si le parecía interesante. Era un elemento más que le daba un tono lúdico a la campaña y que le permitía hacer partícipe a los usuarios con ciertos juegos y actividades.

La directora de *marketing* de Oh, Honey! le había remarcado el hecho de que la compañía ya era reconocida y que su intención, por primera vez en muchos años, era hacer una campaña grande que llegara tanto a los usuarios habituales de la marca como a potenciales clientes.

Y la idea de los expertos en aromas había sido una sugerencia de Jazlyn que a Mason le había gustado.

—Fue una idea de último momento y le pedí a la diseñadora que lo incluyera para que la marca lo viera plantado. No requirió trabajo extra y por lo que hablé con la marca es probable que les interese incluirlo.

—Esto aumenta el presupuesto porque deberíamos contratar al perfumista —se quejó.

—Lo sé, por eso hicimos solo un boceto. La directora de *marketing* me dijo que querían una campaña grande y no nos dieron un presupuesto acotado.

—¿A quién le puede interesar lo que diga un perfumista?

—Supongo que a un cliente de Oh, Honey! que llega al sitio web de la campaña el tema de los aromas le interesa. Hay muchos mitos que pensé que podemos poner a prueba y también curiosidades, como el hecho de que ciertos aromas pueden percibirse de diferente modo dependiendo de la persona —explicó Mason—. Además, podemos proponer unos tópicos en TikTok siguiendo esta línea de que los aromas no significan lo mismo para todas las personas. Por ejemplo, el aroma del césped recién cortado a mí me recuerda a la plaza que estaba frente a mi casa, pero a otra persona puede evocarle a su casa de campo en la que vivió o las visitas a casa de su abuela. Queremos crear un filtro para redes sociales en donde aparezcan aromas clásicos: césped recién cortado, tarta de manzana, gasolina, etc. A partir de allí, los usuarios tienen que responder rápidamente a qué les recuerdan. En la lista de aromas sugeridos, incluiremos los tres más vendidos de la marca y como parte del juego, las personas también van a decir a qué les recuerdan.

—¿Y para eso necesitamos al perfumista?

—Sí, porque va a ser él quien va a explicarnos a través de una serie de videos cortos la relación que existe entre el olfato y el cerebro. ¿Sabías que recordamos un treinta y cinco por ciento de lo que olemos contra un cinco por ciento de lo que vemos? —preguntó Mason, recordando el dato que le había compartido Jazlyn.

—Por supuesto que no, Mason. No tengo tanto tiempo libre como vos. —Suspiró, agobiado—. No me importa lo del perfumista porque supongo que el equipo de Oh, Honey! te va a bajar el pulgar. Pero este diseño es horrible. Cambiémoslo. O mejor, empecemos de cero con algo completamente nuevo.

Mason asintió y regresó a su escritorio. El diseño le gustaba mucho y sentía que Jazlyn le había dado profundidad a la idea de la campaña. Así como muchas de sus reacciones le sorprendían y tenía claro que la mayor parte de sus ideas eran alocadas; le daba la sensación de que en su trabajo, todo eso le aportaba creatividad. Y, justamente, él entendía que lo que pretendía la marca era transgredir esa línea de los perfumes como objetos frívolos o piezas de coquetería.

¿Qué haría si estuviera soñando? Se preguntó.

Si él no fuese Mason y despertara en su cuerpo, ¿le pediría a Jazlyn que descartara el gran trabajo que había hecho durante la última semana o iría en contra de las órdenes de su jefe? La respuesta, fue sencilla. No temería a las consecuencias.

Sin detenerse a pensarlo, le envió el boceto a Caroline, la directora de *marketing* de Oh, Honey! Siendo obediente no le había ido demasiado bien, tal vez necesitaba cambiar ciertas cosas.

Salió de trabajar, se puso los auriculares y subió el volumen bien fuerte. Esperó el metro en Spring Street y se trepó en cuanto llegó. A esa hora iba abarrotado, pero Jazlyn ya estaba acostumbrada. Llevaba unos cuantos años trabajando en la agencia y hacía ese recorrido a diario. Le había costado acostumbrarse. Desde pequeña y hasta su adolescencia había estudiado en una escuela de élite en pleno Upper East Side que quedaba cerca de casa, pero a la que su papá insistía que debía ir y volver en el vehículo de su chofer cada día.

Había odiado esa época de su vida, pero con el tiempo entendió que todo sucede por algo. Durante mucho tiempo había pensado que todo aquello la había hecho más fuerte, pero luego entendió que siempre lo había sido y que por eso lo había superado. No había sido fácil, por supuesto, pero esta neoyorkina del Upper East Side que detestaba los lujos, amaba los desafíos.

Compró dos cafés para llevar y una caja con seis *macarons* en la tienda Ladurée de la avenida Madison, a la vuelta de su casa, y se encaminó hacia allí. El sol estaba cayendo y lo que más disfrutaba de su barrio era la serenidad fuera de las avenidas. Las calles tranquilas, con casitas pegadas y árboles frondosos. Ella vivía en un *penthouse*, pero siempre observaba aquellas casas con cariño. A lo mejor, cuando se cargara de valor y decidiera vivir sola podría hacerlo en una vivienda como esas, con escaleritas y todo.

Suspiró, mientras en sus oídos sonaba *I Wanna Be Yours*, de Arctic Monkeys. Estaba cansada, había pasado la última semana trabajando contrarreloj en el diseño del sitio web de Oh, Honey! y lo único que deseaba era tirarse en la cama y descansar. Esperaba que a la marca le gustara el resultado final. No solo porque había dedicado más horas de lo habitual a ello, sino porque tenía esa ridícula necesidad de agradarle a Mason Daft.

Ella sabía que ese sentimiento era producto de la curiosidad regresiva que pocas veces había sentido de forma *tan* intensa. No fue algo que descubrió de repente. De hecho, no recordaba cómo había comenzado. Solo que Mason Daft le había llamado la atención desde la primera vez que se habían cruzado en la oficina y lo comprendería, si él le hubiese parecido atractivo. Pero no. No era eso. Jazlyn sentía que lo conocía, incluso cuando tenía claro que nunca en la vida se habían cruzado.

No tenía un rostro conocido. No sentía que había ido a su escuela o que trabajaba en una tienda a la vuelta de casa, simplemente, le daba la sensación de que algo los conectaba. Y a eso, Jazlyn no podía darle vuelta la cara.

—Hola, princesa —dijo su papá en cuanto la vio entrar.

Ella sonrió mientras empujaba la puerta con el pie para cerrarla.

Si Jazlyn tuviera que dar la vida por alguien, siempre sería por él.

—Traje *macarons* —mencionó.

—¿Compraste solo rosados? —Bromeó su papá.

—Compré tres rosados para mí y tres marrones para vos. —Los puso sobre la larga mesa reluciente del comedor donde su papá estaba sentado rodeado de papeles.

—Y trajiste café como si no tuviéramos en casa.

—Más rápido. —Se encogió de hombros y le entregó el vaso descartable a su papá.

Juntos, se dirigieron a la enorme cocina. Aquella casa siempre había sido demasiado grande

para ellos. Sin embargo, nunca se había sentido deshabitada, ni fría. Para Jazlyn, no había mejor lugar en el mundo que su casa. Por eso, en algún momento de su vida había temido llegar a adulta. ¿Cómo iba a dejar a su papá? Era la persona que más la había querido y cuidado.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Terminaste con esa entrega que te tenía con los pelos de punta?

Jazlyn asintió mientras daba un trago a su café.

—Sí. Todavía no sé qué le pareció a la marca, pero estoy segura de que les va a gustar. Mi compañero estaba entusiasmado, y te juro que no es fácil lograrlo.

El papá de Jazlyn rio y tomó un *macaron*.

—Siempre fuiste muy convincente.

—Sí, es cierto, el sitio web quedó muy bien. —Jazlyn tomó un *macaron* rosado—. Pero la verdad es que esta vez todos los honores se los lleva mi compañero. Es una idea de campaña muy buena.

—Ya era hora de que Oh, Honey! invirtiera unos dólares en algo así.

—¿Esa es la opinión de un cliente fiel de la marca o del presidente de First Publications?

—De ambos, quiero que se esmeren por los dólares que invierto en sus velas y que se esfuercen en algo más que doble páginas en revistas de moda y bienestar.

—Digamos que vivimos de eso. —Ironizó Jazlyn.

—Si nuestros clientes van a la quiebra por no tener buenas estrategias perdemos todos. Las cosas no son tan lineales.

Jazlyn no se sorprendió. William Yu, su papá, era uno de los empresarios más respetados de la ciudad. Su experiencia comenzó a darle vértigo a los quince años, cuando decidió estudiar Diseño Gráfico porque disfrutaba de todo lo relacionado con el arte y la tecnología.

Ese día llegó de la escuela decidida. Su papá estaba en la empresa, así que lo esperó sentada en el *living* tomando una chocolatada. Con unos pantalones deportivos y las zapatillas desatadas, mientras el pequeño parlante que llevaba a todas partes escupía la voz de Dan Reynolds, vocalista de Imagine Dragons.

“*Quiero estudiar Diseño Gráfico, pero no quiero trabajar en First Publications*”, dijo, en cuanto William atravesó la puerta. No es que odiara la empresa que habían fundado sus abuelos y que su papá había llevado a lo más alto de la cima. Sino que le daba vértigo y, en lo más profundo de su corazón, a Jazlyn le gustaba ganarse las cosas.

—¿Diseño Gráfico? —Sonrió su papá, haciendo caso omiso a su comentario.

—Sí. ¿Creés que podré entrar en Parsons?

William se sentó frente a ella.

—Es una de las escuelas más importantes de la ciudad, deberás trabajar por ello. —Extendió la mano y tomó la de ella—. Pero no tengo dudas de que lo lograrás, como todo lo que te propusiste antes.

Jazlyn no se había propuesto muchas cosas. Salvo conocer a Alex Turner, vocalista de Arctic Monkeys. Y eso no lo había logrado. Sin embargo, entendió a qué se refería su papá. Él sabía muy bien que durante su infancia se había enfrentado a varias “rocas”. Así llamaba Jazlyn a las personas que no eran capaces de ver o entender lo que era diferente. Lo nuevo o lo que seguía un

camino alternativo al habitual. Y no hay cosa más difícil en la vida, que hacerle aceptar algo diferente a una roca.

Parsons, una de las escuelas de arte más importantes de Nueva York fue, entonces, uno de los desafíos más grandes que se propuso Jazlyn. Por supuesto que su papá podía pagarlo. Costaba una fortuna, pero él podía pagar la matrícula de todos los adolescentes de la ciudad si así lo deseaba. Pero Jazlyn no disfrutaba de las cosas que no se ganaba con esfuerzo. Y para ella, el dinero siempre fue una piedra en el camino. No le gustaba sentir que conseguía las cosas por ello, ni tampoco por su apellido.

Después de esforzarse en la escuela durante los últimos dos años y de dedicar las tardes a actividades extracurriculares, finalmente, Jazlyn ingresó a Parsons.

Por supuesto que tanto los profesores como los alumnos tenían claro quién era ella. De hecho, fueron pocos los que no la miraron raro al descubrir que estudiaba Diseño Gráfico y no Diseño de Modas. ¿A quién en su sano juicio se le ocurría estudiar una carrera que no le diera un acceso a la cabeza de una de las empresas más grandes de la ciudad, cuando su padre era el presidente? Jazlyn lo entendía porque se ponía en lugar de los demás, y sabía que la mayoría pensaba del mismo modo. Nadie se detenía a deducir que, tal vez, Jazlyn había decidido estudiar lo que le gustaba y no lo que le convenía. O a nadie se le cruzaba por la cabeza que a su padre no le importara en lo más mínimo a qué se dedicaba ella, porque aunque deseaba que algún día tomara la presidencia de la empresa, su deseo más grande era que su hija fuera feliz.

Cuando se recibió, buscó trabajo sin utilizar los contactos de su padre, ni sopesar la posibilidad de trabajar en First Publications donde para ella había trabajo de sobra. Claro que le gustaba la idea. Su padre era propietario de una de las empresas editoriales más grandes del país, con las publicaciones de moda y actualidad más destacadas. Con numerosos periódicos de ámbito local y regional de Estados Unidos. Pero para eso había tiempo. Primero, debía ganárselo.

Jazlyn estaba dándose un baño cuando sonó su móvil. El aparato descansaba sobre el escritorio de su cuarto. Lo escuchó desde el baño privado, pero estaba demasiado relajada en la bañera llena de espuma. Se sumergió para mojar su cabello. El agua estaba tibia y agradable. El aroma a coco invadía la habitación.

Pensó en Mason.

En el almuerzo le había dicho que había soñado que se encontraba en Londres en el año 1992, pero no había compartido más datos. Jazlyn le había preguntado cómo era, pero después él le dio una papa y ella no tuvo mejor idea que tomarla con la boca.

¡CON LA BOCA!

Por Dios. ¿En qué cabeza cabe tomarse semejante atribución con un compañero de trabajo con el cual la confianza es prácticamente nula? La respuesta era: curiosidad regresiva. Algo de lo cual Mason no tenía idea.

Jazlyn se volvió a sumergir. Pocas cosas le hacían sentir vergüenza, pero sus actitudes con

Mason empezaban a encabezar la lista. El hombre era reservado, absolutamente independiente y solitario. Era un poco amargado también. Desconfiado. Descreído. Racional. Podía hacer una lista de adjetivos para definirlo. Y lo cierto, es que no sabía dónde vivía, cuál era su comida favorita, ni si usaba calzoncillos blancos o negros. Lo cual, para Jazlyn era más importante de lo que cualquiera podría esperar. Tenía una especie de aberración por los calzoncillos estampados.

Salió de la bañera sacudiendo la cabeza. ¿Por qué estaba pensando en el color de los calzoncillos de Mason Daft? De verdad que la curiosidad regresiva estaba haciendo daño a sus neuronas.

Se secó con la toalla blanca más suave del mercado y la dejó tirada sobre la cama, mientras se ponía la ropa interior. Eran las nueve de la noche, al día siguiente tocaba trabajar y quería acostarse a leer un poco. Había encontrado un libro sobre vidas pasadas en la Biblioteca de Nueva York y había pegado un grito interno porque nunca lo había leído y consideraba que ya había leído todos los que se habían escrito en la historia de la humanidad.

Pero como los planes no eran algo que a Jazlyn se le diera bien, su móvil volvió a sonar y cuando vio el mensaje de Declan se quedó de pie en ropa interior, leyéndolo. La invitaba a su casa, como hacía habitualmente. Y lo peor, es que Jazlyn sabía que solo quería tener sexo con ella en la cama en la que después haría el amor con su novia. Era nefasto. Tóxico. Perverso y rebuscado. Pero Declan era lo único que Jazlyn no podía controlar. Así como creía que todo lo bueno debía ganarse con esfuerzo, sentía que en el amor las cosas funcionaban del mismo modo. Ella debía sufrir y llorar para ganarse el amor de este hombre que ella sabía, con toda claridad, que era un imbécil.

Así que le dijo que sí, porque se le hacía imposible negarle cualquier cosa.

Se puso unos *jeans* negros holgados y un top con la espalda completamente descubierta. En los pies se calzó unas zapatillas blancas, tomó un pequeño bolso del mismo color donde guardó su lápiz labial, dinero y un preservativo porque Declan solía poner la excusa de que no tenía para no usar.

Pidió un Uber porque no le gustaba que la llevara su chofer a los encuentros con él, mientras se ponía un poco de máscara de pestañas y luego le envió un mensaje a Jessie, su mejor amiga: *“Te dejo mi ubicación. Estoy yendo a ver al idiota de Declan. Interceptame antes de que llegue a su casa. Sabés que no tengo fuerza de voluntad cuando se trata del pito de este idiota”*. En el destino del Uber, puso cinco cuadras antes de la casa de su ex. Solía hacer esas cosas que parecían tonterías, pero quería darse la posibilidad y el tiempo de recapacitar. Igual nunca le funcionaba.

Se entretuvo con el móvil durante el viaje y le preocupó que Jessie no le respondiera. Era toda una contradicción. Le venía bien que no viera el mensaje porque así ella podría llegar a los brazos de Declan, pero por el otro lado, tenía el deseo ferviente de dejarlo plantado. El tema era que como ella no tenía fuerza de voluntad, necesitaba que su amiga tomara las riendas.

No ocurrió.

Jazlyn se bajó del Uber y caminó una cuadra. Luego dos y, empezó a respirar para tranquilizarse mientras observaba sus zapatillas blancas. Todavía la ponía nerviosa ver a Declan.

Era como si viviera necesitada de la atención de un idiota. Le frustraba, porque ella era una mujer inteligente. Resopló y estaba a punto de levantar la vista cuando se dio de lleno con el pecho de un hombre.

—Perdón —dijo, rápidamente. Iba a esquivarlo para seguir su camino cuando notó que el hombre se quedaba quieto, levantó la vista un poco más.

—Muy distraída —dijo él.

—¿Mason? —Se sorprendió Jazlyn. Miró a su alrededor. ¿Viviría por allí? Qué casualidad —. Bueno, al final descubrí dónde vivías. Tan misterioso que te hacías.

Mason frunció el ceño y sonrió.

—No vivo por aquí... —Ahí estaba, el misterioso. Era un rasgo nuevo que Jazlyn le había despertado. Notaba que tenía cierta curiosidad con él, algo que, por supuesto, no le ocurría a nadie más en todo el universo. Así que lo usaba porque le parecía divertido.

Y nuevo.

—Ah —dijo ella.

—Bueno, entonces... ¿Ya está? —preguntó Mason.

—¿Qué?

—Digo. Si ya está cumplida mi tarea de... interceptarte. —Sonrió—. Para que no llegues a ese pit...

—¡CALLATE! —exclamó Jazlyn mientras tomaba el celular rápidamente del bolsillo de sus jeans y revisaba sus mensajes. Mason se cruzó de brazos, divertido.

Cuando recibió el mensaje estaba con Tao en la tienda. Se había tomado un taxi porque demoró un poco en verlo y ella ya estaba cerca de la zona donde se encontraba ese tal Declan al que no quería ver. Podría haberle dicho que se había confundido de número, porque siempre tuvo claro que ese mensaje no era para él, pero Tao lo había visto y se había reído mucho. Luego, lo había empujado dentro de un taxi sin siquiera saber quién era la mujer que le había escrito. Y ahí estaba, con una Jazlyn avergonzada, pero también interceptada.

—*Pizza de pepperoni* —dijo.

Jazlyn levantó la vista de su móvil.

—¿Eh? El mensaje no era para vos.

—Ya lo sé.

—Bueno. Entonces, nos vemos mañana.

Jazlyn quiso seguir su camino, pero Mason se puso delante de ella.

—Usted ha sido interceptada. —Jazlyn achicó los ojos. Lo que le faltaba era que el de *marketing* se burlara de ella por un error de cálculos con unos mensajes—. Quiero una porción de *pizza de pepperoni*. —Señaló una pequeña tienda que estaba justo a su lado—. Ese es el pago por el esfuerzo que hice en llegar a tiempo. Vine en taxi.

—Es un chiste.

—No lo es. A esta altura deberías saber que me tomo el trabajo muy en serio.

Jazlyn resopló y se metió en la tienda. Él la siguió. Unos minutos después estaban en la puerta, sentados en los escalones. Mason devoraba su porción de *pizza de pepperoni*, Jazlyn una

de queso que tenía tanta grasa que se sentía en el cielo.

La noche estaba cálida, pero corría una brisa agradable. A su alrededor, no transitaba mucha gente. Salvo en la zona del Times Square, la ciudad sí que dormía.

—Todavía no me dijiste quién eras en Londres de 1992

—fue lo primero que dijo, porque la curiosidad era para Jazlyn un mar embravecido dentro de su cuerpo.

—Una mujer que usa tacones y faldas rosadas. Toda una experiencia.

Jazlyn se rio.

—Una experiencia nueva, está bien.

—Besé y me acosté con un tenista hiperfamoso.

—Wow. No andás con mediocridades.

—La verdad que no. —Dio un mordisco y se mantuvo en silencio hasta que tragó—. Pero no es fácil la vida de esta mujer. Tiene un marido violento.

—¿El tenista? —Jazlyn se sorprendió.

—Ah, no. El tenista es el amante. —Suspiró—. Y creo que ella es famosa. También su esposo. Se llama Margaret Harper.

Jazlyn dejó la porción de *pizza* sobre una servilleta a su lado y tomo el móvil.

—Margaret Harper. Hija de una familia de la clase alta de Inglaterra. —Leyó—. Sus antepasados pertenecieron a la aristocracia inglesa. —Mason se acomodó, nervioso. Le incomodaba saber que esas personas con las que soñaban en realidad existían—. Casada, tres hijos. Rubia, ojos grises. Una hermana menor llamada Hanna. Falleció en un accidente.

—Basta.

—Hay fotos de una boda ostentosa. —Suspiró—. Pero no lo ostentosa que puede ser una boda aquí en Nueva York. Hablo de un tipo de celebración a otro nivel. Un calibre de lujo que no viene del dinero, sino del poder. Del linaje.

—No puedo definir niveles ni calibres de celebraciones de gente con dinero, supongo que vos tampoco. A duras penas pude estudiar en la NYU gracias a una beca. —Mason dio un mordisco a su *pizza* y se mantuvo en silencio. Jazlyn seguía observando fotografías y leyendo información en Internet. Internamente, le incomodó su comentario. Él no la conocía y, por supuesto, no imaginaba que estaba comiendo una *pizza* grasosa en la puerta de una tienda que apenas se mantenía en pie, junto a la hija de un magnate. Sintió ese miedo que le recordó a la infancia. Cuando tenía que fingir para encajar o hablar poco porque cuanto más conocían su historia, más la apartaban.

—Ya... —murmuró—. Se casó muy enamorada. O al menos eso dicen las noticias. Hay varios titulares.

—Ajá —respondió Mason, distraído.

—Decidió conservar su apellido en lugar de utilizar el de su esposo porque Harper era una familia importante en el pasado.

—Ya me lo dijiste. Y creo que no quiero saber nada más —dijo, tajante.

—¿Qué te da miedo? Tu cuerpo es este, estás acá. No va a pasarte nada.

—No entiendo y no me gusta no entender.

—Yo te puedo ayudar. Si creés en mí.

Él resopló, Jazlyn apoyó su mano en la rodilla de él.

—No te conozco —murmuró.

—Lo sé. —Se tomó su tiempo—. Pero... ¿nunca sentiste que me conocías?

—No.

Pero había soñado con ella. Con otro rostro. Incluso cuando todavía no habían intercambiado palabras. No quiso decírselo, era ridículo y eso la iba a llevar a pensar que tenía alguna intención rebuscada con ella y que por eso la soñaba. Lo cierto era que Jazlyn le parecía divertida y alocada. Era bonita y distinta a lo que estaba acostumbrado, pero nada más.

—Está bien. Perdón por entrometerme y gracias por interceptarme. ¿Otra porción?

Mason sonrió.

—Sí, ya voy yo.

No quería saber nada más de ese sueño. Ya le tocaría, con seguridad, enfrentarlo esa misma noche. Así que fue adentro y trajo dos porciones más.

—¿Quién es Declan? —preguntó al regresar.

—Mi *exnovio* —dijo Jazlyn, enfurruñada—. Salí con él durante dos años hasta que descubrí que, en realidad, yo era su amante. Tenía una novia hacía seis años.

—Un buen tipo... —Ironizó Mason—. ¿Y seguís con él?

—No, a veces me escribe y no puedo evitarlo...

—Debo confesar que me sorprende. Parecés una mujer bastante decidida.

—Lo soy, pero él... es mi debilidad. Otro día te lo voy a contar.

—Sos rara. —Chasqueó la lengua y cambió de tema, porque no quería incomodarla—. ¿Te gusta la *pizza de pepperoni*?

—No.

—Mentira.

—Verdad.

—No la probaste.

—No, pero porque ya sé que no me gusta.

—Ah, no. Eso no puede ser —dijo Mason, indignado y extendió la porción hacia ella. Las alarmas de Jazlyn sonaron. *No hagas lo mismo, no hagas lo mismo*. Pero Mason sonrió. ¿Quería que lo hiciera? Cuando Jazlyn se inclinó y mordió la porción, los ojos de Mason se detuvieron en sus labios.

Londres, 1992

Ese único viaje de trabajo a Londres había sido fantástico para Mason, que ahora se desplazaba por la ciudad como si hubiese vivido allí toda la vida. Por supuesto que no lo había hecho con tacones, ni con tres niños correteando a su alrededor. Se detuvo en medio de Piccadilly Circus y dio tres aplausos.

—¡Vengan aquí! —exclamó.

Los niños no se detuvieron, Madison bailaba con un oso entre sus brazos, mientras Tom y Paul se empujaban entre sí y reían. Resopló. Él era el pequeño de la familia, así que nunca había lidiado con niños, ni siquiera con hermanos o primos menores.

—Tranquila —murmuró la mujer a su lado. Era parecida a ella, pero unos años menor—. No podés hacer este escándalo por la calle, Margaret.

Mason se quiso despertar. Claro que prefería esto de soñar con un lugar y una época más conocida que en su sueño anterior, pero esos pequeños eran demasiado difíciles de controlar.

—¿Por qué se portan tan mal? —gruñó.

—Porque son niños. —Sonrió la mujer a su lado—. Nosotras nos portábamos mucho peor. ¡Pobre mamá!

Mason se giró y observó a la mujer. Hanna. Así la habían llamado los niños cuando llegó a casa y propuso aquel paseo. De todos modos, ya lo sabía. Después de que Jazlyn buscara información en Internet, conocía un poco más acerca de Margaret.

—Lo sé —respondió Mason, aunque en realidad no lo sabía.

—¿Te acordás esa noche en la que fuimos a las caballerizas y robamos dos caballos?

Mason sonrió. Por supuesto que no lo recordaba, pero quería hacerlo. Ojalá supiera cómo lograrlo otra vez. En aquel último sueño de Italia, había accedido a los recuerdos de Carmelo como si el hombre le hubiese entregado su mente para que hiciera lo que quisiera con ella.

Tomaron asiento en una cafetería bastante lujosa. Las mesas estaban cubiertas por manteles blancos y las sillas eran del mismo verde agua que el empapelado floral que vestía las paredes. El aroma a mantequilla y azúcar era demoledor en el buen sentido. Mason les pidió a los niños que se comportaran, pero no tuvo que insistir demasiado. Como si entendieran muy bien cómo debían comportarse en un sitio como ese. Hanna revisó el menú y pidió una merienda bastante completa para todos. Mason apoyó la espalda en su asiento y trató de mantenerse tranquilo. De alguna manera, siempre que tenía aquellos sueños se sentía tensionado. Como si temiera ser

descubierto o como si creyera que, en realidad, algo de lo que decía Jazlyn tuviera sentido.

Suspiró e intentó liberar la tensión. Margaret Harper era real. Hija de una familia de mucho peso en la clase alta inglesa. Hermana de Hanna. Se había casado muy enamorada de Harry Lennox, pero las cosas no habían funcionado. Y a Mason le daba pena porque a pesar de los errores que cometía Margaret, existía esa conexión que le permitía percibir cómo se sentía ella y cuánto le pesaba aquella situación.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Hanna. Lo hizo en un tono suave, pero con la mirada intensa. Se refería a Harry, claro. Pero con los niños delante había ciertas cosas que no se podían decir.

—Como siempre —se limitó a responder.

—Papá se enojó porque no había mantequilla en casa

—dijo Tom.

Mason se giró a observarlo. Él solo tenía registro de los momentos que soñaba, así que no sabía nada de aquel episodio que estaba comentando el niño.

—Lanzó toda la comida fuera de la heladera —agregó Paul—. Mamá lloraba y con Tom la ayudamos a guardar todo en la heladera nuevamente.

—Y luego yo acompañé a mamá a comprar mantequilla —dijo Madison.

El dolor en la boca del estómago se extendió por todo el cuerpo de Mason. No sabía si era él o si se trataba de Margaret, pero dolía. No por Harry, sino por el peso de esos episodios en la vida de aquellos niños tan pequeños.

Hanna no hizo a tiempo a responder. Una camarera trajo un té para Margaret, otro para Hanna y tres tazas humeantes de chocolate para los niños que acomodó con suavidad sobre la mesa. Un plato con magdalenas calientes espolvoreadas con azúcar fue atacado rápidamente por Tom y Paul. Una vez que la camarera dejó el plato de galletas glaseadas, Margaret tomó una y se la entregó a Madison.

—¿Por qué insistís en creer que las cosas van a cambiar? —preguntó Hanna.

—No creo que las cosas cambien —dijo Mason.

—¿Creés que es lo mejor para ellos? —Con una mirada, indicó que se refería a los niños—. Está a la vista que no.

—No es sencillo —susurró Mason, porque entendía a Margaret. Sabía que deseaba divorciarse. Que, de hecho, lo necesitaba. Vivía con miedo a las reacciones de su esposo pero, al mismo tiempo, sentía que sus hijos lo querían y que sufrirían mucho si finalmente él accedía al divorcio.

—Sé que no lo es... pero, Margaret. —Suspiró Hanna—. Estás muy cambiada. No eras así.

—¿Podemos hablar en otro momento? —la interrumpió Mason, porque le inquietaba que los niños escucharan la conversación. Hanna le hizo caso y cambiaron de tema. Le contó a Margaret sobre el trabajo que estaba haciendo con su fundación. Ayudaban a niños que no habían tenido acceso a la educación a alcanzar un nivel aceptable para que luego sean admitidos en las escuelas con una beca sustentada por la familia Harper.

Una vez que acabaron con la merienda, se dirigieron caminando hasta el Hyde Park. Por

momentos, Mason notaba algunas miradas por parte de la gente. Tanto ella como Hanna pertenecían a una familia distinguida. Y, además, ella estaba casada con uno de los empresarios más reconocidos del país. Lo bueno era que nadie se acercaba, solo se trataba de simples miraditas disimuladas.

Ni bien entraron al parque, Hanna echó a correr con los niños y Mason lanzó una risita. La hermana de Margaret era muy alegre y a Mason le recordaba a alguien, aunque no lograba recordar a quién. Suspiró y cerró los ojos mientras caminaba lentamente. La temperatura era agradable. La brisa se sentía suave y, sin el calor del sol que estaba cayendo, se empezaba a sentir un poco fresco. Abrió los ojos y tomó asiento en un banco. Desde allí, observó a Hanna y los niños. Le daba pena que Margaret no se animara a terminar con su matrimonio cuando, evidentemente, eso no afectaría tanto a sus hijos como lo hacían las actitudes violentas de Harry, sin embargo, la entendía. A él también le costaba mucho trabajo tomar decisiones difíciles. Hacer cambios... dar un volantazo sin saber qué podría generar.

Se preguntó hasta cuándo tendría esos sueños que contrario a permitirle descansar, lo abrumaban cada vez más. ¿Y si Jazlyn tenía razón? ¿Por qué estaba ocurriendo? No quería tener más problemas que los propios y, de repente, los sueños le añadían más preocupaciones. Resopló e intentó relajarse. Se recordó que los problemas de Margaret no le pertenecían ni debía resolverlos, que si ella había existido, si ese mundo con el que soñaba era real, él no debía sentirse responsable. Se propuso no continuar cargando esa mochila porque sus problemas personales ya le pesaban demasiado. Y si no podía elegir qué soñar o cuándo acabaría, entonces, debía divertirse.

Se puso de pie y se quitó los tacones. Corrió hacia donde estaban los niños y su hermana. Madison estaba girando con su oso y se detuvo de inmediato. La observó con los ojos enormes, como si ver a su mamá feliz fuese algo imposible. Algo nuevo.

Mason la tomó en brazos y la hizo girar en el aire. La escuchó gritar mientras la risa de Tom y Paul resonaba de fondo. En medio de los giros vio la sonrisa de Hanna y entendió cómo el dolor propio, muchas veces, afecta a quienes nos rodean. Por eso él ocultaba sus sentimientos ante su familia. Los fracasos en su trabajo, las frustraciones diarias y la soledad... Él dejaba todo aquello bien escondido y alejado de sus seres queridos. Y le parecía bien, porque su familia ya había tenido una pérdida demasiado dolorosa como para añadir algo más.

Una vez en casa, Hanna se despidió de los niños y Mason llenó la bañera para Madison. Tom y Paul se pusieron el pijama después de darse un baño y se acomodaron frente a la TV. Una vez que Mason terminó de ayudar a Madison, tomó asiento en el sofá frente a la televisión. Los niños miraban dibujos animados y la niña, sentada sobre la alfombra, peinaba el cabello de una muñeca.

La mano de Mason se coló en su bolsillo y extrajo el papel. Lo había tomado de una tienda que vendía discos de vinilo. Le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa.

Iba a cumplir un sueño, dentro de un sueño.

M E A N F I D D L E R P R E S E N T S

READING' 92

AUGUST BANK HOLIDAY WEEKEND

FRI 28TH AUGUST
FROM 2PM

**THE
WONDERSTUFF**
THE CHARLATANS
PUBLIC IMAGE
LIMITED
PJ HARVEY
MEGA CITY FOUR
THE MILLTOWN
BROTHERS
FATIMA MANSIONS
REDD KROSS

SAT 29TH AUGUST
FROM MIDDAY

**PUBLIC
ENEMY**
RIDE
MANIC STREET
PREACHERS
THE FARM
SMASHING PUMPKINS
ROLLINS BAND
THOUSAND
YARD STARE
BUFFALO TOM
THERAPY?

SUN 30TH AUGUST
FROM MIDDAY

NIRVANA
NICK CAVE
MUDHONEY
TEENAGE FANCLUB
L7
PAVEMENT
SCREAMING TREES
THE MELVINS

SESSION TENT

LEVITATION
CARDIACS
CRACKER
LUNACHICKS
THE GOD MACHINE
COP SHOOT COP
LEATHERFACE
SOME HAVE FINS
HAIR AND SKIN
TRADING CO
DF 118
SWEET JESUS

BAD II
SUEDE
SUNSCREEM
SULTANS OF PING FC
THE HEARTHROBS
FINITRIBE
SHONEN KNIFE
SPIT FIRE
THE STAIRS
URGE OVERKILL
SENSITIZE
TABITHA ZU

ROCKINGBIRDS
ROLLING REVUE
CATHERINE WHEEL
EAT
DR PHIBES AND THE
HOUSE OF WAX
EQUATIONS
REVOLVER
SCORPIO RISING
PELE • EUGENIUS
POWER OF DREAMS
25TH OF MAY
POPS COOL LOVE

COMEDY TENT

FRANK SIDEBOTTOM
BRIGHTON BOTTLE
ORCHESTRA
HUGH LENNON
MARK LAMARR
DOON
LOGAN MURRAY
WOODY BOP MUDDY
AL MURRAY
HARRY HILL

THE DOUG ANTHONY
ALLSTARS
MARK HURST
TOMMY COCKLES
RUBBER BISHOPS
UNCO-ORDINATED
JUGGLERS ASSOCIATION
JAMES MACABRE
BOB MILNØEL JAMES
BOB DOWNES

FRANK SKINNER
JOHN HEGLEY
CHRIS LYNAM
SIMON GODLEY
CHRIS & GEORGE
CHRIS LUBY
FELIX
GAYLE TUESDAY
ANDRE VINCENT

THREE DAY
TICKET AVAILABLE
IN ADVANCE AT £49

BEI SUBJECT TO CHANGE
ARTISTS NOT IN ORDER OF APPEARANCE

INFORMATION
081 963 0797
No extra charge

Se puso unos *jeans* holgados y una camiseta de Nirvana que había comprado a escondidas. Se observó en el espejo y volvió a sonreír. Iba a ver a Nirvana en vivo, algo que nunca había podido siquiera soñar.

Respiró hondo. Estaba tan nervioso como si se encontrara despierto. Esa tarde, cuando Hanna quiso entrar a la tienda de discos, él lo hizo de mala gana con los niños correteando a su alrededor. Entonces, vio el folleto del Reading Festival y un cartel que indicaba que allí se vendían boletos. Todo aquello le llamó la atención de forma inmediata, porque Mason tenía el disco que se grabó en vivo en ese festival en el año 1992. El corazón le había empezado a latir desesperado, así que sin dudar revolió la cartera de Margaret y compró un *ticket*. Además, pidió una camiseta de Nirvana y guardó todo dentro de una bolsa con ropa que acababa de comprarle a los niños.

Y ahora estaba allí, dispuesto a salir camino a cumplir su sueño más grande e imposible.

Por suerte, Harry había viajado a Liverpool por cuestiones de trabajo, así que no necesitaba llegar temprano ni esconderse demasiado. Le pidió a su mayordomo que le avisara a su chofer y no se preocupó demasiado cuando ambos la miraron con el rostro desencajado al verla con *jeans*, zapatillas deportivas y una camiseta de Nirvana.

—No sabía que le gustaba ese tipo de música, señora —le dijo el mayordomo.

—Es mi secreto mejor guardado —respondió él, que en lo único que podía pensar era en que *por favor* no ocurriera nada que lo despertara.

Se acomodó en el asiento y se dedicó a observar a través de la ventana. Recordaba haber leído sobre aquella presentación de Nirvana que estaba a punto de vivir. Había visto videos en YouTube una y otra vez. La banda se había presentado en aquel festival de forma consecutiva en las ediciones de 1991 y 1992, pero entre una y otra presentación, habían ocurrido demasiadas cosas. Y Mason las conocía todas.

En 1991, Nirvana había estado a la mitad del cartel del Reading Festival. En 1992, lo encabezaba. Y es que en aquella primera presentación, el álbum *Nevermind* y su *hit Smells Like Teen Spirit*, todavía no habían salido a la luz. Pero, entonces, cuando regresaron al festival el 30 de agosto de 1992, la banda era una sensación y ya se posicionaba como la más grande del *rock* de la generación.

Y Mason estaba a punto de vivirlo.

Bajó del vehículo y se unió al grupo de gente que entraba al festival. Llevaba el boleto en la

mano. Le echó un vistazo antes de entregarlo, porque sabía que no iba a poder guardarlo como hacía con los boletos de todos los recitales a los que iba. Todo desaparecería cuando despertara.

Se coló entre las personas una vez que ingresó porque necesitaba estar bien ubicado. Iba a ver a Kurt Cobain. Iba a respirar el mismo aire que su ídolo. Iba a escuchar a su banda favorita y necesitaba estar bien cerca y gritar bien fuerte. Porque era un sueño y en ellos todo es posible.

Cerró los ojos y respiró hondo. *Sam, voy a verlos*, pensó.

Y no se sintió ridículo, porque aunque lo negara, sabía que aquellos sueños eran casi tan reales como su vida diaria. Que no lo comprendiera, era otra cosa.

El tiempo transcurrió lento en la medida en que aumentaba la ansiedad.

Mason imploró seguir dormido. Pensó en que si había un ruido demasiado fuerte en la calle, él despertaría. Y que si, de repente, sentía ganas de ir al baño, la molestia lo iba a despertar. Deseó seguir durmiendo profundamente. Porque cuanto más profundo él durmiera, más chances tendría de sentir ese sueño.

Entonces, el concierto comenzó.

Mason permaneció de pie sin mover un solo músculo. A su alrededor, todos veían a una mujer que se notaba (y que sabían, porque era lo suficientemente conocida) que pertenecía a una clase social más alta que el resto. Una mujer de cuarenta y siete años en el año 1992, con una camiseta de Nirvana que observaba al escenario como si toda su vida estuviera allí. Y, en parte, lo estaba. Para Mason, Nirvana era más que música. Era el hilo rojo que lo unía a su hermana. Era lo único que los conectaba.

Sonaba *Breed* en la noche oscura de Reading. Kurt Cobain llevaba una peluca rubia. Mason ya lo sabía, porque lo había visto todo pero, aun así, su corazón latía desesperado. Empezó a saltar junto con todos los demás a su alrededor. Le siguió *Drain You* y luego *Aneurysm*. Y Mason saltó, cantó y gritó. Kurt se quitó la peluca, fumó en el escenario y rio. Mason lo observó todo y lo sintió bien profundo, como si no estuviera recostado en su cama, en aquel departamento de Nueva York. En el año 2023.

Cantó y sintió el viento en la cara. Se sintió liviano y completamente feliz.

Vivió su sueño al máximo y cuando acabó el concierto, subió al automóvil de su chofer y sonrió todo el camino de regreso. Estaba excitado, para nada apenado porque había terminado. Se sentía feliz de haberlo vivido, aunque fuera un sueño. Aunque nada tangible quedara de ello. Aunque no hubiera pruebas que lo acreditaran.

Se encontró frente al espejo de la habitación de Margaret. En una casa triste y silenciosa, él era más feliz que nunca en toda su vida. Fue en ese preciso instante en el que su cuerpo expulsó un rayo de luz. Y luego otro. Mason abrió los ojos y se observó en el espejo. Veía a Margaret igual que siempre. Entonces, otra explosión de luz. Sus labios se movieron y Mason escuchó la voz de Margaret decir en voz alta y a través de sus labios.

Yo quiero sentirme así de feliz. Ayúdame, Mason.

Nueva York, 2023

Mason pasó dos horas acostado, con los ojos abiertos y la mirada perdida. Últimamente, lo único que quería hacer cuando despertaba era olvidar esos sueños. Sin embargo, a lo largo del día aparecían fragmentos en su cabeza. Momentos, situaciones, palabras y sentimientos que había vivido mientras dormía.

En esa oportunidad, lo último que quería era olvidar.

Buscó la presentación de Nirvana en el Reading Festival de 1992. El concierto completo estaba publicado en el canal oficial de la banda, en YouTube. No era la primera vez que lo veía, de hecho, fue una de las presentaciones más icónicas de la banda y cuando Taylor no estaba en la oficina, más de una vez lo había puesto para escucharlo de fondo mientras trabajaba. No obstante, en esa oportunidad Mason lo veía diferente. Había estado allí. Había sostenido ese boleto y había oído la voz de Kurt Cobain. No con sus oídos, pero sí con los de Margaret. Y tal vez eso era lo que más le inquietaba de aquellos sueños. Esa conexión difusa. Esa línea tan delgada que dividía a Mason y a Margaret. A Mason y a Carmelo. Parecía como si fueran lo mismo, pero con diferente cuerpo.

Así se había sentido luego del concierto. Porque durante la presentación, Mason había saltado, cantado y gritado. No había tenido tiempo de pensar en nada más que en Sam. No recordó que estaba soñando, ni que su cabello era rubio. No se preocupó por si alguien a su alrededor reconocía a Margaret y, solo por momentos, se mantuvo quieto y con la boca cerrada. Se había tomado pequeños descansos para observar a su banda favorita, para asimilar que lo más imposible que había soñado en su vida estaba ahí, delante de sus narices.

Pero luego que acabó el concierto, cuando estuvo en ese automóvil nuevamente camino a la casa de Margaret, volvió a sentirla. Su preocupación por haber dejado a los niños tantas horas durante la noche, el miedo de que Harry hubiese vuelto de su viaje antes de tiempo y descubriera su ausencia. El pánico de que apareciera una fotografía de Margaret saltando en medio del público del Reading Festival y que él se enterara. En esos momentos, las líneas perdían contraste y a Mason, que no le importaban las consecuencias porque estaba soñando y sus problemas eran otros, lo atacaban sentimientos ajenos. Miedos o emociones de Margaret.

Respiró hondo para alivianar la angustia que lo invadió al recordar lo que había sucedido antes de despertar. Margaret había hablado y, no solo eso, sino que le había pedido ayuda. Se tomó la cabeza, de repente, nervioso. No podía solucionar los problemas de su vida y ahora

sentía que debía resolver situaciones ajenas que eran completamente alejadas a su realidad.

Sin siquiera pensarlo, le envió el enlace del concierto de Nirvana a Jazlyn. No hablaba con ella desde la noche en la que la había interceptado en la calle y comieron *pizza* juntos. Habían intercambiado correos por cuestiones laborales, pero él había intentado mantenerse alejado. La chica era extraña y parecía como si lo que a él le pasaba fuese importante para ella cuando en realidad se conocían muy poco. También le perturbaba un poco el hecho de que le había dado *pizza* en la boca, con la clara intención de coquetear. De repente, se había vuelto un maldito idiota de quince años.

LYN:

Millennials descubren Nirvana.

Mason enarcó las cejas al leer la respuesta. Jazlyn no tenía idea de con quién estaba hablando.

MASON:

En primer lugar, estoy en el umbral entre los millennials y los centennials. Y luego, te lo envié para decirte que anoche estuve en ese concierto. Pensaba contarte más pero, evidentemente, no estás lista para esta conversación.

El teléfono de Mason empezó a sonar, pero él solo rio y fue a darse una ducha con el concierto de Nirvana de fondo.

Cuando acabó, se hizo un plato enorme de huevos revueltos y cortó la palta más madura que encontró en la heladera. Tenía dos. Nunca sabía cómo debía elegirlas, así que lo consideraba suerte. En ese caso, estaba un poco dura. Pensó en Margaret y en lo fácil que era desayunar para ella. Prácticamente pestañaba y tenía un plato de *scones* o magdalenas delante de su cara. Por supuesto que tenía otros problemas, pero para él todo el asunto de cocinar o decidir qué comer siempre había sido un peso.

Por suerte tenía a Wonton Garden, el restaurante chino de enfrente. Era económico, la comida estaba buena y él era feliz sin detenerse a analizar la dudosa procedencia de sus platos. No se permitía pensar en la limpieza de la cocina de ese restaurante porque el *wonton* frito y el cerdo agridulce con arroz eran tan deliciosos que consideraba imposible eliminarlos de su vida.

Revisó los mensajes y rio al ver tres mensajes de Jazlyn. En uno le decía que era *millennial* y que debía aceptar su edad. En otro, le pedía que por favor le contara más sobre su sueño. Por último, uno enviado de unos cuantos minutos después: *¿Te gusta Nirvana? Si es así, entonces estoy feliz por vos. Cumpliste el sueño más grande e imposible de todos los que crecimos con su música.*

A Mason eso le llamó la atención. Nirvana era una banda que solía gustarle a personas más grandes porque, a pesar de que seguía siendo una de las bandas más importantes que había tenido la música, su historia había acabado abruptamente. En su caso, quien lo había unido a Nirvana

había sido Sam. Sonrió al recordarla.

Era raro que Mason sonriera debido a Sam, pero él no lo notó.

Una vez que acabó el desayuno, lavó el plato, tomó las llaves y abandonó el departamento. Era sábado, estaba agotado pero tenía ganas de pasar un día tranquilo y darse algunos gustos. Cruzó hacia el Columbus Park y tomó asiento en un banco junto a las canchas de fútbol y básquet. Permaneció allí, viendo a un grupo de niños jugar.

Él nunca había sido bueno en los deportes, pero en la casa de sus padres, en Filadelfia, tenían un aro de básquet. Durante el verano, Mason pasaba prácticamente todo el día jugando con sus hermanos en el jardín del fondo. Corrían de la pequeña piscina hacia el aro y practicaban tiros hasta que se secaban. Sam era la mejor, porque era la más grande y la más ágil. Nick era bueno pero su fuerte era el *lacrosse*, así que se le dificultaba superar a la mayor de los hermanos, y Mason, bueno, él era el peor de los tres y al que más le importaba.

Sonrió amargamente al recordarlo. Nick solía reírse cuando él fallaba y eso le molestaba mucho. Se sentía inútil e impotente, no podía tolerar hacer las cosas mal. Y Nick, que era tres años mayor que él y todo le importaba muy poco, no se daba cuenta de que sus burlas hacían daño a su hermano. Pero Sam sí lo notaba. Era una chica demasiado observadora.

Una mañana, cuando Mason tenía ocho años y Sam catorce, lo despertó abruptamente. Le dijo que Nick se había ido de campamento por el fin de semana y que tenían que aprovechar para practicar tiros al aro y superarlo. “*No va a soportar perder*”, le dijo, para incentivarlo. Así, pasaron la tarde de la piscina al aro y del aro a la piscina. Sam conectó su viejo discman a un pequeño parlante y puso un disco de Nirvana que se reprodujo una y otra vez toda la tarde. Le dio consejos y descansaron bebiendo limonada helada bajo el sol. Mason siguió siendo bastante malo en sus tiros, pero al día siguiente del regreso de Nick, hicieron un torneo entre hermanos como el que hacían siempre y, por primera vez, Mason quedó en segundo puesto, después de Sam. Pensó que Nick enloquecería, pero él rio y le dio una palmadita en la espalda. Mason siempre quiso ser como él y que nada le afectara tanto.

Se puso de pie y caminó por el parque. Había un antiguo puente techado que lo recorría a lo ancho. Mason subió las escaleras y apoyó los codos sobre la baranda de hierro. Observó desde allí a los niños divirtiéndose y luego, a los hombres que jugaban al póker por dinero. Había hombres y mujeres que atravesaban el parque con bolsas de compras o, simplemente, con las manos en los bolsillos. Se incorporó y tomó el móvil. Buscó el contacto de su hermano y le mandó un mensaje. Le preguntó cómo estaba y este le respondió de inmediato. Le envió una foto de él junto a su esposa, con una enorme panza de embarazada. Un pequeño perro blanco y peludo aparecía en el fondo de la fotografía. Sam. Así le había puesto su hermano cuando, junto con la que en ese momento era su novia y ahora su esposa, lo rescataron de la calle.

Le preguntó cómo estaba él y se mostró entusiasmado por su mensaje. Eso hizo sentir bien a Mason, que a veces era *tan* solitario, que creía que de verdad no necesitaba del cariño de sus seres queridos. Le envió una foto del parque, porque estaba demasiado despeinado y ojeroso y bromeó: *¿Seguís siendo bueno con los tiros al aro?*.

Su hermano le respondió rápidamente: *Perdí la práctica, pero el aro sigue intacto en casa,*

cuando te dignes a visitarnos podemos batirnos a duelo. Está claro que cuando Sam no compite, hay más chances.

Nick se refería a la casa de sus padres. Mason llevaba dos años sin viajar a la ciudad y evitando que su familia lo visitara. Y cada mes que pasaba, hacía que fuese más difícil regresar.

Y su hermano había mencionado a Sam. Lo había hecho como algo habitual. Como si no le pesara. A él, en cambio, leer su nombre le había producido un gran nudo en la garganta. Se limitó a responder: *Tendré que prepararme solo por compromiso* y su hermano no dudó en responderle. *En breve tendrás una sobrina a la que visitar.*

Mason lo sabía. Desde el instante en el que se había enterado de la noticia de que Nick sería papá, supo que debería visitar Filadelfia. Igual que dos años antes, cuando se casó. No quería pensar en ello, regresar allí le hacía daño y prefería guardar la preocupación para cuando llegara el momento.

Cuando el sol empezó a calentar un poco más, Mason pasó por el supermercado. Compró gaseosas, cervezas, productos de aseo y lo básico: huevos, frutas, verduras y una gran cantidad de bolsas de papas fritas.

Tomó Mulberry, la calle de su departamento, y caminó cinco cuadras. Luego tomó Kenmare a la izquierda hasta Eileen's Cheesecake. Era un día para darse gustos y ver el concierto de Nirvana en el Reading Festival una y otra vez. La tienda era pequeña pero reconocida por todo el mundo. A veces, Mason odiaba que fuera tan popular porque se llenaba de turistas de todo el mundo, pero le gustaba que se mantuviera así, como el día en el que abrió. Tenía una heladera pequeña repleta de tortas de queso individuales y algunas más grandes. Las paredes presumían espejos viejos y cuadros. Sobre la heladera, un pizarrón con las diferentes opciones de tortas escritas con tiza verde y rosada. Unas mariposas de papel estaban dispersas por toda la pequeña tienda que solo tenía tres mesas y una barra. Se pidió dos pequeñas tartas de queso. Una de fresa y otra de *salted caramel*, sus favoritas. Luego, se desvió una cuadra más por Mulberry y pidió una hamburguesa y papas para llevar en Bronson's, su hamburguesería favorita.

Con el festín en mano, regresó a casa.

Almorzó y devoró una de las tartas de queso de postre. Por la tarde, engulló la restante con un café y cuando empezó a anochecer, le mandó un mensaje a Duncan. Hacía mucho que no lo veía y ese sábado se había levantado más sociable de lo habitual.

Quedaron en verse una hora más tarde en un bar irlandés. Duncan había sido su compañero de borracheras durante la época universitaria. Habían compartido habitación y consolidado una gran amistad que todavía conservaban. Bebieron y hablaron un poco de sus trabajos y de la vida en general.

De todas las personas que existían en el entorno de Mason, Duncan era el único que conocía todas y cada una de sus frustraciones: su fracaso laboral, las broncas con su jefe, la impotencia que sentía por no poder mudarse de ese departamento y, un poquito, las ganas que tenía de enamorarse y de vivir cosas nuevas. Él era un gran consejero, pero todo lo que le proponía, a Mason le parecía imposible. No podía renunciar al trabajo y buscar algo mejor porque si no podía crecer en la empresa que ya conocía, peor le iría en un sitio nuevo. Además, le daban

pánico los cambios.

Tampoco le parecía buena idea usar aplicaciones de citas para conocer a alguien.

Así que, intentó que la conversación girara en torno a la vida de él. Por supuesto, que ni se le cruzó por la cabeza hablarle sobre sus sueños. Ya bastante que le había contado a Jazlyn, y eso, porque ella no lo conocía y no le interesaba lo que pensara de él.

Mientras su amigo hablaba de su esposa, con la que llevaban tres años casados, Mason pensó en Margaret y en su pedido de ayuda. Sin venir a cuento, lo interrumpió:

—¿Cómo harías si te tuvieras que divorciar?

Duncan enarcó las cejas y apoyó el vaso en la mesa lentamente.

—¿Divorciarme?

Nueva York, 1992

La almohada era más suave de lo habitual. Mason se acomodó en la cama y lanzó un suspiro sin abrir los ojos. Se sentía descansado pero le dolía el cuerpo. Dio una vuelta en la cama y abrazó la almohada para seguir durmiendo.

—Margaret. —La voz de un hombre le quitó toda la paz—. Tengo que irme.

Mason abrió los ojos y se sorprendió al ver a Harry. El esposo de Margaret se encontraba de pie en medio de la habitación. Vestía pantalones negros y camisa blanca. Se puso un saco sin quitarle los ojos de encima.

—Bueno —respondió Mason, que gruñó por dentro al darse cuenta de que estaba soñando nuevamente.

Harry se acercó a la cama, le quitó las sábanas con suavidad y la observó. Margaret llevaba un camisón de seda blanco. Mason estaba seguro de no haber vestido jamás una prenda tan costosa. Y mucho menos para dormir. El esposo lanzó un suspiro y tomó asiento en la cama, luego, levantó el camisón de Margaret lentamente.

—¿Duele? —preguntó, mientras deslizaba los dedos sobre el cuerpo de ella.

Mason dio un saltito cuando el tacto suave de Harry le provocó un dolor profundo en la zona de las costillas. Sus ojos encontraron un gran moretón.

—Perdón —murmuró—. Estoy cansado de que me obligues a hacer estas cosas.

Mason lo observó, intentando comprender.

—¿Qué es lo que te obligo a hacer? —preguntó, aunque estaba seguro de conocer la respuesta.

—A lastimarte. ¿O pensás que quiero hacerlo? —susurró él, con una pena que Mason no creyó en absoluto—. Pero me obligás constantemente. Salís a escondidas, te acostás con el tenista ese prácticamente delante de mis narices. Y lo hacés por venganza, cuando sabés bien que si no tuviera sexo con otras mujeres, no podría vivir.

Mason no pudo creer lo que oyó.

—¿No podrías vivir? —preguntó, atónito.

—Vos no querés tener sexo conmigo, soy humano. Me obligás a buscarlo afuera. —Suspiró—. ¿Con quién fuiste a ese festival? ¿Ahora te acostás con un rockero?

Mason carraspeó para darse tiempo a responder, pero se dobló de dolor por el esfuerzo.

—Fui sola al recital —dijo—. Me gusta Nirvana.

—Es una banda para adolescentes —acusó—. Para adolescentes con problemas mentales. Mason se enfureció por dentro.

—Quería vivir la experiencia —respondió, evitando decir lo que realmente pensaba.

—Ya te parecés a tu hermana. Bueno, solías ser como ella, pero cuando nos casamos supuse que lo dejarías atrás. —Se peinó con los dedos. Mason se preguntó en qué estaba pensando Margaret cuando se casó con semejante idiota—. Ya no sos una adolescente. Sos madre de tres niños y les estás dando un ejemplo vergonzoso.

—No puedo creer que estés hablando de ser un ejemplo para los niños —dijo Mason, sin medir sus palabras. Harry se quedó duro—. Sos un hombre violento que trata mal a su esposa y limita a su hija menor solo por ser mujer.

La mirada de Harry se tiñó de negro. Mason pudo sentir la furia corriendo por sus venas. El silencio fue profundo y doloroso. El tiempo pareció detenerse, pero Harry lo único que hizo fue tomar el camisón de Margaret y deslizarlo hacia abajo, cubriendo la herida.

—Mejor me voy. No quiero pasar el día sintiéndome culpable por ponerte en tu lugar.

—Pegarme. A eso te referís, ¿verdad? —Mason se acomodó en la cama—. Si te parece bien lo que hacés, empleá las palabras adecuadas.

En cuanto esas palabras escaparon de su boca, Mason sintió una mezcla de placer y terror. El placer fue suyo. El terror, de Margaret.

—Creo que hice bien en traerte conmigo. Evidentemente, estás fuera de tus cabales. Tendré que llevarte conmigo a todos mis viajes de negocios.

Mason permaneció inmóvil hasta que Harry atravesó la puerta. Luego, se dejó caer en la cama lentamente. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse. En el último sueño, Margaret le había pedido ayuda. No quería sentir que estaba enloqueciendo, pero lo cierto era que, probablemente, ya estuviera sumergido en la demencia por completo.

Intentó tranquilizarse, centrándose en su respiración. Quería conectar con Margaret como lo había hecho con Carmelo. Quería entenderla todavía más, para poder brindarle esa ayuda. Trató de mantener la mente en blanco, pero fue difícil cuando en realidad tenía claro que estaba soñando. *Nada es imposible cuando lo que ocurre no tiene sentido*, pensó Mason. Y esa simple creencia, permitió que lo imposible sucediera.

Todavía con los ojos cerrados, Mason encontró en su mente lo que Margaret quiso contarle. Una versión adolescente de esa mujer, cabalgando con su hermana y luego riendo a escondidas en la cocina de una casa inmensa mientras comían galletas como si fuera el peor de los pecados. Luego, vio cómo nacía Tom. Sintió la pureza de la mirada de ese niño. Se sucedieron muchos recuerdos más: el nacimiento de Paul, la llegada al mundo de Madison. Su primer beso con Harry, que le llenó el corazón de ilusión. Abrazos con sus padres. Un casamiento imponente. Vacaciones en diferentes partes del mundo. Un perro que la llevaba a rastras por el Hyde Park mientras ella hacía todo lo posible para no caer. Un llanto desesperado después del primer acto violento de Harry. El miedo de que también fuera violento con los niños. La necesidad de ponerse ella en la primera línea para protegerlos.

Cuando Mason abrió los ojos, su rostro estaba lleno de lágrimas. Permaneció allí, pensando

en que otra vez estaba soñando, pero todo se sentía muy real. Y cuando la pena dio paso a la necesidad de ayudar a aquella mujer, Mason se puso de pie y descubrió que no estaba en su casa. “*Tendré que llevarte conmigo a todos mis viajes de negocios*”, le había dicho Harry. Caminó hacia la ventana y corrió las cortinas. No lo dudó ni un instante, podía reconocer esa ciudad con los ojos cerrados.

Estaba en Nueva York.

Se puso un vestido suelto de color blanco que encontró colgado en el placar del cuarto de hotel. Buscó un calzado cómodo entre las pertenencias de Margaret, pero la comodidad no era un lujo que cupiera en la vida de la mujer. De modo que optó por unas sandalias bajas que encontró y no se preocupó demasiado porque esos pies estaban mucho mejor preparados que los de él.

Antes de abandonar la habitación, tomó un bolígrafo que estaba sobre el escritorio de la habitación en *suite*. Frunció el ceño al leer el nombre del hotel: The Helmsley Palace Hotel. Por lo que había podido observar a través de la ventana, Mason estaba seguro de que se encontraba en Midtown. Dejó el bolígrafo y abandonó la habitación.

El hotel era lujoso, con ventanales en forma de arcos pronunciados y escaleras extensas. Las alfombras de color azul con ribetes dorados contrastaban con el mármol rosado de los escalones. En el *lobby*, Mason se detuvo un instante para observarlo todo. No estaba acostumbrado a la vida que llevaba Margaret Harper. Hasta entonces, había pensado que el dinero daba cierta libertad, pero esa mujer era todo menos libre. “*El piso de este hotel brilla más que mi futuro*”, murmuró Mason y, de inmediato, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo había escuchado. Avergonzado, se encaminó hacia la salida.

El aroma de su ciudad lo recibió en cuanto puso un pie en la avenida Madison. Era difícil de describir, pero el olor de Nueva York lo hizo sentir un poco más despierto. Observó la fachada del hotel y descubrió que se trataba del famoso Lotte New York Palace, uno de los más lujosos de la ciudad y famoso también por una de las series icónicas de los años 2000: *Gossip Girl*. Hasta ese momento, Mason no tenía idea de que había llevado otro nombre anteriormente.

Sin dudarlo, se dirigió hacia el Central Park y aprovechó las diez cuadras que lo separaban de allí para buscar diferencias entre esa ciudad y la que él conocía. Treinta y un años separaba a una de la otra. Se detuvo a observar tiendas que ya no existían y fachadas que habían cambiado. Pensó en Jazlyn, la única persona que sería capaz de creer semejante delirio cuando despertara.

Compró un café negro y lo bebió sin endulzar mientras recorrió el Central Park.

Cuando se mudó a Nueva York, Mason tenía dieciocho años y era la primera vez que estaba lejos de su familia. Contrario a lo que había pensado antes de abandonar Filadelfia, le había sido muy difícil no tener una casa llena de personas al final del día. Claro que vivía en el campus y las habitaciones estaban muchas veces a rebosar de chicos, pero le hacía falta ese clima familiar al que había estado acostumbrado desde niño. El aroma de la comida que preparaba su mamá, las peleas con su hermano porque ninguno de los dos quería poner la mesa. Los dedos de su papá

robando comida mientras su mamá cocinaba. Claro que los mejores recuerdos eran de cuando aún estaba Sam; pero de todos modos, cuando se encontró solo en esa gran ciudad, Mason comprendió que eso que amaba de su familia, no había cambiado con la partida de ella.

Así que, cuando se sentía abrumado por los estudios y el ritmo del campus, Mason iba al Central Park y caminaba sin rumbo igual que como estaba haciendo en ese sueño. Se había perdido muchas veces al comienzo, pero luego había tatuado los senderos en su cabeza. Durante el verano, cuando tenía más tiempo libre, tomaba asiento y disfrutaba de la luz de las luciérnagas. Era como su Times Square secreto, porque aunque tomara fotos con el móvil, era imposible documentar cómo las pequeñas criaturas lo iluminaban todo.

Sonrió por la nostalgia de aquellos recuerdos de cuando todavía era un adolescente que creía que tenía chances de soñar en grande. Tomó asiento y bebió el café mientras dejó que la nostalgia y los recuerdos se esfumaran. Se preguntó si a Margaret le gustaba el café sin endulzar y si era feliz en ese banco del Central Park, sintiendo la brisa que ya se ponía más calurosa con el paso de las horas. Si Jazlyn tenía razón y él estaba soñando con sus vidas pasadas, entonces en ninguna de ellas había sido completamente feliz. Eso lo hacía sentir todo más denso, así que intentó convencerse de que era un sueño, de que estaba estresado por la presión en su trabajo y que, a lo mejor, era momento de practicar yoga o hacer algo distinto para poder descansar mejor.

Tal vez, debía dejar de hablar con Jazlyn. Ni siquiera la conocía.

Pero Carmelo y Margaret habían existido. ¿Por qué soñaba con personas reales? ¿Eran solo reales las personas o también el contexto?

Se puso de pie, envalentonado por una idea y lanzó el vaso vacío a un cesto de basura. Se dirigió hacia la salida sur del Central Park y caminó dos cuadras hasta una de esas farmacias enormes que vendían de todo. Tomó un *pack* de tres candados medianos y luego, buscó un marcador indeleble en la sección de artículos escolares. De camino hacia la caja, tomó unos chicles de menta. A la hora de pagar, lo hizo con una tarjeta de crédito Platinum que solo era capaz de tener en sueños.

Sin pensarlo demasiado, se detuvo en la esquina, abrió el paquete de candados y tomó uno. Con el marcador negro, escribió MD, sus iniciales, y lo cerró alrededor de un barrote de la estación de subte de la Quinta Avenida y la calle 59.

Un rato después compró una limonada porque el calor ya era insoportable y eligió el enrejado de una cancha de béisbol del Central Park. Esta vez, luego de poner sus iniciales en el candado, eligió un rincón no tan accesible.

Con el último candado en mano, recorrió todo el parque. Estaba indeciso y, al mismo tiempo, todo lo que estaba ocurriendo le generaba tanto miedo, que a veces inconscientemente esperaba que algo o alguien lo detuviera. Tal vez, pensó Mason, era un buen momento para despertar. Luego de lo que se sintieron como largas horas, se resignó y tras escribir sus iniciales trabó el último candado en un rincón de una pequeña valla, a unos pasos del conocido monumento de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Tras permanecer allí unos minutos, observando el famoso monumento que un filántropo neoyorkino mandó a construir en los años cincuenta tras el fallecimiento de su esposa, Mason

abandonó el parque y tomó un taxi.

“Quiero recorrer Nueva York durante una hora. Te pago por adelantado”, le dijo al chofer, que aceptó gustoso, sobre todo cuando descubrió que aquella misteriosa mujer le estaba pagando más de lo que debería.

Se acomodó en el asiento y disfrutó de la ciudad. De su ciudad. Esa en la que soñó construir una vida colmada de grandes relatos, pero que todavía no llevaba ni dos páginas escritas. Todavía le resultaba fascinante, ni siquiera sus propias frustraciones habían logrado opacar todo lo que esas calles despertaban en él. Buscó diferencias nuevamente y cerró los ojos para recordar la apariencia actual. Observó los atuendos de hombres y mujeres en las inmediaciones del Rockefeller y el Bryant Park. Las oficinas en las que Mason trabajaba no existían. En esa época, Mason no existía.

—Me quedo aquí —dijo, de repente.

—Solo llevamos treinta minutos, señora —respondió el chofer.

—Está bien, pero aquí me quedo. Quiero verlas mejor.

—Son solo edificios muy altos —respondió el hombre.

—Puede ser.

Mason bajó del auto lentamente y levantó la vista. El corazón le latía desbocado, porque nunca las había visto y hacerlo, era absolutamente imposible. Pero como ya lo había pensado aquel día, *nada es imposible cuando lo que ocurre no tiene sentido*.

Mason pasó mucho tiempo allí, de pie, observando las Torres Gemelas. Él había amado esa ciudad antes de conocerla. La había elegido como el sitio en el cual cumplir sus sueños. Y esos edificios altos, eran todo un símbolo para él. Eran el antes y el después de su ciudad. Y, hasta entonces, él solo había conocido el después.

A su alrededor, los que transitaban apurados del trabajo a casa o de casa al trabajo, no se detenía a observarlas. Ellos solo conocían el antes.

Nueva York, 2023

Abrió los ojos, alterada. Oía un ruido ensordecedor, pero no entendía de qué se trataba. Tomó asiento en la cama y observó a su alrededor.

Al ruido insoportable, se sumaron unos golpes en la puerta.

—Jazlyn, tu teléfono no deja de sonar. —Era Max, la cocinera de la casa. Que era, a su vez, quien ayudaba en todo lo demás desde que Jazlyn tenía dos años.

—¿Qué teléfono? —preguntó, con los ojos pequeños.

La puerta se abrió y Max entró como un vendaval.

—Este teléfono. —Señaló en la mesita de luz junto a la cama.

—¡Ah! ¡El teléfono! —dijo Jazlyn entre bostezos—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿De la noche?! —exclamó.

Max enarcó las cejas y negó con la cabeza.

—De la mañana, Lyn.

—¿Hoy no es domingo? —Jazlyn se refregó los ojos.

—Exactamente. Domingo, nueve y media de la mañana. —Max desconectó el móvil de Jazlyn que se estaba cargando y se lo entregó—. Y esta cosa no deja de sonar. Es insoportable.

—¿Por qué está activada la alarma un domingo? —gruñó Jazlyn tomando el móvil—. Oh.

—¿Quién es Mason Daft? —preguntó Max.

—¿Por qué sos tan chismosa? —Se burló Jazlyn, que consideraba a Max una tía. Resopló—. Es un compañero de trabajo.

—¿Y por qué te llama un domingo?

El teléfono dejó de sonar y un instante después, comenzó nuevamente. Jazlyn contestó con un sencillo: *“Nueve llamadas perdidas. Un domingo a las nueve de la mañana. Como me hagas una pregunta referida al diseño del sitio web del demonio, soy capaz de encontrar tu dirección y prenderte fuego la casa. ¿Escuchaste, Daft?”*.

Max abrió los ojos como platos y abandonó la habitación. Jazlyn se dejó caer en la cama mientras, del otro lado del teléfono, Mason le pedía que lo acompañara al Central Park. *“¿Al Central Park?”*. Preguntó Jazlyn y estaba a punto de cortar la llamada cuando él le dijo que tenía que ver con sus sueños y que no quería hacerlo solo.

A Jazlyn le dio un poco de bronca. Ella odiaba madrugar un domingo y, en sus estándares,

las nueve y media de la mañana de un domingo era demasiado temprano como para tener los ojos abiertos. Pero tenía que ver con sus sueños y los sueños de Mason Daft eran su prioridad. Incluso cuando no tenía idea de por qué. Además, le había dicho que no quería hacerlo solo y eso era demasiado.

Maldita curiosidad regresiva.

Se lavó la cara para despabilarse y se puso una falda corta con tablas de color *beige*, una camiseta blanca de mangas cortas y un chaleco tejido de color verde. En los pies, medias blancas y zapatos negros. Un atuendo muy propio del Upper East Side, algo que no era típico de ella, pero le agradaba. Durante muchos años había ido en contra de la corriente. Como detestaba el entorno en el que vivía y las personas con las que se relacionaba, había pasado por una etapa en la que todo lo que era propio de su vida, lo evitaba. Ahora, era diferente. Ya era una mujer adulta que tomaba decisiones en base a sus gustos. Ese día tenía ganas de ese atuendo, al siguiente, tal vez eligiera salir con su pijama de Scooby-Doo.

Se miró en el espejo. No tenía ganas de maquillarse, así que se puso un poco de brillo labial y trenzó su pelo. Tomó un bolso pequeño y saludó a Max antes de abandonar el departamento.

Caminó por la quinta avenida hasta la calle 58 y esperó a Mason unos minutos. Cuando apareció, sonrió. Luego se puso seria porque recordó que la había despertado un domingo a las nueve y media de la mañana.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mason.

—¿A mí me estás preguntando? —rebatía ella—. Me despertaste a las nueve y media de la mañana.

—Es importante, Jazlyn. —Respiró hondo—. Bueno, en realidad no lo sé, pero puede que sí. Está relacionado con mis sueños.

—Ya lo sé, eso ya me lo dijiste. Estaba dormida pero te escuché. —Tomó la mano de Mason y caminó hacia el lado contrario del Central Park.

—Esperá, tenemos que ir para el otro lado.

—Tengo hambre —gruñó ella y lo arrastró. Mason se dejó, porque tenía muchos problemas como para lidiar también con una Jazlyn malhumorada.

Tras varias cuerdas en silencio, Jazlyn se detuvo frente a Ellen's Stardust Diner. Mason puso los ojos en blanco y ella lo observó a punto de lanzar una pregunta. Se la guardó para cuando estuvieron sentados y con un menú en sus manos.

—Te pido disculpas si no es el lugar en el que esperabas desayunar, pero habitualmente elegimos los que fuimos obligados a madrugar un domingo.

Mason se dejó caer en la silla. Estaba muy cansado, sentía que no había dormido ni un minuto en toda la noche y se había despertado agitado. Todos los sueños que tenía desde hacía un tiempo le resultaban agotadores, pero el de la última noche había sido demasiado. Sin embargo, allí, frente a una Jazlyn enojadísima por el simple hecho de que la había despertado temprano, sintió ganas de lanzar una carcajada.

—Me incomoda un poco el hecho de que canten mientras uno intenta desayunar —mencionó.

—Se supone que es lo que lo hace diferente —dijo Jazlyn, mientras la mesera servía su

pedido. Huevos benedictinos y *home fries* para Mason, tostadas francesas para Jazlyn.

Ellen's Stardust Diner era un restaurante de estilo retro inspirado en los años cincuenta muy conocido en Manhattan pero el que, según entendía Mason, era destino de turistas y no de neoyorkinos como Jazlyn. Lo que lo diferenciaba del resto era que los meseros eran actores de Broadway que cantaban y bailaban alrededor de las mesas. Eso a Jazlyn le encantaba. A Mason, por su parte, lo desconcentraba. Sobre todo cuando debía contarle a una compañera de trabajo con la que no tenía suficiente confianza que había puesto candados en sus sueños y que ahora quería ir en busca de ellos.

—Confieso que no hay *home fries* como estas —dijo Mason.

—A mi papá le encantan. —Sonrió Jazlyn, ya más tranquila.

Mason rio internamente. Le parecía divertida esa faceta malhumorada de Jazlyn. La próxima vez que necesitara algo de ella, no la despertaría temprano y la llevaría a desayunar primero.

—Parecés una estudiante de élite con ese atuendo. —Bromeó Mason.

Jazlyn, que había sido durante toda su vida una estudiante de una escuela de élite, podría haberle respondido que lo era. No obstante, nunca le gustó que quienes no la conocían la juzgaran por ello. Nunca entendió bien por qué, pero las personas no se portaban igual con ella cuando sabían cómo era su vida. Como si no se tratase solo de dinero. Y en el caso de Mason, algo le hacía pensar que sería contraproducente que lo supiera. No creía que la fuera a juzgar de niña rica, porque ella no seguía el estereotipo. Sino que le daba la sensación de que él se sentiría extraño. Y no quería que eso ocurriera.

—Y eso que no me diste más tiempo. —Bromeó—. Ahora bien, ¿me vas a contar qué soñaste y cuál es nuestra misión un domingo por la mañana?

Mason deslizó el plato vacío a un costado y le contó todo. Ella ya estaba al tanto de los sueños y de la historia de Margaret, de hecho, había buscado información en Internet la noche en la que comieron *pizza* juntos y Mason estaba seguro de que había continuado en su casa porque esa mujer era la curiosidad con patas.

Los ojos de Jazlyn se abrieron de fascinación cuando le contó que había soñado que estaba en la ciudad. Mason se detuvo a darle detalles sobre su viaje en taxi y que había visto las Torres Gemelas y luego, lo importante: le contó la idea que había tenido en medio del sueño.

—Estuve pensando en que, tal vez, en alguna oportunidad oí o leí algo acerca de estas personas y que por eso sueño con ellas.

—No creo que tu teoría tenga una coherencia contundente —refutó Jazlyn.

—Lo sé. Es rebuscada, pero tu teoría tampoco es muy coherente. En primer lugar, no estoy seguro de que existan las vidas pasadas. Creo que es un mito, una leyenda o lo que sea.

—No lo es, pero acepto que dudes.

—Y, luego. —Mason se inclinó un poco más y murmuró—: ¿Qué le ves de coherente a que sueñe con mis vidas pasadas?

—Bueno, los recuerdos pueden estar en tu inconsciente.

Mason se deslizó hacia atrás, con el ceño fruncido. Vamos, que podía haber alguna probabilidad. Era una idea bastante fantasiosa, pero si realmente él había vivido antes, podría

evocarlo en sus sueños.

—Eso es cierto... —aceptó.

—Pero yo creo que más que soñar, de alguna manera, te trasladás a esas vidas. Estás sufriendo regresiones. Y sí, es fantástico y loco, yo también lo siento así. Pero eso no significa que sea imposible.

—¿Y si nos estamos volviendo locos? —Bromeó Mason, porque, por momentos, encontraba diversión en medio de la inminente demencia.

—Todo depende de esos candados —dijo Jazlyn—. Aunque confieso que me da mucha bronca que esa haya sido una idea tuya y no mía.

Una vez que abandonaron el restaurante, caminaron lentamente hacia el cruce de la Quinta Avenida y la calle 59. En realidad, Jazlyn estaba motivada por la curiosidad y, por momentos, se adelantaba. Mason, que se negaba a cualquier alternativa respecto de los candados, iba lento. Muy lento.

Cuando estaban a una cuadra, directamente se detuvo. Pensó en volver a casa, pero Jazlyn tiró de él y le dijo que era un cobarde. Por supuesto que lo era, él lo sabía muy bien.

—¿Es aquí? —preguntó Jazlyn con la cara pegada a los barrotes de la estación de subte donde Mason (o Margaret) había dejado un candado. Él los había contado. Lo había puesto en el tercer barrote empezando desde la derecha.

Supo rápidamente que no estaba.

Jazlyn frunció el ceño y negó con la cabeza. Mason dejó caer los hombros, relajado.

No sabía qué prefería. Si el candado hubiese estado, habría tenido la confirmación de que se estaba trasladando a sus vidas pasadas cuando dormía. Por el contrario, si el candado no estaba allí... ¿estaría enloqueciendo?

—Bueno, tal vez solo sea que sueño con mis vidas pasadas porque tengo recuerdos en el inconsciente. ¿Cómo puedo hacer para dejar de soñar? —preguntó, apresurado—. Me dijiste que eras experta en sueños.

—Te mentí —confesó Jazlyn—. Pero eso no importa, ¿dónde pusiste el otro candado?

—En el alambrado de una cancha de béisbol del Central Park.

—No fue buena idea, Mason. A esos alambrados los cambian todo el tiempo.

—Perdoname por no ser una luz mientras sueño con vidas pasadas.

Jazlyn rio y se encaminó hacia el Central Park. Como Mason conocía ese parque como la palma de su mano, no le costó encontrar la cancha. O el pedazo de terreno donde solía estar. Transpirado como estaba, miró a Jazlyn que enarcó una ceja en un claro gesto que decía: *te dije que no fuiste inteligente*.

Tomaron asiento en un banco porque el calor era sofocante a esa hora y Jazlyn se quitó el chaleco de lana que se había puesto por la mañana. Cuando se sintieron descansados, se pusieron de pie nuevamente y fueron al último sitio en que Mason había dejado su candado. Él prefería que no estuviera allí, porque le gustaba la idea de que sus sueños no tuvieran consecuencias. Ella sabía que no eran sueños y necesitaba que ese candado estuviera allí para que Mason aceptara que su idea no era tan loca como él sugería.

Y quería estar con él cuando eso ocurriera porque algo en todo su cuerpo le pedía que lo ayudara. En ello o en lo que sucediera al día siguiente. Incluso en lo que le ocurriera a Mason en diez años. Ella lo llamaba curiosidad regresiva, pero sabía que era mucho más que eso.

—Este es el monumento más lindo de todo Nueva York —dijo, cuando estuvo frente a la enorme estatua de *Alicia en el País de las Maravillas*. Jazlyn amaba la película de Tim Burton y siempre que la encontraba en televisión no podía evitar dejarla.

—Ya lo sabés, cuando te cases con un magnate podés pedirle que te haga un monumento que supere este.

Jazlyn lanzó una carcajada. Era ocurrente. Podía pedirle a su padre que le hiciera una docena de monumentos en Manhattan, pero Mason no lo sabía.

—¿Te gusta *Alicia en el País de las Maravillas*? —preguntó Jazlyn mientras rodeaban el monumento.

—Es una historia rara...

—Te cuesta comprender lo extraño —murmuró Jazlyn. No fue una pregunta, así que Mason no perdió el tiempo en responder.

No lo sintió un ataque y, lo cierto, es que él era muy realista. De hecho, cuando comenzó a trabajar en la agencia le costó un poco planear campañas para clientes que buscaban propuestas más originales. Él siempre tenía los pies muy bien plantados sobre la tierra. Con el tiempo y el ejercicio laboral había encontrado el rumbo. Pero de ahí a creer que se trasladaba a una vida pasada cuando dormía había un largo camino.

Jazlyn sugirió que se dividieran porque si bien el enrejado que rodeaba el sector del monumento no era muy extenso, había plantas y bancos. Mason no recordaba exactamente dónde lo había puesto, pero sabía que había caminado en diagonal desde el sombrerero. Le dijo que lo mejor era que buscaran por el lado derecho, así que mientras él observaba desde arriba, Jazlyn se puso en cuclillas y revisó bien pegada al enrejado.

No estaba.

El aire se sintió más puro a través de los pulmones de Mason. El sol brillaba y hasta oía pájaros cantar. Pensó en que esa chica lo volvería loco. Incluso, se propuso volver a trabajar con Ricky, el de diseño que tenía mal gusto. No iba a ser brusco, porque, claramente, la chica no estaba bien y él no quería herirla.

—¡MASON! —exclamó Jazlyn.

Él la miro con tranquilidad. Le dio pena, porque supo que se frustraría al no encontrar los candados. Mason había alimentado su locura. Le había generado ilusiones a su mundo de fantasía.

La chica tironeó de él y Mason cayó de rodillas a su lado. Jazlyn estaba arrodillada también, sus manos llenas de tierra y con una de ellas, tomaba algo. Parecía un candado, pero no lo era. No era posible. Mason se estiró y lo tocó. Jazlyn se inclinó hacia atrás para permitirle verlo mejor.

—No puede ser —murmuró Mason y deslizó el pulgar para retirar la tierra del candado. Estaba sucio y percutido, pero había una M y una D. Clarísimo. Más real que ese parque. Más

verdadero que el hecho de que no estaba pudiendo respirar bien.

—Lo es —confirmó Jazlyn.

Mason soltó el candado y se puso de pie, lentamente. Con las manos llenas de tierra deslizó su cabello hacia atrás, desesperado. Jazlyn se puso de pie frente a él y lo miró a los ojos.

—¿Estás bien?

—No, Jazlyn. ¿Me estoy volviendo loco?

La chica sonrió y le respondió como el sombrerero a Alicia.

—Me temo que sí. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

Londres, 1992

En cuanto abrió los ojos, Mason tomó asiento en la cama y observó a su alrededor. Las cortinas azules contrastaban con las paredes de un tono *beige* cremoso. La puerta del vestidor estaba cerrada y a través del arco que separaba al cuarto del salón contiguo pudo apreciar los sillones azules con patas doradas. Observó sus manos. Tenía las uñas largas pintadas de un tono rosado que Mason consideró bastante aburrido. Durante un período largo de su vida, él las había llevado de color negro. Algo que tuvo que dejar de lado cuando empezó la universidad.

Se quitó la colcha de encima y se puso de pie. En la mesa de luz, observó un pequeño jarrón con flores amarillas. Tocó con dos de sus dedos el pétalo de una de ellas y luego se puso una bata suave sobre el camisón. Todavía descalzo, se dirigió al baño donde también encontró un ramillete de flores amarillas en un discreto jarrón. Se dio una ducha y rebuscó en el vestidor con la intención de hallar alguna prenda que no fueran vestidos y faldas. Tuvo suerte. Optó por unas calzas negras de estilo *biker* y una sudadera roja con una estampa de la universidad de Cambridge. Medias blancas y zapatillas del mismo color. Recogió su cabello en una cola desprolija, se puso unos aretes dorados y guardó lo más importante en un bolso negro que acomodó luego en un rincón de la habitación.

Respondió a unos suaves golpes en la puerta con un simple “*adelante*” y saludó con una sonrisa ligera al mayordomo. Ese hombre le recordaba a Nick, su hermano. No tenía claro por qué, pero parecía amable y tranquilo. Sentía que, a su modo, se preocupaba por Margaret y que no necesitaba palabras para decirle que contaba con él. Así se había sentido Mason con Nick la mayor parte de su vida. Aunque, claro, a partir de la muerte de Sam, le daba la sensación de que había dado por sentado a su hermano.

—Señora, le traje el desayuno y el periódico —dijo.

Mason sonrió y tomó asiento en el sillón azul. El mayordomo apoyó una taza de té humeante frente a él y un plato con dos *scones* con suave aroma a vainilla.

—Gracias —murmuró.

—Dulce de fresas y mantequilla —dijo el mayordomo cuando colocó dos pequeños cuencos.

Hacía tiempo que Mason no se enfrentaba a un desayuno como ese y, técnicamente, aquel no contaba, ya que estaba soñando.

Suspiró al recordar los candados que dejó en Nueva York y que halló luego. Y en el concierto de Nirvana. Eso sí contaba. Había escuchado a la banda en vivo y no pensaba

considerarlo un sueño. Claro que no andaría contándoselo a nadie porque los números no cerrarían y él quedaría como un loco. Salvo por Jazlyn, que era la única capaz de creer en la locura que estaba viviendo.

—¿Por qué hay tantas flores amarillas en esta habitación? —preguntó, mientras cortaba un *scone* y lo untaba primero con mantequilla y luego con dulce.

El mayordomo enarcó las cejas como si la pregunta fuese sorprendente o ridícula.

—Porque usted adora las flores amarillas.

Mason se llevó el *scone* a la boca y lo observó.

—¿Y por qué me gustan las flores amarillas?

—Señora, ¿se siente bien? —preguntó, preocupado. Mason sonrió.

—Quiero saber cuánto me conocés.

—Harry le regaló flores amarillas durante un mes. Todos los días cuando caía el sol llegaba a la casa con un ramo de flores amarillas porque sabía que usted las adoraba. Y no es que la conozca, señora, yo era quien lo recibía cada día.

Un Harry completamente diferente al que Mason estaba acostumbrado a ver en sus sueños, apareció en su mente. Parecía realmente enamorado de Margaret. O, tal vez, ese era el modo en que ella lo recordaba. ¿Son reales nuestros recuerdos cuando alguien nos engaña? Por supuesto que si ella le había creído, lo recordaría de ese modo.

—Antes de Harry no tenía jarrones con flores amarillas por todas las habitaciones —expresó Mason, que en realidad no lo sabía, porque solo había visto unos pocos recuerdos de la adolescencia de Margaret y todos eran haciendo travesuras con su hermana.

—No, pero porque su madre siempre fue amante de las hortensias. Pasé treinta años cargando jarrones de hortensias y ahora llevo diez decorando habitaciones con flores amarillas.

Mason sonrió al comprenderlo. Ese hombre había sido mayordomo en la casa de sus padres y luego se había trasladado a trabajar a su casa cuando Margaret se casó con Harry. Por eso era tan amable y dulce con ella. Y por eso a él le recordaba a su hermano. Supuso que por lo incondicional.

—Desde mañana quiero que me sorprendas cada día con las flores que más te gusten. De cualquier especie y color. —El mayordomo abrió los ojos, sutilmente sorprendido—. Y podés mezclarlas. A esta casa le falta color.

—¿Cree que al señor Harry no le molestará?

—Me tiene sin cuidado —respondió Mason de inmediato—. Por cierto, ¿Harry está en el trabajo?

—Sí, señora.

—Decile a mi chofer que me lleve allí cuando acabe el desayuno.

Las oficinas donde trabajaba Harry eran inmensas. Y lo más sorprendente de todo, era que le pertenecían. La empresa la había fundado su abuelo, pero ahora estaban en manos de él, que no

tenía hermanos con los que compartir herencia alguna.

A Mason le impactaron las instalaciones, aunque tuvo claro que para Margaret aquello nunca fue importante. Su familia tenía una muy buena posición económica y el que se había visto favorecido con el matrimonio había sido Harry, que había aprovechado de los contactos y la fama de su familia.

Ni siquiera fue necesario que se dirigiera a la secretaria. Esta se puso de pie de inmediato y con una sonrisa le indicó que la acompañara. Harry estaba echado en un asiento lujoso, frente a un escritorio y riendo con una mujer cuando Margaret ingresó a la oficina. La secretaria se incomodó de inmediato.

—¿Estás ocupado? No quiero complicarte la mañana

—dijo Mason con ironía. Sintió cómo Margaret se regocijaba por dentro. Era difícil comprenderlo, pero a Mason se le hacía cada vez más fácil entenderla, tal como le había ocurrido con Carmelo.

—No me avisaste que vendrías. —Se acomodó en el asiento, mientras la mujer con la que estaba tonteando abandonaba la oficina.

—¿Tengo que avisarte? —Fingió interés—. No lo sabía, perdón.

—¿Les traigo algo para tomar? —preguntó la secretaria, nerviosa. Era una chica de alrededor de veinte años que parecía bastante inexperta. A Mason le dio ternura. Le recordó a sus primeros meses de trabajo junto a Taylor cuando todavía no sabía que sería un ser detestable.

—No queremos nada —respondió rápidamente Harry—. Y recuerda llamarme por el conmutador cuando alguien venga a verme.

—Así lo haré —dijo la secretaria, inquieta.

—Perdón, yo sí quiero un café —mencionó Mason mientras tomaba asiento frente a Harry. Agregó—: Negro y sin endulzar.

Por un instante, y mientras la chica cerraba la puerta y los dejaba a solas, Mason pensó en que estaba actuando como un cobarde. Era muy fácil tomar decisiones drásticas o ser directo cuando no cargaría con las consecuencias sobre sus hombros. Pensó en que, a lo mejor, tomaba esta necesidad de ayuda de Margaret como un descargo por todo lo que no era capaz de enfrentar en su vida por temor a las consecuencias. ¿Él le hubiese respondido así a Taylor? ¿Sería tan sincero con su familia, a la que llevaba engañando hacía años relatándoles una vida inventada? Por supuesto que no, porque en todos aquellos casos habría consecuencias con las que lidiar. Taylor lo despediría, él se quedaría sin empleo y con la obligación de volver a empezar. Pagar el alquiler sin ingresos sería imposible y acabaría en la calle. Y, en cuanto a su familia, finalmente descubrirían que era un fracasado. Que mientras Nick se había casado y disfrutaba de su familia y de su trabajo en la ciudad en la que se criaron, él había apostado a muchos cambios solo para fallar.

¿Ayudaría a Margaret con todo esto? ¿O le complicaría todavía más la vida? ¿Valdría la pena?

Observó al hombre frente a él y recordó lo que Jazlyn le había dicho. Si aquella era una vida pasada, le pertenecía. Tal vez tenía cabello largo, era una mujer y vivía en otra ciudad. Hablaba

con otro acento, tenía otros gustos y deseos. Sin embargo, era una misma alma la que los llenaba por dentro. Margaret y Mason tenían mucho más en común que la primera letra de su nombre de pila.

—¿Entonces? —preguntó Harry, apoyando los codos sobre el escritorio—. ¿A qué se debe la visita?

—¿Debo tener un motivo para visitar a mi esposo?

—No, pero no lo hacés habitualmente.

—Y preferirías que no lo hiciera, ¿verdad? —Se cruzó de piernas y aguardó su respuesta.

Él suspiró y se dejó caer sobre el respaldo del asiento. Tras dos golpes suaves en la puerta, la secretaria ingresó a la oficina y dejó el café frente a Margaret. O Mason. Era lo mismo.

—Me gustaría saberlo antes —dijo Harry una vez que la empleada se retiró—. Y que vinieras un poco más elegante, parece que estás a punto de correr una maratón.

Mason observó su cuerpo. Margaret era preciosa y elegante. Aquel día llevaba ropa deportiva, pero la lucía muy bien. Ese tipo era un idiota.

—No voy a regresar, no te preocupes. —Suspiró, bebió un sorbo de café y lo miró a los ojos—. Vine a pedirte el divorcio.

Harry la observó durante un instante más largo del que Mason esperaba, luego, estalló en carcajadas.

—¿El divorcio? Imposible.

Eso no le sorprendió a Mason, por supuesto que ella le servía en sus negocios. Margaret tenía una imagen muy positiva y todo lo malo que había salido a la luz en referencia a su vida privada tenía que ver con él. Los engaños, los rumores de sus reacciones violentas y el cambio en la actitud de la que llamaban la “Niña dorada de la familia Harper” en los medios.

—Bueno, no esperaba menos —dijo Mason, que acabó el café de un trago, como si fuera un *whisky*—. Este fue mi pedido por las buenas, espero que estés listo para una respuesta mejor cuando lo haga por las malas.

Se puso de pie y abandonó la oficina. Antes de cerrar la puerta, lo observó una vez más. Tenía una sonrisa burlona en sus labios.

Mason pensaba borrarla.

La idea había sido de Jazlyn. Mason lanzó un suspiro mientras la misma mujer que la había ayudado a tapar las heridas del rostro con maquillaje la vez pasada, le subía la cremallera de un vestido blanco entallado. Se observó en el espejo.

Llevaba un maquillaje suave. Sombra rosada, labios del mismo tono y el cabello bien lacio y brillante. Lo acomodó detrás de las orejas y sonrió. Margaret era una mujer elegante por naturaleza. Lucía de forma agradable cualquier atuendo y le sentaban bien tanto los tonos fríos como los cálidos. Parecía como si llevara la elegancia de la aristocracia inglesa en sus venas. Y, con todo, Margaret deslumbraba con un destello de sagacidad en sus ojos grises. Era una mujer

divertida, que ahora vivía amargada porque no encontraba el rumbo hacia la vida que deseaba.

—Entonces... —dijo la mujer que Mason supo que se llamaba Gretel y que también había trabajado en casa de sus padres—. ¿Está decidido?

—Sí. Ya hablé con mis padres y lo entendieron.

Gretel asintió con un gesto y luego sonrió. Mason conocía poco del pequeño mundo de Margaret Harper, pero estaba seguro de que era una gran persona. Sus hijos la adoraban. Su hermana estaba siempre pendiente de ella y los trabajadores de la casa la trataban con cariño y confianza. Para alguien que había nacido en cuna de oro, Mason pensaba que aquello era una gran muestra de su bondad y respeto hacia los demás.

Subió al coche sin indicarle el destino al chofer. Mason quiso tomar su móvil y enviarle un mensaje a Jazlyn culpándola por aquella idea que podía terminar muy mal, pero no tenía un móvil y él no era Mason Daft en ese momento.

Abrió el pequeño bolso que llevaba consigo y tomó una hoja de papel doblada en cuatro. Había memorizado la información junto con Jazlyn antes de irse a dormir. Habían hecho videollamada y, por alguna razón, sintió que la había visto por primera vez. Chasqueó la lengua y leyó toda la información que habían recopilado sobre la relación de Margaret Harper y Harry Lennox. Había mucho en Internet y Jazlyn había encontrado una biografía sobre la vida de ella en la New York Public Library. Era toda una celebridad con una vida bastante opaca y no muy larga y, antes de salir, había tomado nota de todo lo que recordaba para refrescar la mente. Mason se puso nervioso, pero bajó del automóvil en cuanto se detuvo.

Ingresó al canal y ni siquiera tuvo que anunciarse. Una productora apareció de inmediato, la saludó amablemente y la acompañó a un camerino donde le pusieron polvo en el rostro y le retocaron el maquillaje y el peinado. Mason estaba tan nervioso, que por un momento deseó despertar. Podría sonar la alarma en ese preciso instante o algún transeúnte de la calle Mulberry podría pegar un grito. O golpear algo.

Pero no ocurrió.

Mason siguió dormido y Margaret tomó asiento delante de Terry Wogan. Y aunque aparentemente era Margaret, el que decidía era Mason. Y aquello era un poco más arriesgado que despedirse de sus padres antes de abandonar Sicilia. Mason suspiró y se preguntó si, en caso de que Jazlyn estuviera en lo cierto, él había tenido alguna vida sencilla. Una en la que no hubiese nada por resolver.

—Me alegro mucho de tenerte en mi programa, Margaret —dijo Terry Wogan, el conductor del exitoso programa de BBC. Solía tener invitados importantes. Y Jazlyn le había contado que en una oportunidad hasta había entrevistado a George Best, uno de los mejores jugadores de fútbol del siglo veinte, en estado de ebriedad.

—Es un placer para mí. Gracias por darme el espacio de último momento.

Mason sabía que Margaret era una figura y que lo que tenía para decir era demasiado jugoso para cualquier programa de televisión, pero consideró educado agradecerle al conductor.

—Se va a hablar mucho de esto —dijo Terry Wogan con sinceridad—. Pero no es solo por eso que cancelamos a los invitados que teníamos hoy. Siempre sos bienvenida porque, quienes te

conocemos, sabemos cómo fueron estos últimos años. Nos gusta ayudarte.

—Gracias —respondió Mason, que sintió que el aire se le escapaba de los pulmones cuando las luces lo apuntaron y el programa de televisión comenzó. De algún modo, sintió que Margaret tomaba las riendas. Ella estaba acostumbrada a las cámaras y a la exposición, pero Mason era el que debía hablar. Porque Margaret tenía mucho más en juego. Entonces, se potenciaron y Mason sintió que eran uno solo. Ya no era Mason dentro de un cuerpo y una vida ajena. Eran algo híbrido.

—Llevo años deseando divorciarme. Durante mucho tiempo sentí vergüenza, creo que interpreté el inminente fin de mi matrimonio como un fracaso. Y puede que lo sea, en definitiva, es algo en lo que aposté y en lo que creí. Pero terminar con algo que me hace daño no se siente como un fracaso ahora —dijo Mason. Terry lo escuchaba con atención y Mason sentía los nervios propios y los de Margaret formando un nudo en su estómago—. En este momento siento que el peor fracaso es tirar mi vida por la borda a los cuarenta y siete años. Levantarme cada día deseando otra vida. Ya no quiero eso.

Mason sentía la conexión con Margaret, entendía lo que deseaba y lo que le hacía daño. Sin embargo, esas palabras también tenían mucho que ver con él.

—¿Qué fue lo que cambió eso? —preguntó el entrevistador—. ¿En qué momento descubriste que ya no podías luchar más por el matrimonio?

—Creo que siempre lo supe, solo que no lo quería ver. En el amor no hay que luchar. Si es duro y complicado, entonces es porque lo estamos forzando —dijo Mason, que conocía poco del amor pero que nunca había comprendido a quienes creían que a las personas había que ganárselas con esfuerzo en lugar de esperar una verdadera conexión—. Y hace poco fui a un concierto.

—¿A un concierto? —Se sorprendió Terry Wogan—. ¿De qué artista?

Mason se acomodó en el asiento. No estaba en sus planes decir aquello, pero salió de su boca como si Margaret lo hubiese obligado.

—De Nirvana —dijo Mason y escuchó sorpresa en el público—. Acompañé a un amigo. —Se relajó y dejó que las palabras fluyeran. Si Margaret quería tomar las riendas de la entrevista, por supuesto que él no se iba a negar. Al fin y al cabo, era su vida—. Fue increíble. Nunca había estado en un sitio como ese y sentí la adrenalina de muchas personas a mi alrededor. Mi amigo estaba feliz y yo sentí esa emoción. Recordé lo que era ser plenamente feliz y entonces tomé la decisión de cambiar el rumbo.

—Y ese amigo... —comenzó el entrevistador, pero Mason lo interrumpió.

—Es un amigo, solo eso. Hay una diferencia de edad muy grande y otras cuestiones por las cuales sería imposible aunque quisiera. —Sonrió Mason—. Pero, principalmente, no se trata de ese tipo de relación que estás pensando.

—¿Y no hubo terceros en discordia en esta relación?

—No a la hora de tomar la decisión, pero no voy a engañarte. Estuve con otros hombres, al igual que Harry estuvo con otras mujeres. —Suspiró—. Pero no se trata de ello, no quiero el divorcio para estar con alguien más, sino para encontrarme nuevamente conmigo. Para disfrutar

de las cosas pequeñas de la vida y, principalmente, de mis hijos. Pensaba que les hacía bien a ellos esforzándome por el matrimonio, pero no tuvo sentido. Ellos necesitan a su papá y a su mamá felices, no importa si estamos juntos o separados.

—Los que te conocemos, sabemos que tenés un perfil bajo, a pesar de ser mediática. ¿Por qué estás aquí y no pidiéndole el divorcio a Harry Lennox?

—Es que justamente estoy haciendo eso. Solo que los tengo a ustedes como testigos.

—¿Por qué no hacerlo en privado? ¿No creés que esto puede dañar a tus hijos o a tu familia en general?

—Harry no quiere darme el divorcio, por eso estoy aquí. Tanto mi madre, como mi padre, a quienes todos conocen, están al tanto de mi decisión. Necesitaba que fuera mediático, porque con Harry algunas cosas son imposibles. Por supuesto que nadie está feliz, pero mis padres me apoyan. Y mis hijos sabrán entenderlo llegado el momento. Esto es mucho menos dañino que lo que viven a diario.

—¿Qué viven a diario tus hijos? —preguntó el conductor en un susurro. El lado violento de Harry era un secreto a voces, pero Margaret nunca lo había confesado fuera de su entorno más cercano.

—La violencia. Antes de venir hacia aquí hice la denuncia formal. Es algo que recomiendo a todas las mujeres que atraviesan lo mismo que yo. Es difícil, pero es algo que no se debe normalizar. —Mason tragó saliva, nervioso—. Mi esposo ejerce violencia sobre mí hace muchos años, comenzó con amenazas y maltratos verbales y luego traspasó lo físico. A mi hija pequeña, Madison, le excluye de todos los planes por ser niña y a Tom y Paul los presiona para que actúen como adultos cuando no lo son. Eso también es violencia y no pienso aceptar que esto avance. Quiero divorciarme y como lo que más teme Harry es la exposición, decidí hacerlo aquí con vos, Terry.

Cuando acabó la entrevista, Mason agradeció al conductor, que la abrazó y le aseguró que estaba a su disposición. De camino al camerino para tomar sus pertenencias, se cruzó con varias personas de la producción que la saludaron con una sonrisa. Mason tenía el estómago revuelto, estaba nervioso y dudaba acerca de aquel plan. ¿Había ayudado a Margaret o estaba forzando las cosas?

Suspiró y sintió cómo el peso en el pecho se le escapaba por la boca. Cuando abrió la puerta del camerino, encontró a Hanna y sus hijos. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando los niños corrieron a abrazarla. Madison se trepó y la abrazó muy fuerte.

—Diste el primer paso, hermanita. ¡Al fin! —Sonrió emocionada Hanna.

Mason sintió un mareo repentino y en ese momento, vio cómo el cuerpo de Margaret comenzaba a brillar. El rostro de Hanna se transformó, le quitó a Madison de los brazos y observó. Una luz blanca e intensa invadió el camerino. La puerta que continuaba abierta se movió como si la hubiese soplado el viento.

Mason observó su cuerpo. Llevaba una camiseta de Marvel y unos pantalones cortos. Por un instante, agradeció no haber dormido desnudo. Cuando levantó la vista, Margaret lo observaba.

Hanna, exclamó un grito.

—¡AYUDA! ¡Un loco se metió en el camerino!

Mason se echó hacia atrás y se derrumbó contra la puerta que se abrió por completo. Cayó al piso y vio cómo Madison comenzaba a llorar. Hanna seguía gritando y los niños se reían por la caída. Cuando dos hombres de seguridad aparecieron, Margaret se puso en cuclillas y le murmuró.

—Gracias, Mason. Es hora de despertar.

Nueva York, 2023

Mason había estado de buen humor todo el día.

Había despertado bien descansado luego de una noche sin sueños delirantes y había encontrado la oficina vacía cuando llegó por la mañana. Trabajó a buen ritmo pudiendo avanzar en la campaña de Boost, de la cual ya tenía fecha confirmada de evento y compañías que participarían. Todo iba sobre ruedas aunque el trabajo estaba siendo bastante pesado, sobre todo porque Taylor no aportaba demasiado.

Durante el almuerzo había podido desconectar de todo. Duncan le había escrito porque estaba por la zona así que almorzaron juntos en Panera Bread, una panadería y cafetería que Mason adoraba porque ofrecía desde productos horneados, como cruasanes, *bagels*, galletas, bollos y *muffins* hasta sopas, ensaladas, pastas y sándwiches. Su amigo, que ahora era vegetariano gracias a su esposa, pidió una sopa de brócoli. Por su parte, Mason optó por un sándwich de pollo con panceta. También pidió un bollo de canela para llevar que merendó más tarde en la oficina mientras respondía correos pendientes.

Pero lo de Duncan, había sido todo un récord.

A pesar de que Mason lo consideraba su amigo más cercano, no era habitual que se vieran más de una vez por mes. Habían sido compañeros de cuarto en la universidad y, luego de la graduación les costó horrores mantenerse alejados. De hecho, a Mason a veces todavía se le hacía raro llegar a casa y no encontrarlo rodeado de libros y bajo un manto de humo de cigarrillo.

Aunque ahora ya no fumaba y era vegetariano porque había encontrado el amor. Mason lo consideraba muy fuerte, porque nadie deja la panceta y los vicios tan fácilmente de la noche a la mañana.

—Tuve que hacer un trámite y pensé que te vendría bien un descanso —había dicho Duncan, al cual Mason no le creyó.

Estaba acostumbrado a que la gente se preocupara por él, pero que quisieran disimularlo. Lo había visto desde pequeño cuando, tras la muerte de Sam, las maestras habían cambiado completamente su actitud hacia él. Al igual que sus amigos o compañeros de clase.

Duncan, que lo conoció mucho después pero sabía su historia por completo, también solía preocuparse por cualquier reacción fuera de lo común. Y aunque le incomodaba, Mason lo valoraba, sobre todo cuando venía de alguien a quien él quería mucho.

—Cualquier otro día no hubiese podido, pero mi jefe hoy se tomó el día, así que las cosas

están más tranquilas.

—Mason, no malacostumbres a tu jefe —respondió su amigo. Le repetía la misma frase desde hacía cinco años porque Mason era demasiado responsable en su trabajo y no entendía que sus derechos eran importantes—. En tu hora de almuerzo, almorzá.

—Lo hago, de hecho, las últimas semanas almorcé varias veces en el Bryant Park con una compañera con la que estamos trabajando en algunas campañas.

—¿Y almorzás con una chica para trabajar mientras almorzás? —lo regañó.

—No es una chica, es una compañera de trabajo.

Duncan frenó el recorrido de la cuchara cargada de brócoli.

—Sigue siendo una chica... ¿no?

—Sí, claro. —Le dio un mordico al sándwich.

—¿Está casada?

—¿Eh? —preguntó Mason con la boca llena.

—Digo, si es casada. —Bebió un trago de agua—. La chica. —Dejó el vaso sobre la mesa nuevamente—. La compañera de trabajo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mason, con el ceño fruncido.

—Nada...

—No hiciste un trámite, Duncan. Te conozco más que a mi propia sombra. Ahora me preguntás si mi compañera de la que, con suerte, conozco su nombre... ¿es casada?

—¿Es por ella que querías saber cómo haría para divorciarme?

Mason casi lanza gaseosa por la nariz. Duncan siempre había sido medio detective, pero no esperaba que siguiera con esa costumbre a los veintisiete años.

—¿Inventaste un trámite porque creés que estoy saliendo con una mujer casada?

—No. Lo de la mujer casada se me acaba de ocurrir ahora.

Así que había desconectado de todos sus problemas, porque a pesar de que Mason no era un gran admirador de sociabilizar, siempre que veía a su amigo la pasaba bien. Sobre todo cuando lo veía desarrollar toda una novela en su mente, a partir de una pregunta que le había hecho al pasar.

Una pregunta que tenía que ver con sus absurdos viajes a vidas pasadas. Mejor que siguiera pensando que salía con una mujer casada.

Cuando regresó a la oficina, Taylor todavía no había aparecido y Caroline, la directora de *marketing* de Oh, Honey! que acababa de llegar de un viaje de trabajo, le propuso hacer una videollamada rápida para analizar ciertas cuestiones de la versión beta del sitio web que había enviado hacía una semana. Para agilizar las cosas (y porque consideraba que Jazlyn era proactiva y tenía buenas ideas) le pidió que se sumara a la reunión. En lugar de entrar a la videollamada desde su oficina, se acercó a la de Mason ya que estaba solo y se conectaron desde allí.

Justo cuando Caroline estaba ingresando a la videollamada, Mason le preguntó a Jazlyn: “¿Estás casada?”. La chica puso cara de sorpresa y horror, pero no llegó a responder.

Ahora, Mason estaba enviando un último correo que tenía pendiente con una sonrisa en los labios. Caroline había quedado fascinada con el diseño del sitio web y solo había pedido algunos

ajustes sencillos que Jazlyn aseguró que estarían listos para el día siguiente. En cuanto a la idea del experto en aromas, Caroline se había mostrado encantada. Mason se tomó un segundo para comentarle que había sido una sugerencia de la diseñadora porque no le gustaba actuar del mismo modo que hacía Taylor y la mujer se mostró todavía más entusiasmada por ver cómo trabajaban en equipo.

Cuando solo quedaba apagar la computadora y regresar a casa, Mason pensó que, con viento a favor, el asunto de los sueños habría quedado atrás y volvería a ser una persona normal que soñaría cosas de persona normal. Como estaba de buen humor, pensó mientras recogía sus cosas, que sería un buen día para cocinar algo en lugar de pedir al restaurante de enfrente del departamento. Pero todos sus planes y su energía positiva se esfumaron cuando Taylor atravesó la puerta. Su jornada laboral había sido perfecta y estaba terminada, pero a su jefe no le importó.

Tomó asiento frente a su escritorio y, justo cuando Mason estaba a punto de despedirse, lo detuvo.

—¿Caroline aprobó el diseño del sitio web?

Mason tragó saliva. Caroline le había enviado un correo a Mason con copia a Taylor y Jazlyn haciéndoles algunas consultas y había encabezado dicho correo felicitándolos por el trabajo que habían hecho y remarcando el entusiasmo que tenían desde la marca por el diseño del sitio web y por cómo se encaminaba la campaña en general.

—Sí. Hoy tuvimos una videollamada en la que también estuvo presente la diseñadora y nos pidió algunos ajustes que estarán listos mañana. Con suerte, en unas semanas podremos lanzar la campaña. —Mason no solía hablar rápido, pero esta vez lo hizo porque necesitaba que Taylor se olvidara del asunto del diseño lo más rápido posible—. Por cierto, se entusiasmó mucho con la idea de sumar un experto en aromas y aumentó el presupuesto. De modo que no vamos a tener problemas económicos en ese sentido.

—¿Y ya tenemos al experto?

—No, pero contacté a dos para solicitarles presupuesto y conocer su disponibilidad. Mi intención es que tengamos una jornada de grabación la semana que viene.

—Yo no vi la última versión del diseño. ¿Por qué no me la mostraste antes de enviársela a Caroline?

—Sí, la viste. No te gustaron los colores, pero eran los que ella había elegido, así que se la envié de todos modos. En todo caso era más fácil hacer los cambios conociendo su opinión.

Taylor se echó hacia atrás en el asiento.

—¿No habíamos quedado en que la diseñadora hiciera todo el trabajo nuevamente porque la versión beta era horrible?

Mason permaneció de pie, con la chaqueta puesta y la boca entreabierta. Quería responderle algo, pero no sabía qué. Taylor era un idiota, pero tenía razón. Él era el que tomaba las decisiones y Mason no las había acatado. Era la primera vez que actuaba de ese modo y se sintió pequeño e inútil.

—No era horrible. Yo nunca estuve de acuerdo en ello.

—¿Entonces le enviaste una versión que yo no aprobé?

—Mason estaba a punto de responder, pero no sabía cómo hacerlo. Porque sí, había enviado una versión que él no había aprobado y eso estaba mal. Aunque Mason pensara que el diseño era bueno, no debía haberlo hecho.

—Lo envié yo. —Mason se giró y vio a Jazlyn apoyada sobre el marco de la puerta—. Trabajé con Oh, Honey! en mi empleo anterior, una agencia de *marketing* pequeña. Tenía el correo de Caroline. Se lo envié por mi cuenta porque estaba segura de que lo aprobarían.

Mason sabía que era mentira. No tenía idea de cuándo había aparecido allí y tampoco quería que hiciera eso. Ahora Taylor iría contra ella. Iba a maltratarla justo delante de sus ojos y él no podía aceptarlo porque había sido su error.

—¿Nos conocemos? —preguntó Taylor y se puso de pie.

—Supongo que nos cruzamos, pero nunca trabajamos juntos. Es la primera vez que Mason me suma a una de sus campañas.

Mason iba con la mirada hacia uno y otro como si estuviera viendo un partido de *ping-pong*. Abrió la boca, pero Taylor le ganó de mano.

—Jazlyn Yu, ¿verdad?

—Sí. Y le pido perdón por el atrevimiento, sinceramente, estaba segura de que Caroline lo aprobaría y Mason me había hablado de cómo ambos intentaron retener a la marca con esta campaña. Sé que no debería haber actuado por mi cuenta, pero el resultado no fue malo. Caroline está muy entusiasmada.

—Está bien. Al final eso es lo que buscamos, que los clientes estén conformes —dijo Taylor. Mason enderezó la espalda, abrió los ojos y enarcó las cejas. Todo junto. ¿Había estado a punto de asesinarlo, pero a la diseñadora (a la cual ni siquiera conocía) se lo dejaba pasar? Taylor lo observó—. Nos vemos mañana, Daft.

—Nos vemos mañana —dijo él, porque... ¿qué sentido tenía decirle que Jazlyn estaba mintiendo si se lo había tomado bien?

—Y saludos a tu padre, Jazlyn —agregó Taylor.

—Se los haré llegar. —Sonrió la diseñadora—. ¿Vamos? —preguntó a un Mason anonadado.

Una vez en el elevador, Mason supo que Taylor había trabajado con el padre de Jazlyn. No supo en qué empresa o cómo era la relación porque todavía estaba temblando. Así de extremista era. Ya se había imaginado desempleado cuando Taylor descubrió que se había manejado por su cuenta.

Cuando abandonó el metro, pasó por el supermercado y compró todo lo necesario para hacer unos sándwiches de albóndigas. Era su comida preferida a pesar de que no le salía tan bien como a su mamá. Le envió un mensaje de texto a Tao desde el supermercado para preguntarle si quería cenar en su casa y el chico le dijo que sí, siempre y cuando pudiera quedarse a dormir con él porque su papá estaba medio obsesionado con que anduviera tarde por la calle. No tenía lugar en el departamento, pero tenía ganas de pasar un rato con el chico, así que le dijo que si no le molestaba dormir apretujado, no había problema.

Compró ingredientes para dos personas.

Camino a casa, ya estaba oscureciendo. Se desplazó despacio, aprovechando que, contra

todos los pronósticos, el día había terminado bien. El aroma de la pescadería de enfrente lo recibió con los brazos abiertos en cuanto puso en pie en la calle del departamento. Las tiendas estaban cerrando y había poca gente en la calle. Un ruido en el edificio abandonado de la esquina le llamó la atención. Mason se detuvo y observó. En ese edificio de ladrillos que estaba abandonado desde que se había mudado nunca se oía nada porque, además, estaba tapiado y ni siquiera se podía pasar. Desde la vereda solo se podían ver vidrios rotos en las ventanas sucias y la típica escalera oxidada de los edificios de Nueva York. En aquella oportunidad, también había una caja. Mason oyó el ruido, otra vez, y vio cómo se volcaba lentamente. Algo dentro de ella quería escapar.

Miró hacia ambos lados en busca de ayuda, pero decidió dejar las bolsas en la vereda y treparse. Tao, que estaba esperándolo en la puerta de la tienda, lo vio y se acercó.

—Agarrá las bolsas —dijo Mason, mientras se trepaba por el tapial.

—El otro día rescataste a una chica y ahora a un gato. Ya podés morir en paz, Mason. — Bromeó Tao cuando lo vio regresar con un gatito negro en los brazos. Era chiquito y tenía una mancha blanca en el ojo derecho.

—¿Tu papá aceptará tener un gato? —preguntó Mason.

—Mi papá se niega a cualquier tipo de mascota. Pero no te vendrá mal un poco de compañía, Mason.

—No sé ni qué come un gato.

Tao rio y lo arrastró hacia el supermercado nuevamente. Entraron con el gatito en brazos y compraron una bolsa de alimento y otra de piedras sanitarias. Si Tao no hubiese estado, Mason lo hubiese pensado mejor, pero el chico no le dio tiempo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tao dos horas después, engullendo el sándwich de albóndigas.

—Gato.

—¿Gato? —exclamó el chico—. ¡No puede ser!

—Lo es, y no insistas. Ya ha sido bautizado.

Heian-Kyō, 1162

Los pies descalzos de Mason se detuvieron frente a lo que lucía como un templo. Parecía una maqueta o parte de un set de grabación de alguna película de Hollywood. Una con un alto presupuesto.

Le recordó a su primera visita a Epcot, el parque temático que cuenta con varios pabellones dedicados a diferentes países del mundo. Era demasiado imponente para ser real.

El viento le sacudió el cabello y Mason supo que estaba soñando. Aunque llamar sueños a aquello que le sucedía ya no tenía mucho sentido. No después de haber encontrado los candados que él mismo había desperdigado por Manhattan mientras dormía.

Se puso en movimiento, otra vez.

La primera vez no había prestado atención y puede que la segunda tampoco. Ahora, en su tercer sueño, sabía que un cuerpo lo absorbería. Lo estaba esperando, pero ese sitio estaba absolutamente desolado.

Mason subió los escalones del edificio y atravesó una sala vacía. Todo era... sencillo y a la vez ostentoso. Como si se tratara de una construcción exquisita, pero que carecía de todo tipo de decoración.

El silencio era absoluto.

Mason desembocó frente a un arco. Desde allí, pudo ver a un grupo de personas, todas mujeres, practicando un tipo de arte marcial que desconocía.

—¿Mason? —preguntó una niña a su lado. Él ni siquiera la había visto—. Soy Arai Tsuma.

Se trataba de una pequeña de no más de cinco años. Tenía el cabello negro y la piel muy blanca. Sus ojos eran rasgados y llevaba puesto un vestido o, más bien, una túnica muy colorida. Su expresión era... traviesa.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Mason. La niña no le respondió. Solo echó un vistazo a su alrededor y regresó la mirada hacia él—. ¿Dónde estamos?

—En Heian-kyō.

Mason se dispuso a preguntarle a Arai qué día era, pero no hizo a tiempo. El cuerpo de la niña empezó a brillar con su mirada puesta en él, como si supiera lo que estaba ocurriendo. Algo que no había notado en las oportunidades anteriores. Tal vez se estaba acostumbrando a esta fantasía y se permitía analizar detalles. Los destellos de su cuerpo iluminaron todo el salón, pero quienes estaban afuera no lo notaron, como si fuera un secreto entre Mason y Arai. Él, dejó que

ocurriera. Ya sabía que no podía ir en contra de esos sueños, así que permaneció quieto mientras desaparecía lentamente.

Arai Tsuma lo absorbió por completo y eso le hizo saber que la prueba comenzaría otra vez.

Cuando luego de ayudar a Margaret había pasado una noche libre de sueños, Mason había dado por sentado que la pesadilla había acabado o que la locura que lo estaba invadiendo había culminado. No obstante, ahora se daba cuenta de que antes de comenzar a soñar con la vida de Margaret, también había pasado una noche sin sueños. Había un patrón. Y, aunque el solo hecho de pensarlo lo hacía confirmar la teoría de la locura, se planteó analizarlo. Si quería acabar con esto, entonces tenía que intentar resolverlo.

De repente, una mujer lo sorprendió tomándolo de la mano y arrastrándolo con poca paciencia hacia donde se encontraba el grupo de mujeres practicando con un bastón largo. ¿Era una lanza? Mason no tenía idea.

La mujer le pidió que tomara asiento y él lo hizo. Ahora era Arai Tsuma y a Mason le resultaba extraño verlo todo desde abajo. Se cruzó de piernas y unió sus manos. Observó a las mujeres hacer movimientos lentos. En el centro, una mujer de cabello oscuro y sumamente largo, daba indicaciones. Hablaban en un idioma que Mason desconocía pero que, al mismo tiempo, comprendía.

Una niña de la misma edad que Arai tomó asiento a su lado llamando la atención de Mason. También tenía el cabello negro, pero más corto. Llevaba una túnica de color rojo parecida a la de ella.

Un sacudón le recorrió el cuerpo.

Fue extraño. Como si de repente entendiera todo y no necesitara justificaciones. Cuando Jazlyn lo trataba de realista era porque, justamente, no podía creer en algo si no tenía una explicación lógica. Siempre había sido así, de hecho, de pequeño le costaba mucho dejar volar su imaginación porque se topaba constantemente con preguntas. Sin embargo, cuando vio a esa niña no necesitó explicaciones. Porque el reconocimiento lo congeló por dentro y luego, llenó su alma de calor. Lo sabía. Esa niña... era Sam.

Bueno, en realidad, sabía que no era Sam. Que él no era Mason. Que él y Sam nunca habían estado en una ciudad llamada Heian-kyō. Pero era ella. Lo sintió en cada rincón de su corazón. Era un sueño y era mucho más grande que ver a Nirvana en vivo. Era un regalo. Una oportunidad.

El reencuentro más esperado.

—¿Sam? —preguntó.

La niña frunció el ceño y rio.

—¿Sam? Ya comenzás a inventar historias, luego te quejás de que tu madre te regaña.

—¿Sos mi hermana? —preguntó Mason.

—No, soy tu amiga. Yasu.

—Yasu —murmuró Mason y sintió cómo la emoción de encontrar a su hermana se mezclaba con el sentimiento de Arai, que también era muy profundo: quería mucho a esa niña. Como si se tratara de su persona favorita. En eso, Mason y Arai estaban de acuerdo.

Él dejó de observarla y se detuvo en las mujeres que practicaban frente a ella. La que daba indicaciones les pidió que se pusieran en parejas y comprendió que estaban entrenando. Todas llevaban aquella lanza con una hoja curva en un extremo. En la lucha, se mantenían alejadas y utilizaban aquella arma con mucha destreza. Acompañando cada movimiento con su cuerpo. En un intento de comprender y mantenerse relajado, Mason sintió el entusiasmo de Arai.

Cuando despertara, se dijo Mason, debería recordar dos cosas: que Yasu era Sam y que Arai tenía dos grandes pasiones: una era Yasu y la otra... la lucha.

Nueva York, 2023

Desayunó con Gato en sus brazos mientras escuchaba *One Last Breath*, de Creed. No había podido con Nirvana. Esa mañana le dolía hasta el roce de Gato en los brazos. Se sentía débil y bastante más afectado de lo que esperaba.

Cada mañana desde que habían comenzado aquellos sueños, se había presionado a pensar que solo eran delirios de su subconsciente. Ese día, por el contrario, deseaba que Jazlyn tuviera razón. Quería que hubiera algo de realidad en todo aquello, porque había sentido que encontraba a Sam. Y tener a su hermana con él nuevamente era el deseo más grande e imposible de su vida.

Dejó la taza en la mesa de luz y se recostó un poco. Le rascó detrás de las orejas a Gato que ronroneó y se acomodó en sus brazos. Nunca había tenido un gato, pero Tao le había dado todas las indicaciones sobre lo básico del cuidado del animalito. Además, había estado buscando información en Internet. Tao se había reído, pero él sabía que a duras penas se las arreglaba para sobrevivir él. No quería hacerle daño al gatito.

Le dio de comer y se puso unos *jeans* negros y una camiseta del mismo color. Se detuvo un instante a observar la placa que llevaba colgada en el cuello. Era de plata maciza y tenía las iniciales de su hermana: SD. Se las había regalado su mamá a los tres un año antes de que Sam falleciera. Nick siempre llevaba la de él en el cuello, pero Mason se la había quitado cuando llegó a Nueva York a los dieciocho años. Desde entonces, había usado la de Sam.

No había una razón, simplemente, se había sentido solo y un poco atemorizado cuando se encontró lejos de casa y en una ciudad tan grande. El colgante, que para él simbolizaba mucho, le hizo sentir que ella lo acompañaba. Pero esa mañana, la sintió más pesada. Estaba angustiado, pero a la vez entusiasmado. A pesar de que la niña no tenía la apariencia de Sam, sentía que era ella a tal punto que recordaba aquel sueño con el rostro de su hermana. ¿Podría hablarle? ¿Hacer que ella le confesara que era Sam?

Tomó a Gato en brazos y fue hacia la veterinaria. Tao le había aconsejado que le hiciera un chequeo y que viera cómo era el asunto de las vacunas así que decidió hacerlo ese día porque era sábado y le daba miedo retrasarlo. Recibió un mensaje de Jazlyn preguntándole por algo acerca de la campaña de Oh, Honey! Estaban atrasados, pero no le gustaba que estuviera trabajando un sábado. Le respondió que el lunes lo hablaban, que dejara eso e hiciera algo más divertido que no incluyera a Declan. Remató con una foto de Gato. Por supuesto que Jazlyn le envió una lista de nombres posibles porque no quería aceptar que lo hubiera llamado Gato.

Pero Mason estaba decidido y no iban a hacerlo cambiar de idea.

Una vez en casa y con Gato deslizándose sobre la cama. Mason siguió pensando en aquel sueño. Evitó tomar café y le envió un mensaje a Tao preguntándole si conocía alguna infusión que lo ayudara a dormir.

Tao le respondió que la noche anterior no le había costado dormir y que lo había dejado hablando solo, pero le dio el nombre de una mezcla de hierbas que podía serle útil. Mason le preguntó si era legal y el chico le envió un meme que no entendió. No entendía los memes, pero por las dudas siempre se reía.

Consiguió el té a dos cuadras de su casa, parecía que era bastante común así que supuso que era legal. Preparó el agua y lo tomó escuchando un disco de Everclear. Luego, decidió echarse una siesta, costumbre que no tenía, pero que planeaba implementar si lograba volver a encontrar a su hermana en sus sueños.

Se despertó a las ocho de la noche, el té había surtido efecto o su confianza hacia aquella infusión lo había ayudado a dormirse más rápido de lo habitual. Y sí, otra vez había vuelto a soñar con aquella niña llamada Arai, y Yasu había estado jugando con ella con esos bastones largos con los que habían entrenado las mujeres en su sueño anterior.

Suspiró, tomó asiento y se llevó las manos al rostro. Comenzó a sollozar, angustiado. Hacía mucho tiempo que no lloraba. De hecho, no recordaba cuándo había sido la última vez. Era un llanto desesperado que agitó su cuerpo por dentro y por fuera. Y no estaba triste en absoluto. Había encontrado a su hermana y planeaba dormir todo lo que pudiera. Tenía que aprovechar cada instante a su lado. Aunque no se llamara Sam y él no fuera Mason.

Al final, eso no era importante.

Heian-Kyō, 1174

Observó su reflejo en el agua.

Ya no era la niña pequeña que había encontrado en sus sueños la última semana. Ahora se sentía una adolescente, aunque en el reflejo se veía más adulta. Como si fuese mucho más tierna por dentro que por fuera.

A veces es mejor no fiarse de un reflejo.

Mason llevaba una semana soñando con esa ciudad desconocida. Una noche en la que no podía dormir porque estaba ansioso por volver a soñar y encontrar a su hermana, quiso buscar información en Internet. Arai había mencionado una ciudad, un pueblo, una región... pero Mason no había podido retenerlo. Sobre todo, porque cuando despertaba ya no tenía el mismo dominio de idiomas que en sus sueños.

Así que no sabía dónde se encontraba, solo tenía claro que era un sitio antiguo. Cargado de tradiciones y culturas que parecían estar naciendo. Un sitio completamente desconocido para él, que podía ser parte de China por las construcciones, pero que cuando se puso de pie y se dio vuelta, pensó que podía tratarse de Japón.

Con los pies descalzos atravesó el espacio entre el lago y ella.

Yasu siempre estaba allí, pero Mason sentía que se trataba de Sam.

Era emocionante, aunque por momentos se sentía ansioso. Quería aprovechar cada instante con ella y sentía desesperación por hacerle preguntas. Por saber si ella también se daba cuenta o si veía a su hermano en el cuerpo de esa adolescente. Y aunque Yasu no actuaba como Sam, Mason anhelaba contarle cosas. Deseaba hacerle saber todo lo que había pasado desde que se había ido.

Tenía ganas de hablarle de Nick y contarle que pronto tendría una hija. Quería hablarle del valor de su mamá y la templanza de su papá. De la fuerza con la que seguían viviendo después de haberla perdido. Quería confesarle que le había robado su amor por Nirvana y que su música lo ayudaba a sanar sus heridas. Quería hablarle de los fracasos que ocultaba ante todo el mundo, porque a Sam no podía esconderle nada. Quería contarle que tenía un gato que se llamaba Gato y que a lo mejor estaba viajando a sus vidas pasadas cada vez que se acostaba a dormir. Y que una chica completamente loca le estaba haciendo creer en lo imposible.

Justamente a él, que como Sam siempre decía: debía pensar menos y vivir más.

Pero no lo hacía, porque sentía que cada vez que la encontraba en sus sueños estaba

rompiendo una regla y que si decía algo incorrecto, el ser superior que dominaba el mundo lo descubriría y ya no volvería a encontrarla.

Era todo demasiado absurdo, pero en la mente y el corazón de Mason tenía sentido.

Además, con el paso de las semanas y sin siquiera planteárselo, había comenzado a tener más dominio sobre sus sueños. Por supuesto que no podía elegir cuándo soñar, pero sí que le era mucho más sencillo despojarse de sus sentimientos y abrazar las sensaciones que atravesaban esos cuerpos. Podía silenciarse a él y centrarse en Arai. Simplemente, debía relajarse y aceptar que tal vez Jazlyn tenía razón.

Se detuvo a unos pasos de Yasu, que estaba sentada sobre un manto de hierba verde. La brisa era suave y Mason cerró los ojos, porque allí se sentía en paz. Quiso ser Arai, esa nueva versión más adulta que encontraba hoy en aquel sueño. Se silenció y Arai se regocijó, como si supiera que Mason estaba allí.

Extendió los brazos a ambos lados de su cuerpo lentamente y los llevó al frente mientras flexionaba las piernas. Adelantó el pie derecho y se balanceó, lentamente. Lo regresó a su sitio siguiendo el ritmo de la brisa que enmarcaba una primavera perfecta. Estiró la pierna izquierda y acarició la hierba suavemente con el pie cuando se columpió hacia atrás. Dio media vuelta y quedó frente a Yasu, pero a varios metros de distancia. Sabía que estaba allí, del mismo modo que Mason percibía a Sam. No abrió los ojos, porque ninguno de los dos necesitaba de la vista para sentirlos cerca. Acarició nuevamente la hierba con el pie cuando ejecutó otro movimiento con una de las piernas y dio otra media vuelta. Era un baile lento y estoico. Como Arai, firme y sereno.

Arai danzó junto con el viento y se sintió tranquila y, a su vez, valiente. Así era ella. Le gustaba bailar entre los árboles de cerezos y despedazar con una espada al que se le pusiera enfrente.

Pero en ese momento, solo quería sentir.

Abrió los ojos y respiró hondo. El aroma de ese momento era su favorito. La brisa se llevó consigo los pétalos de flores de cerezo y Arai se sintió en invierno en plena primavera. Imaginó que los restos de aquellas flores eran copos de nieve y se detuvo, recordando aquella historia que había oído en casa. Decían que las flores de los cerezos originalmente eran blancas, pero que se habían teñido de rosa al mezclarse con la sangre de los guerreros al pie de los árboles. Mason se mantuvo ausente, sintiendo la paz de Arai y esa tenacidad que la encendía por completo. Según aquellas historias que recorrían la mente de Arai, mientras giraba contra el viento y se columpiaba bajo los pétalos de cerezo, los samuráis escogían los parajes habitados por cerezos para quitarse la vida con la intención de tener una última experiencia de belleza antes de morir.

Unos aplausos despertaron a Arai, que sonrió traviesa observando a su amiga Yasu. Ella también estaba más grande que en los sueños anteriores. Si Jazlyn tenía razón y todo esto era cierto, entonces Arai y Yasu habían pasado muchos años juntas.

—Ya debes decidir. ¿Serás una guerrera o te dedicarás al arte? —preguntó Yasu, mientras Arai se acercaba. Mason se mantuvo a distancia. Era su sueño, pero también era la vida de Arai.

—¿Por qué tengo que elegir cuando puedo ser feliz con ambas?

Yasu la observó y Mason vio a esa chica, pero, otra vez, supo que era Sam. Que estaba allí y que él debía aprovechar cada instante a su lado.

—Yo disfruto cada vez más de la música, pero como guerrera puedo estar cerca de Kenji.

Mason no supo quién era Kenji ni qué significaba eso, pero la decepción y el odio que atravesaron el cuerpo de Arai fueron tan intensos que lo sacudió. La paz de danzar bajo los cerezos y sentir el viento en las mejillas desapareció por completo.

Y el sentimiento fue tan grande que lo despertó.

Nueva York, 2023

Cuando salió del *penthouse* esa mañana, el sol brillaba como si fuese un día importante. Y a Jazlyn le gustó pensar que podía serlo, a pesar de que era lunes y que tenía mucho trabajo atrasado. La última semana se había dedicado a hacer los ajustes en el sitio web de Oh, Honey! que había solicitado la directora de *marketing* y a diseñar un concepto de escenografía para los videos que tenían que grabar con el perfumista.

Resopló cuando recordó que esa tarde tenían reunión. Amaba su trabajo y le entusiasmaba mucho participar de la campaña porque Oh, Honey! era una de sus marcas favoritas y también una de las más reconocidas en la industria cosmética. También disfrutaba mucho de trabajar con Mason. Era meticuloso y se esmeraba mucho en su trabajo. Además, tenía ideas novedosas. Ella llevaba años trabajando en la agencia y nunca había diseñado una acción de *marketing* que abarcara tantos frentes. El problema era que el combo incluía a Taylor. El jefe de Mason era conocido por ser el más pedante y violento de la empresa. Y la información que manejaba Jazlyn traspasaba los límites de la agencia.

Taylor Foster había comenzado su carrera en una de las revistas del grupo editorial de su padre. Así que se había cruzado con él en repetidas oportunidades cuando era pequeña y a pesar de que siempre había sido el mismo, había crecido mucho dentro del sector comercial de la revista. Nadie lo tenía entre sus favoritos, pero se esforzaba en su trabajo.

Por eso, cuando Jazlyn lo vio por primera vez en la agencia e hizo preguntas a sus compañeros, se sorprendió en cómo su reputación había cambiado. Seguía siendo el mismo tipo pedante, pero ahora la gente rumoreaba que robaba proyectos y que todas las personas que contrataba para su equipo acababan renunciando al cabo de unos meses. Salvo uno: Mason Daft.

Tal vez eso fue lo primero que Jazlyn supo de él. Que era perseverante o que sabía bajar la cabeza para no meterse en líos. Para muchos eso podía ser un defecto, sin embargo, Jazlyn lo consideraba una gran virtud. Siempre es más fácil caer en un impulso, responder o reaccionar. En cambio, Mason tenía la templanza de poder controlarse. Y eso no lo hacía débil, sino tan fuerte que no necesitaba alzarse para demostrar que tenía razón.

La incógnita era por qué él lo consideraba un defecto.

Jazlyn observó la hora en su reloj inteligente en cuyo fondo tenía el calendario lunar. Estaba un poco atrasada, así que apuró el paso y desistió de comprarse un café. Dobló en la avenida

Madison y enumeró en su cabeza todo lo que tenía que hacer en el trabajo. Hacía tiempo que no se tomaba una noche para ella y no estaba durmiendo bien. Tenía ganas de salir, pero Jessie estaba muy metida en el tema de su inminente boda y Declan no era opción porque todos los caminos la llevaban a su cama y no era lo que necesitaba.

Un bocinazo la sorprendió cuando estaba cruzando como una autómatas, se giró y encontró a Olivia, que estaba esperando que cambiara el semáforo. Tenía los labios pintados de rojo y, por lo que pudo ver Jazlyn a través del parabrisas, llevaba un conjunto de un verde vibrante y una boina del mismo color que resaltaba sobre su cabello rubio. Jazlyn esbozó una sonrisa falsa, la chica bajó el vidrio automático del Mercedes Benz y se asomó.

—¿Apurada, Yu?

—Un poco —respondió Jazlyn, que continuó cruzando la calle porque si algo había aprendido en sus veinticuatro años de vida era no perder ni un minuto con gente irrelevante.

—Ya, que te vaya bien viajando como sardina en el metro.

Jazlyn puso los ojos en blanco cuando escuchó la risita con la que acabó la estúpida frase. No le sorprendía en absoluto si recordaba a la pequeña Olivia que había hecho de su vida una pesadilla en sus primeros años escolares, pero sí le inquietaba un poco que siguiera siendo igual de inmadura en su versión adulta.

Llegó a la estación del metro y bajó las escaleras, deslizó la tarjeta por la ranura del molinete y aguardó de pie. Olivia había sido la primera roca que había conocido en su vida y luego habían aparecido una tras otra, hasta rodearla por completo. Hubo un momento de su infancia, en el que Jazlyn llegó a pensar que no ser una roca era un defecto. Entonces, había hablado con su papá. Él la había escuchado atento, como si lo que ella tuviese que decir fuese muy importante.

—¿Cómo puedo hacer para que me guste ser como los demás? —preguntó, después de un discurso largo en el que dejó caer todas las frustraciones que había acumulado durante meses.

—¿Por qué quieres ser como los demás? —preguntó William, que conocía a su hija de doce años sin necesidad alguna de que hablara. Había sido transparente desde pequeña porque él había actuado del mismo modo con ella desde la primera vez que la tuvo en sus brazos.

—Porque no me gusta ser rara o que se burlen de mí. Llevo muchos años intentando que me entiendan, pero es como si fueran rocas —explicó y fue la primera vez que usó aquel término—. No aceptan que las cosas no sean igual para todos. Que no me guste la misma ropa que usan ellos o que prefiera ir a comprar libros de segunda mano a Brooklyn en lugar de comprar zapatos en la avenida Madison. O que no use zapatos y prefiera calzado deportivo. Es como cuando no entendían que no tuviera una mamá.

Su papá sonrió. Jazlyn también lo hizo al recordarlo, mientras subía al metro y se apretujaba con el resto de las personas. Algunos turistas, algunos estudiantes y otros que iban a trabajar como ella. Le gustaba esa mezcla. A veces se detenía a observar personas en el metro e intentaba adivinar cómo eran sus vidas. Los turistas que hablaban español podían venir de España, la Argentina u otro país de Latinoamérica. Tal vez era su primera vez en Nueva York. Y el chico con la mochila, podía tener un examen difícil esa mañana. O tal vez tenía un secreto que esa mañana revelaría entre clases. Se sentía bien allí y no una sardina como había dicho Olivia.

—¿Y vos entendés por qué no tenés una mamá? —preguntó su papá.

—Sí. Porque vos querías ser papá y no tenías pareja.

—¿Y te parece bien? —indagó.

—Sí. Me gusta la idea de que me hayas deseado tanto que hayas hecho algo mucho más difícil que el resto de los papás.

William sonrió. Le gustaba que pensara de ese modo y que supiera exactamente cuánto la había deseado y lo feliz que le hacía tenerla.

—Entonces, ¿por qué te importa lo que piense una... roca?

—Porque lamentablemente tengo que convivir con ellas.

—Bueno, entonces demostrales que no sos una más. Aceptalos, pero no cambies. Imaginate que sos una de esas flores que crece entre las rocas del Central Park. Una flor amarilla. Es lindo ser diferente, Jazlyn. Que no te guste ser como los demás, para mí es una gran virtud.

Así que Jazlyn eligió ser una flor y aceptó a todo el mundo. Lo que no quitaba que esa mañana soleada que pensó que presagiaba un buen día, no haya sido arruinada por su encuentro con Olivia. Y, luego, por la cantidad de trabajo que encontró en su casilla de correo cuando encendió la computadora.

Tenía que hacer ajustes en la campaña de Oh, Honey! para la reunión que tendrían por la tarde y resolver algunos pendientes con otros tres equipos de *marketing*. Antes de empezar fue en busca de un café y luego, se puso manos a la obra. Se enfocó primero en responder correos y luego en dejar resuelto todo lo de Oh, Honey! porque le preocupaba no tener nada para presentar en la reunión. Era cierto que conocía a Caroline por su trabajo anterior pero tampoco es que tenía tanta confianza como había fingido ante Taylor en su afán por salvar a Mason.

¿Por qué tenía esa necesidad de resolverle la vida a un desconocido? Ella lo llamaba curiosidad regresiva, aunque nunca le había ocurrido de ese modo.

Trabajó toda la mañana a destajo y cuando se dio cuenta, se había salteado el almuerzo y ya era la hora de la reunión. Tomó su cuaderno, un bolígrafo y su *laptop* y se dirigió a la sala de reuniones. Le sorprendió encontrarla vacía. Dejó sus cosas y fue en busca de Mason que no estaba en su oficina.

Encontró a Taylor. Estaba echado frente a su escritorio hablando por teléfono. Detuvo la llamada para decirle que Daft había ido a almorzar hacía dos horas y no había regresado. Que más le valía que regresara antes de que llegara Caroline porque no le iba a temblar el pulso a la hora de despedirlo. Luego, continuó hablando por teléfono como si nada.

Jazlyn le consultó a la recepcionista si ya se había anunciado la directora de *marketing* de Oh, Honey! y suspiró aliviada ante su negativa. Llamó a Mason, pero no respondió el teléfono. Eso era habitual. Nunca respondía las llamadas y tardaba horas en ver los mensajes. Sin embargo, le resultaba raro que no estuviera allí porque él era muy responsable.

Le preguntó a la recepcionista si lo había visto salir y ella respondió de inmediato que había salido a almorzar hacía unas horas. Sin dejar de llamarlo, se dirigió a los ascensores y tras revisar que no estuviera en el comedor fue corriendo hacia el Bryant Park. No tenía idea dónde almorzaba cuando no lo hacía con ella. Supuso que normalmente lo hacía en el comedor, pero

una vez se había visto con un amigo y habían ido a un restaurante de la zona.

Resopló. La mesa que solían ocupar en el parque estaba libre. Dejó caer los hombros y lanzó un gruñido. Si no lo encontraba pronto los despedirían a ambos. Lo volvió a llamar y recorrió el parque mirando hacia todos lados, hasta que escuchó el sonido del móvil y lo descubrió recostado bajo un árbol, completamente dormido.

Jazlyn se lanzó de rodillas, apurada y lo sacudió. Él despertó y miró a su alrededor desorientado.

—¿Sam?

—Soy Jazlyn, Mason.

—Ah, sí. —Se refregó la cara con la palma de la mano. Jazlyn pensó que era muy tierno con cara de dormido, pero descartó la idea de inmediato porque estaban a minutos de ser despedidos —. Me quedé dormido.

—Ya veo.

—¿Qué hacés acá? —Tomó asiento. Jazlyn lo observaba extrañada, todavía de rodillas frente a él.

No era habitual que Mason se despojara de sus responsabilidades tan fácilmente. Con viento a favor, Jazlyn lograba de vez en cuando que saliera a almorzar y la última semana la había evitado bastante. Además de que tampoco lo había visto muy enfocado en su trabajo.

—Vine a buscarte. ¿Estabas soñando?

Mason dejó caer la cara en ambas manos. Luego, se sacudió el cabello y la observó.

—Llevo soñando con mi hermana hace más de una semana —confesó.

Jazlyn se mantuvo en silencio. Notó que a él se le humedecían los ojos.

Sonrió y él le devolvió la sonrisa. No conocía la historia de la hermana de Mason, pero sabía que había fallecido hacía unos cuantos años.

—¿Es como los otros sueños? —preguntó—. ¿Estabas durmiendo a propósito?

Mason suspiró y pestañeó, como si quisiera ocultar que estaba conmovido.

—Sí. En realidad no es mi hermana. Sueño con un sitio extraño, antiguo. Me llamo Arai y mi mejor amiga es Yasu. Tiene otra apariencia, pero siento que es Sam. Sé que es ella. —Se puso de pie y sacudió con las manos la hierba de sus pantalones negros—. Es una locura, ya lo sé.

Jazlyn se puso de pie y le regaló una sonrisa triste.

—No lo es, Mason. —Apoyó las manos en los hombros de él. Tenía ganas de que hablaran, de hacerle preguntas y de entenderlo, pero estaban al límite, de modo que no pudo ser cautelosa —. Lo que es una locura es que no estemos en la reunión que comenzó hace quince minutos.

Mason abrió los ojos, preocupado y observó su reloj.

—No puede ser.

Heian-Kyō, 1180

Lo primero que hacía Mason cada vez que comenzaba a soñar era buscar a Yasu.

Llevaba soñando con la vida de Arai un mes completo y en ninguna de las oportunidades la mejor amiga de la chica había estado ausente. Era la primera vez.

La frustración se apoderó de Mason. Esto de encontrar a su hermana en sus sueños se había convertido en una adicción a tal punto que se había desenfocado de todo lo demás y lo que normalmente era una prioridad en su vida, ahora le importaba muy poco.

Suspiró y observó a su alrededor. El sitio era el mismo de cada sueño, pero desde el primero, en el que Arai era una niña pequeña, algunas cosas habían cambiado. Sin embargo, el templo continuaba en el mismo estado. Siempre parecía nuevo y a Mason todavía le costaba acostumbrarse a los detalles exquisitos de la construcción. El tejado recto se elevaba hacia las puntas y contrastaba con el resto de la edificación. Era delicado y agradable a la vista. Mason todavía sentía que se encontraba en un set de grabación. Consideraba que todo aquello era demasiado perfecto como para ser real. Pero allí vivía Arai y él lo sabía.

Contrario a los sueños que había tenido anteriormente, en este, se sentía desorientado. Cuando surgía alguna conversación, le era muy difícil seguirla. Incluso, en varias oportunidades le habían hecho preguntas que no podía responder. Tal vez por eso se le estaba haciendo cada vez más fácil mantenerse dormido dentro de ese cuerpo, era más sencillo cuando le entregaba el poder a Arai.

Así que lo volvió a hacer.

Se encontraba en la zona exterior del templo, sus pies sobre tierra fina de un gris claro que prácticamente se veía blanco. Llevaba una blusa oscura con pequeños rombos de color blanco. Una falda a rayas y anudada en la cintura cubría toda la parte inferior de su cuerpo. Cerró las manos alrededor de la *naginata*, esa arma que el primer día confundió con un bastón largo o con una lanza. Tras varios sueños, había aprendido que se trataba de una extensión del cuerpo de Arai.

Y la chica se sentía diferente a los sueños anteriores.

No le había ocurrido lo mismo con Carmelo o Margaret. A ellos los había encontrado en un momento específico de su vida. Con Arai, por el contrario, estaba recorriendo diferentes etapas y, como se estaba permitiendo escucharla, notaba sus cambios. Había comenzado siendo una niña soñadora y tierna y en la medida que había ido creciendo, se había transformado poco a

poco en una guerrera. De algún modo, siempre lo había sido. Había observado a esas mujeres practicar con la *naginata* con el deseo de ser como ellas durante el primer sueño de Mason; pero ahora... poco quedaba de esa ternura. Algo la endurecía sueño tras sueño y Mason sentía que era ella misma la que se presionaba a hacerlo.

Dio tres pasos con la *naginata* en sus manos. Luego, comenzó a correr sobre la tierra gris y se detuvo de repente. Mason la dejaba moverse a su gusto y se deleitaba con la adrenalina y la emoción que recorrían su cuerpo. Comenzó a mover el arma acompañando cada propulsión con su cuerpo. Era como si danzara mientras atacaba a un enemigo imaginario. Como si aquel sueño de una semana atrás en el que había bailoteado bajo los cerezos, se hubiese vuelto más cruel. Ahora no había pétalos que parecían copos de nieve, sino tierra áspera bajo los pies de Arai. Y polvo que la rodeaba hasta ahogarla.

Arai se detuvo y apoyó un extremo de la *naginata* en el suelo. El arma era como una lanza curvada en la punta. Tenía una hoja allí mismo que podía hacer daño, sobre todo si se empleaba con la destreza con la que se movía Arai. Se mantuvo quieta, observando hacia adelante. Como un soldado de la Edad Media cuidando su castillo. Y aunque Arai no tenía una armadura, se sentía como si llevara una. Mason, que jamás en su vida sintió confianza por él mismo, se abrumó por el sentimiento de la chica. No confiaba en nadie, salvo en ella misma.

Al cabo de unos minutos, relajó la espalda y se dirigió hacia el templo donde encontró a Yasu, lo que hizo sentir muy bien a Mason, pero no tanto a Arai. Él empezaba a notarlo. La chica tenía un sentimiento contradictorio hacia su amiga que por momentos era difícil de comprender. Yasu estaba sentada en el suelo, llevaba un vestuario similar al de Arai y su *naginata* estaba apoyada junto a ella.

—Escuché a Kenji hablando con algunos guerreros —dijo Yasu—. Hay cierta incomodidad con el emperador. Quieren darle la espalda y que como clan nos enfrentemos a los Takahashi. Pero eso implicaría también ponernos frente a los Ikeda.

Mason intentó apagarse. No podía seguir aquellas conversaciones. Se sentía muy ajeno a todo eso. Y ni siquiera había podido buscar información en Internet como en el caso de sus sueños sobre Margaret. El nombre Arai Tsuma no daba ningún resultado. Solo había buscado la palabra *naginata* porque la había oído en uno de sus sueños, pero solo supo que era un arma usada por las mujeres en el antiguo Japón. Le iba pésimo en historia. Se había copiado durante toda la escuela secundaria. Decidió que lo mejor era que Arai se encargara de ello.

—Lo escuchaste porque lo estabas persiguiendo —afirmó con cierto rencor—. Otra vez.

En la mente de Mason apareció un hombre. Parecía de la edad de Arai y Yasu. Calculaba unos veintitrés años. Llevaba unos pantalones anchos estampados y una pechera de metal. Tenía un aire distinguido, pero Mason sintió el rechazo por parte de Arai.

—¿Por qué te molesta? —preguntó la otra chica con rencor.

Yasu era, en realidad, muy diferente a Sam. Pero Mason seguía teniendo claro que era ella. Tenía que serlo. Tampoco era la primera vez que soñaba con una persona pero con otro rostro.

—Sos diferente cuando él está alrededor —repuso Arai.

—Siempre estuvo alrededor. Pertenecemos al mismo clan desde que nacimos.

—Yo pertenezco al clan desde que nací. A vos te recogieron en la puerta del templo después de que te abandonaran. —Mason se sacudió al oír las palabras de Arai. El rostro de Yasu se transformó.

Tras unos segundos de silencio. Yasu preguntó con ironía:

—¿Yo soy diferente cuando Kenji está cerca? —Esbozó una sonrisa triste—. Yo creo que él saca lo peor de vos, Arai. Y no entiendo por qué. Kenji es el general y te considera una de las mejores guerreras. Te permite entrenar junto con los samuráis. Nadie hizo eso en nuestro clan, jamás.

—No lo hace por mí. Sabe que soy buena y que le sirvo, no es más que eso.

—Sabés que a su padre no le hubiese importado.

—Su padre era un idiota. Y Kenji tiene su sangre.

—¿Entonces no te importa que nos enfrentemos a dos clanes? —preguntó Yasu.

Mason no tenía idea de a qué se refería o qué significaba todo eso, pero a Arai no la inquietó.

—Supongo que de algo servirá entonces tanto entrenamiento. —Se puso de pie y antes de alejarse de Yasu, remató—: ¿Vas a defender a nuestro clan o te vas a dedicar a conquistar a un general?

Nueva York, 2023

Arai estaba enamorada de Yasu.

Lo supo en cuanto abrió los ojos y se torturó durante varias horas porque él sentía que se trataba de Sam. Y era extraño, pero cuando se ponía en el lugar de Arai, tenía sentido. Como si fueran las mismas personas con diferentes roles y ante juegos completamente distintos.

Otra vida. Una versión anterior de Mason y Sam que se querían, pero de una forma diferente. Amor de hermanos, amor de amigas, amor romántico. En definitiva, se trataba de lo mismo. De sentimientos que impulsan a las personas a mantener relaciones. Porque incluso una relación de hermanos es imposible de sostener sin amor.

También le preocupaba empezar a pensar en aquellos sueños como vidas pasadas, porque aunque Jazlyn había deslizado una teoría que se sostenía, no dejaba de ser demasiado fantasiosa. Lo que confundía a Mason era cómo él se sentía durante los sueños y el grado de detalle que recordaba por la mañana.

Y los candados. Esa era la maldita prueba irrefutable de que lo que sucedía en sus sueños dejaba huellas.

Tomó la *laptop* y se dejó caer en la cama. Ya llevaba mucho tiempo soñando con la vida de Arai en lo que ya consideraba que era el antiguo Japón. Y seguía bebiendo el té que le había recomendado Tao para estar más relajado durante el día y poder dormir más. Los sueños no eran del todo agradables y le generaban cierta inquietud, pero encontrarse con su hermana era adictivo. Incluso, había comenzado a dormir la siesta en la hora de almuerzo o por la tarde los fines de semana. Eso había tenido sus consecuencias porque estaba bastante atrasado con las campañas y Jazlyn comenzaba a fastidiarlo.

Abrió el buscador e ingresó el nombre de Margaret Harper. No había indagado nada acerca de ella desde que sus sueños en Londres habían acabado. Encontró información sobre su trabajo en una fundación junto con su hermana y vio fotos de sus hijos adolescentes. No había nada de Harry.

Ingresó una búsqueda más específica: “Divorcio Margaret Harper”.

El estómago le dio un vuelco y enderezó la espalda. La búsqueda le había dado como resultado un video de aquella entrevista con la que había soñado Mason. Le dio *play* y la observó perplejo. Recordaba cada pregunta y respuesta e incluso pudo notar aquellos momentos en los que se había sentido inquieto o nervioso. No era él al que veía allí, pero sabía que ese plan lo

había orquestado con Jazlyn cuando él decidió ayudar a la mujer interfiriendo a través de los sueños.

¿Por qué le estaba ocurriendo ello? Si Jazlyn tenía razón y no estaba enloqueciendo, tenía que haber una explicación. Hasta las fantasías más indescifrables debían tener una explicación lógica.

Y entonces... ¿estaba encontrando realmente a su hermana?

Se puso de pie y observó a su alrededor. El departamento estaba abarrotado de cosas. Pero aunque estaba desordenado y sucio, Mason no quiso perder el tiempo, se puso unos pantalones cortos y una camiseta, tomó el móvil y los auriculares y salió a correr. Algo que no hacía desde los dieciocho, cuando Duncan lo incentivaba a entrenar en el campus.

Nunca había sido bueno en los deportes y aunque sabía que la actividad física era buena para la salud, siempre lo postergaba. Normalmente estaba más interesado en estar al día con su trabajo y nunca lo estaba, incluso cuando se pasaba el día y la noche trabajando. De modo que llevaba postergando cosas desde hacía cinco años sin ningún tipo de sentido.

Y no es que de repente y como por arte de magia ahora le interesara la actividad física, sino que necesitaba gastar energías y agotarse lo máximo posible para poder dormir más horas. O eso creía él, que tampoco había sido un gran estudioso del cuerpo humano.

Cuando regresó a casa, hizo abdominales y luego se dio una ducha caliente. No tenía sueño, pero estaba cansado y le dolían los músculos. Se dejó caer en la cama y, de un salto, Gato se acomodó en su pecho. Respiró hondo y observó el techo. Debería haberlo pintado después de la filtración de agua del año pasado, pero no había tenido ganas. Ahora tampoco, así que supuso que quedaría así. Podía sobrevivir con esa mancha en el techo. De hecho, pintaba de pies a cabezas lo que él era. Detestaba su departamento pero, al mismo tiempo, sabía que de alguna manera lo representaba. Hacía mucho tiempo que se había abandonado.

Pensó en Sam y en Yasu. Eran completamente diferentes y el sentimiento que despertaban en Mason y en Arai también. De hecho, había sentido aquella noche el contraste de amor y odio que había sentido Arai.

Él nunca había odiado a Sam, salvo aquella vez en la que lo dejó con la casa de Legos a medio construir. Sonrió, amargado. Se había enojado muchísimo con su hermana porque un sábado lluvioso por la mañana habían planeado construir una mansión con Legos hasta que dejara de llover. A las seis de la tarde la lluvia todavía no se había detenido y a Sam la vinieron a buscar sus amigas para reunirse en casa de otra compañera. Tenía quince años y aunque pasaba mucho tiempo con Mason y Nick, estaba en una etapa en la que sus amigas eran lo primero. Por suerte, su hermano vio la decepción en su rostro y decidió ayudarlo a terminar con la construcción.

Así que, como Sam lo dejó con la mansión a medio hacer, Mason no le habló durante una semana. Podría haberle durado mucho tiempo más, pero fue justo cuando descubrieron que estaba enferma y, aunque Mason no creyera que fuera algo grave, no pudo evitar perdonarla. Desde ese día hasta que Sam falleció, construyeron muchas mansiones con Legos. Pero nunca fue lo mismo.

—Hola —contestó su hermano al segundo tono.

—Hola —respondió Mason, que había pospuesto la siesta porque no estaba lo suficientemente cansado—. ¿Cómo estás?

—Bien, Mason. ¿Sucedó algo?

Siempre que tomaba la iniciativa tanto con Nick como con Duncan, ellos pensaban que algo había ocurrido. Eso lo hacía sentir un hermano y amigo horrible.

Un poco lo era.

—No. Quería... —Se detuvo, era ridículo, pero ya lo había llamado—. Estaba recordando ese día en que Sam me dejó con la mansión de Legos a medias. —Oyó una risa del otro lado de la línea.

—¿Y me llamaste para agradecerme por ayudarte a terminarla?

—Nunca lo hacías... —dijo Mason, con una sonrisa amarga.

—Bueno, estaba entrando en la adolescencia. Cada uno lo maneja como puede.

—Pero lo hiciste igual.

—Sí, porque Samantha te había hecho una promesa y no la había cumplido.

Nick le decía Samantha cuando se enojaba. Entonces, ella lo llamaba Nicholas y estallaba la guerra. Odiaban sus nombres y siempre decían que el de Mason era el mejor.

—No le hablé por una semana.

—Estabas enojadísimo. Siempre fuiste demasiado severo para tu edad.

—O demasiado problemático.

—Problemático para tu propio mal. Porque te portabas muy bien en la escuela y eras el favorito de mamá por ese motivo.

Mason lanzó una risita. No era el favorito porque su mamá los quería a todos por igual o de diferente modo, pero con la misma intensidad. Pero sí era cierto que siempre fue considerado el menos problemático. Lo que son las vueltas de la vida, pensó Mason, que terminó siendo el más quebrado de los tres.

—Escuchame, Mason —desvió la conversación Nick de repente—. Emily se siente mal. Creo que pueden ser contracciones y tengo que tomar el tiempo... —Mason lo interrumpió de inmediato, mientras tomaba asiento en la cama.

—Está bien, andá. Solo quería saludarte y recordar eso.

—Respiró hondo—. Avisame por favor.

—Claro que te aviso, todavía falta un poco. Bueno, eso creo.

Mason sonrió. Hasta ese momento no había imaginado a Nick siendo padre. Algo se removió dentro de él. Siempre se había enfocado mucho más en Sam que en su hermano.

—Saludos a Emily y a mi sobrina.

—Serán dados.

Mason se dejó caer en la cama nuevamente y le permitió a Gato que se acomodara en su cuello. Cerró los ojos y pensó en Arai y en el odio que sintió por Yasu en su último sueño. Él nunca había odiado a Sam. Ni siquiera cuando abandonó la construcción de aquella mansión de Legos.

Heian-Kyō, 1183

Arai se movía con una velocidad envidiable.

Mason recordó la danza bajo los cerezos. Ese sueño había sido extraño y, de alguna manera, había sentido cómo Arai se transformaba de la niña inocente a la guerrera con la que se encontraba hoy.

Y aunque parecía una danza, era más bien una batalla.

No había pétalos de cerezo. Había gritos violentos y desesperados.

No eran copos de nieve, sino una lluvia de sangre.

Mason sintió que se acurrucaba dentro del pequeño cuerpo de Arai. Su apariencia frágil y tierna era solo una fachada, la chica se movía frente a los enemigos como una experta implacable.

Era rápida, pero sus movimientos no eran para nada apresurados. Sentía la necesidad de defender sus ideas y las de su clan con la fuerza de un huracán.

No importaba si estaba observando a otras mujeres entrenar, si estaba bailando, si entrenaba con su *naginata* o si peleaba en una batalla. En cada sueño, Mason se había sentido abrumado por los sentimientos de aquella chica. Era avasallante y despiadada. Y ahora, se movía entre cuerpos cada vez que un enemigo caía y escogía otro a quien atacar.

Los destruía uno a uno sin piedad.

Mason se detuvo un instante y observó a su alrededor. Estaba oscuro y, por supuesto, desconocía aquel lugar.

—Arai. —La voz de un hombre lo obligó a reaccionar—. Regresá a tu caballo, debemos cruzar el agua y atacar lo que queda en pie del campamento.

Era Kenji, el hombre del que estaba enamorada Yasu. Había mencionado que era un general y tenía sentido que le diera indicaciones. Mason se mantuvo quieto.

—Bueno —murmuró.

—¿Qué pasa? —Kenji se acercó a ella. Llevaba un casco y una armadura. Mason observó su propio cuerpo. También llevaba una—. Dejá la *naginata*, subí al caballo y usá tu arco. Keitaro no estaba en este grupo, tiene que estar del otro lado.

Mason tragó saliva, nervioso.

La situación de un hombre como Carmelo, que abandonaba su continente para empezar una nueva vida, era difícil. Y por supuesto que había sido doloroso ponerse en los zapatos de

Margaret, una mujer que era presa de una vida infeliz y de un hombre violento. Pero, al menos, podía disimular. En este caso, era imposible para él manejar la situación.

Quiso despertarse pero no supo cómo hacerlo. Hasta que su cuerpo se sacudió y entendió que debía retraerse como venía haciendo. Se concentró, dejando de lado el pánico de estar rodeado de cadáveres y le permitió a Arai tomar las riendas.

—Entonces mi objetivo es Keitaro —respondió Arai y enfundó la *naginata* en la parte trasera de su cuerpo.

—Keitaro es el objetivo de todos —dijo Kenji, que tiró de ella, acercándose a dos caballos. Se subieron uno en cada uno—. Pero confío en vos más que en los cuarenta mil guerreros que traje a esta batalla.

—¿Por qué?

—Porque cuando querés algo, lo obtenés.

Arai impulsó a su caballo y atravesó el agua. Alrededor de cien jinetes del clan Takahashi se anticiparon, pero eran mayoría. Arai se posicionó con el arco. Era buena con la *naginata*, pero en los últimos años había perfeccionado su tiro con arco y se había transformado en la mejor. Kenji no mentía cuando decía que ella obtenía lo que quería. Salvo a Yasu, por supuesto.

Disparó raudamente y vio cómo los jinetes que ella elegía se desplomaban de sus caballos como si estuviera jugando a un juego sencillo. Estaba asesinando con una destreza que a Mason le ponía los pelos de punta. Pero sentía la adrenalina de Arai. Era intensa y decidida. Ojalá hubiera algo de Arai en él. No quería ser un asesino ni ganar batallas, pero, al menos, pensaba Mason, le gustaría tener esa fuerza de voluntad y las ganas de ir por lo que quería.

No dejó de disparar y esquivó las flechas que se dirigían a ella, mientras avanzaba más y más. Estaba cerca del campamento y Kenji le había pedido que fuera por Keitaro, el general del clan Ikeda. Siempre habían existido diferencias entre el clan al que pertenecía Arai y los Ikeda; pero últimamente, la cosa se había complicado. Los Ikeda apoyaban al emperador Takahashi y los Yoshioka, clan al que pertenecía Arai, tenían otros planes. Querían otro emperador o llevar a los samuráis a la cima del poder.

Kenji había elaborado un plan exquisito y aunque Arai lo detestaba, porque era el esposo de Yasu, había apostado por ese ataque desde el primer momento en el que el general se lo planteó.

En plena medianoche y con más de cuarenta mil jinetes encabezados por un gran número de bueyes con antorchas prendidas a sus cuernos, arremetieron contra el ejército de los Ikeda, que acampaba en una zona montañosa. Arai era la única mujer que formaba parte de las huestes de los Yoshioka y se lo había ganado con su propio esfuerzo y tenacidad.

Como *onna-bugeisha*, Arai y el resto de las mujeres del clan habían sido entrenadas en el uso de las armas desde pequeñas para proteger su hogar y el clan en tiempos de guerra. Pero ella se había ganado el respeto de los samuráis y luchaba junto a ellos en cada batalla. Kenji la había puesto en la primera línea sin titubear. Confiaba en Arai y le tenía cariño. Habían crecido juntos y era la mejor amiga de su esposa. Sin embargo, el cariño no era recíproco.

Arai lo había odiado desde el primer momento en el que Yasu se fijó en él. Acostumbrada a luchar en todas las batallas que se propusiera, sintió la impotencia de no tener la oportunidad. Lo

que sentía por su amiga no era correspondido y también estaba prohibido. Podía matar a todo el clan de los Ikeda, ganar esta batalla y las que siguieran. Pero obtener el corazón de Yasu era imposible.

Y para alguien que siempre conseguía lo que deseaba, eso no era fácil de aceptar. Mason sintió el sabor agrio de la insuficiencia, como si Arai se lo quisiera mostrar. Como si quisiera castigarlo compartiendo ese sentimiento con él.

Oyó un ruido y los gritos que le precedieron. El caballo de Kenji se agitó y el general cayó al agua, herido. Frente a él, se encontraba Keitaro. Arai se detuvo y observó a Kenji, que estaba muerto, con la espalda hacia arriba y el agua cubriéndole medio cuerpo. Keitaro sonrió y se acercó, como si no le tuviera miedo. Arai no estaba acostumbrada a que no le temieran.

—Arai Tsuma —murmuró.

Como Kenji y ella habían tomado otro rumbo, había pocos jinetes de su clan allí. Keitaro movió su espada con astucia, Arai se bajó del caballo con un movimiento rápido, dejó el arco y tomó su espada. Lo enfrentó sin titubear.

—Keitaro Kita —dijo Arai con una sonrisa amarga.

—Solo ganaron esta batalla porque atacaron sorpresivamente, aunque perder a un general no suena como un triunfo.

—Entonces te puedo ayudar a perderla por completo.

—Arai movió la espada con rapidez, pero Keitaro la detuvo.

—Kenji no me gustaba como enemigo. Así que considero esta batalla ganada. —Sonrió—. ¿Cuánto hace que nos conocemos? Siempre te quise a mis pies.

—Nunca me tendrás a tus pies.

—Entonces, te quiero enfrente en la próxima batalla. El odio que me hacés sentir es tan grande, que a veces pienso que nadie es capaz de movilizarme como vos. Quiero mis manos llenas de tu sangre. Quiero ver tu cabello negro teñirse de rojo.

—Sonrió—. Mi única victoria será verte morir en mis brazos.

—Peleá conmigo, entonces.

—Hoy no. Todavía necesito del frenesí que me mueve a destruirte.

Arai lo vio desaparecer en la oscuridad. Tomó el cuerpo de Kenji y lo acomodó en su caballo. Sentía la culpa de haberlo odiado y, también, de no haber sido capaz de defenderlo. Todavía lo aborrecía, pero entendía lo que sentiría Yasu al perderlo.

Arai cabalgó junto a los jinetes que habían sobrevivido y los bueyes que iluminaban el camino. Mason se mantuvo quieto, expectante. Esperando despertar de una vez, porque cada vez que una pieza se acomodaba entendía algo más.

Keitaro era su enemigo. Deseaba con todas sus fuerzas destruir a Arai. Y aunque a Mason no le importaba en absoluto lo que deseara ese tipo, sus palabras le habían hecho daño. Sintió pavor en cuanto lo tuvo enfrente. Porque aun con su armadura, su masculinidad y la violencia de sus palabras, supo que no era solo Keitaro, sino también Jazlyn.

Si estas eran sus vidas pasadas, entendía que su hermana estuviera allí. Era alguien importante para él. Pero... ¿Jazlyn? Era una compañera de trabajo por la cual no sentía

absolutamente nada.

¿Y por qué era su enemigo?

Arai cabalgó cargando con el cuerpo de Kenji y el dolor de una batalla ganada que se sentía perdida. Las palabras de Keitaro rondaban su mente y Mason se mantuvo allí, dándole el poder a la chica guerrera, que era mucho más fuerte que él.

Una vez en casa y después de asearse, fue en busca de Yasu. Arai no había tenido el valor de darle la noticia. La encontró sentada en el piso, de espaldas. Frente a ella había una caja de cosméticos finamente decorada. Eran pequeños contenedores dorados con diseños de cerezos que a Mason le sorprendieron. Arai se sentó frente a Yasu y estiró ambas manos para tomar las de ella.

Su amiga estaba maquillada. Tenía el rostro blanco y las mejillas exageradamente rojas. Esa caja de maquillaje se la había regalado Kenji y era un lujo propio de la aristocracia. Yasu podía tenerlo, porque era la esposa del general. Y Arai sabía que él la amaba, justamente, por eso lo había odiado.

—Lo lamento mucho más de lo que creés, Yasu. —Suspiró. Mason sintió el dolor de Arai y el propio. Porque esa era Yasu, pero también era Sam. Y si él era Arai, otra vez les tocaba enfrentar algo horrible juntos. Pero, pensó Mason a modo de consuelo, en esa vida todavía se tenían el uno al otro—. No pude defenderlo, Keitaro me tomó por sorpresa.

—Lo sé —respondió Yasu.

—Es que Kenji nunca me gustó... —dijo, pero Yasu la interrumpió.

—Pero yo soy tu amiga y sé que lo hubieses cuidado por mí de haber podido. No tenés que explicarme, Arai. Gracias por traer su cuerpo.

—No estoy acostumbrada a perder —sollozó Arai.

—No perdiste —susurró Yasu. Todavía, tomadas de la mano, Arai vio el camino que marcaban las lágrimas de su amiga sobre el rostro blanco—. Ganaste la batalla.

—Mi batalla más importante fracasa si vos no sos feliz, Yasu. —Bajó la voz y finalizó—: Hoy no triunfé.



Nueva York, 2023

Pasó toda la reunión con el estómago revuelto. Cada vez que levantaba la vista y encontraba a Jazlyn recordaba a ese hombre que le había dicho que su máximo deseo era verlo morir en sus brazos.

Digamos que Mason nunca se había caracterizado por ser un amante de su vida. De hecho, estaba bastante disconforme. A pesar de vivir en la ciudad que había deseado de chico y de trabajar de lo que le gustaba, se sentía bastante cansado de lidiar con su jefe o de vivir en un sucucho en pleno Chinatown. Tenía veintisiete años y no tenía estabilidad en ningún ámbito de la vida, pero si en ese momento le hubiesen dado a elegir entre sus fracasos y las batallas sangrientas a las que se enfrentaba Arai, no hubiese tenido dudas. Los fracasos eran más fáciles de manejar que un tipo que dice que quiere matarte, pero mejor otro día porque prefiere disfrutarlo más.

A Mason le daba pavor. Sumado al delirio de soñar todos los días lo mismo y de sentir como si de verdad lo estuviera viviendo, ahora se sumaba el hecho de que en sus sueños aparecían personas a las que conocía, pero con otra apariencia. ¿Y cómo es que sabía quiénes eran? Simplemente... lo sabía, no podía explicarlo concretamente.

Participó activamente de la reunión, pero como siempre que Taylor se sumaba, había decidido tomar protagonismo adueñándose de todas las ideas que Mason y Jazlyn deslizaban. No le importó porque su atención estaba centrada en no vomitar.

Poco a poco, esos sueños habían comenzado a impactar en la vida diaria de Mason. Las últimas semanas había dejado tareas pendientes para dormir en la hora del almuerzo o incluso para salir a correr los fines de semana con la idea de cansarse lo suficiente y así dormir una larga siesta que le permitiera encontrar a su hermana una vez más.

Y lo peor de todo aquello, era que cada vez estaba más cansado y hasta la gente a su alrededor lo notaba. Aquella mañana cuando llegó a trabajar, la recepcionista que nunca le respondía el saludo le preguntó si se sentía bien y luego, el mismísimo Taylor le había hecho un comentario respecto a su apariencia ante la inminente reunión con la directora de *marketing* de Oh, Honey!

Jazlyn, por supuesto, lo había notado. Lo tomó de la muñeca antes de entrar a la sala de reuniones para consultarle si estaba bien y él solo se había limitado a asentir. Probablemente en unos días se le pasaría, pero en ese momento no podía verla sin pensar en ese hombre que

deseaba su muerte más que nada en el mundo.

Por momentos, su mente se desconectó de la reunión. Mason se preguntaba por qué nunca se le había ocurrido que Jazlyn se acercaba a él por alguna razón. Sabía que la chica trabajaba en la empresa hacía un tiempo, pero nunca habían intercambiado palabras hasta ese día en el que se cruzaron ante la máquina expendedora de café.

Y todo había sido muy rápido, pero él había acabado contándole algo extraño que le sucedía y sobre lo cual nadie de su entorno estaba al tanto. Claro que Duncan le hubiese dicho que estaba enloqueciendo y su hermano se hubiese reído pensando que estaba bromeando. Pero hubiese sido más lógico que se lo contara a alguien en quien confiaba, en lugar de a una desconocida que aunque parecía bastante inofensiva, le había dado en el blanco.

Porque Mason no estaba seguro de que realmente estuviera viajando a sus vidas pasadas a través de sus sueños, pero había dejado unos malditos candados mientras dormía que se habían materializado en pleno Central Park. Cada vez que quería convencerse de que lo que estaba ocurriendo era solo una fantasía, ese dato regresaba a su cabeza.

Cuando acabó la reunión, Mason salió disparado hacia la oficina y Taylor aprovechó el revuelo para decir que debía irse antes a casa. Quedaba una hora de la jornada laboral, así que Mason se dejó caer en la silla y revisó sus pendientes. Tenía varios correos y la fecha del evento de Boost estaba cada vez más cerca. No era tonto, se daba cuenta de que estaba postergando muchas tareas, pero no podía evitarlo. Sentía que debía aprovechar mientras pudiera encontrar a su hermana en sus sueños.

—¿Cuántas chances tengo de robarte dos horas de tu vida? —preguntó Jazlyn, con un hombro apoyado en el marco de la puerta. Él se echó hacia atrás y la observó.

Cualquier otro día le hubiese dicho que tenía chances, aunque él no tuviera ganas, pero ni siquiera quería esforzarse. No se sentía el más coherente del mundo al dejarse llevar por sus sueños, pero no podía evitarlo. Se sentían cada vez más reales y él estaba cada vez más cansado. Por momentos, olvidaba cuándo estaba despierto y cuándo dormía. Las vidas se mezclaban como si fuesen una sola y él perdía el control cada vez más.

—No puedo, perdón —mintió.

—¿Se puede saber por qué? —preguntó ella, que sabía que no tenía motivos para inmiscuirse en su vida.

—Estoy cansado y quiero ir a casa.

Jazlyn entró a la oficina y tomó asiento al otro lado del escritorio.

—Creo que esa es tu mejor virtud. De hecho, no conozco a nadie como vos en ese sentido.

—¿Y eso qué sería? —preguntó con un tono un tanto desconfiado.

Jazlyn se preguntó por qué estaba tan raro, aunque había esperado que ese día llegara.

—No ponés excusas. Cuando no tenés ganas de hacer algo no inventás un evento familiar ni un trámite impostergable.

Mason la observó. La había mirado bastante durante la reunión, pero en esa oportunidad, se detuvo en los detalles. Tenía el cabello suelto y un poco alborotado. Era oscuro pero no tanto como el de él. Llevaba puesta una camiseta negra de mangas largas y unos *jeans* holgados.

Representaba todo lo opuesto a Keitaro, pero la sentía igual de peligrosa. Sus labios tenían forma de corazón y siempre los llevaba pintados de un modo extraño. Como si el color se difuminara desde el centro hacia afuera.

—Es más fácil decir la verdad.

—¿Y no estás omitiendo nada? —Jazlyn apoyó los codos en el escritorio—. Estás extraño. Estás durmiendo mucho, pero se te ve muy cansado.

—Ya. Decímelo a mí —respondió con ironía.

—Vamos a tomar algo —insistió—. Unos tragos en la terraza del hotel Empire.

No se hubiese negado a ese plan si se lo hubiese propuesto Duncan. Pero ese día sentía que se había apresurado demasiado con Jazlyn. Además, quería cenar y acostarse temprano para dormir más horas aunque no tuviera nada de sueño.

—En otro momento, tal vez —respondió. Jazlyn asintió con un gesto y se puso de pie, lentamente. Mason observó su rostro. La conocía tan poco, que le pareció extraño sentir que estaba rara. Que algo le preocupaba—. ¿Estás bien?

La pregunta lo tomó por sorpresa a él mismo.

—Sí —respondió Jazlyn—. No pasa nada. Tuvimos una buena reunión con Caroline, ¿no?

—Está entusiasmada, eso siempre es bueno —respondió Mason y se puso de pie, casi sin darse tiempo a pensarlo mejor—. Vamos por esos tragos, pero no más de dos horas.

La brisa era suave y cálida. Las luces de la ciudad iluminaban lo justo y necesario. Mason bebió un trago de cerveza y se perdió en Jazlyn que estaba frente a él bebiendo un trago. Su cabello se ocultaba en la oscuridad y la piel contrastaba haciéndose protagonista. Se dio cuenta de que lo observaba con una pregunta en la punta de la lengua.

—¿Qué? —preguntó.

—Estás presionándote para dormir más y encontrar a tu hermana.

No fue una pregunta, sino una afirmación. Mason podría haberse sorprendido, pero de alguna manera había asumido que Jazlyn entendía mucho más de lo que daba a conocer.

—¿No lo harías?

—Claro que sí. Por eso sé que es lo que estás haciendo.

—Llevó la copa a sus labios y bebió. Mason la observó sin agregar nada más—. Sé que nos conocemos muy poco y no tengo una explicación para darte. No el tipo de explicación que alguien como vos desearía. Pero me preocupa verte así. Creo que ese sueño te está quitando más de lo que te da.

—Tampoco es algo que yo pueda manejar.

—No creo que quieras hacerlo. Estás durmiendo a toda hora y aunque me parece bastante sano que dejes un poco las presiones del trabajo, no creo que este sea el modo.

Mason esbozó una sonrisa irónica. Ella misma había dicho hacía unos instantes que no lo conocía lo suficiente. ¿Qué derecho tenía de opinar acerca de su vida y sus decisiones?

—¿Y cuál sería el modo? —preguntó, acercándose a ella lentamente.

Jazlyn sintió su cercanía muy cálida, Mason completamente fría. Nunca habían estado tan lejos y tan cerca al mismo tiempo.

—Dejándola ir.

Esas dos palabras tomaron a Mason por sorpresa. Torció el gesto y sintió como si una espina se le hubiese clavado en la garganta. Él nunca dejaría ir a Sam. No se permitía olvidarla. No aceptaba no recordarla al menos una vez al día, porque eso sería traicionarla. Sería quitarle importancia.

—Nunca voy a dejarla ir. Siempre voy a recordarla.

—Podés recordarla y dejarla ir. No conozco su historia ni tampoco la tuya. Pero no lo necesito para darme cuenta de que te hace daño. Y perdón si parezco una loca, pero tengo la necesidad irrefrenable de ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Yo creo que sí. —Jazlyn suspiró y dejó la copa sobre la mesa—. Hace unas semanas estábamos trabajando juntos en una campaña que parecía ser lo más importante de tu vida. Eso no tenía sentido, el trabajo solo es trabajo. Pero esto tampoco tiene sentido, empezaste a soñar con tu hermana y dejaste tu vida en pausa.

—Tampoco es que mi vida es una montaña rusa...

—Pero es tu vida. No la podés vivir mientras estás durmiendo.

Mason se mantuvo callado. Jazlyn lo observó y sintió amargura. No le gustaba verlo de ese modo, cansado, derrotado. Y eso que Mason era un hombre reservado y desconfiado que apelaba más al ceño fruncido que a la sonrisa. Pero lo veía mal.

—¿Te sentís bien cuando soñás con ella? —Suavizó la voz.

—Los sueños son raros, eso ya lo sabés —explicó—. Ella... ni siquiera es ella. Pero la siento cerca y me hace bien. Lo que no quita que esté cansado, pero llevo cansado toda la vida.

Jazlyn esbozó una sonrisa amarga y a Mason no le importó que ella viera cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. La pérdida de Sam le había enseñado a mostrarse vulnerable aunque los demás se incomodaran ante ello. Pero Jazlyn no se veía incómoda, siempre reaccionaba del modo opuesto al resto y Mason lo notaba.

—Es un consejo que no me pediste pero igual quiero darte, Mason. Dejala ir y ese amor que sentís por ella depositalo en tu vida. —Suspiró—. Una vez leí que cada momento de felicidad nuestro es una flor que crece en el alma de los seres queridos que perdimos. Todo lo que te haga feliz, la hará feliz a ella.

—La extraño —confesó, angustiado.

—Lo sé, pero esos sueños no van a cambiarlo.

—De todos modos, no sé cómo dejar de soñar —declaró, nervioso.

—Yo creo que hay un patrón —disparó Jazlyn y Mason frunció el ceño—. Tanto tus sueños de Carmelo como los de Margaret acabaron cuando los ayudaste. Creo que estás cumpliendo sus asignaturas pendientes.

Mason la observó. Claro que tenía razón. Él ya se había dado cuenta, pero había evitado

decirlo en voz alta para no sentirse un completo desquiciado.

—¿Quién sos? ¿Por qué sabés todo esto? —preguntó Mason, nervioso—. ¿Por qué te importa tanto?

—Ya te dije que es un tema que me apasiona. No los sueños, sino las vidas pasadas. —Dejó caer los hombros y lanzó un suspiro—. Sé que voy a sonar como una loca, pero a estas alturas creo que ya lo pensás. Hace unos años me apasioné con la regresión a las vidas pasadas. Leí mucho y aprendí demasiado. Unos meses después me animé a hacer hipnosis por primera vez. Es un método para recordar tus vidas pasadas. Lo hice en varias oportunidades y es como viajar a esa vida. Lo ves, lo sentís, lo sabés todo. —Se acomodó el pelo detrás de las orejas, nerviosa—. Cuando me contaste que habías tenido esos sueños, por el modo en el que describías cómo te sentías, me dio la sensación de que estabas haciendo eso. Que estabas viajando a tus vidas pasadas como si, en lugar de dormir, estuvieras sometido a hipnosis.

—Dejando de lado el hecho de que todo lo que acabás de decir me parece un absoluto delirio... Entonces, ¿sabés cómo puedo hacer para que deje de ocurrirme?

—No. No es normal que eso ocurra cuando dormís. Pero hay un patrón y la única opción que tenés es seguirlo. Si en estos sueños hay algo que debas resolver, hacelo. Es la única forma de que termine.

—No es tan sencillo. —Dio un trago a su cerveza—. Estos sueños no son como los anteriores y, además... —Se detuvo al recordar a Keitaro y sus ganas de verlo muerto—. No sé si debo creerte.

Jazlyn enarcó las cejas, un poco sorprendida. Sabía que Mason tenía los pies muy bien puestos sobre la tierra y que necesitaba justificaciones tangibles y reales, pero pensaba que al menos confiaba en ella. En el hecho de que no era una mala persona.

—Yo creo que fuera de lo fantasioso, lo que te conté tiene bastante sentido.

Él la observó en silencio. Llevó una mano hacia su pelo y lo deslizó hacia atrás. Se mordió el labio inferior, nervioso y negó con un gesto lento.

—Puede ser, lo que no entiendo es por qué me ayudás y por qué estás en mis sueños. Porque entiendo que sueñe con mi hermana, pero vos ya apareciste en dos de ellos y ni siquiera te conozco lo suficiente.

Jazlyn enarcó las cejas y reprimió una sonrisa.

—Lo sabía. —Se dejó caer lentamente en el respaldo de la silla y bebió lo poco que le quedaba del trago—. Siempre lo supe.

—¿De qué hablás?

—Lo llamo curiosidad regresiva. Desde el primer día en el que te vi supe que te conocía.

Heian-Kyō, 1184

Mason creía que lo había soñado todo y tal vez hubiera preferido que así sea.

Desde atrás, alguien lo ayudó a colocarse una pechera metálica. Tenía detalles en dorado, pero prevalecía el rojo y parecía ajustarse perfectamente al cuerpo de Arai. Se dio vuelta y encontró a Yasu que esbozó una sonrisa suave. Echó un vistazo a su alrededor y notó que se encontraban en el exterior. No tenía idea en dónde ni por qué. No parecía ser cerca del que Mason llamaba “templo”. Había tenido muchos sueños alrededor de Arai, pero nunca había llegado a comprender del todo su vida. Lo único que tenía claro, eran sus sentimientos.

—Voy a luchar —dijo Yasu y Mason se preocupó de inmediato. Para él, ella seguía siendo Sam, su hermana. Se dio vuelta y vio más guerreros poniéndose armaduras y tomando armas. Regresó la mirada a Yasu.

—No —respondió.

Como en los sueños anteriores, Mason se retrajo para permitirle a Arai tomar sus decisiones. Jazlyn le había dicho que esto no se iba a acabar si no ayudaba a Arai, pero no era sencillo. No conocía las herramientas de ese mundo y Arai no era como Margaret o Carmelo. Era muy terca. Las pocas veces que Mason había intentado interponerse, de algún modo ella había logrado ganar. De hecho, Mason empezaba a pensar que, en realidad, no era que él había aprendido a acallarse en sus sueños o a mantenerse al margen, sino que la fuerza de aquella mujer era lo que lo había obligado a retraerse. Y Mason se lo había permitido porque no quería dejar de soñar. Porque aunque estaba en un sitio desconocido con armaduras y cadáveres a su alrededor, era el único lugar en el que había encontrado a Sam.

Y, al final, si estaba enloqueciendo, prefería que fuera sintiendo a su hermana cerca.

—Tuve el mismo entrenamiento que vos, Arai —insistió Yasu.

—Hasta los veintitrés años. —Arai tomó un armazón metálico y se lo colocó en un brazo. Las estructuras de la armadura eran pesadas y tenían detalles exquisitos que parecían haber sido labrados minuciosamente—. Dejaste de hacerlo cuando te transformaste en la esposa de Kenji. Y ya pasaron cuatro años, no estás lista para esta batalla.

Envainó una espada y tomó el arco. Esas armas que Mason no había tocado en su vida, eran para Arai como una extensión de su cuerpo. Por un instante, pensó en que mientras él luchaba contra un jefe insoportable en una agencia de *marketing* de Nueva York; Arai batallaba contra guerreros que habían sido entrenados desde que eran niños pequeños.

Y lo hacía con mucha más tenacidad y confianza que él.

—Sé que esa decisión te molestó. Que siempre soñamos con ser la guerrera en la que te convertiste, pero yo elegí a Kenji. Él me hacía más feliz que luchar.

—Y lo entiendo... —respondió Arai.

—No. Nunca lo entendiste. Tenemos veintisiete años y todavía lo mencionas con rencor. Ser guerrera me hacía sentir fuerte e independiente, pero estaba enamorada de él.

—Podías ser libre e independiente y también estar enamorada —respondió Arai. O tal vez fue Mason, porque Yasu se sorprendió con aquellas palabras—. Kenji nunca te dijo que dejaras de entrenar ni que te limitaras a proteger nuestro hogar.

—Pero es lo que el clan esperaba de mí.

—Entonces condenaste tu independencia. Pero no estuvo mal, porque a tu modo fuiste feliz.

—Y ahora quiero luchar.

—Pero hoy no es un buen día para volver, Yasu. —Suspiró—. Y no es rencor. Tal vez sea algo parecido a la envidia, porque al menos vos elegiste. Yo no y, al final, nunca fui tan libre como parece.

Mason sintió el dolor de Arai como si fuese propio. Era la primera vez que lo percibía con tanta intensidad. En otras oportunidades, había sentido cómo la mujer cubría esos sentimientos con odio o envidia. Escondía los sentimientos que la hacían sentir débil porque prefería ser cruel. Elegía que la vieran como una guerrera despiadada y no como la mujer que rompía todas las reglas, excepto la única que le importaba arrancar de raíz.

Arai lo obligó a retraerse y se enfocó en la batalla.

Una gran cantidad de jinetes pertenecientes al clan de los Ikeda se acercaban hacia un campamento en el que se habían asentado. Algo parecido a lo que había ocurrido hacía un año atrás, cuando habían conseguido exterminar a gran parte de ellos. Una batalla que había sido dura, porque Arai y sus guerreros habían perdido a su general.

Ahora ella era la primera capitana y debía defender a su grupo con uñas y dientes. Las pequeñas batallas habían dado lugar a una guerra feroz entre los cuatro clanes más importantes de Japón. Ya estaban quedando atrás las épocas en las que los samuráis servían a los señores feudales. Ahora, cada uno de ellos quería un poco más. Y los Yoshioka, el clan de Arai, habían decidido darle la espalda al emperador que los Ikeda apoyaban, mientras los Minami se mantenían neutrales para encontrar el momento justo para colarse a por el poder.

Arai se puso en la primera línea junto al resto de los guerreros. Esperaba que Yasu se quedara en su sitio. Era buena con la *naginata*, pero en ese momento debían derribar a la mayor cantidad de jinetes. Y el arma adecuada era el arco.

Dio indicaciones y se movió con agilidad. La armadura era pesada, pero ella ya la conocía. Disparó a destajo y vio caer jinetes uno tras otro. No obstante, a su lado caían guerreros con una velocidad que la abrumaba. Los enemigos eran mayoría y cada vez quedaban menos en pie. Hizo todo lo que pudo. Dio indicaciones y cambió planes sobre la marcha, pero los enemigos seguían siendo demasiados.

Comenzó a ver cómo sus guerreros huían. Pero ella se mantuvo allí, de pie con el arco en sus

manos y la atención puesta en derribar a uno más. Sabía que era imposible, pero siguió con la seguridad de quien no teme morir porque cuenta con la certeza de haber hecho todo lo que estaba a su alcance. Era la mejor guerrera y había sido elegida como primera capitana en muchas batallas, algo que no era habitual. Su vida había estado muy lejos de ser perfecta, pero al menos lo había intentado. Había alcanzado mucho más de lo que se había propuesto cuando era pequeña y pasaba horas viendo a las mujeres de su clan entrenando.

Lo que sí le fastidiaba y mucho, era que fuera en manos de él.

Keitaro se bajó de su caballo y desenvainó su espada. Arai dejó caer el arco y desenvainó la de ella. Lo esperó. Le dio el gusto de comenzar con lo que había prometido hacía mucho tiempo, cuando Arai tenía dieciocho años y le había ganado un mano a mano que él nunca pudo superar. Alrededor había cientos de guerreros y ninguno pertenecía al clan de Arai. Cualquiera se hubiese resignado, pero ella no era ese tipo de persona. Así que levantó el mentón y le sonrió a Keitaro.

—Llegó tu día más esperado.

Mason sintió la adrenalina de Arai y no la comprendió. Él estaba aterrorizado. Y ver a Jazlyn en Keitaro le quitaba el aire.

Se mantuvo aturdido, dejándose llevar por los movimientos de Arai y oyendo el impacto de las espadas. Comenzó a sentir, poco a poco, el cansancio de la mujer. Enfrente, Keitaro estaba igual. Ambos estaban heridos y los guerreros a su alrededor no hacían nada más que observar. Keitaro quería hacerlo él y su ejército lo sabía.

Arai le dio una estocada que lo hizo sangrar, pero se distrajo y la espada de Keitaro, finalmente, la atravesó. Mason oyó el sonido de la hoja deslizándose por la carne. Y el dolor lo sacudió. Perdió el sentido por un instante. No supo si estaba despertando o algo diferente ocurría. Esperó que el cuerpo de Arai brillara y lo despidiera. Que despertara y no volviera más a ese sitio. *A esa vida.*

Pero no sucedió y siguió en una especie de limbo. No iba a dejar de soñar hasta que resolviera algo... hasta que ayudara a Arai. Sin embargo, Mason sentía que no había solución. Que lo único que deseaba conseguir esa mujer era el amor de Yasu, pero no era correspondido.

Al cabo de un tiempo, Mason abrió los ojos y la vio. Yasu estaba inclinada sobre él y con el rostro empapado por las lágrimas. El dolor en donde la espada se había clavado ardía y dolía hasta extenderse por todo el cuerpo. Arai sonrió.

—Es la primera batalla que perdés —dijo Yasu. Arai le devolvió la sonrisa—. Vas a estar bien y vas a ganar la próxima.

Pero Arai sabía que no se iba a poner bien y Mason tampoco dudaba de ello. No había tiempo, no la había podido ayudar. Estaba asustado, pero todavía sentía esa mezcla de sentimientos. El de Arai por Yasu y el de él por Sam.

—La primera batalla la perdí hace tiempo —dijo Mason y sintió que Arai le daba el permiso, que ya no tenía fuerzas para detenerlo—. Y fue la única que me importó ganar realmente.

—No —dijo Yasu—. Si ganaste cada vez que tuviste un arma en las manos.

—En esa batalla no eran necesarias las armas, Yasu. Lo único que quise ganar en la vida fue tu corazón, pero no fue posible. Y no es tu culpa, tampoco la mía.

—¿Mi corazón? —preguntó Yasu, sin comprender—. Sos la mejor amiga que tuve, mi corazón siempre fue tuyo.

—No del modo que yo necesitaba que fuese mío. —Respiró con dificultad—. Siempre estuve enamorada de vos y aunque nunca sentiste lo mismo, ahora me doy cuenta de que, de todos modos, compartir mi vida con vos me hizo muy feliz.

—Arai... —murmuró Yasu, justo cuando el cuerpo comenzó a brillar.

La guerrera que perdió aquella batalla, falleció en los brazos de su gran amiga y su gran amor. Pero Mason, que estaba de pie, con sus pantalones cortos en el campo de batalla del antiguo Japón, solo podía ver a Sam.

Yasu se giró y lo observó, asustada. Él sonrió y le dijo: *“Ojalá te vuelva a soñar, Sam”*.

Nueva York, 2023

Caminó desde la oficina hacia el Central Park. Como sucedía habitualmente, la quinta avenida estaba a rebosar de turistas, sin embargo, Mason estaba en su mundo. Llevaba en él todo el día. Afortunadamente, no había tenido reuniones y Jazlyn no se había aparecido por su oficina para pedirle de almorzar juntos. Él la había esperado. Por primera vez había tenido ganas de salir a comer con ella para distraerse un poco.

Pero Jazlyn ya empezaba a conocerlo. Sabía que la mayor parte del tiempo prefería estar solo y después de la conversación que habían tenido dos noches atrás, no se había atrevido a abordarlo nuevamente. La curiosidad regresiva la estaba matando, pero ya no era una niña de quince años que no podía controlar sus impulsos y se había dado cuenta de que Mason estaba bastante afectado por sus sueños.

Se desprendió el tercer botón de la camisa y se enrolló las mangas hasta el codo. Comenzaba a hacer calor en Manhattan y Mason ya añoraba la nieve. Le gustaba dormir tapado hasta el cuello y despertar con la ventana cubierta de hielo. Incluso cuando la calefacción del departamento no funcionaba del todo bien. Se había comprado uno de esos pantalones de pijama de tela suave y abrigada en Target que usaba junto con una sudadera. Siempre dormía con medias y se cubría con varias mantas. Y aunque nunca fuese suficiente porque el frío de Nueva York a veces era insoportable, lo prefería.

No quiso pensar en eso. Ya se preocuparía por el inminente calor insufrible que azotaría la ciudad en unas semanas.

Se desprendió otro botón. No tenía claro por qué no se había puesto una camiseta porque, normalmente, solo usaba camisa los días de reuniones. Había despertado tan apurado que no había hecho a tiempo a pensar. O, tal vez, estaba con la cabeza en otro lado.

Se detuvo en Starbucks para comprar un café helado y siguió camino al Central Park. Faltaban varias horas para que oscureciera, pero el sol ya se sentía más suave. Atravesó los senderos y observó las rocas rodeadas de hierba. Las pequeñas flores amarillas ya empezaban a aparecer y Mason pensó en lo rápido que sucedía ese ciclo.

Tenía cuatro imágenes del Central Park en su cabeza: cubierto de hojas anaranjadas, desbordado de nieve, completamente verde e iluminado por luciérnagas y dorado por el sol y plagado de flores. Lo único que nunca cambiaba, eran las rocas.

No era ningún descubrimiento. Eran cuatro estaciones, pero Mason se dio cuenta de que se

sucedían tan rápido, que ya no recordaba cuántas veces había visto cada una de ellas. Le frustraba sentir que mientras el Central Park se reinventaba una y otra vez, él seguía siendo el mismo. Había estado allí la primavera pasada y también la anterior. Siempre agobiado por su trabajo y presionándose para ser mejor. Había cruzado esos mismos senderos cubiertos de nieve con una chaqueta enorme y se había sentido pequeño en ese inmenso universo blanco. Había hecho crujir las hojas anaranjadas con la bronca de sentir que nunca avanzaba y que no tenía a nadie con quien compartir sus fracasos. Alguien que lo escuchara y le prometiera que ya vendrían tiempos mejores.

Y esas flores amarillas las había visto muchas veces. En un comienzo les había tomado fotografías, pero ahora solo pensaba en que eran temporales. En que la próxima vez que estuviera allí, ya habrían muerto. ¿Así de efímera era la vida? Si Mason había sido Arai, luego Carmelo y más tarde Margaret, entonces, había un ciclo que tampoco se detenía. Se preguntó si quería ser como esas rocas que se mantenían allí, firmes y fuertes; pero iguales. O si quería ser como las hojas de los árboles, que mutaban, que sufrían el paso del tiempo y soportaban pequeñas brisas o fuertes vientos. Era más fácil ser una roca y también más seguro. En el invierno la nieve las cubría y luego el sol de la primavera derretía el hielo para permitirles reaparecer. Pero Mason no tenía un sol que hiciera ese trabajo por él, y tampoco le parecía muy honrado que digamos.

Tomó asiento en el banco y deslizó el pulgar lentamente por la placa plateada. Todavía se veía nueva, a pesar de que estaba allí hacía cinco años. Mason había ahorrado durante un tiempo hasta poder pagarla porque quería regalarle algo especial a su hermana, aunque a veces pensaba que había sido más bien un regalo para él, que para ella.

Había elegido ese banco en particular porque estaba frente al lago donde se podían alimentar a los patos y sabía que Sam hubiese adorado eso. Además, después de recorrer el parque una y otra vez, había descubierto que cuando todo se congelaba en invierno, en ese sitio en particular el sol se colaba a través de los árboles creando un refugio de calidez. Y eso era Sam para él: un sitio cálido en el que refugiarse cuando todo lo demás se volvía demasiado frío.

Suspiró y leyó lo que decía la placa, como si no lo supiera ya de memoria.

Sam,

Siempre que mis ojos puedan ver las nubes, podrás verlas a través de mí.

Mason Daft - 2018

Esbozó una sonrisa suave. Sam disfrutaba mucho de buscar formas en las nubes. Veía conejos o elefantes donde Mason y Nick no encontraban nada. Y ese juego que había comenzado cuando era muy pequeña, la acompañó hasta los últimos días de su vida.

Esas últimas semanas, cuando ya no pudo ir a la escuela y no tuvo fuerzas para fingir más, le pedía a su papá que la llevara al jardín. Mason recordaba ver a Sam en brazos de su papá sin comprender por qué no bajaba las escaleras sola y a los saltitos como siempre. Sabía que estaba

enferma y tal vez se hubiese negado un poco, pero nunca había entendido ese deterioro como un camino hacia un final.

Mason y Nick se recostaban en el pasto, mientras Sam descansaba sobre un colchón que habían dejado en el jardín para cuando pedía bajar a ver las nubes. Mason recordaba aquellos días cálidos, pero Sam siempre estaba cubierta de mantas y con la piel pálida. Aun así, seguía encontrando gatos o trozos de *pizza* en las nubes. La última que contempló, fue un corazón. Se lo describió a Mason y él ladeó la cabeza, buscándolo, hasta que lo pudo ver.

Chasqueó la lengua y se secó una lágrima. Últimamente, lloraba más frecuentemente por Sam. A pesar de que siempre la tenía presente, intentaba no hacerlo. Se acomodó en el banco y observó el cielo. Era un atardecer con pocas nubes, pero Mason buscó y buscó. Ladeó la cabeza y analizó cada una, pero no encontró nada. Se dijo que Sam seguramente hubiese hallado algo interesante, pero se resignó.

Pasó allí más de una hora, pensando en Sam e intentando dejar esos últimos días fuera de su mente. Le gustaba recordarla alegre, entusiasmada y riendo.

Yasu apareció en su cabeza. No tenía nada que ver con Sam, del mismo modo que él no tenía nada que ver con Arai; pero aun así... le había gustado soñarla y sentir que era su hermana a quien encontraba cada noche. Pero Jazlyn tenía razón. A pesar de que su vida era un desastre y de que estaba completamente agobiado, no podía instalarse en sus sueños para siempre.

Y parecía que, finalmente, la asignatura pendiente de Arai había sido decirle la verdad a Yasu. Tal vez solo necesitaba abrir su corazón por completo, aunque no obtuviera nada a cambio. Luego de ese último sueño, la noche anterior, Mason había dormido ocho horas sin recordar absolutamente nada al despertar, aunque decidió no ilusionarse porque eso ya había ocurrido antes.

De todos modos, estaba conforme. Esta vez, acabar con ese sueño tenía un sentido más profundo para Mason. Al menos mientras dormía, había dejado ir a Sam. Con una sonrisa amarga se puso de pie y observó la flor amarilla que tenía en sus manos. Antes de irse, la dejó sobre el banco. A Sam le hubiese encantado.

Treblinka, 1943

Mason frunció el ceño. La luz era escasa, hacía frío y una suave nevada caía lentamente. A la distancia, distinguió a un hombre agachado frente a un muro. Se giró en redondo y caminó hacia el lado contrario.

Sabía que aquella noche volvería a soñar. Era la cuarta vez que le ocurría. Primero, había encontrado a Carmelo y luego de que lo ayudó a resolver su asignatura pendiente, tuvo una noche de descanso para, veinticuatro horas después, encontrar a Margaret. Y lo mismo había ocurrido con Arai. Una vez que esas personas resolvían un propósito, esos cuerpos que lo habían absorbido lo escupían y todo volvía a empezar.

No sabía si tener las cosas tan claras lo tranquilizaba o le generaba más preocupación. Todo había comenzado con sueños delirantes que se sentían muy reales. Ahora, empezaba a creer que eran vidas. Y aunque él siempre saliera ileso, empezaba a sentir que si a Carmelo, a Margaret o a Arai les ocurría algo; de algún modo también le sucedía a él. Porque si esas eran sus vidas pasadas, solo cambiaban los cuerpos, las ciudades, los amigos y familias. Pero él, esa esencia y esa alma... eran siempre los mismos.

Se sacudió la nieve de los hombros y se detuvo junto a una edificación de ladrillos. Pudo ver mejor gracias al foco que estaba justo en la puerta. Ladeó la cabeza al ver sus pies descalzos cubiertos de nieve. Se puso en cuclillas y tomó lo que supuso que sería un copo. Era gris y se deshizo rápidamente en sus manos. No se sentía frío, ni húmedo.

Eran cenizas.

Se puso de pie, lentamente, y miró hacia el cielo. Era de noche, lo que le dificultó distinguir el humo, pero todavía lo podía oler. Era demasiado intenso, nauseabundo y dulce. Había pensado que las cenizas podían ser producto de un volcán en erupción, pero un malestar en la boca del estómago le anticipó que no lo eran.

Se dirigió hacia donde había comenzado el sueño. De camino se cruzó con un hombre. Se detuvo, asustado, pero el tipo no pareció verlo. Ya le había ocurrido antes, en Sicilia. Cuando soñó por primera vez con Carmelo, él había sido el único que lo había visto. Y luego, su cuerpo lo había absorbido. Solo podían verlo cuando la conexión terminaba y el sueño llegaba a su fin, luego de que Mason hubiese cumplido con esa asignatura pendiente.

Se sintió un fantasma y caminó con más seguridad. A su alrededor solo podía ver edificaciones de ladrillos dispersas en medio de amplios campos de tierra seca y un muro

cubierto de hierba que no le permitía ver hacia afuera. Mason era alto, pero los muros medían más de dos metros y terminaban en filosos alambres de púas.

A la distancia, volvió a ver a aquel hombre que seguía en cuclillas, así que se encaminó lentamente hacia él. Ya no tenía tanto frío y se quitaba las cenizas con repulsión cada vez que las sentía sobre su cuerpo. Giró a la izquierda entre dos construcciones de ladrillo porque quería saber en dónde se encontraba, qué país era ese y de qué se trataba ese lugar que, por alguna razón desconocida, le generaba un fuerte rechazo.

Encontró a un hombre y a una mujer. Se escondió, porque a pesar de que sabía que no podrían verlo, no quiso arriesgarse. Observó a la mujer. Llevaba un largo látigo en la mano, tenía pantalones angostos en los tobillos que se ensanchaban hacia las caderas. Era un traje militar, de un tono azul oscuro que se perdía en la noche. Ambos llevaban botas negras hasta las rodillas. La mujer se despidió y se alejó. Mason, siguió observando oculto. El tipo tomó un cigarrillo, lo encendió y pasó junto a Mason sin descubrirlo. El vestuario era impoluto y, rápidamente, Mason pensó en el hombre que había encontrado escondido junto al muro. No estaba vestido del mismo modo.

Se desplazó nuevamente hacia allí y lo encontró en el mismo sitio. Sabía que él iba a ser el único capaz de verlo. Así que habló.

—¿Cuál es tu nombre?

El hombre se puso de pie de inmediato, asustado. Mason dio un dubitativo paso hacia atrás al percibir el miedo. El joven frente a él, tembló de pies a cabeza. Y no fue un ligero titubeo, sino que su cuerpo se sacudió de un modo frenético.

—Dodek Zajac.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mason en un idioma que desconocía por completo pero que dominaba a la perfección. El joven frunció el ceño.

—Treblinka —murmuró, mientras se apretaba cada vez más contra el muro, como si quisiera disolverse. Mason lo observó. Tenía unos pantalones a rayas celeste y blanco y una camisa sucia y rota. Era delgado, casi desnutrido, pero podía observar unos pequeños músculos desarrollados en los brazos producto de algún tipo de trabajo que requiriera fuerza.

—Es una ciudad... ¿de qué país? —preguntó Mason.

—Polonia. —Dodek frunció el ceño—. ¿Cuándo te trajeron? ¿Llegaste en los trenes de la última hora?

—Sí —mintió.

—¿Y cómo lograste sobrevivir?

Mason lo observó, perplejo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Qué es lo que quieres conseguir?

—¿Sos alemán? ¿Vas a matarme?

Mason sintió cómo el piso bajo sus pies se sacudió de forma repentina. No podía ser. Deseaba que no fuera lo que estaba pensando.

—No. Te quiero ayudar —murmuró—. Solo quiero saber qué es lo que más deseás.

—Vivir —respondió el joven sin dudar y, de inmediato, el cuerpo de Mason comenzó a

brillar, iluminándolo todo. Pudo ver la suciedad en el rostro de Dodek, sus manos callosas y el cansancio que lo consumía. Sintió el dolor en cuanto el cuerpo de ese chico lo absorbió por completo.

Dodek Zajac, pensó Mason cuando observó su cuerpo y vio que ya no tenía sus tatuajes ni su vestuario. A sus pies, encontró un hueco bajo el muro. Rápidamente, se deslizó hacia afuera. Mason no hubiese podido pasar por un agujero tan pequeño, pero Dodek era puro hueso y un poco de músculo en los brazos que lo ayudó a deslizarse fácilmente.

Cuando se encontró fuera, comenzó a correr sin rumbo y sin ideas. Al cabo de un rato, se encontró en un bosque. Se detuvo y respiró agitado. Todavía percibía ese olor nauseabundo, pero las cenizas ya no caían como copos de nieve sobre su cuerpo. Apoyó la espalda contra el tronco de un árbol y metió las manos en los bolsillos. Encontró un trozo de tela y algo pequeño y duro, como si fuera un botón de metal.

Desdobló el pedazo de tela blanca que estaba sucio y arrugado. Tenía un símbolo: la estrella de David. Mason se sacudió en un sollozo desesperado. No sabía si nacía de su corazón o del de Dodek. Volvió a guardar la tela y observó el botón. Era un pin con otro símbolo. El borde parecía de oro, supuso que por eso el joven lo tenía. ¿Lo habría robado? Torció la cabeza y lo observó en detalle. Tenía un borde rojo donde se leía “National-Sozialistische D.A.P.” y en el centro, otro símbolo muy conocido: una cruz esvástica de color negro sobre un fondo blanco.

Mason cerró los ojos y se dejó caer. Sintió que perdía la fuerza en todo el cuerpo.

No era un sueño, era la peor pesadilla que podría haber tenido.

Nueva York, 2023

Despertó con su propio sonido de asombro.

O de terror.

Se encontró sentado sobre la cama, con el torso desnudo y unos pantalones cortos de color negro. Había comenzado a dormir vestido después del primer sueño en el que apareció completamente desnudo en Sicilia. Loco o no, prefería no mostrarse como Dios lo trajo al mundo frente a nadie.

Se llevó una mano hacia la cabeza y deslizó los dedos a través de su pelo. El corazón le latía desesperado. Gato ronroneó a su lado. Tomó el móvil y revisó la hora. Eran las cuatro de la mañana y, desde que había comenzado con aquellos sueños, nunca había despertado a mitad de la noche.

Si hubiese ocurrido unos días atrás, Mason se hubiese acomodado en la cama para seguir durmiendo, pero ahora las cosas eran diferentes. Allí no estaba Sam y Dodek no era Carmelo ni Margaret. Ni siquiera era Arai, que decapitaba enemigos con la misma facilidad con la que él preparaba un café. La vida de Dodek Zajac era una pesadilla sin salida.

Mason se puso de pie y recorrió el pequeño departamento. Tomó el móvil nuevamente y buscó el nombre Dodek Zajac en Internet, pero no encontró nada y eso un poco lo reconfortó. A esa altura se aferraba a cualquier dato minúsculo que lo hiciera sentir a salvo. Volvió a revisar la hora, tenía al menos tres horas para dormir pero, a pesar de que estaba cansado, se rehusaba a regresar a esa pesadilla.

Se dio una ducha y se preparó un café. Abrió el correo laboral en su *laptop* y aprovechó que tenía aquellas horas extra para resolver todo lo que se le había acumulado las últimas semanas. Sonrió al ver que Jazlyn había respondido algunas consultas que habían llegado de parte de Caroline. Iban dirigidas a él, pero tenían que ver con el diseño del sitio web y Jazlyn sabía que Mason estaba un poco disperso por el tema de sus sueños.

Le envió un correo en el que le dio las gracias y le preguntó si estaba disponible para diseñar los *flyers* digitales (2) para el evento de Boost. Todavía tenían tiempo por delante, pero como había dejado un poco abandonado el tema por el ajetreo de la campaña de Oh, Honey!, pensó que no le venía mal avanzar un poco con ello.

Y sí. Seguía desconfiando de Jazlyn y no entendía la mitad de las cosas que decía pero, en cuestiones laborales, era muy eficiente. Respondía rápido los correos, trabajaba a buen ritmo y

tenía buen gusto. O tal vez no fuera que su sentido de la estética fuese correcto, sino que se alineaba muy bien con el de Mason.

¿Le había dicho que sentía que lo conocía desde antes de conocerlo? Mason lanzó una risita y negó con la cabeza. Era una frase demasiado trillada, pero lo había dejado pensando. Porque él no había sentido que la conocía, solo le había llamado la atención porque unos idiotas habían actuado mal con ella y eso le había molestado. Pero sí era consciente de que había confiado en ella con una rapidez inusual. Mason tenía pocos amigos y todos ellos se habían ganado el título tras un tiempo considerable de relación. No era del tipo de persona que llama “amigo” a cualquier conocido y que cuenta sus cosas a cualquiera. Y con ella lo había hecho, así que no iba a negar que había cierta conexión.

Cuando acabó de responder los correos, revisó el calendario. Esa semana debían grabar los videos con el perfumista para la campaña de Oh, Honey!, así que se planteó dedicar toda la jornada laboral a elaborar los guiones. Le hubiese venido bien tener un compañero de equipo, pero ninguno había sobrevivido a Taylor Foster, salvo él (si es que a eso se lo podía llamar sobrevivir).

Observó la hora. Todavía era temprano y el sueño lo empezaba a amenazar. Había dormido pocas horas, pero descartó la idea de volver a la cama. Corrió las cortinas para que los débiles rayos del sol que empezaban a aparecer iluminaran el departamento. Se preparó un segundo café y puso música. Como tenía tiempo de sobra, se preparó unos huevos revueltos, pan tostado con mantequilla y unas tiras de panceta.

Pero las imágenes regresaban aun cuando tenía la mente ocupada en otra cosa. Era como si una parte de su cabeza no dejara de reproducir ese sueño una y otra vez. Suspiró al recordar cómo había temblado ese joven al verlo. Nunca había visto a alguien tener tanto miedo y aun así lo entendía.

Lo sintió en los huesos: el frío, el desamparo y... las cenizas. Sabía muy bien de qué se trataba y tenía muy claro que no quería vivir bajo la piel de Dodek Zajac. Había una sola salida posible: debía descubrir cómo ayudarlo y acabar con ello lo más rápido posible.

2. Los *flyers* publicitarios son herramientas utilizadas para comunicar un mensaje, ya sea para transmitir información, vender o promocionar. Puede ser entregado en mano o compartido a través de las redes sociales.

Varsovia, 1939

—Hay guerra —dijo la mamá de Dodek.

Mason miró a su alrededor, desorientado. La noche anterior había soñado con otro lugar. Ahora no había cenizas, ni hambre, ni miedo; sino otra cosa. Un sentimiento molesto que él percibía a través del cuerpo de Dodek. Se observó las manos, estaban limpias y suaves, no como en el sueño anterior en el que las uñas estaban llenas de mugre y la piel era rasposa.

—¿Y tenemos que usar esto para ir a todos lados? —preguntó una niña a su lado. Tendría unos doce años y Mason entendió que se trataba de su hermana.

—Sí. Toma, Dodek. —La mujer le entregó el mismo trozo de tela blanca—. No olviden usarlo, nos puede traer problemas no llevarlo puesto.

Mason observó el brazalete. Era el mismo que había encontrado en su bolsillo en el sueño anterior. Solo que estaba nuevo y limpio. La estrella de David se veía más nítida y Mason se preguntó en qué tipo de mente desquiciada había nacido la idea de marcar diferencias entre seres humanos de ese modo. En la cabeza de un enfermo, se respondió a sí mismo.

Tomó asiento en una silla y respiró hondo. Quería conectar con Dodek y entender cómo se sentía porque estaba decidido a acabar con aquellos sueños lo más rápido posible. Lo que había sentido la noche anterior había sido insoportable y no estaba en sus planes extenderlo. Sin embargo, ni el propio Dodek Zajac sabía qué sentía o qué iba a necesitar más adelante. Tenía quince años y Varsovia había sido invadida por los alemanes. Ahora debía llevar un brazalete para que todos supieran que era judío. Y él no sentía vergüenza por ello, ni se sentía menos; pero sabía lo que significaba. En su ciudad había muchos judíos, pero una cosa era serlo y otra estar marcado por ello. Ese brazalete era para Dodek una señal para que se burlaran de él. Y aunque no entendiera por qué ser judío podía ser motivo de burlas, lo aceptaba. Lo vivía desde que tenía memoria.

Observó a su hermana mientras Mason abría su alma para entenderlo. En los sueños anteriores no había temido las consecuencias. Ahora, le daba terror. Sabía que iba a salir ileso porque en realidad estaba durmiendo cómodamente en su cama, pero cada minuto dentro de ese sueño era de una angustia inagotable.

—¿Si salgo con Alenka tengo que llevarlo también?

—Sí. Siempre debés llevarlo, Hela —respondió su madre.

Mientras la conversación se desarrollaba a su lado, Mason observaba la casa, que era

pequeña pero bonita. Con fotografías en blanco y negro y muebles antiguos. Una *menorá* de un plateado brillante estaba sobre uno de ellos. Había aroma a comida casera y sentía el calor del hogar, incluso cuando todos allí se sentían consternados.

—¿Dónde está papá? —preguntó Dodek.

—Fue a hablar con algunas personas acerca de lo que nos conviene hacer.

Dodek asintió.

Mason sintió la incertidumbre en cada fibra del cuerpo de ese chico, pero lo que más le dolió, fueron las certezas. Ese cuerpo que lo contenía era más joven y fuerte que el cuerpo de la noche anterior. Este era también más inocente. El otro estaba marcado por la desesperación y la pérdida. Y aunque más flaco y peor alimentado, Mason lo recordó más fuerte.

¿Cómo una vida tan miserable te vuelve más fuerte?, se preguntó.

Nueva York, 2023

Gato maulló a su lado. Mason despertó transpirado y con un sentimiento similar a una espina clavada en el pecho que lo dejaba sin aire.

Se puso de pie y caminó por el departamento. Estaba agotado porque desde que tenía aquellos sueños nunca se sentía completamente descansado. Sin embargo, decidió no volver a dormir. Eran las tres y media de la mañana, pero no le importó. Se puso una camiseta y una sudadera y se calzó. Acarició a Gato y salió del departamento sin llevarse siquiera el móvil.

Se mantuvo de pie en la puerta del edificio. No había nadie y las tiendas estaban cerradas, pero necesitaba aire y recordar dónde estaba. Que a pesar de que odiaba ese departamento y a él mismo por no haber conseguido un sitio mejor... estaba bien.

Caminó hacia el Columbus Park que se encontraba a pocos pasos de su casa y tomó asiento en un banco. A la distancia, vio a un hombre durmiendo. Estaba sobre un banco como en el que él se había sentado. Acurrucado y con una bolsa a su lado. Mason supuso que eso era todo lo que tenía.

¿Qué sentiría si despertara en el cuerpo de ese hombre? Tendría que dormir en un parque, que era mucho peor que el departamento que odiaba con todas sus fuerzas. El verano estaba cerca y las temperaturas serían insoportables. Y luego vendría el invierno. A Mason no le funcionaba la calefacción, pero al menos tenía un techo y abrigo.

Pensó en Dodek y, otra vez, sintió ese pinchazo en el pecho. ¿Había sido él? ¿Alguna vez había tenido que vivir en medio de una guerra? Arai había batallado también, pero había sido su elección. En cambio, ese chico probablemente hubiese elegido una vida tranquila junto a esa familia preciosa que le recordaba a la propia.

¿Tenía alguna oportunidad? ¿Por qué se había escapado solo en ese primer sueño?

Mason apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza en sus manos. Cerró los ojos y respiró hondo. No le gustó lo que había sentido en el cuerpo de ese chico. Estaba asustado porque su futuro era realmente incierto. Porque por supuesto que el de él también lo era, pero al menos podía elegir qué camino recorrer.

Permaneció allí hasta que amaneció. No quería soñar. Se negaba a sentir el desconsuelo de ese chico y su familia. Podía tomar un café y darse una ducha para rendir lo mejor posible en el trabajo como había hecho en la universidad cuando no dormía e iba a clases prácticamente borracho.

Lo prefería, antes que vivir en la piel de Dodek Zajac.

Varsovia, 1940

No quería sentir absolutamente nada, así que se retrajo como le había enseñado a hacerlo Arai. Se limitó a usar los ojos de Dodek para ver aquello que era mucho más que unas cuantas pérdidas materiales.

Habían dado a conocer un anuncio oficial esa mañana a partir del cual todos los judíos de Varsovia, sin excepción, debían dejar su casa y trasladarse a una zona residencial exclusiva para ellos. Dodek ya tenía dieciséis años y había visto crecer ese muro con desconfianza desde el primer día. Su hermana, que tenía trece, estaba enojada porque no quería dejar su casa. En realidad, nadie estaba de acuerdo, pero algunos simplemente decidían no perder tiempo en lamentos.

Mason llevaba soñando durante lo que consideraba que habían sido horas. No podía medir los sueños en un tiempo específico, pero se había limitado a observar con angustia a esa familia dejando todo atrás. Guardaron un poco de ropa en valijas y se llevaron fotografías. Los muebles, los recuerdos vividos, el aroma a comida casera y el calor de la familia quedaron en esa casa.

Soldados con trajes de color verde y botas hasta las rodillas los arrastraron hacia afuera. Les pegaban y los escupían. Mason observó a uno de ellos, intentando entender por qué se creía más humano que el chico que estaba sacando a rastras de su casa, pero el soldado rio y lo insultó en alemán.

Los ojos de Mason se dispararon hacia todos lados. Los polacos que vivían en la zona que habían destinado a los judíos estaban buscando las nuevas viviendas que les habían asignado. Había gritos porque algunos se negaban a dejar su casa. Los soldados no tenían piedad. Golpeaban a las mujeres, arrebatában niños y pisoteaban pertenencias. Tenían el poder.

En la calle se veían familias arrastrando carros con valijas y objetos personales. La familia de Dodek no vivía lejos de la nueva zona residencial para judíos, así que se movió lentamente hacia allí, con sus brazaletes bien puestos y un nudo de dolor en la garganta. Mason se preguntó cómo eran capaces de aceptarlo, pero entendió que en las guerras, la única opción es acatar y sobrevivir.

Dodek arrastró los pies sobre esas calles de las que fue arrancado de un momento al otro. Las suelas de sus zapatos recorrieron una ciudad que ya estaba destruida por la guerra pero que se enfrentaría a mucho más. Y Mason podía notar lo pequeño e indefenso que ese chico se sentía. Como si estuviera avergonzado por ser quien era. Una persona minúscula y merecedora de

burlas.

Pero Mason también notaba cuánto se esforzaba para que su hermana no estuviera asustada. Hablaba poco, porque las ganas de llorar amenazaban con delatarlo. Y se mantenía fuerte, porque no podía concebir que su padre y su madre tuvieran una carga más. Deseó que la guerra acabara pronto cuando llegaron al gueto. Ese barrio que parecía existir solo para separar a judíos del resto de las personas. Como si las diferencias entre unos y otros existieran y fueran inaceptables.

Mason frunció el ceño y se mordió el labio inferior al ver un cartel que anunciaba que allí comenzaba la zona residencial a la que habían llamado “Warschauer Ghetto”. Les pidieron sus nombres y los empujaron hacia adentro como si no valieran nada. Los ojos de Dodek se pegaron a un cartel. Era una imagen enorme con una calavera que hablaba de un control de epidemias. Mason caminó junto a cientos de personas que, al igual que su familia, llegaban a ese lugar en el que tendrían que construir su hogar nuevamente. Era un pedazo de ciudad que hablaba por sí solo. Con fachadas de edificios de ladrillos completamente derrumbadas y calles sucias y destruidas.

Indagó en la mente de Dodek, porque necesitaba acabar con esos sueños. Porque lo de hoy era doloroso, pero lo que había visto en ese primer sueño era una amenaza que lo hacía temblar cada vez que lo recordaba. Pero ese chico no sabía lo que le esperaba. Intentó comprender qué podía desear o cuál podría ser su asignatura pendiente; pero era una persona carente de sueños. Quería que la guerra acabara, que aquello que estaba comenzando terminara... pero eso Mason no podía cambiarlo.

Eso era lo único que no podía resolver.

No había sabido mucho sobre las emigraciones de europeos a América. Ni de la vida de la millonaria con la que había aprendido a caminar en tacones. No había conocido absolutamente nada de aquella ciudad en la que vivía Arai y de la cual no sabía siquiera el nombre. Pero sí sabía dónde estaba ahora. Y conocía con claridad el futuro al que Dodek y su familia se enfrentarían.

Nueva York, 2023

Se puso de rodillas y vomitó. Era la tercera vez en el día y no había consumido más que café.

Había pasado la noche anterior en vela. A pesar de que moría de sueño, se había atiborrado de café y había puesto música para no dormirse.

Trabajó toda la noche y cada vez que empezaba a sentir que el sueño lo comenzaba a dominar, se metía en la ducha. En total, fueron cinco cafés y tres duchas.

Cuando finalmente fue la hora de ir al trabajo, ni siquiera tenía hambre. Así que se lavó la cara una vez más y se mojó el cabello. Se puso sus clásicos *jeans* negros y una camiseta del mismo color. Y a pesar de que no había tenido sueños, porque no había dormido, llevaba una semana soñando con la vida de Dodek, que ahora había sido arrancado de su casa y vivía junto con su familia en un barrio aislado de todo.

—¿Mason? —lo llamó Jazlyn.

Esa mañana habían trabajado en la oficina solo unas horas y luego se habían trasladado a un estudio para grabar los videos del perfumista de la campaña de Oh, Honey! Si bien Jazlyn no tenía nada que ver con la parte de contenidos de la campaña, había pedido participar porque la idea del experto en aromas había sido de ella y porque, principalmente, no veía bien a Mason últimamente.

—¿Qué? —respondió él, mientras se lavaba la cara en el baño del estudio.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Es un baño de hombres —balbuceo él mientras seguía empapándose la cara—. Pero, sí. Pasá.

Jazlyn entró y cerró la puerta detrás de sí.

Lo veía mal desde hacía unos días y no sabía bien por qué. Estaba segura de que estaba relacionado con sus sueños, pero desde que le había dicho que había soñado con ella evitaba tocar el tema. Estaba más que intrigada y quería saber qué había soñado o si había acabado con esos sueños, pero estaba intentando controlarse porque ese hombre cada vez la miraba con más desconfianza.

—Ya terminamos con el último video —dijo Jazlyn y se apoyó en el lavabo, junto a él. Se estaba secando la cara con una toalla de papel—. Me despedí del perfumista por vos y le dije a los demás que ya podían regresar a la oficina.

—¿Tomaste alguna decisión más por mí? —preguntó.

En realidad estaba agradecido. Se sentía horrible y lo único que quería era que ese día acabara. Aunque le desesperaba pensar que estaba cada vez más cansado y que no iba a poder pasar una noche más despierto. A los dieciocho lo hubiese podido hacer, claro. Pero a los veintisiete la cosa era mucho más complicada. Hasta le dolía el cuerpo.

—Solo las que pensé que podían ayudarte.

—Gracias —murmuró Mason observándola a través del espejo. No se parecía en nada al guerrero cuyo máximo sueño era verla morir en sus brazos, pero todavía lo sentía algunas veces cuando la tenía enfrente—. Ahora pido un Uber así vamos a la oficina. ¿Solo somos nosotros dos?

—Sí, pero me parece que deberías ir a tu casa o a un médico. Vomitaste más de tres veces y te ves mal.

—Gracias por el halago. —Se giró y la observó.

—No te hagas el gracioso. Estás raro hace días. Ayer te pregunté y me evitaste. Hasta Taylor te preguntó si estabas durmiendo bien.

—Lo dijo en modo de chiste. —Resopló—. Ojalá fuera por lo que él insinúa.

Ese comentario le generó algo extraño a Jazlyn. Taylor le había preguntado por qué estaba tan cansado y qué hacía por las noches en lugar de dormir. Ahora, la mente de Jazlyn había recorrido un camino nuevo. Y sintió algo que le atravesó todo el cuerpo.

—Porque estás ojeroso y no dejás de bostezar.

—No dormí anoche, no pensé que iba a sentirme tan mal. No me pasaba cuando iba a la universidad.

—Tenías diez años menos.

—Lo sé, pero igual fue una sola noche. Tal vez tenga que ir al médico. A lo mejor tengo un virus o algo.

Jazlyn lo tomó de la mano y lo arrastró hacia afuera. Le indicó que tomara asiento en uno de los sillones del estudio y fue en busca de su bolso y las pertenencias de Mason. Cuando regresó, lo encontró casi dormido.

—Pido el Uber y vamos al médico.

Mason frunció el ceño automáticamente.

—No tenés que acompañarme al médico. Estoy bien, Jazlyn.

—¿Comiste algo? No te vi probar bocado del almuerzo.

—No tengo hambre.

—¿Por qué no querés dormir? ¿Qué estás... soñando?

—Lo sorprendió con la pregunta.

—Es horrible, Jazlyn. De solo pensar se me revuelve el estómago.

—¿Por eso vomitás? ¿Estás nervioso?

—No quiero dormir, no quiero soñar —dijo, desesperado y Jazlyn se preocupó porque era la primera vez que lo veía tan vulnerable y a la vez sincero—. Es horrible.

—Yo te ayudo. Busquemos la manera de que cumplas el deseo de esa persona...

—No tiene ningún deseo más que vivir. Y su vida es una mierda.

Apoyó los codos en las rodillas y lanzó un sollozo. El corazón de Jazlyn se rompió en mil pedazos. Fue un sentimiento tan intenso, que la arrasó por completo. Necesitaba ayudarlo como si esa fuera su propia asignatura pendiente.

Varsovia, 1941

Los zapatos de Dodek estaban tan gastados que Mason sintió las imperfecciones de la calle bajo sus pies. El barrio estaba repleto de gente, casi todos caminaban apurados, con bolsas o recipientes lecheros vacíos.

Hacía frío y Mason se observó las manos callosas y sucias, mientras caminaba como podía entre la aglomeración de gente. Llevaba tres noches soñando con ese mismo sitio y el barrio se veía cada vez más superpoblado. Se hacía prácticamente imposible caminar por la acera y cruzar entre carretas no era buena idea, cuando todo el mundo aprovechaba cada hora del día para ir de acá para allá, intentando conseguir algo para comer.

Unos días después de que se instalaran en el gueto, les habían comunicado que tenían completamente prohibido abandonarlo, así como los polacos no judíos que no contaban con un permiso especial no podían ingresar. En ambos casos, quienes fueran contra las normas serían castigados con la muerte. Y, en Varsovia, todos sabían que los alemanes cumplían sus promesas.

Mason suspiró, nervioso y se dejó llevar. Dodek estaba cansado, el cuerpo le pesaba y tenía hambre. Como todas las personas allí, había empezado a hacer contrabando para obtener comida de afuera porque era imposible sobrevivir con el poco alimento que brindaba el ejército alemán. Como los polacos que vivían fuera del gueto también estaban escasos de alimentos y otros artículos, habían comenzado a hacer intercambios. Algunos utilizaban los huecos en los muros y otros dejaban caer alimentos cuando el tranvía pasaba por una de las intersecciones. Dodek era de los primeros.

Junto con su padre, que había sido sastre cuando Polonia no estaba en guerra y tenían su propia vivienda, se dedicaban a renovar camisas o prendas de ropa para intercambiarlas por alimentos con las personas que estaban fuera del gueto. En ese momento, Dodek estaba buscando prendas para que su padre pudiera renovar e intercambiar al día siguiente.

Entró en un edificio destruido y subió las escaleras como todos los días. Mason observó a su alrededor y frunció la nariz. El olor era nauseabundo y Dodek parecía muy acostumbrado a ello.

—¡Dodek! —exclamó una mujer de la edad de su madre, que llevaba un atuendo de enfermera—. Ya pensé que no vendrías. Rápido, que ya van a venir a llevárselos.

Mason asintió con un gesto, pero se sorprendió por la velocidad con la que se movió. Dodek estaba nervioso, como si en cada minuto se le fuera la vida. Entró en la sala contigua donde había varias camas junto a las paredes del fondo. Era una habitación pequeña, como si ese sitio que

ahora parecía una clínica, hubiese sido una casa de familia antes.

Con desesperación, el chico se lanzó encima de un cuerpo. Era un hombre de alrededor de cincuenta años que llevaba una camisa blanca y unos pantalones grises. Dodek le quitó la ropa y la guardó en la bolsa que llevaba al hombro mientras Mason, sintió que se apagaba... que se hundía ante la escena que tenía frente a él. Sobre todo porque a pesar de que esas no eran sus manos, sino las de Dodek, él lo veía como si así fuera. Sentía la tela gastada de la camisa del hombre que yacía muerto en esa cama, y también la piel fría.

Dodek trabajó a todo ritmo. Le quitó la ropa a un niño desnutrido que no aparentaba más de ocho años y un vestido a una mujer mayor. Una vez que tuvo todo en su bolsa se despidió de las enfermeras y corrió hacia afuera.

Tenía ganas de ir al baño, pero se mantuvo de pie esperando para poder cruzar la calle por lo que sintió que era una eternidad. El tranvía, usado por polacos y alemanes no judíos que pasaba por el medio de la zona residencial, era la prioridad a toda hora y los soldados encargados del tránsito nunca les cedían el paso a los peatones que, por miedo, se mantenían al margen y sin quejarse.

Cuando al fin pudo cruzar, Dodek se encaminó hacia su casa en la que vivían con varias personas desconocidas que iban rotando constantemente. El barrio estaba superpoblado, la comida no alcanzaba y quienes no sabían hacer algo para sobrevivir o no tenían contactos tras el muro, se enfermaban y morían.

Mason observó al papá de Dodek cuando el chico le entregó la ropa. Estaba mucho más viejo. Aunque pensó que no era debido al paso del tiempo, sino a lo difícil que era vivir de ese modo.

Su mamá le dio un cuenco de sopa a cada uno y Dodek le respondió con una sonrisa. Mason pensó en lo valiente que era ese chico que tenía diecisiete años, no solo por desvestir cadáveres para sobrevivir, sino por poder sonreír en aquellas circunstancias.

Antes de despertar, Mason se dio cuenta de que en aquella vivienda ya no estaba Hela.

—Hela... —murmuró.

—Ya pasaron dos semanas, hijo —respondió su padre—. Ya aprendimos lo que significa que alguien no regrese.

—Lo sé —respondió.

—Ojalá haya sido rápido. —Se conformó su mamá.

Nueva York, 2023

Una vez, Mason tuvo un problema que no pudo resolver.

Fue cuando tenía diez años y su hermana mayor falleció. Era solo un niño, pero desde ese día y hasta entonces lo que más le pesó fue la incertidumbre de no haber tenido la chance de resolverlo. Y contrario a hacerle ver que todo lo demás no era importante, eso lo hundió en la tristeza y el desaliento.

Se observó en el espejo. Esos sueños lo estaban destruyendo poco a poco. Se peinó con los dedos y observó la barba crecida. Una vez que llegara a casa se daría una ducha y se afeitaría para ir al trabajo con la mejor cara posible. Por suerte, Jazlyn lo estaba ayudando con varias tareas que no le correspondían. Si no fuese por ella ya lo hubieran despedido por dejar todo a medias.

Regresó a la barra y pidió otro trago. Ese bar era el único que estaba abierto hasta tarde y no lo visitaba desde hacía un año. No sabía en qué momento había perdido las ganas de hacer cosas que antes le divertían como ir a ese bar con Duncan o alguna mujer. Hacía mucho que no iba al cine y ni siquiera se tomaba el tiempo de ver una serie en casa. En el último año, había dedicado todo su tiempo al trabajo y en sus ratos libres, había adelantado trabajo. También se había torturado con cada cosa que no salía como deseaba. Y ahora le daba bronca pensar que, justamente él, se estuviera preocupando por cosas que sabía que tenían solución.

Porque una vez había vivido algo que no la tuvo y parecía que lo estaba olvidando.

Bebió el trago con la vista en la barra de madera. Era como si no estuviera allí, como si no oyera la música o no viera a la gente a su alrededor. Su mente estaba en esos sueños que estaba evitando soñar. Llevaba más de treinta horas sin dormir y su estado era deplorable. Estaba cansado, le dolían los músculos y los ojos le ardían, pero no le importaba. No pensaba someterse a esos sueños una noche más.

Varsovia, 1942

Los rumores sobre un levantamiento estaban por todos lados y Mason, que llevaba días soñando con ese sitio estaba al corriente de todo.

Había una agrupación de personas que se reunían en secreto y él había participado en algunos encuentros. No eran para nada organizados, porque los soldados alemanes estaban en todos lados y no se caracterizaban por hacer la vista gorda. A esas alturas, las cosas no eran como cuando recién habían llegado al gueto. La comida era cada vez más escasa y era común ver niños y adultos desnutridos en la calle. Tampoco era extraño cruzarse con un cadáver. Las enfermedades eran moneda corriente y los castigos por parte del ejército eran cada vez más violentos.

Al comienzo, si descubrían a un niño haciendo contrabando a través de los huecos de los muros, lo golpeaba con escobas. Más tarde, lo más probable era que lo colgaran delante de todos. Mason entendía la dinámica del mismo modo que Dodek, pero los dos se lo tomaban de un modo diferente. Mientras Mason tenía ganas de gritar por lo injusto y cruel que le resultaba todo, Dodek prefería callar porque lo único que le importaba era vivir un día más.

Mason se preguntó cómo lo hacía mientras ayudaba al padre de Dodek a coser una camisa. Estaban solos en la casa. En menos de un año, la familia de cuatro se había reducido a dos. Primero, había desaparecido Hela y luego, su mamá había fallecido producto de una enfermedad por no recibir la asistencia adecuada. Nunca habían sabido qué había ocurrido con Hela, pero mientras sus padres pensaban que la habían colgado o metido un balazo por romper alguna regla, Dodek prefería pensar que había logrado huir. Sabía que era imposible, porque de haber encontrado el modo no lo hubiese hecho sola. Sin embargo, entre tanto dolor, le hacía bien engañarse un poco.

El papá de Dodek se puso de pie de inmediato cuando oyeron unos pasos en las escaleras. Mason levantó la vista, asustado y su padre le arrancó de las manos la camisa que estaba remendando. La escondió en un rincón y se quedó quieto, esperando. Mason se puso de pie junto a su padre y se mantuvieron allí cuando los soldados se metieron en la vivienda. En realidad, ese sitio no tenía nada que ver con la casa en la que había vivido Dodek durante su infancia. Mason todavía la recordaba de los primeros sueños. Era pequeña pero cargada de muebles antiguos y fotografías. Todavía podía sentir el aroma de la comida casera y el calor del hogar que se había esfumado. Desde hacía dos años, todo se esfumaba en la vida de Dodek y Mason no podía soportarlo.

Los soldados los empujaron, revolvieron las pocas pertenencias que les quedaban y luego los arrastraron hacia la calle. Les dijeron que sabían que estaban haciendo contrabando, pero ninguno de los dos dijo una palabra. Mason podía sentir su miedo enroscado en el temor de Dodek, pero también sentía la desesperación del chico.

Sobrevivir.

Un día más.

Ya se había transformado en un mantra.

Los metieron en un tren, cuyos vagones oscuros solo tenían unos pequeños huecos que hacían de ventanas. Subieron hombres, mujeres y niños hasta llenarlo por completo. El calor era insoportable a esa altura del año y cuando el transporte se puso en marcha, Dodek y su padre estaban completamente amontonados. Dodek sacó uno de sus brazos por la ventana para sentir al menos un poco de aire. Estaba sediento, cansado y no había comido nada. A su lado, una mujer gritaba desesperada. El joven siguió la mirada de la mujer y descubrió que estaba despidiéndose de un niño que la observaba desde la acera. Las familias se rompían todo el tiempo, pero nunca dejaba de doler. No era algo a lo que Dodek pudiera acostumbrarse.

Tampoco se acostumbraba a las muertes y al maltrato. Pero no tenía otra opción que aceptarlo, si eso podía permitirle vivir un día más.

Un día la guerra va a terminar, se prometía a sí mismo haciendo testigo a Mason, que estaba retraído, deseando despertar, porque el ahogo que sentía Dodek dentro de ese tren también lo afectaba a él. A su lado, un hombre cerró los ojos y cayó desmayado. Como no había lugar, se derrumbó encima de todos los demás.

Había gritos, llanto y desesperación. Dodek se mantuvo quieto porque Mason le dijo que si se alteraba, si gastaba energías, entonces no lo iban a poder soportar.

Cuando llegaron a la estación, al cabo de unas cuantas horas, Mason leyó el cartel que indicaba que estaban en Treblinka. El sitio del que Dodek había escapado.

Nueva York, 2023

El metro iba cargado de gente como todas las mañanas, pero la mente de Mason estaba en otro lugar. Sentía el cansancio en cada rincón de su cuerpo y, a pesar de que había intentado mantenerse despierto, había caído rendido en la cama. Con la luz, la música y la televisión encendidas. El agotamiento era tal que nada de lo que habitualmente le impediría dormir había funcionado.

A eso de las dos de la mañana, cuando todavía estaba despierto, Jazlyn le había enviado un mensaje para preguntarle cómo se sentía. Él le dijo que estaba bien, pero ella insistió en que intentara dormir unas horas para ver si se levantaba sin ese malestar que venía arrastrando hacía semanas. A esa altura, Mason ya no podía fingir en absoluto. Así que le dijo que no quería dormir porque los sentimientos de Dodek le hacían daño y la vida del chico lo angustiaba mucho. Jazlyn se ofreció a ir a su casa. Le dijo que podía quedarse a su lado y despertarlo cada dos horas, para que se tomara un descanso de la pesadilla. Y que a lo mejor al estar acompañado no sentía la desolación del sueño tan intensamente.

Mason le dijo que no, sabía que se sentiría muy expuesto al compartir eso con ella. Además, le daba vergüenza que viera el sitio en el que vivía.

Así que había intentado mantenerse despierto y no lo había logrado. Sin embargo, de pie en el metro, tomado del pasamanos sentía como si estuviera a punto de caer. No tenía fuerza en las piernas ni energía para enfrentar una jornada laboral. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Si lo que soñaba eran sus vidas pasadas, lo que tenía por delante era mucho más sencillo de lo que había enfrentado antes.

Treblinka, 1943

Mason se despertó agitado. No estaba en su cama, sino en una litera. Era tan pequeña que apenas cabía el cuerpo de Dodek. Se levantó y la arregló mientras a su alrededor todos hacían lo mismo.

Se dejó llevar por la rutina de Dodek. Formó junto al resto de los prisioneros y marchó al trabajo como todos los días.

Cuando llegó a Treblinka habían separado a unos pocos, entre los que estaban él, su padre y tres hombres más. Les habían dicho que a todos los demás los dejarían solo veinticuatro horas para reubicarlos en otros campos pero que ellos permanecerían allí. Las primeras semanas les dieron la tarea de recolectar leña. Así que lo habían hecho, porque otra opción no había y la esperanza no se agotaba.

Una vez que acababa la jornada, debían formar nuevamente. Ese era el momento más temido de Dodek porque, a veces, sucedían cosas. Todo dependía de cómo se había desarrollado el trabajo del día. A pesar de que siempre hacían la misma tarea, a veces se les exigía más y en muchas oportunidades esperaban resultados imposibles para la cantidad de horas trabajadas y la creciente debilidad de los prisioneros.

Esa noche, Dodek estaba más preocupado de lo habitual porque no habían llegado a los resultados que les habían impuesto. Eran solo unos pocos trabajadores y cada vez quedaban menos. Así que cuando oyó el balazo tan cerca de él, supo que, finalmente, se había quedado solo.

Se mantuvo quieto, sin siquiera respirar. Si giraba para asegurarse de que su padre estuviera bien, lo matarían. Así que estuvo allí por dos horas. De pie. Asustado y angustiado. Deseando internamente que el balazo haya sido para otro.

Cuando finalmente les dieron la orden de ir a comer, le pidieron a Dodek y a otro prisionero que llevaran el cuerpo de su compañero a una pila de cadáveres que serían trasladados luego a una fosa común. Dodek lo hizo y Mason no pudo soportar ni su dolor ni el del chico, al llevar el cuerpo de su propio padre como si no valiera nada.

Lo dejó allí, junto con el resto. Y no se llevó nada, aunque Dodek sintió que, en un punto, el poder de ese ejército tenía límites. Ya le habían quitado a su mamá y a su hermana. Ahora, a su papá. No quedaba nadie más que él, pero mientras él estuviera vivo, tendría los recuerdos. Su infancia jugando con su hermana y los momentos en familia. Mason se conmovió por ese pensamiento tan positivo, en medio de la realidad más desgraciada.

Como si fuera una jornada más, le entregaron la comida que siempre consistía en una sopa de ortiga y media hogaza de pan.

Nunca era suficiente, pero ese día le importaba un poco menos que el día anterior. Lo que siempre le había pesado no era su propio sufrimiento, sino el de su familia.

Ellos ya no sufren, pensó.



Nueva York, 2023

Con el corazón roto.

Así se sintió Mason todo el día. Fue a trabajar con la angustia escalando la garganta y se dejó caer en el asiento frente a la computadora con un peso adicional en las espaldas.

Tuvo reuniones, respondió correos y almorzó en el comedor de la empresa frente a Jazlyn. Le contó que Dodek había quedado solo en ese centro en el que lo que sucedía a diario era aberrante. La chica estiró la mano sobre la mesa y tomó la de él. Ejerció una leve presión y esbozó una sonrisa suave.

—Esos sueños no pueden hacerte daño —le dijo.

—Pero lo hacen y necesito que terminen. —Suspiró—. Si estás en lo cierto y esos son recuerdos de mis vidas pasadas, yo... no quiero recordar. No quiero haber vivido eso.

—Lo sé —dijo Jazlyn, que quería borrar de alguna manera lo que sentía Mason, pero no sabía cómo hacerlo—. Estuve investigando, no encontré a nadie que le pasara esto. Solo personas que lo lograron a través de hipnosis.

—¿Y cómo hago para revertirlo? —preguntó, desesperado—. Estoy cansado. Mi vida ya era una mierda antes de que esto comenzara.

Jazlyn observó sus manos. Se dio cuenta de que si alguien de la empresa los veía, pensaría que había algo entre ellos, pero no le importó. No si Mason se sentía acompañado.

—¿De verdad creés que tu vida era una mierda? —preguntó.

—Lo era y lo sigue siendo, pero ahora ni siquiera tengo tiempo de torturarme o de preguntarme para qué sigo vivo porque estoy cansado.

—Si esto sirve para que no te hagas esa pregunta, entonces no es tan malo, Mason —mencionó Jazlyn, conmovida.

Cuando lo conoció supo que era un hombre con una carga particular. Siempre lo veía callado y abatido, pero era muy difícil saber por qué era de ese modo. Incluso ahora, cuando conversaban de otras cuestiones que no eran laborales, todavía se le hacía difícil conocerlo. Era cerrado y siempre se lo notaba decaído, pero ella había tenido algunas situaciones en las que había podido ver otra versión de él. Como el día en el que le envió un mensaje por error y apareció para frenarla y que no fuera a casa de Declan. Esa noche, por un breve instante, fue divertido y la había hecho reír. ¿Dónde estaba ese hombre? ¿Por qué no lo dejaba salir?

—No hay nada de bueno en esto. Ahora estoy soñando con la rutina de este chico en un

campo de exterminio. Todas las noches hago la misma rutina. Es una rutina monstruosa, ya no la soporto.

—Hay que seguir el patrón. Carmelo necesitaba despedirse de su familia, Margaret enfrentar a su esposo y divorciarse. Arai... bueno, no quisiste contarme mucho acerca de ese sueño, pero de algún modo lo resolviste.

—Arai estaba enamorada de alguien que no sentía lo mismo que ella y lo llevaba ocultando toda su vida. La ayudé a que lo confesara antes de morir. Por cierto, vos me asesinaste.

Jazlyn enarcó las cejas, sorprendida, y Mason deslizó la mano para romper el contacto.

—¿Te maté? —preguntó Jazlyn con los ojos muy abiertos.

—Sí. Me odiabas.

—¿Por eso estabas raro? ¿Pensaste que ahora también te odiaba?

—No sé. Solo espero que no me mates. —Se deslizó hacia atrás hasta quedar medio recostado sobre la silla. Se echó el pelo hacia atrás y la observó. Jazlyn pensó que incluso con las ojeras y el rostro cansado, era hermoso.

—No está en mis planes, por ahora. —Bromeó y él sonrió.

Tomó el móvil y respondió unos mensajes. Jazlyn lo observó del otro lado de la mesa y pensó en que todo encajaba. Que la curiosidad que había sentido por él tenía motivos, porque si habían sido enemigos... si ella había sido una antagonista en alguna de sus vidas, era porque el vínculo de sus almas era muy fuerte. Todo eso que estaba pasando Mason no solo era importante para él, sino también para ella. Él no era un compañero más de trabajo y todos los acercamientos que ella había generado habían sido acertados. Ojalá la dejara seguir ahí, porque aunque él todavía no lo sabía, se habían elegido.

—Tenés que resolver algo —rompió el silencio Jazlyn y Mason dejó el móvil en la mesa nuevamente.

—No tengo idea, Lyn.

Era la primera vez que la llamaba así.

—Sé que son horribles los sueños, pero prestá atención a esas rutinas. Ahí hay algo.

—Solo... hago todas las noches lo mismo. Pero todo es anterior al primer sueño que tuve.

—¿Será que ese momento es la clave? ¿El del primer sueño?

—Me estaba escapando del campo, dudo que la solución sea no escaparme.

Jazlyn suspiró y revisó la hora en el reloj.

—Tenemos que volver, pero si querés terminar con eso... dejá los sentimientos de lado. Observá a tu alrededor. Hay algo que Dodek dejó pendiente ese día en el que escapó y vos lo tenés que cambiar.

Treblinka, 1943

Mason pasaba los días cansado y cuando finalmente dormía, se encontraba con un cuerpo agotado y un alma aplastada por la angustia.

Dodek, ese chico de diecinueve años que en un tiempo no tan lejano había tenido una vida igual a la de cualquier otro joven, había pasado los últimos años esperando el fin de la guerra. Superando pruebas. Notando cómo escalaba el nivel de horror, pero aceptándolo porque no tenía otra opción.

De su familia no quedaba nada. Su hermana, que no había llegado a cumplir los quince años, había desaparecido de un momento al otro. Su madre había muerto en sus brazos y a su padre lo habían asesinado a sangre fría. Dodek había tenido que cargar con su cuerpo como si fuera algo para descartar.

Era horrible y cruel. Y a Mason le parecía increíble que, en medio de todo eso, la esperanza nunca se apagara. Incluso en los peores momentos, cuando sentía la angustia de Dodek, también encontraba cierta ilusión. Algo que a él en su vida mucho más sencilla se le hacía muy difícil hallar.

Acomodó la litera y formó afuera como todos los días junto con el resto de los prisioneros. Eran pocos y el trabajo era mucho más terrible que recolectar leña como al comienzo. Dodek suspiró intentando mantenerse quieto. Sabía que un movimiento fuera de lo habitual lo podía llevar a la muerte. Observó el cielo, ya comenzaba a hacer frío y en breve comenzarían las nevadas. El humo todavía no lo había invadido todo, pero era cuestión de minutos. La jornada comenzaba cuando el primer tren arribaba.

Cuando oyó el sonido de los vagones sobre las vías, Mason quiso despertarse. No podía soportarlo, en efecto, había hecho hasta lo imposible para no dormirse, pero claramente no lo había logrado. Jazlyn le había preguntado nuevamente si quería que fuese a su casa. Le dijo que lo ayudaría a mantenerse despierto y, por un instante, él había tenido un pensamiento por demás entusiasta. Prefirió decirle que no.

Como todos los días en la vida de Dodek y todas las noches en la vida de Mason, ambos vieron cómo descendían personas del tren. Siempre asustadas y atolondradas. Madres que llamaban a sus hijos con gritos desesperados que no tenían ningún sentido y parejas jóvenes que se tomaban de la mano bien fuerte, porque sabían que cualquier momento podía ser el último y querían que fuese juntos.

Eso nunca sucedía.

En cuanto lograban ordenar a los judíos en la falsa estación de tren que había sido montada para ocultar lo que era realmente ese sitio, separaban a hombres y mujeres. A los niños huérfanos o que no estaban junto a sus padres los trasladaban a una pequeña edificación en la que se lucía una bandera blanca con una cruz roja. Allí, les quitaban la ropa y sus pertenencias y les ordenaban que caminaran por una rampa hasta el exterior, donde había un pozo profundo. Uno a uno, les disparaban en la nuca.

El primer trabajo de Dodek, cuando ya no tuvo que dedicarse a conseguir leña, fue enterrar cadáveres. El segundo fue acomodar los cuerpos de esos niños y quemarlos. Para Mason, no hubo sueño más duro, ni experiencia más aberrante que aquella. Confirmar de qué se trataba ese olor nauseabundo que había percibido la primera vez y ser parte de tremenda atrocidad era insostenible. Pero Dodek quería sobrevivir y eso significaba hacer lo que pudiera.

Resistir.

Él tenía claro que de todos los judíos era, de alguna manera, un privilegiado. Porque cada tren que arribaba allí tenía el mismo destino. Después de apartar a los niños huérfanos, separaban a hombres y mujeres. Los niños se mantenían junto con sus madres, a quienes les cortaban el pelo y las obligaban a desnudarse. Con los hombres, hacían lo mismo, pero por separado. Luego, los dirigían por un sendero que habían denominado Himmelstrasse (3) donde aprovechaban para burlarse, golpearlos y escupirlos hasta llegar a una edificación con una estrella de David en la fachada. Una vez dentro, los agrupaban en diferentes habitaciones con la excusa de hacerles una desinfección y poder continuar el viaje hasta su próximo destino. Estas habitaciones, que Dodek conocía muy bien, lucían como baños públicos, con paredes de azulejos y duchas. Una vez completa de personas, ingresaban monóxido de carbono a través de las tuberías y de las duchas, acabando con la vida de un grupo completo en alrededor de veinte minutos.

Allí era cuando el trabajo de Dodek y el resto de los prisioneros tomaba protagonismo, ya que eran los encargados de trasladar los cuerpos por la puerta trasera de las cámaras para que el siguiente grupo ingresara. Entonces, los cuerpos eran quemados en hoyos profundos, como si la vida no valiera nada.

Esa noche, cuando la jornada acabó, Mason tomó la sopa de ortiga y su media hogaza de pan diaria y la devoró. Estaba hambriento y, por primera vez, entendió de qué se trataba comer por hambre. La sopa era sosa y el pan duro, pero lo necesitaba para sobrevivir y no sentirse tan débil.

—Hoy los trenes trajeron grupos más pequeños —dijo un prisionero a su lado.

—Fueron cientos de personas... —murmuró Mason, porque había cargado cuerpos todo el día y había visto entrar a las cámaras de gas a demasiadas personas. Niños, hombres, adolescentes y mujeres. Parejas que eran separadas y niños que aguardaban junto a sus madres tras las puertas de las cámaras de gas, escuchando los gritos de quienes eran asesinados dentro.

—Están matándolos cada vez más rápido —dijo el hombre—. Ahora hay más cámaras. Un día no llegarán más trenes y cuando eso ocurra seremos el último grupo.

Dodek tomó lo poco que le quedaba de la sopa sin responder. Ese hombre lo había consolado el día que había tenido que cerrar la boca y arrastrar el cuerpo de su padre como si no fuese una

de las personas más importantes que había tenido en la vida. Había llegado a Treblinka poco tiempo después que él con su hijo y ambos estaban en el mismo grupo de prisioneros que durante el otoño se habían encargado de construir nuevas cámaras de gas y que ahora se dedicaban a hacer desaparecer cuerpos de cientos de personas a diario.

Sentía que le debía mucho. Que no hubiese sido lo mismo si ellos no hubiesen tenido palabras de consuelo aquella noche en la que no podía quitarse de la cabeza el rostro de su padre muerto. Y Mason podía ver todos esos recuerdos y pensamientos que rondaban por la cabeza de Dodek. Era un joven muy abierto. De todas las vidas que había soñado, la de Dodek era la que podía ver con más claridad. El chico estaba despojado de absolutamente todo, salvo de la esperanza. Su cabeza funcionaba a todo ritmo y siempre se mantenía alerta para no cometer ningún error que acabara con su muerte.

Cuando ya estaban todos dormidos, abandonó la litera y salió. Las cenizas seguían cayendo cuando llegó al hueco en el muro que había descubierto hacía una semana y que había profundizado cada noche. Ese era el día. Revisó sus bolsillos para estar seguro de que llevaba lo único que podía serle útil: un pin que había tomado del cuerpo de un soldado. Decían que era de oro y sabía que iba a necesitar dinero si lograba escapar.

Se deslizó por el hueco y corrió. No tenía fuerza, pero el miedo y la desesperación lo ayudaron a ganar velocidad. Cuando se encontró en el mismo bosque en el que había trabajado unos meses antes, se detuvo. Sentía un peso en el pecho y Mason entendió. Supo por qué había soñado con ese instante antes. Dodek había escapado, pero no se sentía completo porque no había compartido su secreto con las únicas dos personas que se preocuparon por él durante los últimos meses. Regresó, lentamente. Tardó mucho más que en escapar, pero cuando llegó todavía era de noche. Los despertó y les pidió que lo acompañaran.

Caminaron sigilosamente, aunque hacerlo con dos personas más no era como escapar solo. Les dijo que iba a irse y los invitó a que se fueran con él. Le contaron entre murmullos que había un plan de huida organizado. Una especie de levantamiento con armas incluidas, pero Dodek insistió en que esa noche podían hacerlo y que como habían hablado en la cena, cada día era una chance menos.

Se escondieron cuando un soldado dio la vuelta. Las guardias eran una pesadilla, pero en algunos sectores más que en otros. Allí los muros tenían dos metros de alto y acababan en alambres de púas filosas, de modo que la única forma de escape era por algún hueco. Al ser un centro que solo se dedicaba al exterminio, no había muchos prisioneros. De modo que la seguridad no era tan intensa como en otros campos.

Una vez que el guardia se fue, Dodek se despidió. El hombre mayor negó con la cabeza y miró a su hijo. Entonces, lo siguieron. Corrieron hasta el bosque sin detenerse y luego de horas que parecieron días (o tal vez lo fueron), se colaron en un tren hacia Checoslovaquia. Fue en medio del viaje, ocultos en una bodega, cuando el cuerpo de Dodek Zajac empezó a brillar y se despidió a Mason. Ambos se miraron a los ojos, como si se conocieran de toda la vida. A lo mejor, Carmelo había tenido razón y Dodek y Mason eran lo mismo. Un alma en diferentes tiempos, pero la misma esencia.

—*Powodzenia* (4)—dijo Mason.
Y luego despertó.

3. Del alemán “El camino al cielo”. Es el nombre que los nazis habían dado al último viaje hacia las cámaras de gas en los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial.

4. En polaco: “Buena suerte”.

Nueva York, 2023

Nunca había dormido tanto. Se despertó pasado el mediodía y se echó una siesta por la tarde. Cada vez que un cuerpo lo expulsaba, Mason sabía que tenía un día para dormir sin sueños, así que aquella vez lo aprovechó al máximo.

Después de la siesta se duchó, se afeitó y le mandó un mensaje a Jazlyn confirmándole lo que ambos sabían que pasaría: tendría un día de descanso en sus sueños. Aunque Mason no descartaba la posibilidad de que ya hubiera acabado. Tenía la ilusión de que los sueños desaparecerían sin más, tal como habían comenzado.

A pesar de que se había prometido no hacerlo, aprovechó que estaba bien descansado y revisó el correo laboral en la *laptop*. Tenía mucho trabajo pendiente porque el último mes había sido un desastre.

Adelantó lo que pudo y respondió algunos correos, aunque supuso que nadie los vería un sábado por la tarde. Apagó la computadora para no caer en la tentación de seguir trabajando y se dejó caer en la cama. Movié la estatuilla que tenía sobre la mesa, tomó el cómic que llevaba leyendo hacía semanas y se dispuso a terminarlo, pero un mensaje de Jazlyn lo interrumpió.

LYN:

¿Por qué me llegó un correo laboral un sábado?

MASON:

¿Por qué estabas revisando el correo laboral un sábado?

LYN:

No te hagas el gracioso, Mason. Tengo la cuenta de correo en el móvil.

MASON:

No deberías tenerla, yo la desactivo los fines de semana.

LYN:

Los hechos te dejan en evidencia.

MASON:

Quería adelantar algunas cosas hoy que tengo la mente descansada.

LYN:

Bueno, apagá la computadora y ponete algo decente. Me vas a acompañar a un concierto.

MASON:

¿?

LYN:

Si no me acompañás, tendré que invitar a Declan.

MASON:

¿A tu ex? ¿Ese idiota que te ocultó que tenía novia? Nunca te acompañaría.

LYN:

Entonces son parecidos, porque también te estás negando.

MASON:

Me estás manipulando.

LYN:

¿Funcionó? Dale, así festejamos que ya terminaste con esas pesadillas.

MASON:

¿Un recital de qué?

LYN:

El amigo de la novia de mi mejor amiga tiene una banda.

MASON:

¿No pensaste que era buena idea ir con tu amiga y su novia?

LYN:

No. ¿Nunca saliste con un amigo en pareja? Te ignoran y se van temprano porque tienen mejores planes que estar con su amigo soltero.

MASON:

Mis amigos que están en pareja directamente no salen conmigo.

LYN:

De alguna manera estás confirmando mi teoría.

MASON:

Sos muy insistente, Lyn. Pasame la dirección.

Jazlyn se puso unos pantalones de vinilo negro y un top del mismo color. Tomó asiento en la cama, ató los cordones de sus botas y luego se detuvo frente al placar. Tenía bastante ropa pero, principalmente, prendas básicas. Prefería los atuendos cómodos para la vida diaria. Usaba pantalones deportivos, *jeans* holgados y camisetas. Sin embargo, cuando salía de noche le gustaba jugar más con sus atuendos o sumar algún detalle que rompiera con lo básico.

En aquella oportunidad, optó por una chaqueta de *jean* lila con unas inscripciones en las mangas que parecían hechas a mano. Eligió su colgante favorito: una cadena ancha y plateada que acababa en un corazón negro con un ribete de plata alrededor. Se puso unos aros plateados, anillos y se pasó los dedos por el cabello. Lo tenía tan lacio que a veces le molestaba que siempre se viera igual. Lo despeinó un poco con los dedos. Se delineó los ojos y se pintó los labios con un tono natural para lograr ese acabado degradado que tanto le gustaba.

El bar en el que tocaba el amigo de Jessie era más bien un galpón donde vendían cervezas y tocaban bandas en un escenario improvisado. Jazlyn había ido en varias oportunidades, pero le ponía un poco nerviosa ver a Mason allí. Le costaba imaginarlo porque a pesar de que en los últimos meses habían pasado bastante tiempo juntos, no terminaba de conocerlo. Aunque también le daba la sensación de que conocía una faceta que nadie más podía ver. Una mezcla entre un hombre sensible que teme por sus sueños porque vivió un pasado que lo marcó pero que, al mismo tiempo, es lo suficientemente realista como para negar cualquier cosa que escapa de lo común.

Por eso lo había invitado. Además de que sentía que debían festejar porque al fin habían acabado esos sueños, tenía ganas de verlo en otro contexto. Ni delante de la computadora desarrollando campañas, ni abatido por sus sueños. Quería espiar qué había detrás de todo eso y entender por qué su alma le pedía a gritos que se acercara.

En lugar de salir con el coche, prefirió pedir un Uber porque tenía planeado beber. Además, no tenía ganas de lidiar con la búsqueda de sitios para estacionar y no estaba en sus planes que Mason supiera que manejaba un BMW. No renegaba de quién era, porque ya había aprendido que sus bienes materiales no la definían como persona; pero sabía que la gente solía armar juicios de valor a partir de lo que alguien poseía o carecía.

Llegó al bar unos minutos antes de la hora, Jessie ya estaba adentro con Marlene, pero decidió esperar a Mason afuera. La noche estaba preciosa, había sido un día lindo de sol y ella había pasado gran parte de él en el Central Park. Había salido de casa y tras hacer una parada rápida en Levain, una pequeña tienda de galletas caseras que cada vez atraía a más personas, se había echado en el parque con una manta, una limonada y un libro. Había comido galletas de vainilla con trozos de chocolate y había acabado con el último libro sobre regresión a vidas pasadas que le quedaba sin leer. Se había acostado y había pensado durante horas. Si bien lo que

Mason soñaba lucía como lo que ella recordaba de sus regresiones, había algo diferente: él podía intervenir, tomaba decisiones, cambiaba cosas e impactaba en el futuro. Era algo que rozaba lo mágico y a Jazlyn le apasionaba que no tuviera explicación alguna. Se preguntaba todo el tiempo a qué se debía esa necesidad de ayudarlo que la ahogaba por completo.

—Creo que podría usar tus pantalones como un espejo.

—Bromeó Mason y Jazlyn se giró a observarlo. Tragó saliva y sonrió al verlo tan bien.

Las últimas semanas de Mason habían sido terribles. Poco a poco, Jazlyn lo había visto decaer. No era solo su aspecto, el cabello despeinado o los ojos hinchados y ojerosos. Era su actitud de derrota, como si esas vidas con las que soñaba lo contagiaban. Como si Dodek estuviera dentro de él cuando despertaba. Y ella supuso que lo peor había comenzado cuando en sus sueños apareció Sam. Para Mason había sido algo bueno, por supuesto, pero ella había sentido que abandonaba su vida para trasladarse a esa otra con la que soñaba. Y por eso había comenzado a preocuparse.

En un comienzo, con Carmelo o Margaret, se había asustado. Había pensado que estaba enloqueciendo, negándose rotundamente a la teoría de Jazlyn. Pero en cuanto apareció Sam, quiso creer que era cierto. Deseó fervientemente que eso fuera real hasta dejar de lado todo lo que tenía que ver con su vida. Sam era muy importante para Mason, eso lo había aprendido Jazlyn la primera vez que habían hablado. Sin embargo, muchas veces era su talón de Aquiles. Una debilidad que lo congelaba en el tiempo y no lo dejaba avanzar.

—Ya quisieras unos pantalones como estos.

—La verdad es que están bien, me gustan. —Sonrió.

Jazlyn sintió vergüenza por tener veinticuatro años y que un simple halago a un pantalón le generara tantas cosas.

—A mí me gusta tu camiseta —dijo ella y Mason enarcó las cejas, en un gesto de falsa humildad.

Se había puesto unos *jeans* negros y una camiseta de Nirvana. En el cuello, le colgaba una cadena que acababa en una placa con algo grabado que ella no llegó a leer. Tenía el cabello húmedo peinado hacia atrás y lucía muy bien descansado. Por debajo de la manga de la camiseta escapaba un tatuaje. Estiró la mano y deslizó la manga hacia arriba para verlo. Era el ángel de la portada del disco *In Utero*, de Nirvana. Sonrió al darse cuenta de lo sencillo que hubiese sido adivinarlo.

—¿Es tu disco favorito? —preguntó.

—No lo sé, creo que no tengo uno favorito, pero es especial. Fue el primero que escuché y... tal vez, parte de la historia que hay detrás representa un poco cómo me siento a veces.

—¿Cómo te sentís? —Jazlyn apoyó el hombro en la pared del bar, quería entrar pero Mason estaba más abierto de lo habitual y decidió aprovechar la ocasión.

—Kurt quería titular el disco *I Hate Myself and Want to Die*, pero la discográfica no se lo permitió. En algunas entrevistas, dijo que en realidad había sido una broma para todos los que pensaban que era un tipo quejoso y temeroso que acabaría suicidándose; pero en realidad siempre pensé que era una declaración. —Se detuvo, pensativo—. No creo que haya sido un

pedido de ayuda, sino las ganas de gritar quién era. Para mí no está mal tener miedo o estar triste, pero muchos lo ven como algo malo. Como una mala elección, no sé si se entiende...

—Puede ser.

—Pero no estás de acuerdo. —Definió Mason con una sonrisa.

—Creo en el balance. Me parece que está bien ser positivo, pero no todo el tiempo. Y también me parece sano tener momentos tristes y profundizarlos, porque eso es lo que hacemos a veces. Cuando estamos angustiados y escuchamos una canción triste, profundizamos un sentimiento. Creo que hay momentos para estar bien y momentos para estar mal y ninguno de los dos estados deberían ser constantes. De hecho, siento que cuando son constantes no son reales. Sino más bien una elección.

—Puede ser —murmuró Mason.

Se observaron en silencio. Uno que para otras personas hubiese sido incómodo. Jazlyn lo rompió tirando del brazo de él e ingresando al bar.

Hacía mucho que no salía. Desde que Duncan se había casado, lo máximo que habían hecho era sentarse en un bar después del trabajo a conversar. Su último concierto había sido el de Nirvana, pero había sido mientras dormía, así que no sabía si considerarlo.

El lugar era oscuro y rectangular. Las paredes estaban pintadas de negro y parecía más bien un galpón. Le gustaba. Era ese tipo de sitio al que él hubiese elegido ir y del que Duncan se hubiese quejado. Un ambiente demasiado rockero para su amigo que prefería la música electrónica. Siempre le había parecido divertido que se hubieran unido siendo tan diferentes.

—¿Tomamos algo? —preguntó Jazlyn—. Y después busquemos a Jessie. Desde ya, te pido por favor que no le prestes mucha atención. Es una persona que a veces dice cosas que no debería.

Mason rio y la siguió. Había dos barras, muy distintas a las de los bares a los que solía ir con Duncan, que eran más bien del estilo irlandés. Se sintió un poco viejo al darse cuenta de que, en algún momento que no recordaba, había dejado de frecuentar sitios para jóvenes. Probablemente, tendría la edad de Jazlyn la última vez que lo hizo.

Pidieron unas cervezas y observaron el escenario donde estaban acomodando los equipos para el *show*. Mason bebió la cerveza, más tranquilo de lo que esperaba. Prácticamente, había aceptado la invitación de Jazlyn porque sentía que le debía algo. Porque a pesar de que ciertas cosas no le cerraban, debía reconocer que en las últimas semanas había sido la única persona en la que se había apoyado.

—Pudiste descansar —mencionó Jazlyn—. Se te ve mejor.

—Sí, me desperté tarde y dormí siesta. Lo necesitaba, ya me dolían hasta los huesos.

—¡Lyn! —exclamó una voz que se materializó de inmediato junto a Mason—. Pensé que ya no venías...

Era una chica de estatura media y tez morena con el cabello crespo. Tenía los labios pintados

de rojo y un vestido del mismo color que parecía de cuerina. A su lado, una chica más alta con el pelo cobrizo y largo bebía una cerveza pacientemente. Supuso que eran Jessie, la amiga de Jazlyn, y su novia.

—Iba a buscarte justo ahora, vinimos por unas cervezas primero.

La chica giró y miró a Mason de pies a cabeza sin ningún tipo de reparo. Él enarcó las cejas, divertido y Jazlyn se llevó la mano a la cara, esperando lo peor.

—¿Vos sos Mason? ¿El compañero de trabajo de Jazlyn?

La chica de pelo cobrizo reprimió una carcajada, pero hizo un ruido con la nariz que la delató.

—Sí. Entonces... sos Jessie. —Dio un trago a su cerveza mientras la chica lo observaba con desconfianza—. Imagino lo difícil que debe ser para vos tener que detener a Jazlyn cada vez que cae en las garras de su *exnovio*.

Jazlyn dejó el vaso sobre la barra, superada por la situación mientras Jessie y Marlene se descostillaban de la risa. Mason estiró el brazo para rodear los hombros de Jazlyn y atraerla hacia él.

—No es gracioso. Tengo una debilidad —se quejó Jazlyn.

—Podrías tener una debilidad más notable que el pene de un idiota. —Bromeó Jessie.

—Uno no elige de qué ser presa. —Se justificó Jazlyn entre risas—. Bueno, basta, no hablemos de él. No arruinemos el momento.

Jazlyn se puso seria de repente y Mason quitó el brazo con el que todavía la estaba rodeando. Jessie negó con un gesto.

—Amiga, vos lo arruinaste solita. Se supone que el hombre con el que salís no debería estar al tanto del otro con el que te acostás.

—No estoy saliendo con Mason —dijo, de repente, tan nerviosa que se sintió una niña.

—Creo que se refiere a la salida. No a que salimos —aclaró Mason y Jazlyn se sintió todavía más avergonzada.

Ella no solía ser así y Mason tampoco de ese modo. De repente, sintió que su compañero de trabajo comenzaba a quitarse etiquetas. Seguía siendo el mismo tipo melancólico y sensible al que ella conocía, pero era también maduro, inteligente y divertido. Podía tomar una cerveza y bromear cuando un rato antes había reflexionado largo y tendido sobre una frase de Kurt Cobain.

Si hasta entonces le parecía un poco lindo, ahora le resultaba fascinante.

Jessie y Marlene siguieron allí un rato más. Se pidieron otra cerveza y disfrutaron del *show*. A Mason le gustó la banda y Jazlyn le prometió que le avisaría la próxima vez para que la acompañara, sin embargo, cuando las horas empezaron a pasar, él sintió que no era suficiente. Que no se había dado cuenta de cuánto necesitaba salir a distraerse y disfrutar de un poco de música y unas cervezas. Jazlyn parecía ser una buena compañía, tenían gustos similares en cuanto a música y cuando no se ponían a hablar de sus sueños, se olvidaba de que una vez lo había asesinado.

—Mañana es domingo. —Suspiró Jazlyn y amenazó a Mason con un dedo—. Como reciba un correo de tu parte, renuncio a la empresa.

—Nunca lo harías. No dejarías todo tu trabajo en manos de Ricky.

Jazlyn rio y pidió otra cerveza.

—¿Por qué hiciste eso... lo de la hipnosis? —preguntó él.

—Tuve una etapa de mi vida en la cual temía mucho a la muerte. —Hizo una pausa—. Pensaba en eso todo el tiempo, no podía contemplar la idea de que todo acabara. Que un día todo se esfumara. —Mason la observó, interesado—. Entonces, empecé a investigar acerca de las vidas pasadas. Leí libros y miré videos de testimonios. Personas que contaban que sus hijos pequeños hablaban de una vida anterior y... lo sentí como una esperanza.

—¿Temías tu muerte o la de alguien más? —preguntó Mason con suavidad, a su alrededor, la gente bebía y se divertía.

—Supongo que ambas, pero principalmente la de mi papá. Creo que es algo que nunca voy a dejar de temer, por eso todavía vivo con él, aunque ya debería vivir sola.

—No hay un momento para irse de casa de nuestros padres, siempre es mejor hacerlo cuando uno lo siente. O cuando tiene que hacerlo por alguna cuestión externa. Yo me fui de mi ciudad para ir a la universidad.

—Lo sé, pero tampoco es bueno aferrarse demasiado a ciertas cosas. Y yo tengo facilidad para dar vuelta la página, excepto con mi *exnovio*, pero ese es un tema aparte. En cuanto a papá... existo porque él deseaba tenerme y aunque en general es así con los padres, yo siempre lo sentí muy especial.

—Uno siempre está en deuda con ellos.

—Yo no tengo mamá... —Sonrió Jazlyn—. Y contrario a ser un peso, siempre fue un motivo para valorarlo más a él.

—No lo sabía, lo lamento.

Jazlyn sonrió, como si hubiese estado esperando ese comentario y le divirtiera.

—No hay nada que lamentar. No tengo mamá porque papá decidió tenerme. Él no tenía pareja y deseaba mucho tener un hijo, así que hizo un tratamiento y acá estoy.

Mason sonrió y afirmó con un gesto.

—Bueno, la cuestión es que descubrí todo esto de la hipnosis regresiva y lo hice. Dos veces. Una vez era una mujer soltera que tenía un hijo con una discapacidad y, otra vez, fui una guerrera vikinga. Ya sé que no lo vas a creer, te conozco, Mason.

Él lanzó una carcajada.

—Te juro que comienzo a creerte. —Suspiró—. ¿Te hizo bien hacerlo?

—Sí, creo que encontré lo que buscaba.

Mason observó el escenario en el que ahora se subía otra banda. Empezaron a tocar *covers* de artistas que a él le gustaban como Soundgarden y Temple of the Dog. Jazlyn conocía todas las canciones y bailaba con el vaso de cerveza en la mano. Las pocas luces del lugar se reflejaban en los pantalones de la chica y su pelo se perdía en la oscuridad.

—Todavía es temprano —dijo Jazlyn, luego de observar la hora en el móvil. Estaban en la puerta del bar y Jessie y Marlene ya se habían ido hacía rato—. ¿Tomamos algo en otro lugar?

Mason, de alguna manera, estaba tratando de proponer lo mismo. La había pasado bien y se

sentía con mucha energía. Además, estaba viendo a otra Jazlyn y algo lo empujaba a querer indagar un poco más.

—Estamos cerca de casa si querés... —Medio se detuvo, porque recordó que su casa era un asco y que no estaba muy ordenada. Recordó que no había lavado las tazas de café los últimos días—. O podemos ir a otro lugar.

—No, vamos a tu casa.

Las últimas tres cuerdas repitió muchas veces que su casa estaba desordenada y que su objetivo primordial era mudarse, pero que en la empresa hacía meses que no le aumentaban el sueldo.

—Sos un exagerado —dijo Jazlyn en cuanto entró.

Era un departamento pequeño y estaba muy desordenado. Contrario a lo que sentía Mason, a ella le resultó fascinante. Tenía una pequeña cocina integrada y a través de la ventana se veían las lámparas de colores típicas de Chinatown. Con un poco de orden, era un departamento en el que a ella le hubiese encantado vivir sola.

—Odio este departamento.

—Me parece hermoso, Mason. Te puedo ayudar a redecorarlo.

—¿Redecorarlo? —Resopló—. Esto está para prenderlo fuego y hacerle un favor a la arquitectura.

Jazlyn se dio vuelta y lo observó.

—¿De verdad te parece feo? —Dejó caer los hombros—. Si pintaras las paredes de blanco se vería más amplio.

—Seguiría siendo feo... —se quejó, mientras abría dos botellas pequeñas de cerveza y le entregaba una. Le parecía extraño ver a Jazlyn ahí, en ese sitio al que no entraba nadie salvo Tao.

—No sos bueno ordenando, te voy a ayudar a redecorarlo porque me niego a que te mudes de un departamento tan bonito. —Frunció el ceño—. Y respecto al sueldo, este año hubo dos aumentos.

Mason conectó el móvil al parlante. La cerveza lo había desinhibido un poco, se detuvo un instante a observar a su compañera de trabajo. *Tiene lindos labios*, pensó.

—Yo no recibí ningún aumento. —Bebió un trago de cerveza y eligió una canción que sabía que a ella le gustaría. Porque, de un momento a otro, le había empezado a interesar mucho que Jazlyn estuviera a gusto.

—Vas a tener que hablar con recursos humanos... —Se detuvo y llevó la mano libre al pecho—. ¡Amo esta canción!

Mason sonrió y se dejó caer en la cama. Tomó a Gato en sus brazos y la observó.

La habitación estaba iluminada únicamente por la luz que entraba por la ventana. La de las lámparas chinas que hasta ahora no le habían interesado. Jazlyn mecía su cuerpo al son de *One Last Breath*, una de sus canciones preferidas de Creed. Bebió cerveza y acarició a Gato con los ojos pegados en la chica que parecía haberse olvidado de dónde estaba.

Estaba completamente vestida de negro ahora que se había quitado la chaqueta y parecía una sombra, un contorno; pero Mason sentía que veía a través de la oscuridad. Ella empezó a cantar y él se puso de pie y tomó una de sus manos. La hizo girar, mientras Jazlyn mantenía los ojos cerrados, porque todo este tiempo lo había sabido. No necesitaba tener los ojos abiertos para verlo. Ni para entender que el vínculo de sus almas era tan antiguo como fuerte. Que alguna vez la había elegido para matarlo y ahora necesitaba que lo acompañara.

Las manos de Mason se deslizaron suavemente en su cintura y ella abrió los ojos para verlo más cerca que nunca. El cabello oscuro le caía desprolijo sobre la frente. En la oscuridad, descubrió una cicatriz pequeña sobre la ceja izquierda y un lunar al final de la derecha. Jazlyn sonrió y observó esos ojos oscuros que tanta curiosidad le despertaban.

—¿Me prometés que esta vez no vas a matarme? —preguntó él, con suavidad.

—Lo prometo.

Entonces, la besó. Porque después de mucho tiempo, prefirió no pensar. No quiso preguntarse cuán malo era que mezclara el trabajo con la vida privada, porque Jazlyn ya había traspasado todos los límites hacía mucho tiempo.

La besó lenta y suavemente. Mientras sonaba esa canción, que era más bien una declaración. “Hold me now, I’m six feet from the edge and I’m thinking. Maybe six feet ain’t so far down”.

(5)

Tal vez no la había elegido al azar.

Los dedos de Jazlyn se enredaron en su pelo. Se preguntó si él podía sentir la conexión. Eso tan verdadero que había sentido desde el primer momento. Supuso que era mutuo, porque un rato más tarde se encontró bajo su cuerpo en esa cama en la que Mason viajaba cada noche.

Y lo que sintió Jazlyn no tuvo nada que ver con lo que sentía cuando tenía sexo con Declan. Esto era lento y simple, pero a la vez apasionado. Era el reencuentro de dos almas que se habían elegido una y otra vez.

Mason sonrió antes de caer rendido sobre ella.

—Prometiste que no ibas a matarme esta vez.

5. En español: “Sostenme ahora. Estoy a seis pies del borde y estoy pensando, que tal vez seis pies no sea tan bajo”.

Nueva York, 2023

Los ojos de Jazlyn lucharon contra los curiosos rayos del sol que se colaban por la ventana. La habitación brillaba y los párpados se le cerraban, a pesar de sus intentos de mantenerlos abiertos. Quería observar porque se sentía como si estuviera durmiendo en altamar. Como si se encontrara echada sobre la cubierta de una embarcación, dirigiéndose directo hacia el horizonte.

Suspiró y se acomodó. Cuando volvió a abrir los ojos, hubo un instante de duda en el que se preguntó dónde estaba, si de verdad estaba en la cubierta de un barco o si el idiota a su lado era Declan. Frunció el ceño, pero el gesto desapareció rápidamente cuando vio que se trataba de Mason. Por supuesto que habían bebido un poco la noche anterior, pero no habían llegado a esa cama motivados por el alcohol. Jazlyn sonrió y se acomodó entre los brazos de él, recordando lo dulce que había sido.

Le gustaba. Hacía un tiempo que sus ojos se detenían en sus labios más tiempo de lo habitual o que se permitía analizar más de la cuenta su aspecto cuando estaban juntos. Pero, ciertamente, no era ese el motivo por el que se había acercado a Mason, de modo que le resultaba sorprendente que el camino los hubiese llevado hasta allí.

Y se sentía bien. Hacía mucho tiempo que no despertaba al lado de un hombre sintiéndose de ese modo. Se había acostumbrado a lamentarse, a sentirse estúpida y culpable; pero la noche anterior había sido diferente en todo sentido. No había sido una cita, así que no hubo nervios de por medio. Como ya era natural hablar con Mason, se había sentido cómoda y había aprovechado de la oportunidad para conocerlo más. Que, a fin de cuentas, era todo lo que había deseado desde que lo había visto por primera vez.

La curiosidad regresiva se había apaciguado un poco y ella se sentía a gusto.

Habían disfrutado del *show*, habían bebido cervezas y, luego, en casa de Mason habían escuchado Creed y se habían besado como si en realidad entendieran que eso era irremediable. Sonrió y se mordió el labio inferior con la mejilla sobre el pecho de él, que dormía quietito y silencioso. Jazlyn se inclinó para verlo. No quería que despertara y la descubriera mirándolo como una rarita, pero... es que lo de la noche anterior había sido perfecto, porque se había dado naturalmente. Sintió que ambos estaban sorprendidos mientras se besaban y que él, principalmente, se había detenido mil veces antes de que acabaran en la cama. Pero es que era inevitable.

Jazlyn se puso de pie y fue al baño. Cuando regresó, le echó un vistazo al departamento. De

día se veía todavía más bonito. Era un departamento propio de Nueva York. Un monoambiente pequeño pero acogedor que, madre mía, qué desordenado estaba. Jazlyn lanzó una risita, tomó la camiseta de Mason que estaba en el piso y se la pasó por la cabeza. Tenía su olor. Era dulce y suave. Un aroma muy particular.

Se acomodó nuevamente en la cama y deslizó una mano a través del pelo de Mason. Era el mediodía y le rugía el estómago. Pensó que podían ir a alguna cafetería bonita de NoLIta a desayunar, aunque prefería más la idea de ir a comprar algo para desayunar en el departamento y tenerlo solo para ella.

—Mason —susurró, mientras le daba un beso en la mejilla.

Él continuó en la misma posición, sin siquiera quejarse. Jazlyn le dio un beso suave en la boca y deslizó el pulgar primero por una ceja y luego la otra. Nada.

—Mason, es tarde y necesito un café... —insistió. Pero el hombre seguía allí. Quieto. Con la respiración pareja y la tranquilidad en el rostro.

—Mason —dijo Jazlyn, esta vez más fuerte.

Nada.

Jazlyn, a riesgo de quedar en los recuerdos de Mason como una loca, lo sacudió con brusquedad. Pero nada cambió. Continuó dormido y con una expresión serena en el rostro.

—Por favor, Mason. Despertate —dijo Jazlyn, sentada sobre la cama.

Estiró la mano y tocó la frente de Mason que estaba transpirada. Una sombra llamó la atención de Jazlyn. Era Gato. Que tomó asiento justo al lado del cuerpo de Mason y la miró. Movié la cola lentamente y maulló.

Jazlyn se puso de pie. Conectó su móvil con el parlante y le puso *play* al disco *In Utero*, de Nirvana. Subió el volumen al máximo y el parlante dio un pitido de advertencia. Cuando empezó a sonar *Serve the Servants*, a Jazlyn no le importó que los vecinos tiraran la puerta abajo. Necesitaba que Mason se despertara. Sin embargo, lo único que cambió fue que esbozó una sonrisa pequeña.

—Mason, por favor... necesito que te despiertes —exclamó Jazlyn, desesperada.

Caminó en redondo por la habitación. Con los pies descalzos y el pelo enmarañado. Mason había tenido esos sueños en Polonia hacía dos noches. La anterior a que estuvieran juntos, él no había soñado nada y eso ya había sucedido antes. Si Jazlyn estaba en lo cierto y él se estaba trasladando a sus vidas pasadas mientras dormía, entonces ese patrón podía ser importante.

Se trasladaba a una vida por primera vez y seguía soñando con ella hasta que resolvía algo. La noche siguiente no soñaba nada y luego, se trasladaba a otra vida. Lo que significaba que, esta noche, se había encontrado con otra historia de su pasado y, por alguna razón, no lograba salir. No se estaba despertando.

Se quedó junto a él durante una hora. Cada tanto lo volvía a sacudir, pero Mason no reaccionaba y lo que había comenzado como un gran día empezaba a transformarse en una pesadilla.

Tomó el móvil y apagó la música. Llamó a Nilda sin dudar un instante. Por supuesto que no podía decirle la verdad, principalmente, porque le diría que era imposible. Además, si se daba

cuenta de que estaba alterada por la situación, no la ayudaría.

—Jazlyn —dijo la mujer, a través del teléfono.

—Nilda, ¿cómo estás?

La mujer demoró un poco en responder. A Jazlyn esa mujer le había inquietado desde la primera vez que la había visto.

Era chilena y llevaba viviendo en Estados Unidos desde su adolescencia. Era la paz personificada, siempre y cuando todo siguiera el orden que ella deseaba. Jazlyn, que había llegado a ella después de leer algunos de sus ensayos en Internet, adoraba su forma de ser. Le despertaba cierto respeto, pero nunca miedo.

—¿Qué ocurre? Es raro que me llames si no necesitás nada.

También era un poco rencorosa.

—Es verdad, no voy a mentirte. Te llamo porque necesito que me ayudes. Pero no es que no me acuerde de vos, de verdad que siempre pienso en llamarte, pero estoy muy ocupada con el trabajo y otras... cuestiones.

—¿Y por una de esas cuestiones es que me estás llamando? ¿Todavía no resolviste lo del chico Declan?

Puso los ojos en blanco. Le dio un poco de vergüenza que todos sus problemas siempre tuvieran que ver con hombres pero, en ese caso, era diferente. A Mason no lo estaba ayudando porque fuese un hombre y anoche hubiesen tenido sexo en varias oportunidades. Él era mucho más que eso. Era, incluso, más que su curiosidad regresiva. Quería que estuviera bien y conocerlo más. Quería que él la conociera más allá del trabajo y los sitios web que diseñaba para los clientes de la agencia.

—No es eso. Él... creo que ya lo superé —mintió, porque aunque deseaba que así fuera, no estaba segura de que tal cosa hubiese ocurrido—. Es muy largo, Nilda, no te quiero abrumar.

—Pero me llamaste...

—Porque necesito que me hagas hipnosis, ahora.

Lanzó una carcajada.

—¿No se te ocurrió pensar que puedo estar desayunando?

—No, solés desayunar temprano. Pero, de todos modos, me conocés. Sabés que si te llamo y te pido un favor es importante.

La mujer suspiró.

—No estoy en Manhattan, no puedo hacerte hipnosis hoy.

—Por favor, Nilda. Hagámoslo por videollamada. —Sollozó—. Necesito que me ayudes.

—Jazlyn... me preocupás.

—Si te preocupa, entonces, por favor. —Jazlyn hablaba rápido y echaba miradas a Mason que seguía durmiendo, imperturbable. Gato estaba sentado junto a él como una estatua.

—Dame diez minutos y llamame —aceptó la mujer.

Jazlyn corrió hacia el baño. Se lavó la cara y se recogió el cabello con un nudo. Estaba nerviosa, pero era lo único que se le ocurría. Luego fue hasta la cocina y tomó un vaso de agua. Se lo bebió de golpe y lo recargó. Fue con él hacia la cama y lo lanzó en la cara de Mason. A esa

altura, no le importaba lo que pensara de ella. Estaba desesperada.

Dejó caer los hombros y lanzó un sollozo cuando vio que no había surtido efecto. Se quedó allí, de pie. Observándolo por unos minutos. Recordando cómo había sonreído anoche mientras la besaba. Habían hablado poco, pero no porque hubiese sido incómodo, sino porque era inesperadamente natural. Como si besarse fuese cosa de todos los días y a su vez los encendiera como si más que un descubrimiento, eso hubiese sido un reencuentro.

Tomó el móvil y llamó a Nilda. Le temblaban las manos y estaba asustada. No quería dejarlo, pero debía hacerlo.

—Entonces, ¿sabés adónde querés ir? —preguntó Nilda.

Jazlyn se recostó sobre una manta en el piso, había puesto unos almohadones en su espalda para estar más cómoda. Nilda la observaba a través de la pantalla. No le preguntó dónde estaba, ni por qué lo único que llevaba puesto era una camiseta de hombre.

—No. Pero sé lo que quiero encontrar.

—Contame de qué se trata.

—Un alma. —Jazlyn se limpió una lágrima—. Una con la que compartí muchas vidas.

—¿Un alma gemela? —confirmó Nilda.

—Sí.

—Si sabés exactamente adónde querés llegar, vas a lograrlo. No es difícil para vos.

—No sé adónde. Ni a qué momento. —Jazlyn suspiró y se acomodó, decidida—. Pero estoy segura de que lo voy a encontrar.

—Entonces... Jazlyn. Entrecerró los ojos. Imaginá que hay una luz blanca sobre tu cabeza. Y luego, se acerca. Y ahora está dentro de tu cuerpo.

Jazlyn se relajó. Confiaba en Nilda y sabía que podía lograrlo, así que siguió sus indicaciones con la intención de encontrarlo en lo más profundo de su corazón. Nilda no había preguntado mucho porque la desesperación de Jazlyn era muy fácil de percibir, entonces, la llevó lentamente a la relajación total.

—Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Sídney, 1910

Mason se encontró frente a una mesa finamente preparada. Era de madera oscura y lustrosa y sobre ella había una pieza de tela larga y estrecha de color blanco con bordados de hilo rojo. En el centro, un ramillete de flores rosadas se lucía dentro de un pequeño jarrón y, alrededor, piezas de vajilla blanca esperaban por los comensales.

Mason levantó la vista y observó a su alrededor. La habitación era amplia, pero estaba sobrecargada de muebles y objetos decorativos. Además de las seis sillas que rodeaban la mesa, había otras dos en los extremos del salón. Hacia un lado, un aparador de la misma madera oscura dejaba ver a través de sus puertas de vidrio teteras de diferentes tamaños y tazas de té. Hacia el otro extremo del cuarto, un mueble con cajones bajo un espejo de marco dorado. Sobre él, había una fuente con frutas y largos candelabros blancos en los extremos.

Ladeó la cabeza, pensativo. Sabía que estaba soñando, pero no lograba comprender en dónde estaba. Parecía la época victoriana, o tal vez la eduardiana. O, a lo mejor, el dueño de aquella casa simplemente era amante de ese estilo.

Centró su atención en las ventanas. Había una a cada lado del aparador y estaban enmarcadas por cortinas con volados y un colorido estampado floral. Era sofisticado y excesivo al mismo tiempo. Pero, de algún modo, Mason lo veía agradable. A través de la ventana vio un pequeño jardín con el césped prolijamente cortado. Se giró nuevamente y rodeó la mesa para atravesar un arco hacia el salón contiguo. En la casa reinaba el silencio, pero Mason sabía que debía encontrar a alguien. Su alma, que andaba libre por esa casa con su cuerpo actual, quería regresar adonde había estado alguna vez.

Tras atravesar un pequeño pasillo donde una escalera lo invitaba a subir, encontró una pequeña sala de estar con sillones de estilo victoriano de diferentes colores. El más amplio era dorado con un estampado floral en tonos tierra. El más pequeño era celeste con el mismo estampado en tonos violeta. En el centro había una pequeña mesa de vidrio con su base de madera brillante, sobre la cual había un pequeño jarrón con flores y una caja musical. A la derecha había un hogar apagado y sobre él, otro espejo con marco dorado. Mason se inclinó para observarse. Estaba sin camiseta y en calzoncillos.

Agradeció internamente por no estar completamente desnudo como la primera vez. Si bien desde entonces había recordado vestirse todas las noches, la última no estaba en sus planes. Se había acostado con Jazlyn y en lo último que había pensado antes de dormir era en que, otra vez,

iban a regresar aquellos sueños.

Pero ahí estaba.

Sonrió frente al espejo al imaginar que Jazlyn estaba durmiendo a su lado en ese preciso momento. No entendía muy bien cómo había ocurrido, pero poco a poco, ella había logrado meterse en su vida. No terminaba de comprender sus intenciones, pero mientras la besaba había pensado en lo importante de todo aquello. En el hecho de que la vida, el destino o lo que fuera, los había empujado a encontrarse. Y tampoco estaba acostumbrado a tener esos pensamientos que rozaban el romanticismo, pero le había gustado besarla y tenerla en su cama.

Chasqueó la lengua y se dio vuelta. Tenía ganas de despertar y hablar con ella. Saber definitivamente qué quería de él y proponerle seguir al mismo ritmo. Conociéndose, entendiendo cómo se sentían juntos y pasando el rato sin prisas. No porque no quisiera tener algo serio con ella, sino porque sentía que si se apresuraban podían arruinarlo. Y porque, principalmente, no sentía que estuviera en un momento de su vida en el cual hacer grandes apuestas.

Si ella no le importara, tal vez lo hubiese hecho. Pero Jazlyn había despertado en él algo automático: le había generado confianza. Y en la vida de Mason, eso era un gran paso.

Regresó al pasillo que había atravesado anteriormente y se dirigió hacia el lado contrario. Sonrió cuando escuchó que a lo lejos sonaba *Serve the Servants*, de Nirvana. Lo oyó como si viniera desde otro universo, porque esa casa seguía estando bajo un manto de silencio profundo.

Dio con una cocina con grandes alacenas y un piso de loza que parecía un tablero de ajedrez. De espaldas a él, había una mujer con un vestido azul y un delantal blanco. Estaba inquieta, sirviendo agua en un vaso de cristal. Se giró y Mason la observó, asustado. La mujer pasó por su lado justo cuando llamaron a la puerta. Fue tras ella, porque evidentemente no podía verlo, y observó cómo le abría la puerta a una chica rubia de no más de veinticinco años. Llevaba un vestido blanco entallado en la cintura y tacones del mismo color. Tenía el cabello recogido bajo una cofia. Supo que se trataba de una enfermera y cuando ambas pasaron rápidamente por su lado dirigiéndose hacia las escaleras, Mason las siguió con una inquietud creciente.

Las mujeres se deslizaron rápidamente por un pasillo alfombrado y Mason fue tras ellas, esquivando sillas y muebles con jarrones, flores y candelabros hasta llegar a una puerta entornada. La enfermera llamó a la puerta y le indicaron que entrara. Por alguna razón, Mason se mantuvo allí, inquieto, hasta que al cabo de unos minutos, la enfermera salió de la habitación junto con la empleada doméstica que Mason había encontrado en la cocina y otra mujer. Esta última, estaba desconsolada. Le estaba pidiendo por favor a la enfermera que la ayudara, pero la chica estaba asustada.

Mason se dejó caer contra la pared cuando un recuerdo lo abordó sorpresivamente. Hacía tiempo que no le pasaba, porque llevaba años ejercitando la evasión hacia ese recuerdo en particular. Los médicos que atendían a Sam con esa expresión de que no había nada más que hacer. *¿Cómo no iba a haber nada más que hacer?* Eso había pensado Mason con tan solo diez años. Si todo el mundo decía que siempre había una salida y que todo tenía solución. ¿Cómo podía ser que él no pudiera hacer nada para cambiarlo?

Respiró hondo y se incorporó. Con los dedos temblorosos, empujó la puerta y dejó allí a las

mujeres que seguían conversando en un inglés que parecía británico. Lo recibió una habitación propia de un cuento. Mason frunció el ceño, porque esperaba algo triste, no algo mágico.

Una alfombra de color crema abarcaba toda la habitación, que estaba limpia y ordenada. En el centro, otra alfombra de color rosado que combinaba con un empapelado del mismo tono con una guarda floral en la parte superior que cubría cada una de las paredes. En un extremo, había una silla mecedora con un estampado de flores y a su lado, una cómoda de madera blanca con cajones. Sobre ella había un espejo. Al otro lado de la habitación había una mesa con juguetes. Una pequeña casita blanca con tejado rojo, un libro de cuentos, una muñeca y un tren de madera.

Mason giró para observar lo que llevaba evitando desde que atravesó la puerta: una cama de madera blanca cubierta por una colcha con un estampado en tonos rosados y celestes.

Respiró hondo y se acercó lentamente hasta ver lo que había inquietado a aquellas mujeres que había dejado fuera de la habitación. Era una niña de menos de diez años. Tenía el cabello rubio y largo, que se escurría sobre la almohada como un río. A Mason le hubiese gustado ver sus ojos, pero estaban cerrados y, aunque respiraba, sabía que no estaba durmiendo. Mason tomó la mano de la niña, porque después de tantos sueños podía percibir la conexión. Observó los pequeños dedos de la niña. Su piel era blanca y parecía una princesa de cuento en aquella cama y habitación. Los ojos de Mason se deslizaron por el cabecero y la mesa que estaba justo al lado. Vio un libro o un diario, lo que fuera. Tenía un nombre escrito al frente: Josephine Brown.

Cuando el cuerpo de Mason comenzó a brillar y el de la niña lo absorbió, él no luchó, ni se negó. Pensó en que comenzaría a vivir aquella vida. La de Josephine Brown.

Sin embargo, solo lo encontró el silencio y la oscuridad.

Sicilia, 1890

Fue igual que en las oportunidades anteriores en las que se había sometido a regresión mediante hipnosis. Jazlyn se encontró frente a un recuerdo en su mente y sintió cómo, al cabo de unos instantes, comenzaba a vivir dentro de ese cuerpo que le había pertenecido en una vida pasada. Y era como si todo fuese absolutamente real. Por eso, cuando Mason le había contado inocentemente lo que le ocurría, Jazlyn había sospechado de inmediato. Él había descripto esos sueños del mismo modo que ella recordaba sus regresiones.

Sin embargo, a pesar de que durante las oportunidades anteriores todo se había sentido muy real, ahora le daba la sensación de que también podía tomar decisiones. Podía dirigirse hacia aquí o hacia allá. Hablar o mantenerse callada. Y en sus regresiones anteriores no había sido así. Mason hacía que las cosas estuvieran cambiando y, aunque sabía que era importante, no era eso lo que la había llevado allí.

Observó su cuerpo. Llevaba un vestido con un estampado floral y un delantal a cuadros. Llevó sus manos a la cabeza y comprobó su cabello. Estaba peinado hacia atrás y recogido en un rodete. Sus manos estaban ásperas y se sentía cansada. Miró a su alrededor. Estaba en una casa antigua y precaria. Escuchó a unos niños y siguió sus voces hasta encontrarlos jugando en la calle.

Hacía calor y mientras intentaba entender dónde se encontraba, escuchó la voz de Nilda, que le preguntaba qué estaba viendo. Quiso responderle como en las otras sesiones, pero no lo logró.

Tomó asiento en la puerta de la casa y observó a los niños que correteaban hasta que sus ojos se detuvieron en un caballo blanco que se acercaba lentamente. Sintió un entusiasmo que no comprendió, pero se mantuvo allí... atenta. Tenía que buscar a Mason, pero no sabía cómo hacerlo, salvo manteniéndose alerta a quienes la rodeaban.

Cuando el caballo estuvo más cerca, Jazlyn descubrió que lo montaba un hombre con un traje de soldado. Era atractivo y se lo notaba seguro de sí mismo. Los niños que estaban junto a ella se giraron a observarla y se taparon la boca para ocultar las carcajadas.

—Buenas tardes, Gianna —dijo el soldado cuando estuvo más cerca.

—Buenas tardes—respondió Jazlyn, con una sonrisa. No porque le agradara el soldado, que estaba claro que a esa chica llamada Gianna él le agradaba, sino porque acababa de darse cuenta de que la conversación había sido en italiano, lo que le daba la pauta de que si Mason estaba allí, sabía su nombre.

Se puso de pie y agarró a los niños de la mano.

—¿Por qué los estoy cuidando? —les preguntó y los niños la miraron como si estuviese loca.

—Porque sos nuestra hermana mayor.

Jazlyn sonrió. Los niños parecían revoltosos y le resultaba simpático escucharlos hablar en italiano, un idioma que ella siempre había deseado aprender.

—¿Siempre son tan insoportables? —Bromeó y los niños estallaron en carcajadas—. ¿Pueden llevarme a casa de Carmelo?

—¿Carmelo? —respondieron ambos chicos al unísono.

—Carmelo Brambilla.

—Ya sabés dónde vive Carmelo. Es justo al lado de la casa de tu amiga Lorenza.

—Lo sé —mintió—. Pero quiero ver cuán inteligentes son.

Los niños, entusiasmados, tironearon uno de cada mano y comenzaron a arrastrarla por la calle. Jazlyn, que nunca había tenido hermanos, sintió la calidez de ese lazo. Esa hermandad que ella solo había encontrado en Jessie, su mejor amiga.

Atravesaron una calle estrecha y Jazlyn levantó la cabeza para observarlo todo. Las fachadas eran de piedra y parecían mucho más fuertes que las de los edificios de la actualidad. Siempre había deseado viajar, pero su padre era un tipo de costumbres. De modo que Jazlyn había pasado todas las vacaciones de su infancia y hasta los veinte años inclusive, en su casa de veraneo en Los Hamptons. Le encantaba esa casa porque estaba apartada de todo. Adoraba sentarse en el porche a leer mientras escuchaba las olas ir y venir, y también ir al centro al atardecer y tomar unos tragos con Jessie, que también pasaba el verano allí.

Jazlyn sabía que todos los neoyorkinos deseaban tener la posición que les permitiera descansar dos meses en Los Hamptons completamente desconectados de sus obligaciones y siempre se había sentido agradecida por ello. Pero lo cierto era que le importaba muy poco que las familias Rockefeller, Vanderbilt y Carnegie tuvieran sus lujosas mansiones muy cerca de la de ella. Era algo con lo que había nacido, pero lo consideraba un hecho fortuito. Le podría haber tocado a ella o a alguien más.

Lo que sí deseaba era viajar por el mundo. Y por supuesto que podía hacerlo. Tenía el dinero suficiente para pasar un fin de semana en París, pero no quería hacerlo de ese modo. Su sueño era viajar como todos los demás, hospedarse en un hotel de dos o tres estrellas y andar por la avenida Champs-Élysées con unos *jeans* gastados y calzado cómodo como había hecho el verano anterior, cuando al fin se había animado a viajar sola.

Le quedaban muchos destinos por descubrir, pero quería disfrutarlos. Saborear cada plato de comida y cada paisaje. Podía renunciar al trabajo y pasar el año recorriendo Europa, pero eso era demasiado fácil. ¿Y después? Cuando ya acabara el año... ¿qué le quedaría por descubrir?

—¿Para qué querés ver a Carmelo? —preguntó uno de los niños.

Jazlyn suspiró. En realidad, no quería estar allí. Sabía que Mason ya había estado en ese sitio y que, donde fuera que estuviera atrapado ahora, no era allí. Estaba en otro lugar, otro tiempo... y otra vida. Pero supuso que si se encontraba en Sicilia, podía aprovecharlo y, con suerte, hablar con Carmelo le serviría de algo.

—Saludarlo —mintió.

—¿Querés despedirte porque se va a América? —mencionó el otro niño.

—Exacto —confirmó, mientras esquivaba una mesa ubicada en el medio de la calle. Estaba rodeada por cuatro hombres de diferentes edades, todos con pantalones y sacos de estilo sastrero y boinas. Hacía tanto calor que a Jazlyn le sorprendió que estuvieran allí como si nada. Estaban jugando a las barajas.

Una carreta tirada por caballos los obligó a moverse hacia un lado. Jazlyn siguió observando a las personas con las que se cruzaban. Las mujeres llevaban vestidos bajo delantales y pañuelos en la cabeza. Eran bonitas, pero se las notaba cansadas. Los hombres, llevaban boinas y camisas con tiradores. La mayoría de los niños andaban descalzos y algunos se notaba que pertenecían a familias de bajos recursos.

Esquivaron a unos vendedores de tapetes, justo cuando los niños se detuvieron frente a una casa. El mayor llamó a la puerta y, al cabo de unos minutos, una mujer apareció.

—¡Gianna! —exclamó—. Lorenza fue a hacer unas compras.

—Bueno, puedo esperarla —mintió—. ¿Carmelo se encuentra en casa?

La mujer sonrió con tristeza.

—No, Gianna. ¿No lo sabés? Carmelo y Buna partieron hacia América hace tres días. Estaba segura de que se habían despedido.

Ni siquiera intentó responderle, porque no tenía tanto tiempo.

Regresó a la realidad en la que Nilda la esperaba, preocupada, a través de la pantalla. Lo primero que pensó fue que, por primera vez en una sesión de hipnosis, había hecho regresión a una de sus vidas pasadas y había podido tomar decisiones, pero no se lo dijo a la mujer.

Algo raro ocurría alrededor de Mason Daft.

Ciudad de México, 1964

Jazlyn ya había estado allí en una de sus regresiones anteriores.

Vio a la mujer de espaldas, moviéndose al son de la música. Había un reproductor de discos de vinilo y la chica se acercó para verlo. Sonaba *Tijuana*, de Los Persuaders. Jazlyn frunció el ceño y observó a su alrededor. Todo era muy diferente a la última vez que había estado allí.

Tomó una papaya y la cortó en trozos. Ahora las manos de la mujer eran las de ella y Jazlyn se dio cuenta de que se sentía diferente otra vez. No era como en las otras sesiones, en las cuales ella fluía en base a las decisiones que tomaba su versión en aquella vida, sino que podía elegir el camino a seguir, tal como Mason le había contado que podía hacer en sus sueños.

Se llevó un trozo de papaya a la boca y se dio vuelta. Había una mesa rectangular de fórmica roja en un rincón, rodeada de cuatro sillas con estructura de caño y asientos de color rojo. En el centro, una frutera con más papayas y algunos limones. Sintió el dulzor de la fruta en la lengua y giró para tomar otro trozo. Las alacenas que la rodeaban eran de un verde intenso. Había plantas y cuadros de colores vibrantes. Junto a la mesa, una ventana dejaba entrar la luz del sol.

Abandonó la cocina y se dirigió a la sala de estar donde se encontró con unos sillones anaranjados propios de la época en la que el *paisley* se había vuelto muy popular. Se ubicó frente a un espejo y se observó. Notó que era unos años mayor de lo que recordaba de aquella sesión en la cual obtuvo recuerdos de aquella vida. Tenía alrededor de cuarenta años y lucía muy bien, con su cabello lacio y oscuro y las puntas ligeramente peinadas hacia arriba.

Sonrió al ver su atuendo. Tenía una falda celeste hasta la rodilla, una blusa del mismo color que llevaba prolijamente dentro de la falda y un cárdigan con botones también celeste. Era un atuendo muy propio de los años sesenta y a Jazlyn le encantó. Ella era una amante de la moda, aunque no lo pareciera en absoluto porque a la hora de vestirse era bastante sencilla. Había crecido en una casa en la que la moda estaba por todos lados, sobre todo porque las publicaciones más importantes de la empresa de su padre eran revistas de estilo y tendencias.

Se dio vuelta cuando vio a una mujer que supuso que era su madre empujando una silla de ruedas. La música que sonaba en la cocina se oía desde allí y el sol que se colaba a través de las cortinas floreadas daba un aspecto alegre a aquella casa plagada de color.

—Buen día, mi amor. —Sonrió la mujer y, en ese momento, Jazlyn perdió el control de la situación y tan solo se dejó llevar.

—Mamá, quería dormir un poco más —se quejó el niño. Tenía alrededor de trece años. El

mismo cabello oscuro de su madre y ojos color café.

—Voy por un café, Ángeles. ¿Querés algo? —dijo la otra mujer.

—No, en la cocina hay fruta, tomá lo que quieras que ahora voy a preparar el desayuno para Francisco.

—No debí decirte que me gustaba esa canción —se volvió a quejar el chico y Ángeles lanzó una risita cómplice que le arrancó una sonrisa a Francisco.

—¡La pongo nuevamente! —exclamó la abuela desde la cocina y el chico puso los ojos en blanco.

Entonces, comenzó *Tijuana* nuevamente. A Ángeles le encantaba el *rock and roll* y el *twist*, incluso cuando ya estaban pasando de moda, desterrados por las baladas románticas. Empezó a mover el cuerpo con gracia, mientras el niño negaba con un gesto e intentaba ocultar la sonrisa.

—¡Quería seguir durmiendo! —insistió, mientras su mamá tomaba ambas manos con las de ella y comenzaba a moverlas. Francisco no se podía poner de pie, pero sí podía mover sus brazos. Así que se dejó llevar y bailó con su mamá, que todos los días le enseñaba que lo único que no podía hacer, era lo que no se proponía.

—Cada día bailás mejor —dijo su mamá. Él ladeó la cabeza y sonrió.

—Supongo que en eso salí a vos. —Chasqueó la lengua—. ¿Hay papaya?

—Si la abuela no arrasó con todo...

Ángeles arrastró al chico con su silla hacia la cocina. Tomó asiento frente a la mesa roja y comenzaron a desayunar. Fue entonces, cuando Jazlyn descubrió que aunque Mason no estaba allí, ese viaje no había sido en vano.

Abrió los ojos y oyó la voz de Nilda, ahora más suave. Sintió las mejillas húmedas y giró en busca de Mason, que continuaba dormido. Gato lo observaba con paciencia, mientras meneaba la cola suavemente.

—¿Regresaste allí? —le preguntó Nilda.

Jazlyn solo asintió, mientras ordenaba sus ideas, que estaban ocultas bajo un colchón de sentimientos. Había decidido someterse a regresión porque sabía que su alma y la de Mason habían compartido unas cuantas vidas y, si de alguna manera había quedado atrapado, ella sabía que podía encontrarlo. Lo que no esperaba era regresar allí, a esa vida que ya había recordado en otra sesión justo unos meses después de haber descubierto que Declan llevaba engañándola mucho tiempo.

Jazlyn, que siempre había sido muy decidida y resuelta, llegó a Nilda frustrada por no poder alejarse de él. Sabía que muchas personas habían solucionado ciertas cuestiones de su vida actual tras comprender situaciones de sus vidas pasadas. En ese caso, a ella no la había ayudado a resolverlo, pero sí a entender por qué se sentía de ese modo.

Declan no la tomaba en serio y, aunque ella sabía que no estaba enamorada de él, se sentía mal cuando él quería verla y ella se negaba. Todo el tiempo, tenía esa sensación de que no podía dejarlo a la deriva. De que él la necesitaba, incluso cuando la había engañado.

En esa sesión, Jazlyn había hallado un recuerdo de la vida de Ángeles, pero muchos años antes de lo que había revivido hoy. Fue solo una escena en la que se encontró frente a un médico

que le estaba diagnosticando parálisis cerebral a Francisco, su hijo pequeño.

Jazlyn había sentido la angustia de la mujer, el hecho de tener claro que el chico tendría limitaciones o que nunca sería feliz si ella no estaba allí para ayudarlo. Y así como aquella vez lo había sabido, también le había ocurrido en esta oportunidad. El alma de Francisco y la de Declan eran la misma. Y Jazlyn llevaba tiempo arrastrando esa obligación de estar junto a él. De resolverle todo. De no dejarlo solo.

Pero esa mañana, en el departamento de Mason Daft, Jazlyn dejó caer la cara sobre sus manos y permitió que el llanto escapara. Porque Francisco era feliz. Había bailado y cantado con su mamá. Había vivido en una casa llena de color y rayos de sol. Y no se sentía débil ni necesitado, porque Ángeles le había enseñado que no tenía límites.

—¿Estás bien? —preguntó Nilda.

—Estoy bien. —Se sorbió la nariz y esbozó una sonrisa—. Muy bien.

De repente, se sintió libre. Como si se hubiera quitado una mochila cargada de piedras. No había encontrado a Mason, que todavía yacía dormido a su lado. Sin embargo, las deudas que Jazlyn sentía que tenía con Declan, al fin desaparecieron.

Sídney, 1910

El silencio era absoluto y la negrura no podía compararse siquiera con el cielo nocturno. No había estrellas, ni rayos de luna, era la oscuridad en su máxima expresión. Mason se preguntó si así se sentiría la muerte. Si la nada se deslizaría como un manto hasta abarcarlo todo, pero él sabía que no estaba muerto.

Quiso despertar pero no supo cómo hacerlo. Se preguntó si sería temprano o ya de mañana. ¿Jazlyn estaría junto a él o se habría ido, arrepentida por haber pasado la noche con un tipo con más problemas que dinero en su cuenta bancaria?

Intentó observar su cuerpo o moverse, pero no había nada. Era como si hubiese dejado de ser algo físico y corpóreo, para transformarse solo en un puñado de pensamientos. Y aunque intentaba una y otra vez conectar con Josephine, no lo conseguía. Él la había encontrado, pero ella no estaba en condiciones de darse cuenta. Aunque Mason insistía, no podía acceder a ningún tipo de sentimiento. Y mucho menos a un recuerdo.

Supo que, naturalmente, la situación lo hubiese puesto nervioso. Esa sensación de algo infinitamente pequeño y a la vez inmenso. Una lóbreguez tan profunda que esfumaba los límites. A Mason no le gustaba estar encerrado en sitios demasiado pequeños ni en habitaciones con techos muy bajos. Se sentía inmovilizado y eso lo desesperaba. Sin embargo, se sentía en paz en aquella oscuridad que no le permitía ver si estaba en un ambiente enorme o en una caja pequeña. No existía el tiempo ni el espacio.

Sintió como si estuviera haciéndose un ovillo sobre un piso completamente negro, pero no sentía su cuerpo ni tampoco un piso. Comenzó a asfixiarse. Quiso removerse, nuevamente, como un acto reflejo absolutamente imposible, pero algo ocurrió.

De un instante al otro la oscuridad se vio invadida por el fulgor. Mason pestañeó y sintió la liviandad de estar flotando y el alivio de tener un cuerpo nuevamente. Suspiró y pestañeó otra vez, porque la luz lo había encandilado. Observó hacia abajo y descubrió el cuerpo de Josephine sobre la cama. Tenía una herida en la cabeza que no había percibido antes. Llevaba un vestido, pero estaba tapada con una colcha así que no podía ver mucho más.

Una parte del cabello rubio de la niña brillaba como rayos del sol, mientras que la otra, estaba cubierta de sangre seca. Mason sintió que la pena lo volvía más pesado. ¿Él había sido aquella niña que se estaba muriendo? Era todavía mucho más chica que Sam, porque en la carita se notaba que no llegaba a los diez años.

—Voy a limpiarla y a intentar estabilizarla. —Mason escuchó una voz antes de que se abriera la puerta. Él tenía el cuerpo de Josephine y estaba flotando en la habitación—. Tal vez te venga bien salir un poco al jardín y tomar algo de aire.

Quien entró a la habitación fue la enfermera. Una chica que se mostraba muy segura pero que a Mason le daba la sensación de que estaba siendo presa del pánico. Antes de que el recuerdo de las horas previas a la muerte de Sam lo sacudiera, Mason salió de la habitación atravesando la puerta en un vuelo lento y ligero. ¿Estaba muerta Josephine y por eso él flotaba? Por lo que había podido ver, la niña estaba respirando. Tal vez estuviera al límite, pensó Mason, cuando atravesó otra pared y se encontró en el jardín que había visto más temprano a través de la ventana.

El vecindario era muy bonito, con casitas alineadas una junto a la otra. Allí, en una mecedora, estaba la mamá de Josephine. Mason se acercó. La mujer estaba llorando justo cuando un hombre se aproximó y tomó asiento a su lado, sobre el césped. Se agarró la cabeza y comenzó a llorar. Mason sintió un ramalazo de tristeza. Conocía ese sentimiento. La angustia desbordante y la desesperación de querer detener el tiempo para no perder a esa persona amada. La necesidad de hacer promesas para detener lo inminente. La desesperación por no perder la esperanza. Querer creer. Desear tener la capacidad de hacer.

Perder a un ser querido es lo único que no se supera jamás, pensó Mason. Todo lo demás no importa.

Cerró los ojos y deseó despertar. No quería ver sufrir a esas personas que alguna vez habían sido sus padres. Se sentía mal por ser quien estaba generando ese dolor. Deseó despertarse con todas sus fuerzas, pero siguió allí. Flotó hacia la habitación nuevamente. Sintió que el cuerpo en el que se encontraba drenaba todas las energías. Estaba muy cansado y no quería revivir más esa angustia.

Observó a la mujer rubia limpiando el cabello de Josephine y haciéndole chequeos. Le temblaban los dedos como si se sintiera responsable de que la niña no volviera en sí. Mason se acercó a ella y descubrió que estaba llorando, silenciosa, mientras escurría un trozo de tela para continuar limpiando el cabello de Josephine. Sintió la necesidad de tocarla, de decirle que estaba viendo cómo lo intentaba. Que tal vez debía ser así y que no tenía que sentir culpa.

Pero no podía hacerlo, porque su cuerpo no era sólido. Así que se limitó a mantenerse cerca, porque pensó que de algún modo ella podría sentirlo. La chica levantó la vista y miró hacia donde él se encontraba, pero luego extendió la mano y tomó un almohadón. No lo veía, pero él sí a ella. Veía un cuerpo que desconocía, pero también su alma.

Esbozó una sonrisa triste cuando descubrió que se trataba de Jazlyn.

Heian-Kyō, 1184

Era un hombre alto y de hombros anchos. Jazlyn se puso en cuclillas a su lado cuando lo encontró enjuagando una espada ensangrentada. Las olas del mar golpeaban el arma, pero el hombre se mantenía impávido.

Tenía una armadura que a Jazlyn la impactó. Lucía pesada y bien labrada. Con tiras estrechas de bronce unidas con cordones de cuero. Sobre ella, llevaba una capa de seda sujeta al cuello que lo hacía todavía más imponente.

Se puso de pie y secó la espada con la capa, la envainó y levantó la cabeza. La brisa acarició sus mejillas y deslizó el cabello negro hacia atrás. Tomó un casco que estaba a su lado, pero no se lo colocó. Jazlyn observó el rostro del hombre, tenía pómulos altos y ojos rasgados. El cabello largo estaba húmedo producto de la transpiración. Jazlyn lo supo cuando dejó de observarlo desde afuera y la escena comenzó a desarrollarse en primera persona.

—No está muerta —dijo otro samurái a su lado.

Keitaro lo observó y se movió con la soberbia propia de él. Jazlyn se dejó llevar, pero sintió rechazo hacia los sentimientos del hombre. Ella no había logrado acceder a muchos recuerdos de vidas pasadas en sus sesiones, pero ni Ángeles ni Gianna tenían maldad. Parecía como si Keitaro se la hubiese reservado toda para él.

Se preguntó por qué había decidido ser así o qué tipo de plan enroscado habría tenido su alma, pero luego se dio cuenta. Aquella era la vida en la que había matado a Arai. Era la vida con la que Mason había soñado y a partir de la cual había hecho unos cuantos intentos de alejarla. Lo entendía, ella también se hubiese alejado de él de haberlo visto siendo un monstruo.

Jazlyn se movió con determinación y vio el cuerpo de la chica. Parecía joven y llevaba una armadura. Estaba agonizando y, aunque quiso ayudarla, el cuerpo de Keitaro Kita no le pertenecía. Él se movió, para luego subirse a un caballo y retirarse junto con su ejército. Resuelto. Feliz de haber triunfado y de haber acabado con la persona a la que odiaba.

Jazlyn escuchó a Nilda y se dejó llevar hacia ella. Quiso escapar de ese lugar.

Porque Mason estaba atrapado en otra vida, y ella no podía perder más tiempo.

Sidney, 1910

Tenía prácticamente su edad. Era rubia y llevaba el cabello recogido bajo una cofia de enfermera. Jazlyn echó un vistazo a su alrededor y se encontró con una habitación muy bien decorada. Tenía las paredes cubiertas con un empapelado rosado con una guarda floral en la parte superior y los muebles eran de un blanco desgastado. Sobre la cama en la que la chica estaba sentada, había una niña de alrededor de ocho años, acostada bajo una manta floreada.

Jazlyn ladeó la cabeza y se acercó. Tenía el cabello rubio y los rasgos propios de una muñeca. La mitad de su cabello estaba húmedo y tenía una herida en la cabeza. Oyó unos murmullos tras la puerta y la escena cambió. Ahora, las manos de la enfermera eran las de ella. Los dedos temblorosos estaban sobre la niña, intentando reanimarla. Jazlyn sintió la desesperación de aquella enfermera. Ya no escuchaba a Nilda, pero había algo... una conexión que no lograba comprender, pero que le decía que debía permanecer allí.

Mason era nuevamente preso de la oscuridad. De un momento a otro, había dejado de flotar y de sentir. Quiso observar su cuerpo, pero otra vez no existía. Se preguntó por qué Jazlyn aparecía nuevamente en sus sueños. Si fuesen los típicos sueños, lo entendería. Pasaba gran parte del día con ella en el trabajo y habían pasado la noche juntos. Sin embargo, lo que le inquietaba era que ella fuera parte de sus vidas pasadas. Porque ya no quería negarlo más. Algo extraño había pasado en su cabeza y no podía huir de esos recuerdos.

Jazlyn se puso de pie y se dirigió a la puerta, en realidad, se estaba dejando llevar por las decisiones de la enfermera. Se encontraba en una situación que le daba a pensar que era límite, así que no quería interferir... sin embargo.

Mason sintió algo.

Prisionero de la oscuridad y del silencio, no tenía un cuerpo. No existía el tacto ni el olfato, pero algo todavía le permitía pensar y sentir. Supo que algo había cambiado.

Jazlyn se detuvo y se dio vuelta. Caminó de regreso a la cama y observó a la niña. Estaba inconsciente y entendía la desesperación de la enfermera de no poder ayudar a una paciente tan pequeña. No obstante, había algo más. Quiso escuchar la voz de Nilda para relatar lo que estaba viendo y sintiendo, pero no lo logró. Estiró el brazo y tomó la mano de la niña. Algo la sacudió por dentro. Algo intenso que provocó que todo lo demás se detuviera. Sin proponérselo se dejó caer de rodillas junto a la cama.

—Mason, soy Jazlyn.

Eso no lo había podido hacer nunca en sus regresiones. Siempre se había sentido como una simple espectadora y por eso había sido lo primero que le había sugerido a Mason que intentara cuando tenía esos sueños de su vida en Italia. Cuando él le confesó que podía interferir, se dio cuenta de que lo que estaba ocurriendo iba más allá de los límites.

—¿Estás ahí? —insistió.

Mason escuchó la voz de Jazlyn rebotando como un eco desde todos los puntos de aquella oscuridad. Ella estaba allí y lo estaba llamando por su nombre. Quiso responderle, pero no tenía un cuerpo para mover ni una voz con la que hablar.

—No sé cuánto tiempo podré estar aquí —continuó Jazlyn, confiando en que Mason podría escucharla—. Sé que esta niña sos vos. Estoy bajo hipnosis porque llevás horas durmiendo y no logro despertarte. Si me escuchás, Mason. Tenés que volver. No sé cómo... pero tenemos que intentarlo.

¿No se estaba despertando? Mason tenía la sensación de que había estado allí durante pocos minutos, pero también le parecía una eternidad. Todo se sentía demasiado vago y tampoco podía responderle.

—Voy a dejar que esta persona que fui haga lo que tenga que hacer, Mason. Y necesito que hagas lo mismo. Esta vez no intervengas, tenemos que permitir que esta niña que fuiste, haga lo que vino a hacer a este mundo.

Jazlyn soltó la mano de la niña y se limpió las lágrimas. Esa enfermera era joven pero tenía una fuerza de voluntad enorme. Se puso de pie y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, encontró a un matrimonio. Un hombre y una mujer que estaban atravesando un momento tan trascendental como aterrador.

—No pude estabilizarla. Es... —La enfermera tragó saliva—. Todavía respira, pero no hay mucho tiempo. —En cuanto dijo esas palabras, la mujer se derrumbó y el hombre intentó sostenerla. La enfermera se sintió completamente inútil—. Los voy a dejar para que se despidan.

Cuando la puerta se cerró, Jazlyn apoyó la espalda sobre la pared del pasillo. Quiso dejarse caer, pero la fuerza de la chica que era en aquella vida no se lo permitió. Estaba destrozada y Jazlyn podía ver los recuerdos que se reproducían en su mente. Esa niña se llamaba Josephine y tenía solo ocho años. Era amiga de la hermana de la enfermera, que la había visto crecer. Jazlyn sonrió por lo bonito de aquellos recuerdos. Le generó un sentimiento cálido en el pecho el hecho de saber que el alma de esa niña era la de Mason, que se habían elegido en varias oportunidades y que, entonces, lo que estaba haciendo tanto en esa vida como en la actual, estaba bien.

Mason flotó nuevamente.

No supo cómo volvió a suceder, pero se encontró otra vez sobre la cama. Allí estaba Josephine y a ambos lados, sus padres. Le conmovió darse cuenta de que encontraba a Nick, su hermano, en la mamá de Josephine. Eso le dolió, porque la mujer estaba destrozada y se esforzaba por decir cosas bonitas.

—Todo está bien, mi amor —dijo—. No tengas miedo, que con papá estamos acá a tu lado como siempre.

—Elegí tu momento más feliz y pensá en ello —murmuró el papá de Josephine y Mason, se

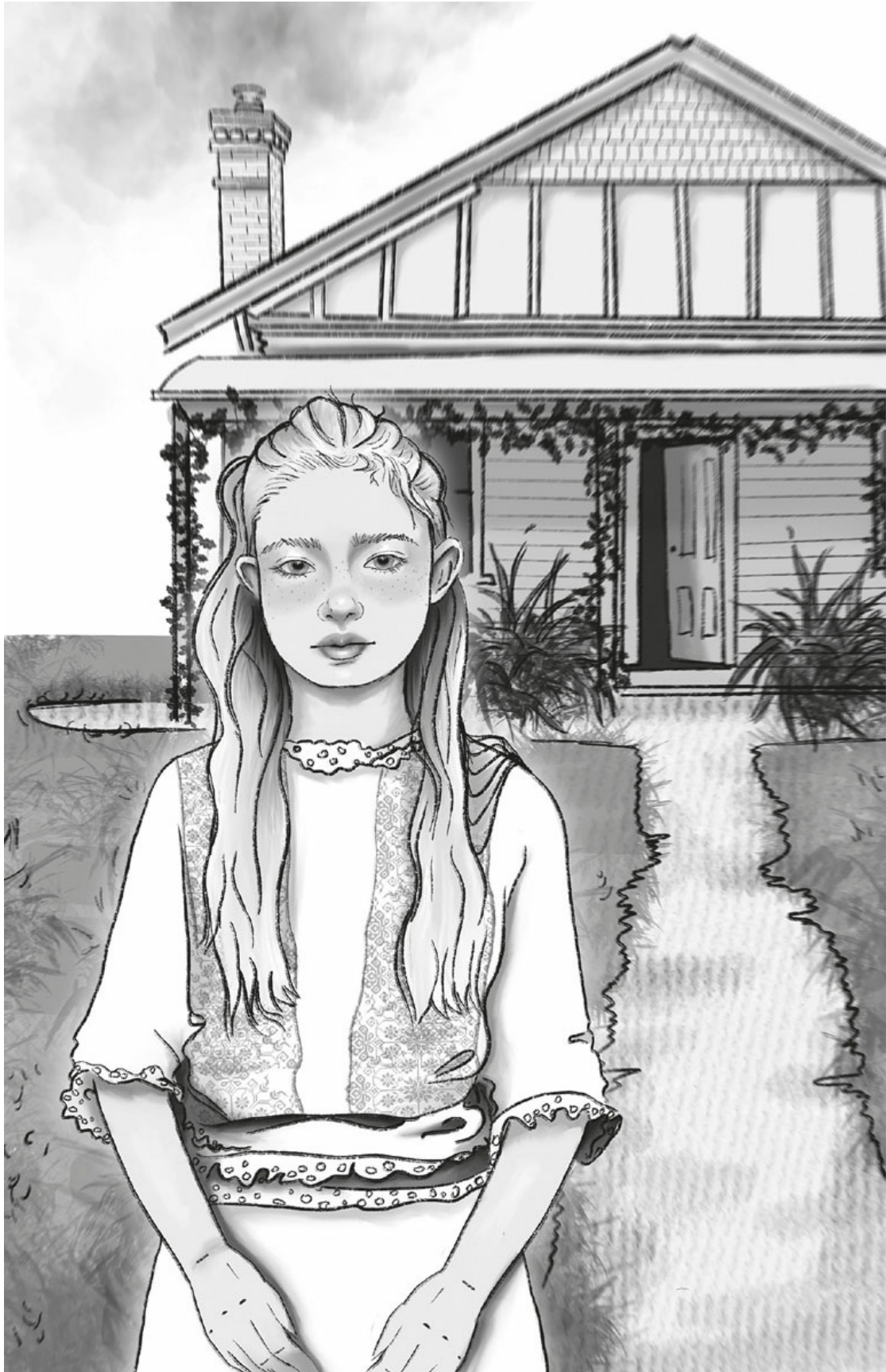
encontró de repente con los pies en la arena. Levantó la vista y vio cómo las olas del mar se acercaban hacia él. Sus pies pequeños se hundían cada vez que una ola los alcanzaba, y una risa sincera y pura escapaba de sus labios cuando su papá la tomaba de una mano y su mamá de la otra para ayudarla a saltar las olas.

Cuando regresó a la habitación, Josephine continuaba igual, pero sus padres estaban llorando sin reparo. La enfermera les dio un abrazo y les pidió que salieran. Mason lo observó todo, desesperado, todavía flotando con la forma de la niña. La chica tomó asiento sobre la cama y dejó caer la cabeza entre sus manos, él se acercó, pero fue en vano.

—Perdón, Josephine. Perdón por no ayudarte —murmuraba, desesperada—. Perdón por no ser capaz de resolverlo. No es la primera vez que pierdo a un paciente, pero vos eras muy especial para mí y eras muy chiquita.

Mason observó las mejillas de la chica, inundadas por las lágrimas y regresó a la oscuridad. No supo si fue mucho tiempo o poco. Pero el cuerpo de Josephine comenzó a brillar hasta expulsarlo. La chica lo miró, con la angustia instalada en el rostro, pero no se sorprendió como en otras oportunidades. Mason esbozó una sonrisa suave y estiró el brazo, invitando a la chica a que lo tome.

—Vamos, Jazlyn. —La chica se puso de pie y tomó su mano. Le devolvió la sonrisa, sin que la tristeza abandonara sus ojos—. Vamos, que ya dormí demasiado.



Nueva York, 2023

Mason abrió los ojos y sintió una fuerte presión en la cabeza. El departamento estaba a oscuras y lo primero que distinguió fue a Gato, que estaba sentado como una estatua observándolo. Maulló con suavidad y Mason le dio una suave caricia detrás de las orejas mientras tomaba asiento.

Frunció el ceño cuando vio un bulto junto a su cama y dio un salto cuando oyó la voz de una mujer. Provenía del móvil de Jazlyn, que estaba tirado en el piso. Mason lo tomó y observó a la mujer. Le preguntó dónde estaba Jazlyn y él forzó la vista, hasta que notó que el bulto que había visto antes era ella, recostada sobre una manta y con el rostro cubierto de lágrimas.

Le dijo que estaba bien y se despidió sin tener idea de quién era. Encendió la televisión con el control remoto y bajó el volumen. Solo quería un poco de luz en la habitación para poder ver cómo estaba Jazlyn. Estiró el brazo, como había hecho antes de despertar, incitándola a que se pusiera de pie.

Ella no tenía fuerzas porque había pasado todo el día haciendo regresiones para encontrar a Mason y se sentía horrible por lo que había recordado de aquella última vida. Una vez que estuvo de pie, Mason la atrajo hacia él y la abrazó. Jazlyn apoyó la mejilla en su pecho y ninguno de los dos se animó a hablar. Lo ocurrido había traspasado todos los límites.

Tomó asiento en la cama y la acomodó en su regazo. Jazlyn dejó caer la cabeza en el hombro de Mason y él la rodeó con los brazos todavía más fuerte.

—Tenías ocho años —murmuró Jazlyn.

Él sonrió, apenado. También le había dolido lo que había visto, pero se alegraba de estar allí ahora. Se había sentido muy extraño en ese sueño.

—Lo sé, pero ya está.

—Ahora sí, pero no en esa vida. Tus padres estaban destrozados y yo no fui capaz de ayudarte.

—Tal vez ese fue el modo de ayudarme, Lyn. Me acompañaste en ese momento tanto a mí como a ellos. A veces no hay nada que hacer. Es una frase horrible que cuando la oí, antes de que falleciera Sam, me pareció vacía y errónea. Pero, a veces, simplemente hay situaciones que escapan de nuestras manos.

—Lo sé.

Mason le dio una caricia en la cabeza. Tomó un mechón de su cabello oscuro y lo deslizó detrás de la oreja.

—¿Cuántas horas pasaron? —preguntó.

Gato se movió detrás de ellos frotando el lomo por la espalda de Mason.

—Muchas, no lo sé. —Suspiró. Estaba agotada y le dolía todo el cuerpo—. Me desperté cerca del mediodía, intenté despertarte para que desayunáramos, pero no me escuchabas. Puse música y hasta te tiré un vaso de agua en la cara.

Mason lanzó una risita.

—Primera noche que paso con una mujer y me despierta tirándome agua en la cara.

—Es lo que pensé, pero estaba desesperada. Entonces, llamé a Nilda que es con quien hice regresiones antes y le pedí que me ayudara. Como no estaba en Manhattan lo hicimos por videollamada. Tuve que hacerlo muchas veces hasta encontrarte.

—Perdón. —Mason se inclinó, levantó con los dedos el mentón de Jazlyn y la besó. Se sentía agradecido, no estaba seguro de si él se habría esforzado tanto en ayudar a alguien en una situación como esa.

—No pude salvarte —insistió ella—. Es horrible. Por eso me siento así, por eso tengo esta desesperación todo el tiempo. Esta necesidad de ayudarte.

Mason frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Algo dentro de mí lo recordaba. Como si mi alma estuviera en deuda con la tuya.

—¿Creés que por eso querías ayudarme? —Lo decepcionó un poco. Le gustaba la idea de que ella lo ayudara porque él le preocupaba o le interesaba.

—Creo que sí, al menos al principio fue por eso. —Jazlyn se alejó para observarlo bien—. Cuando te vi por primera vez, supe que había algo. Me generaste una curiosidad enorme y mi cabeza regresaba a vos todo el tiempo. —Estiró las manos y enredó los dedos en el cabello de Mason, deslizándolo hacia atrás—. Entonces, intenté acercarme lo máximo que pude. Siempre iba a buscar café a la hora que sabía que irías, pero no me prestabas atención. Era como si no existiera.

—Siempre hay algo que me preocupa más que lo que me rodea —confesó Mason.

—Hasta que hablamos y me contaste lo que te pasaba. Supe que era extraño y luego empecé a sentir esa necesidad de ayudarte. Pero no estoy acá por eso ahora, no quiero que pienses eso. —Suspiró—. De hecho, sé que lo que siento no tiene nada que ver con Josephine, sino con Mason. Pero sin esa curiosidad, tal vez nunca me hubiese acercado.

—Lo que no acabo de comprender es por qué, si lo que sueño son mis vidas pasadas, a veces estás allí. —Se detuvo un instante y luego continuó—: También estuvo Sam y, hoy, en ese sueño, tuve la sensación de que la madre de Josephine era alguien más.

—Dicen que existen ciertos lazos. Hay almas que se eligen una y otra vez. De hecho, se supone que hay grupos de almas que siempre viven juntas. —Se detuvo, porque Mason la observaba con paciencia, pero tampoco quería abrumarlo—. Por supuesto que a veces eso cambia, porque no todos morimos al mismo tiempo, de modo que hay vidas en las que esas almas coinciden y otras en las que no.

—Entonces, Yasu podía ser Sam. —Gato se deslizó por debajo del brazo de Mason y se

acomodó también sobre su regazo—. Arai estaba enamorada de ella, eso es raro.

Jazlyn le rascó la cabecita a Gato y este ronroneó. Parecía contento de que Mason hubiese despertado.

—No es raro, las almas toman diferentes roles. Como si fuesen diferentes obras de teatro y el mismo grupo de actores. Una vez fui Gianna, tu vecina. Otra vez fui la enfermera, hermana de tu mejor amiga.

—Y otra vez, mi asesino. —Lanzó una risita—. ¿Por qué en una vida querías salvarme cuando en otra estabas desesperada por verme morir?

Jazlyn respiró hondo.

—No lo sé, pero es una certeza que compartimos unas cuantas vidas. Sí que es interesante que te haya quitado una de ellas.

—Y estás camino a quitarme la segunda. —Bromeó Mason.

—De todos modos, me imagino que ambos quisimos que así fuera. Supongo que nuestras almas lo acordaron. Yo necesitaba ser ese tipo y vos morir en mis manos. Dicen que las almas hacen ese tipo de acuerdos que creo que nunca acabaremos de entender.

Mason se mantuvo en silencio, porque tenía la cabeza hecha un desorden. Al cabo de unos minutos, le pidió a Jazlyn que lo esperara y se dio una ducha. Estaba transpirado y le dolían los músculos. Ella lucía más o menos igual, así que más tarde le propuso acompañarla a casa. No la veía bien y no le gustaba la idea de que se fuera sola. No tenía idea de dónde vivía, pero se quedaría más tranquilo si la dejaba en la puerta de casa. Estaba pálida y todavía se veía afectada por lo que habían revivido.

Se tomaron el metro en la misma estación que Mason utilizaba todas las mañanas camino al trabajo. Jazlyn estaba callada y a él le daba la sensación de que no le gustaba la idea de que la acompañara, a pesar de que no se había negado. El recuerdo de esa oscuridad con la que había soñado regresaba a su cabeza una y otra vez. Se preguntó si Josephine había estado al borde de la muerte y si así se sentiría el final, pero estaba tan cansado que no quería pensar demasiado.

Jazlyn se puso de pie cuando llegaron a la estación Hunter College y Mason la siguió. La noche estaba preciosa, aunque todo era particularmente bello en ese rincón de la ciudad. Mason no era un asiduo visitante del Upper East Side. Era un barrio tranquilo que había recorrido algunas veces cuando pasaba la tarde en el Central Park. Al tratarse de una zona más que nada residencial, la mayoría de las personas que andaban por allí eran los vecinos.

Todavía en silencio, Mason caminó junto a Jazlyn, preguntándose cómo se había involucrado tanto con ella sin conocerla. Claro que sabía unas cuantas cosas, pero la mayoría las había revelado la noche anterior cuando habían estado tomando algo en el bar. Por el contrario, le daba la sensación de que él sí se había abierto más y que Jazlyn sabía mucho acerca de él.

Mason se deleitó con las típicas casitas neoyorkinas de ese rincón de la ciudad y se incomodó un poco cuando Jazlyn se detuvo frente a un edificio con toldo verde. Eran los departamentos más caros de la ciudad y, de repente, sintió que estaba en el sitio equivocado. O que tenía una visión errónea de la chica.

—Ahora es cuando te olvidás de quién soy, ¿verdad? —dijo Jazlyn y él se sintió abrumado y

avergonzado al mismo tiempo, porque eso era exactamente lo que estaba pensando—. Papá está de viaje, solo está Max, que es la mujer que trabaja en casa desde que soy muy chiquita. ¿Cenamos algo?

Mason no quería cenar nada. Quería esconderse en un hueco o desaparecer. Había llevado a Jazlyn a su casa. Un sitio que le avergonzaba y que nunca le mostraba a nadie. Y ella vivía en un *penthouse* del Upper East Side. De lo único que estaba seguro era de que ella no se había visto incómoda y de que, por supuesto, no daba en absoluto con el estereotipo de niña rica.

El elevador los dejó directamente en el departamento. Jazlyn encendió la luz de la sala de estar y Mason no disimuló ni un poco. Le echó un vistazo del mismo modo que ella había hecho con su pequeño departamento. En un rincón había varios sillones agrupados alrededor de una mesa de cristal. Eran todos de diferentes colores y formas. Al otro lado, una mesa para más de ocho comensales estaba acompañada de sillas con tapizados de los mismos colores de los sillones. Observó las paredes, los grandes ventanales estaban descubiertos, como si no quisieran perderse las vistas. Hacia un lado se encontraba la avenida Madison y hacia el otro, el Central Park.

En las paredes había grandes cuadros con portadas de revistas de moda. Mason se mordió el labio inferior y negó con un gesto lento. Había sido un tonto. El apellido Yu era uno de los más importantes de Nueva York y nunca lo había asociado con ella.

—Sí, soy la hija de William Yu. Pero eso no cambia nada de lo que conocés de mí. O no debería.

Mason se incomodó. De alguna manera, Jazlyn se había puesto a la defensiva y ese era un rasgo de ella que él no conocía en absoluto. Tampoco entendía por qué renegaba de algo bueno como tener dinero o vivir en el barrio más costoso de la ciudad. Se preguntó qué hacía trabajando en la agencia cuando, claramente, podía desempeñarse como diseñadora en la empresa de su padre.

La siguió hacia la cocina justo cuando una mujer apareció.

—Hola y no —dijo Jazlyn rápidamente—. Voy a cocinar unas *pizzas* caseras de las que tenemos congeladas.

Mason se mantuvo callado. Jazlyn se veía mucho más madura en los límites de su hogar.

La mujer lanzó una carcajada.

—Ella es Max —dijo Jazlyn y la señaló con la cabeza—. Trabaja en casa desde que soy un bebé y cree que lo sigo siendo.

La mujer lo miró y le guiñó un ojo, Mason sonrió.

—¿O no que parece una bebé todavía? —Bromeó la mujer.

—Depende el momento, creo que estamos de acuerdo

—contestó él y Jazlyn tomó una manzana de la frutera y se la lanzó. Él la tomó al vuelo.

—Él es Mason —explicó Jazlyn a Max.

—¿El que te despierta los domingos muy temprano? —exclamó antes de largar una carcajada. Otra vez, le guiñó un ojo a Mason—. No cualquiera recibe el perdón luego de semejante aberración.

Una vez que la *pizza* estuvo lista. Jazlyn le pidió a Mason que tomara un par de bebidas y vasos y le indicó que la siguiera hasta su habitación.

—Es más grande que todo mi departamento. —Bromeó Mason mientras apoyaba las bebidas en una pequeña mesa. Jazlyn se sentó en el piso y le indicó que hiciera lo mismo.

—Y es donde paso casi todo el tiempo, así que en eso estamos igual. Salvo que vos tenés ciertas libertades que yo no. Supongo que el año que viene me voy a mudar sola.

Mason sintió que siempre estaba intentando justificar el hecho de no haberse independizado aún.

—No te presiones con eso —dijo Mason—. Yo dejé mi ciudad y mi casa porque era mi sueño vivir en Manhattan. Pasaron muchos años y extraño el calor del hogar. El hecho de encontrar voces cuando llego a casa. Dudo que viviera con mis padres todavía si hubiese permanecido en Filadelfia, pero supongo que no me hubiese ido a los dieciocho años.

—Yo hace unos meses siento que estoy lista, pero tengo que ordenar ciertas cosas. Sé que papá está esperando que me integre a la empresa. Que trabaje allí de lo que a mí me gusta y me haga cargo de la presidencia cuando él ya no esté, pero yo necesito ganármelo. Quiero tener experiencia y que la gente que trabaje conmigo confíe en mi capacidad en lugar de decirme que sí, solo porque soy Jazlyn Yu.

—Sos talentosa, Jazlyn. Me parece muy bien tu plan y que quieras aprender, pero yo llevo trabajando con diseñadores hace muchos años y, sinceramente, es más difícil de lo que creés encontrar a alguien que tenga un buen sentido de la estética y que pueda alinearse con lo que el cliente busca.

—Gracias.

—Se nota que te gusta tu trabajo.

—Sí. No me imagino haciendo otra cosa.

—¿Por qué te pesa lo que tenés? —Mason la sorprendió con su pregunta—. Sos la misma de hace un rato, pero medio te transformaste a medida que llegábamos.

—Es porque siento que a veces las personas no son capaces de ver a quien tienen enfrente. Y pensé que cuando supieras dónde vivía, me verías diferente.

Mason sonrió. Claro que, por un instante, se había desorientado. Pero él ya conocía a Jazlyn y no iba a verla diferente solo porque tuviera dinero.

—Para mí seguís siendo la misma. ¿Vos me viste diferente después de conocer mi departamento?

—No, solo confirmé que eras muy desordenado. —Sonrió y luego respiró hondo—. Cuando era chica, hasta adolescente, lo sufrí mucho. Creía que tenía que encajar y me aburre mucho hacer lo mismo que todo el mundo. Me desesperaba que se pusiera de moda una cartera y todas fueran a comprarla el primer día; pero, al mismo tiempo, si no lo hacía, no se veía bien. Entonces, me forzaba. No quería desayunar en el mismo sitio que todos mis compañeros de la escuela. Me gusta ir a NoLiTa o a comprar libros a las librerías de segunda mano de Brooklyn. Hubo un tiempo en el que me lo prohibí. Al final, ya no tomaba ninguna decisión. Me vestía igual que todos los demás, usaba los mismos zapatos e iba de vacaciones a Los Hamptons solo

para encontrarme con la misma gente. El mundo se reducía a una burbuja y yo no era feliz, así que cambié, pero no todo el mundo lo aceptó. Para la gente con la que yo crecí, tomarse el metro es una aberración. —Mason se rio—. En serio, papá recibió muchas críticas cuando se supo que trabajaba en una agencia de *marketing*; pero él siempre quiso que yo fuera feliz. La empresa le importa mucho, pero no tanto como yo.

—Si te sirve de consuelo, no encajás en absoluto con el estereotipo. —Sonrió—. Nunca se me hubiese ocurrido pensar que eras una princesita del Upper East Side. —Jazlyn le lanzó una aceituna—. ¡Hey!

—Idiota.

Mason rio y pasaron un rato en silencio, hasta que comieron la última porción de *pizza*. Quería dejar lo de los sueños atrás, pero al mismo tiempo, sabía que no estaba en sus manos. Que lo que había ocurrido hoy no había sido el final y que, aunque necesitara que acabara, se adaptaba cada noche un poco más.

—Ya no voy a regresar a esa vida —murmuró, recordando lo duro que había sido el último sueño y cómo había arrastrado a Jazlyn.

—Afortunadamente —dijo ella.

—Lo que no entiendo es por qué en todas las anteriores tuve que resolver algo y en esta simplemente... me morí.

Jazlyn pensó un rato en silencio.

—Supongo que esa era tu elección en esa vida.

Mason frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué voy a querer tener una vida tan corta o que mi familia sufra?

—Porque siempre podés vivir otra más larga. Y porque, como te dije antes, dicen que existen los acuerdos entre almas. A veces, para aprender algo, necesitamos enfrentarnos a determinada situación. Yo creo que tu objetivo como Josephine era que los demás aprendieran algo. Tu mamá de aquella vida, tu papá. Incluso yo.

—¿Y por qué iba a sacrificar mi vida para que los demás aprendieran algo?

—Supongo que te lo pedimos y vos lo aceptaste. Como también una vez acordamos que seríamos enemigos en Japón y vos acordaste con Sam que serían amigas inseparables.

Mason quiso pensar, pero su cabeza seguía siendo un embrollo. Tal vez Jazlyn tenía razón y por eso el cuerpo de Josephine lo había expulsado. Ahora tendría una noche sin sueños y todo comenzaría otra vez. Estaba cansado y quería que esa locura acabara, pero no encontraba la forma de resolverlo más que durmiendo y esperando que algún día no hubiese más vidas para revivir.

Observó la habitación para distraerse. Había una cama en el centro, con una colcha de color blanco impoluto. En un rincón, un escritorio con una computadora y dos pantallas. Estaba decorado con plantas colgantes y libros con lomos de colores. Al otro lado había una biblioteca improvisada con cajones de colores llenos de libros y más plantas. Parecía una tienda de Urban Outfitters. Era agradable a la vista. No por nada había diseñado un sitio web perfecto para la campaña de la marca más exigente de la agencia. Tenía un talento innato.

—Te hubiera llevado a otro lugar —murmuró Mason, avergonzado—. Pero nunca pensé que íbamos a terminar la noche de ese modo.

—¿Y dónde me hubieses llevado? —Jazlyn puso los ojos en blanco.

—No sé. A un hotel...

—No hubiese sido lo mismo. Me gustó que fuéramos a tu departamento. Se sintió mucho más real de ese modo.

Mason estaba a punto de comenzar a hablar sobre lo que había pasado o lo que fuera que estuvieran haciendo, porque se habían besado varias veces desde que habían despertado y sabía que ella había tenido una experiencia bastante negativa con su *exnovio*, pero su teléfono comenzó a sonar. Contestó, nervioso, al ver que se trataba de su papá.

Jazlyn se preocupó cuando vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó cuando cortó la llamada.

—Nació mi sobrina.

Jazlyn lo observó extrañada.

—¿Tu sobrina?

—Sí. —Se puso de pie, nervioso—. La hija de mi hermano.

—No sabía que tenías un hermano.

Mason se sorprendió.

—Claro, sí. Nick. Es mi hermano del medio. Sam era la mayor.

Jazlyn ladeó la cabeza, sorprendida.

—Nunca hablás de él.

Nueva York, 2023

Nunca hablás de él.

Mason navegó alrededor de aquellas palabras durante todo el trayecto en metro hasta Penn Station. Era verdad que nunca hablaba de Nick. Por supuesto que siempre lo tenía presente, sin embargo, se daba cuenta de que en su día a día recordaba mucho más a Sam que a Nick. No le gustó notarlo.

Una vez que tuvo el boleto a Filadelfia en sus manos, compró unas *donuts* glaseadas en Krispy Kreme y las devoró mientras aguardaba el tren. Antes de partir, le envió un mensaje a Tao y le pidió que tomara las llaves de urgencia que había dejado en la tienda de su padre y le diera de comer a Gato. El chico le respondió entusiasmado que no tenía clases al día siguiente, de modo que iría por la mañana. Le preguntó si podía quedarse a cuidar a Gato mientras leía sus cómics y Mason aceptó agradecido. No le gustaba dejar al gatito tanto tiempo solo y antes de irse con Jazlyn lo había notado un poco inquieto.

Como no llevaba equipaje porque había ido directamente desde casa de Jazlyn, no tenía siquiera un cómic para leer. Así que se dedicó a pensar. Había sido un día largo y extraño. Había pasado muchas horas durmiendo, pero todavía estaba cansado. Cuando su papá lo llamó para avisarle que su sobrina había nacido, tuvo unos minutos de duda. Quería conocerla y también felicitar a su hermano y a su cuñada, pero regresar a la ciudad siempre le pesaba mucho.

Eso tampoco le gustaba. Sabía que estaba relacionado con la pérdida de Sam, que él había vivido gran parte de su vida en Philly y que los recuerdos eran bonitos. Pero no podía separar a la ciudad de aquella pérdida y los largos años de terapia no lo habían ayudado del todo. Tal vez sí en otros aspectos, pero no en lo que tenía que ver con eso. La ciudad le recordaba a Sam, esa casa tenía recuerdos de ella en cada rincón y todavía le resultaba absurdo ver a su familia sin ella.

Eran las dos de la mañana cuando llegó a Filadelfia y se bajó del tren revisando el móvil que ya tenía poca carga. La casa de su familia no estaba lejos, de modo que planeaba tomarse un Uber. Por suerte, había llevado dinero y sus tarjetas de crédito a casa de Jazlyn. De lo contrario, lo hubiese utilizado de excusa para no ir a conocer a su sobrina.

—¡Mason! —Oyó la voz de su padre y levantó la vista, sorprendido. Le había avisado a su papá que iría, pero no le había dicho que lo pasaría a buscar por la estación. Sonrió al verlo acercarse emocionado. Estaba igual que siempre, solo con algunas canas más—. ¡Viniste, hijo! —expresó el hombre y lo rodeó con sus brazos.

Mason le devolvió el abrazo. Se sintió conmovido por el entusiasmo de su padre. Hacía dos años que no iba a la ciudad y ya no recordaba lo felices que se veían sus padres cuando la familia estaba reunida. En eso se diferenciaba de ellos. Para Mason, la familia nunca estaba reunida si Sam no estaba allí.

Se trepó a la camioneta de su papá y se hundió en ese aroma. El olor de la ciudad, de los recuerdos. Un aroma particular que despertaba cierta nostalgia.

—Ya es tarde para ir a la clínica, pero mañana temprano vas a poder ver a la niña. Es preciosa. Se parece mucho a Nicholas. —Mason observó a su padre, que hablaba como si quisiera aprovechar cada segundo—. No le dijimos a Nick que vendrías, va a sorprenderse mucho.

—Es mi sobrina, por supuesto que iba a venir a conocerla.

Su padre se mantuvo en silencio y Mason desvió su mirada hacia la ventana. La ciudad estaba igual. Desde que vivía en Nueva York la había visitado en pocas oportunidades y por períodos de tiempo muy cortos. En algunos aspectos, era bastante parecida a Manhattan. Sobre todo su barrio, Fairmount, que tenía las típicas casitas con fachada de ladrillos y escaleritas. Claro que en Manhattan todo lucía más cinematográfico, pero Philly tenía lo suyo.

—Sabemos que te cuesta mucho venir a la ciudad —murmuró su padre—. No pensábamos que fueses a viajar.

—Me cuesta, pero Nick lo hubiese hecho. —Suspiró—. Además, estoy bastante ansioso por conocerla. No es una falsa promesa, creo que voy a intentar visitarlos más frecuentemente.

Su padre sonrió, con la mirada al frente. Ya estaban cerca de casa y Mason sentía un nudo en el estómago.

—Nos gusta verte, pero lo que siempre quisimos con tu madre es que fueran felices. Si visitarnos te hace daño, no lo fuerces.

En ese argumento, Mason sintió que su padre había envejecido mucho. Se preguntó si valía la pena perderse tantos momentos de sus padres por el miedo de enfrentar los recuerdos de su hermana que ya no estaba hacía tanto tiempo. ¿Y cuando ellos no estuvieran? ¿Se reclamaría no haberlos disfrutado o huiría como siempre?

La camioneta se detuvo justo frente a la puerta. La casa estaba exactamente igual que como la recordaba, pero un poco más deteriorada. Abrió la puerta y bajó lentamente. Aguardó a su padre de pie en la acera. La puerta de entrada de color rojo le recordó a cuando regresaba de la escuela con Nick y Sam y esperaba que su madre les abriera. En las macetas de las ventanas se lucían unas florcitas anaranjadas y notó que la luz de la sala estaba encendida.

Su madre se tapó la boca en un gesto de emoción al verlo. Mason sonrió. Estaba igual, como si los últimos dos años no hubiesen pasado. O, tal vez, los últimos treinta. Ella bromeaba con que era de “buena genética”, pero Mason sabía bien que siempre había sido bastante meticulosa con el cuidado de la piel. Llevaba unos pantalones negros y una blusa floreada y el pelo negro flotaba corto sobre sus hombros. Extendió los brazos cuando él se acercó y se sintió un niño cuando lo rodeó.

Le ofreció café, té, *pizza* y Mason se negó a todo, excepto al sándwich de pastrón. Eso sí que

no podía dejarlo pasar. Había probado muchos en Nueva York, pero ninguno era como el de su madre. Ni siquiera el de Katz. Lo saboreó observando a su alrededor. La cocina estaba ordenada como siempre y Mason descubrió que habían hecho algunas remodelaciones. Las alacenas seguían siendo del mismo tono verde claro pero los herrajes eran dorados. Y habían cambiado el refrigerador y la cocina, que ahora eran negros con dorado. Habían cambiado los azulejos blancos de la pared, por unos con ribetes blanco y azul oscuro. Sobre la mesada de mármol había una fuente con tomates *cherry* y un canasto con frutos.

—Está muy bonita la cocina —mencionó mientras se deleitaba con el sándwich—. No sabía que la habían remodelado.

—Sí, fue más bien un impulso —respondió su mamá, con entusiasmo—. Me aburre que esté todo igual y se habían roto algunos azulejos así que Nick nos hizo un préstamo y le devolvimos el dinero de a poco.

—¿Y qué se siente ser abuela? —Bromeó.

—Se siente muy lindo. Algo nuevo, después de tanto tiempo. —Sonrió—. Mañana vas a descubrir lo que se siente ser tío.

Despertó como nuevo. Por suerte, no había tenido sueños extraños con vidas pasadas, así que había podido descansar a pesar de que todo le recordaba a Sam y a su infancia. Se estiró en la cama y se puso de pie. Observó la habitación con nostalgia. Allí había dormido durante dieciocho años y era raro, pero sentía que nunca se había ido.

Se puso los pantalones y la camiseta con la que había viajado y fue al baño antes de bajar. El baño superior también tenía algunas modificaciones, la ducha ahora tenía una mampara transparente en lugar de la típica cortina. Le gustaba eso. Su madre era de ese tipo de personas que adora los cambios, justamente lo opuesto a él. Así que todo el tiempo estaba renovando su corte de pelo o la decoración de la sala. Era una mujer que siempre tenía ganas de seguir adelante. De ir por algo nuevo.

Antes de bajar a desayunar, se detuvo frente a la puerta de la habitación de Sam y sintió que el corazón le pesaba. Había pasado muchos años allí dentro después de que su hermana falleciera y también cuando ella todavía vivía. Empujó la puerta con suavidad y frunció el ceño al encontrar algo completamente distinto. Todavía descalzo, entró lentamente y oyó la madera crujir. Mientras su habitación estaba completamente igual, ese cuarto había sido renovado. En un rincón había una estantería llena de juguetes que habían pertenecido a él y a sus hermanos. En el otro extremo, había balones y palos de *lacrosse* de Nick. Sobre un sillón, que recordaba que era de Sam, había algunas muñecas y en el centro, un escritorio cargado de juegos de mesa.

Las paredes estaban cubiertas con el empapelado rosado que Mason recordaba. Había algunos pósteres de Nirvana que denotaban el paso del tiempo y otros que parecían actuales.

—Sam era la más sensible de los tres. —Mason giró y se encontró a su mamá, estaba de pie con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Continuó hablando con una sonrisa nostálgica

en los labios—. Pero también se expresaba demasiado. Era imposible para ella sentir algo o pensar determinada cosa y no decirla.

—Lo sé. Lo recuerdo.

—Amaba su habitación y sé que para vos fue una especie de refugio. Incluso yo, a veces, venía a sentarme en su cama para hablarle. Después me di cuenta de que eso la amargaría muchísimo. Ella era muy sensible, pero también muy resuelta. No dejaba las cosas a medias y era bastante drástica. Entonces, pensé que mientrasuviéramos este cuarto, todos nos mantendríamos estancados en el tiempo. Atrapados en el momento en el que se fue. Porque, al final, me daba la sensación de que era mejor buscarla en nuestros recuerdos que en una habitación vacía que solo nos recordaba que ella ya no estaba.

Mason caminó hacia uno de los pósteres de Nirvana. Era, específicamente, una foto de los tres integrantes de la banda en las calles de Nueva York.

—Esto es nuevo...

—Sí. Los vi en una tienda y me pareció que quedarían bien. Quise que este cuarto sea un regalo para Sam en el que podamos construir recuerdos bonitos. Una habitación que los hijos de Nick y por qué no los tuyos, llenen de alegría. Pero no podía faltar Nirvana, porque Sam era un poco eso. Un pedazo de oscuridad sobre un manto rosado.

Mason quiso enojarse, pero su madre tenía razón. Además, le gustaba la idea de que tuvieran nietos corriendo por la casa, alguien que devolviera una parte de la felicidad que habían perdido cuando Sam se fue. Así que le tomó unas fotografías al cuarto con el móvil y le dijo a su mamá que le parecía una idea fantástica, siempre y cuando colgara unos cuantos pósteres más de Nirvana.

Después de desayunar un café y un bollo de canela que su madre había hecho con sus propias manos, Mason salió hacia la clínica. Era cerca de casa así que decidió ir andando. El clima estaba agradable y era temprano. Estaba tan acostumbrado a lo caótico de Manhattan que se sintió renovado. Oyó los pájaros y encontró recuerdos de la infancia en las que recordaba que eran casas de sus amigos o tiendas a las que solía ir con sus hermanos.

De camino, llamó a Jazlyn que le respondió agitada. Como casi todas las mañanas había llegado tarde a la oficina, pero se había tomado unos instantes para avisarle a Taylor que Mason no iba a ir a trabajar y que se iba a comunicar con recursos humanos luego, ya que tenía unos días de vacaciones disponibles. Por supuesto, el jefe de Mason que en situaciones normales hubiese puesto el grito en el cielo, se mostró amable con Jazlyn y le pidió que le enviara un saludo afectuoso a su padre. Mason le pidió que le enviara los últimos ajustes del sitio web a Caroline ya que pronto sería el lanzamiento oficial de la campaña. Él debía regresar esa misma noche para poder ir a trabajar sin inconvenientes al día siguiente.

Cuando llegó a la clínica se anunció en recepción y se dirigió, un poco nervioso, a la habitación. Tocó a la puerta y sonrió cuando su hermano abrió y lo miró perplejo.

—¿Mason? —Una sonrisa enorme se dibujó en sus labios y él se lanzó a darle un abrazo—. No esperaba que vinieras.

Mason lo liberó yladeó la cabeza.

—Te dije que vendría.

—Lo sé, pero imaginé que vendrías en unos meses. Iba a llamarte, pero supongo que mamá me insistió en que no te molestara porque sabía que vendrías.

—Sí, llegué anoche, pero era muy tarde para venir. —Mason se estiró para observar dentro de la habitación—. No me quisieron mostrar ni una foto de Bella, quiero verla.

Nick abrió la puerta y Mason entró. Saludó a su cuñada con un abrazo y luego observó a la bebé que se movía inquieta en la cuna. Nick se inclinó y la tomó en sus brazos. Por un instante a Mason lo invadió la imagen de la mamá de Josephine. Él había sentido que ella era Nick. Que compartían la misma alma y eso lo hizo emocionar.

—¡Hey! —dijo Nick cuando vio la mirada emocionada de su hermano—. Bella, te presento a tu tío.

Mason se sintió importante de inmediato. Nunca había sido el tío de nadie y se sentía enorme. La tomó en sus brazos y le dio un besito. Nick le tomó una foto con el móvil de Mason que envió a sus padres y él le pidió que se la enviara a Jazlyn porque estaba con ambas manos ocupadas intentando sostener a la bebé.

—¿Quién es Jazlyn? —preguntó Nick luego de enviarle la foto.

—Una compañera de trabajo, estaba con ella ayer cuando me avisaron y salí corriendo. —Nick sonrió—. No agrandes las cosas, Nicholas.

—Es sospechoso que estuvieras con una compañera de trabajo un domingo. Pero, conociendo lo obsesivo que sos, probablemente hayas estado trabajando.

Mason chasqueó la lengua mientras se movía por la habitación con la bebé en brazos. No había estado trabajando con Jazlyn, pero era imposible explicarle lo que había estado haciendo. Bueno, sí podía explicar una parte. Pero no quería hacer una historia de ello porque no estaba en un momento de su vida en el cual hacer grandes apuestas al amor. Aunque Jazlyn le gustaba y se sentía muy cómodo con ella, así que no iba a negarlo tampoco.

Luego de pasar un buen rato con la bebé en la habitación, como Nick sabía que Mason debía regresar pronto, lo invitó a tomar algo en la cafetería de la esquina. Era una tienda pequeña con la fachada de color verde cubierta por una planta trepadora y pequeños toldos rojos. Estaba rodeada de macetas y las mesas que estaban en la calle se encontraban ocupadas. Se acomodaron adentro y pidieron cafés y *bagels*.

—Te ves cansado —dijo Nick—. Imagino que te costó dormir en casa.

En situaciones normales, no hubiese pegado un ojo, pero Nick no sabía que estaba teniendo problemas para dormir y que prácticamente había sido su mejor noche del mes.

—Dormí bien. Llegué bastante cansado y eso ayudó.

—Gracias por venir. —Su hermano estiró el brazo y le dio un golpecito en el hombro. Mason se sintió miserable. Que todo el mundo tomara su visita como una sorpresa hablaba muy mal de él, que se pasaba la vida renegando de haber perdido a su hermana. Supuso que se debía a las palabras de Jazlyn, pero se sintió molesto porque le daba la sensación de que le estaba prestando atención solo a lo que había perdido, en lugar de valorar al hermano que conservaba.

—No me agradezcas. Me cuesta mucho venir a la ciudad, pero no lo hice por obligación.

Quería conocer a Bella y también verte. Pensé que ibas a estar diferente ahora que sos padre, pero seguís igual de idiota.

Nick lanzó una carcajada.

—Por ahora sigo igual. —Tomó un trago de su café—. En unos meses tengo planeado ir a Nueva York con Emily y Bella. Hace rato que no voy y Emily no conoce Manhattan.

Lo que en otro momento hubiese despertado un ataque de nervios en Mason, esta vez fue el puntapié para decir algo que nunca había planeado.

—Si mi departamento no fuera una mierda los invitaría a quedarse, pero de verdad, es una pesadilla. Además tengo un gato.

Nick apoyó el café lentamente.

—¿Un gato?

—Sí, se llama Gato.

—¿Le pusiste Gato a un gato?

—Sí, es original. A veces lo obvio es más original que lo rebuscado.

—Lo dice el que trabaja en *marketing*.

Mason suspiró.

—Mi trabajo también es una mierda. Estoy cansado de fingir que todo es como lo soñé.

Nick volvió a sonreír y apoyó los codos en la mesa. No le sorprendió que Mason estuviera disconforme con absolutamente todo y eso a él le llamó la atención porque llevaba años fingiendo con que su vida era maravillosa.

—A ver, Mason. ¿Qué es lo que soñaste? —Enarcó las cejas—. Porque si yo no recuerdo mal, tu sueño era vivir en Nueva York y trabajar en una agencia de *marketing*.

—Sí, claro. Pero no gano bien y mi departamento es un asco.

—Podés buscar otro trabajo, no es la única empresa de Manhattan.

—Ya tengo veintisiete años...

Nick lanzó una carcajada.

—Si mamá te escucha decir eso... —Se puso serio—. Tenés veintisiete años, tenés mucho tiempo por delante, sos joven y, bueno, tengo que confesarlo, sos el más inteligente de los tres. —Antes de que Mason lo interrumpiera, continuó—: Mirá, Mason, todos tenemos sueños. A veces los cumplimos, otras veces no. A lo mejor soñamos algo y cuando lo conseguimos descubrimos que no es lo que queríamos. Sabés que amaba el *lacrosse*, pero cuando tuve la posibilidad de llevarlo al nivel profesional me di cuenta de que no lo disfrutaba de la misma manera que cuando lo hacía por placer. No todo es tan estructurado. A veces siento que Sam tenía razón cuando tenías diez años y te regañaba diciendo que pensabas mucho. ¿Cómo era esa frase que te repetía todo el tiempo?

—Debés pensar menos y vivir más —recitó Mason.

—Eso. —Suspiró—. Pero me da la sensación de que pensar tanto te termina desorientando. Esos mismos pensamientos te engañan y en lugar de hacerte preguntas, seguís adelante, sin detenerte a analizarlo. Yo tampoco tengo la cantidad de dinero que quisiera tener. Y me hubiese gustado tener hijos más joven, pero hoy estoy feliz porque ya tengo a Bella y estoy ahorrando

para viajar a Nueva York. Si yo estuviera mirándome al espejo y pensando que estoy viejo para tener a Bella y que quiero viajar a Japón en lugar de a Nueva York, tampoco lo disfrutaría.

—Pero es bueno, Nick. Te pasan cosas buenas...

—Decime qué cosa tan mala te sucedió. —Extendió la mano para detenerlo—. Y no menciones a Sam, porque eso nos pasó a ambos y fue hace mucho tiempo.

—El tiempo no cura ciertas heridas.

—No, pero manchar todo lo que uno vive por algo que ya pasó y que no se puede modificar es echar sal a una herida todos los días. Una herida que representa a nuestra hermana. —Los ojos de Nick se llenaron de lágrimas—. Ayer cuando vi a Bella, pensé en lo feliz que sería Sam al conocerla. Fue el mismo pensamiento que tuve cuando me casé. Siempre que vivo algo importante pienso en cómo lo viviría ella. ¿Alguna vez te preguntaste cómo se sentiría Sam si supiera que es tu excusa principal para nunca ser feliz?

—Eso no es cierto. Sabés que fui a terapia muchos años, que lo intenté. Pero no tiene que ver con ella, es que estoy cansado. Me despierto todos los días completamente desmotivado. Es un esfuerzo enorme salir de la cama.

—¿Sabés lo que hubiese significado para ella tener todas las mañanas que vos tenés?

Eso se sintió como un golpe en el medio del pecho. Sam siempre había sido la más sensible y Mason el más pensante. Nick siempre se había dejado llevar. Era el más popular en la escuela y al que menos le afectaban las cosas. Era el que jugaba al *lacrosse* mejor que nadie y el que se negó cuando una de las universidades de la Ivy League lo quiso reclutar porque consideró que dejaría de disfrutar del deporte. Era arriesgado, pero eso no significaba que no pensara antes de tomar una decisión. Su hermano pensaba más que los tres juntos y tomaba decisiones con el corazón.

—Cuando vaya a Nueva York en dos meses, nos vamos a sentar en la cafetería que más te guste. Solo vos y yo. —Lo miró a los ojos y Mason recordó a la madre de Josephine. Una vez, su alma y la de Nick habían jugado a ser madre e hijo—. Y me vas a contar cómo hiciste para dejar de ser este Mason que tengo enfrente hoy.

Escandinavia, 803

Mason se sintió en el paraíso. Dio unos pasos lentos y esquivó a varios hombres sin prestarles atención. Sintió los pies mojados y los brazos helados, pero no podía quitar los ojos de aquel paisaje. No había viajado demasiado. De hecho, salvo por ese viaje laboral a Londres unos años atrás, no conocía otro país. Había crecido en Filadelfia y llevaba varios años en Nueva York. Cuando era pequeño, había viajado a Florida con su familia y antes de terminar la universidad había pasado el Día de Acción de Gracias en casa de Duncan, en Carolina del Norte.

Sin embargo, sus sueños lo habían llevado a muchos sitios desconocidos. Se había encontrado en Sicilia y luego en Londres. Había conocido esa antigua ciudad de Japón que luego supo que se trataba de la actual Kyoto y había vivido lo peor de Varsovia. Pero eso... eso no podía ser otra cosa más que el paraíso.

Esquivó a un hombre más, dando por sentado que ninguno de ellos lo estaba viendo. Salvo uno, claro. Mason ya entendía cómo funcionaba aquello. Estaba soñando con una de sus vidas pasadas y cuando ese cuerpo encontrara a su alma, lo atraería hacia él. Ya no tenía miedo. Tal vez porque desde lo que le había tocado vivir en Varsovia, nada podía ser realmente tan aberrante.

Se inclinó y observó el agua. Con destellos celestes pero más cristalina de lo que hubiese visto nunca, no necesitó tenerla entre sus dedos para saber que estaría helada. Podía sentir el viento frío en sus propios brazos y piernas. Esos pantalones cortos con los que había decidido dormir aquella noche no eran la mejor opción para aquel sitio.

Levantó la vista y suspiró, empalagándose con el aire puro. Todo lo que lo rodeaba eran montañas escarpadas. La niebla se inmiscuía intentando ocultar los picos nevados. Solo se oía el grito de esos hombres que daban indicaciones y reían. Mason se volteó para observarlos. Estaban bien organizados. Algunos remaban y otros estaban por allí controlando que todo anduviera bien. Los observó uno a uno, hasta que descubrió al único que lo estaba viendo. Era un hombre de unos treinta años y mucho más grande de tamaño que Mason, que también era bastante alto. El tipo lo observó mientras continuaba remando, como si aquello fuese algo completamente normal. Tenía el cabello rubio bajo una gorra de piel y una barba copiosa que le cubría gran parte del rostro. Vestía una camisa tipo túnica de color marrón, bajo una gran piel de animal, acompañado de pantalones y zapatos de cuero.

Mason se inclinó hacia él.

—Tu nombre y tu edad. —Miró a su alrededor—. Y dónde estamos.

—¿Sos un esclavo? —preguntó, alarmado, pero el hombre que remaba a su lado no le prestó atención—. ¿Te trepaste en el barco o te trajo alguno de ellos? ¡Oigan! —exclamó, desesperado.

Mason sabía que el resto no iba a verlo, pero tratarían de loco al pobre hombre y ya se tendría que hacer cargo él de ello cuando su cuerpo lo absorbiera.

—Me trajeron —mintió—. Me dijeron que podía estar aquí.

El tipo observó los pantalones cortos de Mason, pero asintió con un gesto y continuó remando.

—Markus Isaksen —respondió—. Tengo treinta años. Tengo una esposa y dos hijos. Estamos camino a Ribe, llevando con nosotros el buen botín que les arrebatamos. —Sonrió—. ¿Qué se siente ser parte del botín?

Mason frunció el ceño y su cuerpo empezó a brillar. Cuando se quiso dar cuenta, estaba remando y afortunadamente, ese hombre estaba mejor ejercitado que él, que a duras penas hubiese durado quince minutos haciendo ese trabajo.

Resopló e intentó mantener el ritmo. Mason había visto unas cuantas series y películas de la era vikinga, así que con solo observar la embarcación, las ropas y el tamaño de esos hombres supo que se encontraba en Escandinavia. No conocía esa ciudad llamada Ribe y tampoco estaba seguro de si seguiría existiendo. Sin embargo, lo peor ya había pasado. Si estaban regresando a la ciudad con un botín es porque habían hecho algún saqueo importante en Europa. Probablemente en Inglaterra. De modo que esos escudos que colgaban del barco y las espadas y hachas que veía por toda la embarcación no debería utilizarlas. Le venía bien tener una noche de paz, si es que remar en un barco vikingo representaba aquello.

Se removió un poco y continuó remando. Hacia la derecha, un barco de características similares viajaba a la par. Supuso que serían varios, pero no pudo evitar admirar la belleza de la embarcación. Era refinada y con detalles exquisitos, larga pero estrecha y para nada tosca. En la proa lucía una cabeza de dragón finamente tallada, lo cual le resultó admirable para la época.

Para cuando acabó de apreciar cada detalle, la embarcación se detuvo en la costa y Mason se pidió a sí mismo estar atento. Si no quería pasar el resto de sus noches soñando con embarcaciones vikingas y batallas sangrientas, lo mejor era entender qué debía resolver Markus Isaksen. Lo cual, a esas alturas, sabía que era bastante ambiguo porque cada vida era tan diferente y cada persona tenía tanto por aprender, que una noche no era suficiente para descifrar a un individuo.

En la costa recibieron vítores y abrazos, pero Mason percibió de forma inmediata el terror que sacudió el cuerpo de Markus. Antes de que su cuerpo lo absorbiera, le había dicho que tenía una esposa y dos hijos, sin embargo, allí no había nadie esperando por él.

—Markus —dijo una mujer a su lado, tomándolo del brazo—. Dahlia está dando a luz. Los niños están con ella. Gerda y Gunilda se quedaron a acompañarla, pero nos pidió que te avisáramos en cuanto tocaran tierra. Estaba preocupada de que creyeras que algo les había ocurrido.

Mason sintió el alivio de Markus, que le agradeció rápidamente a la mujer, se acomodó el

abrigo de piel que lo cubría y se dejó llevar. Algunos hombres lo abrazaron y lo saludaron, felicitándolo por el botín que habían traído con ellos. Mason no había hecho a tiempo a ver mucho, pero decidió seguir con los planes de Markus, porque, además, supuso que si su mujer estaba dando a luz, eso podría tener algo que ver con aquello que el hombre debía resolver.

Ojalá sea ver nacer a su hijo, de ese modo acabaría muy rápido; pensó. Tenía la ilusión de que una vez que atravesara todas aquellas vidas, los sueños acabarían.

Con el agotamiento no solo en sus brazos, sino también en cada parte de su cuerpo, Mason se preguntó cuánto hacía que ese hombre no se bañaba o comía. Se sentía fuerte, mucho más fuerte que él en su propia vida tranquila de Nueva York donde lo más pesado que hacía era tomarse el metro hasta la oficina y tomar asiento delante de la computadora.

Atravesó un bosque plagado de árboles frondosos y hojas verdes. Todavía hacía frío, pero Mason supuso que la primavera ya había llegado. No supo si estaba en Noruega o en Dinamarca. Pensó que también podía tratarse de Suecia, pero retuvo el nombre de Ribe, para buscarlo en Internet cuando despertara. A esa altura, lo mínimo que podía hacer era considerar reales todos aquellos viajes que había hecho. De un modo o de otro, él se sentía realmente allí.

Se detuvo cuando oyó un sonido más adelante. Mason, que estaba entregado a las decisiones de Markus, consideró pertinente seguir del mismo modo. Si alguien lo atacaba, él iba a saber cómo reaccionar. En esa embarcación no lo habían tratado como a un miembro más y al llegar a la costa muchos se habían acercado a darle la bienvenida. Claramente era alguien a quien reconocían y respetaban.

Observó oculto tras de un árbol, pero relajó los hombros al ver a una mujer. Llevaba el cabello largo prolijamente trenzado y su ropa era ligera y delicada: un vestido de lino de un tono rojo oscuro bajo una capa azul con detalles bordados. Estaba inclinada hacia adelante, pero se incorporó rápidamente y escapó entre los árboles. Markus dejó de esconderse y mientras intentaba entender si conocía a la mujer, se acercó al sitio en el que se había inclinado antes de escapar. Ladeó la cabeza al encontrar a una bebé envuelta en una manta. Se puso en cuclillas y la observó. Estaba quejándose y Markus sintió pena, sobre todo cuando estaba dirigiéndose hacia su vivienda, para conocer a su bebé.

Con los dedos, movió la manta para verla mejor. Tenía un poco de cabello y ojos celestes. Una de sus orejas era más pequeña que la otra. Cerró los ojos y suspiró, como si aquello justificara el hecho de que esa mujer lo hubiera abandonado. Markus se puso de pie y continuó su camino.

Era algo habitual dentro de las leyes escandinavas, principalmente, en el caso de niños que nacían con malformaciones. Los llamaban *úborin börn* (6) y representaban un mal presagio para las familias, quienes debían abandonarlos antes de los nueve días de su nacimiento. Sin embargo, Mason sintió la pena de Markus. ¿Él haría lo mismo con alguno de sus hijos? Lo analizó a lo largo del trayecto que no fue muy largo. Cuando Markus llegó a otro asentamiento donde encontró personas cosechando y pescando, se dirigió hacia una casita y cuando atravesó la puerta encontró a su familia.

Markus se lanzó hacia los dos niños que se acercaron corriendo a abrazarlo. Tomó a uno con

cada brazo y los alzó.

—Luego de la próxima expedición estarán más altos que yo. —Bromeó, mientras los niños reían.

—¿Ya podré ir a la próxima? —preguntó el mayor, que no tenía más de ocho años. Markus los dejó suavemente en el piso y le sacudió el cabello.

—No. Tu tarea es cuidar a tu mamá y ayudarla con las cosechas.

—Lo hicimos los dos —respondió el más pequeño y Markus le dio una palmadita en la cabeza, antes de acercarse a su mujer.

Era rubia y, todavía acostada, Mason supo que era casi tan alta como Markus. Tenía el rostro transpirado y el cabello largo y trenzado un poco húmedo en el nacimiento. Supuso que no había pasado mucho tiempo tras el parto. En sus brazos, había una niña. Mason sintió la punzada en el estómago que le produjo el recuerdo de esa otra bebé abandonada, que no difería mucho de su hija.

—¿Elegiste un nombre para ella? —preguntó.

—Valkiria, en honor a las victorias de su padre.

—¿Por qué no algo que tenga que ver con vos?

—No lo sé, pero te amo y creo que te lo merecés.



6. Dentro de las leyendas escandinavas: "no aceptados".

Nueva York, 2023

—¡Tenemos un récord de registros!

Mason puso el móvil en altavoz y lo dejó caer en la cama. Se puso de pie. No sabía dónde estaba ni qué hora era.

—¿Eh?

—Perdón. ¿Te desperté? —preguntó la voz al otro lado del teléfono. No tenía idea de quién era.

—No —mintió. Miró la hora. Eran las siete de la mañana. ¿*Quién lo llamaba a las siete de la mañana?* Tomó el móvil nuevamente y descubrió que se trataba de un número desconocido.

Todavía de pie observó el departamento. La noche anterior había ordenado un poco la ropa que solía tener tirada por todos lados. Ya había pasado una semana desde su visita a Philly y no podía dejar de torturarse con que su hermano conocería ese chiquero. Por lo pronto, lo único que había hecho era colgar camisas y doblar camisetas que solía tener colgadas de las sillas.

—OK. —La voz hizo una pausa, claramente, no le creía. Comenzó nuevamente—. Soy Cindy, del departamento de base de datos de la agencia. Te llamo porque llegué temprano a la oficina, lo cual fue una suerte porque hoy tendremos que trabajar más que nunca. Tenemos un récord de registros.

—¡Qué bueno! —Fingió entusiasmo—. Me parece que te equivocaste, yo soy Mason Daft, del departamento de *marketing*. Trabajo en el equipo de Taylor Foster, supongo que quisiste llamar a alguien de la dirección...

—No, te quise llamar a vos. —Suspiró—. Todos sabemos que Taylor no mueve un dedo y que el único que trabajó en la campaña de Oh, Honey! fuiste vos. Así que busqué tu número porque supuse que te pondría feliz saber que tu campaña es un éxito.

—Esperá. ¿Mi campaña? —Mason comenzó a caminar por el departamento como un loco—. ¿Mi campaña tiene récord de registros?

—Sí y hace mucho tiempo que no tenemos tanto trabajo. Por cierto, también tenemos una buena cantidad de inscripciones para el evento de Boost. Si tenés un momento hoy, podemos tener una reunión rápida para organizarnos.

—Claro, enviame un correo así coordinamos para la tarde.

Mason se lavó los dientes y se vistió lo más rápido que pudo. Era temprano, pero ya que estaba despierto prefirió ir a la oficina y ver qué estaba sucediendo. Habían lanzado la campaña

de Oh, Honey! el día anterior. El sitio web ya estaba *online* y habían hecho algunas comunicaciones en redes sociales y por correo electrónico entre los clientes de la marca. Ya estaban en línea los videos del experto en aromas y habían publicado en la cuenta de TikTok de la marca el *challenge*. Eran muchos canales por los cuales el público podría haber llegado a la campaña, sin embargo, él nunca había pensado que tendría tanto impacto.

Camino al metro compró un café negro y tomó asiento en la estación para relajarse. Había tenido una noche agitada. Llevaba una semana soñando con la vida de Markus Isaksen y desde entonces se sentía débil y feo. Esbozó una sonrisa y se llevó el café a la boca antes de que alguien a su alrededor descubriera que estaba riendo solo. Ese tipo era una especie de Dios nórdico, fuerte, sanguinario y atractivo. Había soñado con batallas en las que se había movido con una destreza envidiable, mientras blandía un hacha y se defendía con un escudo de madera. Había navegado por el océano en días de frío intenso y de una primavera agradable. Y no le daba miedo. Ni siquiera cuando se encontraba en medio de sanguinarios saqueos en tierras europeas. Nada le daba tanto miedo, desde Dodek Zajac.

Encontró asiento en el metro y se dejó caer. Normalmente, prefería viajar de pie, sin embargo, desde que habían comenzado aquellos sueños, nunca se encontraba lo suficientemente descansado. Todos los días se preguntaba cuándo terminaría. Cuándo sería el día en que acabara una vida y esos sueños no regresaran. Extrañaba aquellas épocas en las que tenía energía de sobra o que no tenía pánico de ir a dormir y quedar atrapado. Se preguntó cuándo había sido la primera vez que tuvo esos sueños o si algo había cambiado antes de ello, pero no había nada. Su vida era muy sencilla: despertaba amargado, compraba un café, trabajaba todo el día, regresaba a casa, cenaba y dormía. De vez en cuando, veía a Duncan y ahora a Jazlyn. Pero no había grandes cambios. Desde que había terminado la universidad todo había sido igual.

Llegó a la oficina y sonrió cuando la recepcionista que nunca respondía su saludo (y de la cual no sabía su nombre) le dijo: “*Buenos días al líder de proyecto exitoso*”. Rogó que Taylor no hubiera llegado, porque era demasiado temprano como para verlo alardeando por un logro con el que no había tenido nada que ver. Cuando entró en la oficina, sin embargo, encontró a Jazlyn que también había llegado temprano. Llevaba una falda negra con finas líneas blancas y tablas, un chaleco sastrero con el mismo diseño y una campera de estilo *bomber* llena de parches. Dio unos pisotones en el piso con unas zapatillas negras y sacudió el cabello suelto después de ponerse unas gafas de sol. Comenzó a hacer el pasito de baile que habían creado para la campaña en TikTok.

Mason dejó su móvil en el escritorio y tomó asiento sin dejar de observarla. Era preciosa. Desde la noche que habían pasado juntos no habían hablado del tema. En la oficina se relacionaban de manera amistosa, pero sin traspasar los límites, aunque en varias oportunidades habían ido a tomar algo después del trabajo y no había podido evitar besarla. En aquel momento, se preguntaba en qué estaba pensando la primera vez que hablaron, que no fue capaz de darse cuenta de lo hermosa que era. Solía tener la cabeza tan desbordada de información, que supuso que se perdía algunas cosas. O tal vez lo que la hacía hermosa, era que ahora la conocía. Que sabía que era sensible y protectora con las personas que consideraba importantes. Que era capaz

de apostar todas sus fichas en una persona que no conocía, solo porque algo dentro de ella le decía que era importante. Que lo hacía reír y que estaba seguro de que sería capaz de atravesar sus sueños más terribles para rescatarlo.

Apoyó el codo en el escritorio y dejó caer la cabeza. Había caído de lleno a los pies de esa mujer. Se rio y regresó la mirada a ella, que acababa de terminar con el baile.

—Somos virales. —Apoyó ambas manos en el escritorio y se inclinó hacia él—. VI-RA-LES.

Mason frunció el ceño y rio.

—Sí, me llamó una tal Cindy de base de datos y me dijo que hubo un récord de registros, por eso vine más temprano.

—Ladeó la cabeza, extrañado—. ¿Y cómo es posible que no hayas llegado tarde como todos los días?

—Porque somos virales, Mason. —Todavía en la misma posición, se inclinó un poco más y le dio un beso suave en los labios—. Perdón. Estás más lindo que el vikingo con aires de Thor hoy, a lo mejor es porque sos viral y eso me resulta *sexy*.

Él se rio, incrédulo.

—No entiendo absolutamente nada.

Jazlyn resopló y se enderezó.

—Me desperté temprano. A eso de las seis de la mañana. Estaba muerta de sed así que fui a buscar agua y tuve la mala idea de abrir TikTok. —Llevó ambas manos a la cara y lanzó un grito—. Todos, pero TODOS los *influencers* más importantes hicieron nuestro *challenge*.

—¿Qué?

—Entonces, la gente no está parando de replicarlo. Es tendencia en este momento.

—No puede ser.

—Y la mayoría asocia el aroma de Pumpkin Spice de Oh, Honey! con el otoño. No son muy originales, pero no nos importa.

—¿Están usando el filtro que diseñaste? —preguntó Mason, orgulloso por el trabajo que habían hecho juntos.

—Sí. También en Instagram —respondió con una sonrisa enorme.

Eran las ocho de la noche cuando abandonaron la oficina. Mason había tenido reunión con el equipo de base de datos y con el departamento de *marketing* de Oh, Honey! que estaban entusiasmados por los resultados de la campaña. Jazlyn había diseñado unas plantillas para Instagram que publicarían al día siguiente en la cuenta de la marca con la idea de incentivar a los seguidores a que participaran del mismo desafío que habían creado para TikTok. Oh, Honey! era una marca con una gran diversidad de clientes, así que querían abarcar todas las redes sociales para llegar a los distintos grupos etarios.

Fueron a cenar a Bronson's, una hamburguesería en el SoHo que quedaba medianamente

cerca de la casa de Mason y que servía las papas fritas más crujientes de la ciudad. La noche estaba agradable, con una brisa cálida y suave. Mason estaba cansado, había trabajado muchas horas y con demasiada intensidad. Taylor había aparecido solo un par de horas y con mala cara, como si en realidad hubiese deseado que la campaña saliera mal.

Justamente por eso, había invitado a Jazlyn a cenar. Sabía que si regresaba solo a casa se enroscaría en el hecho de que había pasado los últimos meses trabajando con su mayor esfuerzo, para que luego su jefe no se detuviera un instante a felicitarlo. Era su obligación, eso lo tenía claro. Le pagaban justamente para que hiciera eso, sin embargo, él esperaba un reconocimiento. Al menos una vez en la vida en la que no se sentía un inútil, le hubiese gustado que se lo mencionaran.

—¿Ordenaste? —preguntó Jazlyn en cuanto entraron al departamento.

—Sí, porque va a venir mi hermano y me da vergüenza.

—Dijiste que venía en dos meses.

—Bueno, voy a ir de a poco. Tengo que pintar el techo. No creo que lo haga, pero es la intención.

Jazlyn apoyó dos botellas de *soju* sobre la mesa y conectó su móvil con el parlante. Luego fue a saludar a Gato que maulló lentamente y se acurrucó en sus brazos. Mason sonrió. Estaba cansado, pero todavía no tenía ganas de ir a dormir y lidiar con la vida de un vikingo. Por eso le propuso a Jazlyn tomar algo en el departamento y no hablar ni de sus sueños ni del trabajo.

—La única bebida alcohólica que disfruto es la cerveza

—mencionó Mason cuando Jazlyn le entregó una botella de *soju*. La chica se quitó la chaqueta y abrió su propia botella—. Estás preciosa hoy.

Las palabras escaparon de sus labios como cuando en sus sueños se dejaba llevar. No las había procesado como solía hacer y le parecía bien porque, de todas las oportunidades en las que había pensado que Jazlyn era bonita, era la primera en la que se lo hacía saber. Ella sonrió y llevó la botella a la boca. Hizo un gesto de placer luego de tragar.

—Vos estás bastante bien también.

Abrió la aplicación de música y eligió un disco de Nirvana. Mason tomó asiento en la cama y abrió la botella, temeroso. Jazlyn se acercó moviendo su cuerpo lentamente al ritmo de la música y tomó asiento en el regazo de él.

—No me va a gustar esto. ¿De qué es?

—No voy a decirte eso, estás desconfiando porque te dije que era una bebida coreana.

—Vivo a base de comida china, no desconfío en absoluto de ello. Me gusta probar cosas nuevas, pero esto pinta raro.

—Es *soju*, Mason. No tiene nada raro.

Él tomó aire, exageradamente y ella puso los ojos en blanco. Le rodeó la cintura con un brazo y sostuvo la bebida con la otra mano.

—¿Esto no perjudicará mis sueños? —Bromeó.

—Me prohibiste hablar de tus sueños, así que no voy a responderte. —Se llevó la botella de *soju* a sus labios y él la imitó.

Lo sintió suave y fresco. Parecido al vodka pero más liviano.

—Está bueno —confesó, resignado y ella lanzó una risita.

Bebieron en silencio, escuchando *Heart-Shaped Box* de Nirvana y *I Wanna Be Yours* de Arctic Monkeys y cuando apoyaron las botellas vacías en el piso, Jazlyn se inclinó y lo besó. Ese hombre que le había generado curiosidad absorbía cada vez más partes de ella. Pensaba en él todo el tiempo sin esa necesidad desesperante de ayudarlo. Porque ahora entendía por qué se sentía en deuda con él y lo había aceptado. Así como había logrado borrar esa responsabilidad de estar pendiente de Declan, había entendido que en esta vida no tenía que ayudar a Mason porque en otra no lo había conseguido. Solo quería disfrutarlo, porque él la hacía sentir bien y le concedía ser ella misma incluso cuando se reía y le decía que estaba loca o que era rara. Y, mientras él se lo permitiera, Jazlyn estaría allí, porque no había otro sitio en el que se sintiera tan centrada. Como una pieza que había encontrado su sitio.

Le quitó la camiseta con suavidad y lo observó. Sentía que conocía cada pedazo de piel que lo cubría. Él sonrió y la besó. Jazlyn pensó en lo difícil que había sido robarle una sonrisa antes y se sintió privilegiada por tener aquello que él no derrochaba. Observó sus ojos, ocultos bajo unos mechones de pelo negro que caían sobre su frente. Él se tomó todo el tiempo del mundo para desprender cada botón del chaleco de Jazlyn y luego para soltar el cinto que sostenía su falda.

—Gracias por sostenerme tantas veces, sin siquiera conocerme, ni entenderme —murmuró en su oído.

—No lo tomes como un favor de mi parte, ni como una deuda conmigo. Solo me hace feliz hacerlo. Quiero conocerte más.

—Yo también. —Tomó su rostro entre las manos y la besó con suavidad. Una vez en la cama, se recostó sobre ella—. Pero no quiero lastimarte, Lyn. Sos la única que sabe lo que me está pasando. Mi vida es caótica.

Ella lo rodeó con sus brazos y lanzó un soplo suave que le permitió ver mejor sus ojos.

—Tuvimos peores, Mason.

Se inclinó y la besó. Esa noche soñaría con la certeza de que alguien lo estaba cuidando a su lado. Y no le dio miedo dejarla entrar en su vida. No era nuevo. Ella se había metido hacía mucho tiempo... y demasiadas vidas.

Escandinavia, 803

Si Mason hubiese bebido la mitad del alcohol que llevaba bebiendo Markus, ya estaría muerto. O, tal vez no muerto, pero sí inconsciente. Sin embargo, el hombre seguía como si llevara horas bebiendo agua y Mason, que era un gran amante de la cerveza y la tomaba a diario, se preguntaba si su vida acabaría así. No en una batalla sangrienta como la que había soñado hacía tres noches, sino bebiendo hidromiel y cantando con sus amigos alrededor de esa gran mesa de madera.

Observó su atuendo. Llevaba una túnica de lino de color azul con unos pantalones marrones y botas de cuero. Estaba ataviado con anillos, brazaletes y collares de cuero. Esta vez llevaba el cabello suelto y le tocaba los hombros. En uno de sus sueños anteriores, sus amigos en estado de ebriedad habían mencionado que cada vez se parecía más al dios del Trueno. Jazlyn lo había obligado a ver todas las películas de Marvel luego, algo que había sido un placer para alguien que había leído los cómics una y otra vez. Si esos hombres que lo rodeaban ahora se enteraran de lo que habían hecho con su dios, probablemente no estarían muy contentos, pensó Mason.

—¿Cómo está la niña? —preguntó un borracho a su lado—. Tenía la cabeza completamente afeitada y el rostro cubierto de barba castaña. Su espalda era ancha y aparentaba la misma altura que Markus.

—Está bien. La llamamos Valkiria.

—Es un buen nombre. ¿Qué se siente tener la primera niña?

Mason no estaba en condiciones de hablar de paternidad y sentía que estaba bastante lejos de ello.

—Bien, siempre se siente bien tener un niño sano. Además, llegué a tiempo para conocerla en su primer día.

La respuesta, que salió de sus labios sin que Mason pensara demasiado, venía directo del corazón de Markus. Se preguntó qué había ocurrido con la niña que habían abandonado, pero no había muchas opciones posibles.

—Me dijeron que nació hoy, un rato antes de que llegáramos.

Mason que estaba llevando un enorme cuerno cargado de hidromiel a sus labios, se detuvo. ¿Ese era el día de su primer sueño? ¿Por qué no estaba en su casa con su familia?

—Sí, justo antes. Tal vez debería regresar a casa.

—Dahlia puede manejar a esos niños mejor que nadie. ¿Sabés que estuvo trabajando en la

granja hasta minutos antes de dar a luz? Me lo dijo Gerda. No podían detenerla.

Mason se desesperó de solo pensar en una mujer trabajando en una granja justo antes de dar a luz. Hacía poco había nacido su sobrina y él estaba al tanto de cómo Emily se había cuidado y el modo en el que Nick había estado atento en todo momento. Esa mujer, Dahlia, había dado a luz con su esposo en altamar, sin tener idea de cuándo iba a regresar. O si iba a hacerlo, porque en cada expedición estaba la chance de no regresar.

—Desde que nacieron los niños y dejó de participar en las expediciones debe descargar su energía de algún modo, supongo —respondió Markus con una naturalidad que inquietó a Mason. Lo entendía, era otra cultura y otros tiempos. Lo que sí le daba cierta esperanza era que ese hombre todavía sentía pena por la niña que habían abandonado en el bosque.

Se puso de pie de repente y completamente decidido. Había pensado que se marearía, pero evidentemente el cuerpo de Markus estaba preparado para la cantidad excesiva de alcohol que había consumido. Pensó en que si otra vez estaba soñando con ese día, era porque la clave estaba allí. O, al menos, así había ocurrido con Dodek y el escape. Si había regresado a ese día era porque algo había quedado pendiente. Saludó a su amigo y salió.

Lo golpeó el frío de la noche y la certeza de no tener idea de hacia dónde dirigirse. Sin embargo, Markus se movió haciendo el mismo recorrido de aquella vez cuando el barco los había dejado en esa misma costa.

Atravesó el bosque, ahora más frío y oscuro, y supuso que la niña no habría podido soportar las bajas temperaturas. Caminó lentamente y se preguntó si recogerla no significaría un mal presagio para su familia. Mason sabía que ningún dios castigaría a una persona por salvar una vida, así que le dio las fuerzas necesarias a Markus, que se acercó lentamente hacia el río. Miró a su alrededor para orientarse, pero el sonido del llanto de un bebé lo alertó.

Corrió siguiendo el sonido hasta que encontró a la niña envuelta en la misma manta, pero con los piecitos fuera. Estaba pataleando mientras lloraba y Markus se la llevó al pecho, desesperado por darle calor. Cuando la niña se calmó, se dirigió a la casa. Sabía que Dahlia nunca se negaría a darle cobijo a la niña y que no temería por ese mal presagio, pero estaba asustado porque no sabía a quién pertenecería ni qué significaría para el resto de las personas. ¿Le temerían? ¿Comenzarían a huir de ellos? De algún modo, Mason le hizo saber que no importaba.

—Markus, ¿ya regresaste? Pensé que se extenderían los festejos. —Se sorprendió Dahlia al verlo llegar. Llevaba una túnica hasta los tobillos y el cabello suelto.

—Decidí regresar antes. Quería pasar tiempo con vos y con los niños.

Dahlia se acercó lentamente, con los ojos puestos en la niña.

—¿Quién es? —preguntó.

—Más temprano la abandonaron junto al río. Tiene una malformación.

Dahlia torció el gesto y la observó. Esbozó una sonrisa suave.

—Es muy bonita, probablemente haya nacido hoy. Igual que Valkiria.

—Supongo que sí. —Markus sonrió—. Y si la llamamos así por mí, entonces llamaremos a ella Engla, (7) en tu honor.

Dahlia sonrió y tomó a la niña en sus brazos, con el mismo amor con el que había tomado a

Valkiria por primera vez.

Cuando el cuerpo de Markus comenzó a brillar, Mason enfocó todas sus fuerzas en despertar. No quería arruinarles el momento. Sin embargo, Markus y Dahlia no lo vieron. Estaban sonriéndole a esa nueva hija que había llegado a sus vidas.

7. Engla es un nombre de origen vikingo que significa “ángel”.

Nueva York, 2023

La idea era que las campañas no se solaparan. Y, de hecho, lo hubiese conseguido si lo de Oh, Honey! no hubiese sido un suceso. Los registros seguían en ascenso y la campaña en redes se había transformado en algo orgánico. La marca estaba en boca de todos y los aromas insignia estaban faltando en las góndolas. Mason creía en el *marketing*, por eso se dedicaba a ello y ponía su esfuerzo en cada campaña, sin embargo, esto había traspasado los límites de lo que él podría haber esperado hasta en el mejor de los casos.

Estaba en medio del Bryant Park, por suerte había pasado una grata noche sin sueños, como ocurría siempre que resolvía el enigma de la vida con la que soñaba. Algunas resoluciones eran más claras, como la despedida de Carmelo, el divorcio de Margaret, el escape de Dodek junto con sus amigos o el rescate de esa niña abandonada. Pero en otras oportunidades, Mason sentía que se trataba de algo más bien ligado a los sentimientos. Como cuando Arai logró confesar lo que sentía por Yasu. Todavía le resultaba complicado entender qué había resuelto Josephine falleciendo a los ocho años. Puede que Jazlyn tuviera razón y que su pérdida hubiese servido de aprendizaje para los seres queridos de la niña. Pero él, que había perdido a una hermana de dieciséis años, no podía ver tal cosa como un aprendizaje.

Chasqueó la lengua. La noche anterior había podido descansar y no quería enroscarse con esos sueños cuando tenía un sábado por delante cargado de trabajo. Ya tendría que preocuparse de ello esa misma noche cuando, si las cosas seguían su rumbo, se enfrentaría a una nueva vida. Había pensado en invitar a Jazlyn a dormir a casa, pero no quería que se transformara en costumbre. No porque no quisiera, sino porque le daba pánico arruinar las cosas. Si por él fuese, hubiese invitado a Jazlyn cada noche. Le gustaba dormir con ella porque se sentía protegido, pero también porque le gustaba mucho despertarse a su lado. Cada tanto, pensaba en qué le diría a Nick cuando viajara a Nueva York y le preguntara qué había logrado cambiar. A veces pensaba en mencionarla a ella, pero él no había hecho nada más que abrirse y confiar. Jazlyn no era un logro, sino un regalo.

—Las carpas están desordenadas. —Oyó la voz de Taylor a su lado y sintió que el nerviosismo se apoderaba de él. No había aportado absolutamente nada en la campaña de Oh, Honey! y mucho menos en el evento de Boost que tenía lugar aquel día. Entendía que era su jefe, pero lo ponía de los nervios que lo único que hiciera fuera criticar. No aportaba nada, salvo quejas que, en la mayoría de los casos eran inoportunas. Además, le molestaba mucho que ni

siquiera lo hubiese alentado por el éxito de la campaña de Oh, Honey! Se sentía un necio, pero se daba cuenta de que siempre acababa decepcionado por esperar algo de su jefe.

—Tenemos dos horas hasta el evento. Ya vamos a dejar todo en perfectas condiciones, no te preocupes. —Se movió hacia donde comenzaba a llegar el personal que trabajaría en el evento. En situaciones normales, serían varias personas encargándose de la organización, pero como en el equipo de Taylor eran solamente dos y uno era Taylor, todo quedaba en sus manos. Por suerte, dos compañeros de otro equipo habían llegado hacía un rato para ayudarlo.

—¿Por qué hay dos ejecutivos del equipo de Aguirre?

—preguntó Taylor, mientras Mason se encargaba de orientar a los trabajadores que iban llegando.

—Solo vinieron como apoyo, fue algo solidario que nació de ellos y no vamos a echarlos porque su ayuda nos sirve.

—Era una pregunta, Daft. Estás muy nervioso, no vas a llegar ni a la mitad del evento con ese humor.

Mason suspiró y lo vio alejarse. Con viento a favor, en un par de horas se aburriría y regresaría a casa dejándolo trabajar en paz.

Recibió a la dueña de la academia de danza y a la coordinadora de la escuela de yoga que participarían en el evento y les indicó en cuál carpa se desarrollaría la actividad de cada una. Se puso a su disposición para lo que necesitaran y luego le dio la bienvenida al ejecutivo de la marca de batidos proteicos que tendría un *stand* en medio del parque y a la nutricionista *influencer* que brindaría charlas para los asistentes.

Más tarde, recibió a los jóvenes que estarían a cargo del registro de los asistentes, la entrega de las pulseras y los puestos de orientación. Para cuando llegó la hora del evento, estaba todo listo y él ya estaba agotado. Por suerte, la directora de *marketing* de Boost estuvo a gusto en todo momento y alguno de los ejecutivos de su equipo lo ayudaron cuando la carga de trabajo fue demasiada para él solo.

Hacia la mitad de la jornada, con Jazlyn a su lado probando una de las bebidas proteicas y ayudando a Mason en lo que pudiera, recibió a algunos periodistas que estaban acreditados para cubrir el evento. Uno de ellos pertenecía a una de las revistas de deportes más prestigiosas de Nueva York en donde Boost solía poner anuncios.

—¿Jazlyn Yu? —preguntó el periodista después de que Mason lo pusiera en tema respecto al evento.

—Sí —respondió ella, visiblemente incómoda.

—¿Se conocen? —interrumpió Mason—. Ella es quien diseñó los *flyers* y los pósteres de campaña, además de todos los letreros que vas a ver en el evento.

Por supuesto que sabía que la conocía por ser la hija del presidente de la empresa para la que trabajaba, pero Mason decidió cambiar el rumbo de la conversación porque tenía claro que Jazlyn odiaba que su existencia solo se redujera a eso.

—Hiciste un gran trabajo —dijo el periodista, irónicamente.

A Mason no le caían especialmente bien los periodistas. Le daba la sensación de que, la

mayoría, actuaban como si fuesen seres superiores al resto.

—La verdad es que el *marketing* actual, no subsiste sin un buen diseñador —remarcó Mason, porque valoraba profundamente el trabajo que había hecho Jazlyn. Más allá de que estuvieran juntos, la consideraba una diseñadora maravillosa—. Ya quedó demostrado con nuestra campaña para Oh, Honey! Tuvo un gran impacto. Entiendo que la marca pauta con ustedes en algunas de sus revistas de moda y decoración, pero lo que logramos junto con Jazlyn con esa campaña en Internet demostró que, cuando está bien ejecutado, el éxito no pasa exclusivamente por los medios tradicionales.

El periodista sonrió y asintió con un gesto, antes de retirarse para comenzar con la cobertura. Jazlyn que odiaba llamar la atención le dio un codazo y se alejó con una sonrisa en los labios. Mason se tomó unos minutos para reconocerse en ese que había tenido un ataque de verborragia, solo con el afán de defender a Jazlyn.

Cuando llegó a casa ya era tarde. Tenía un mensaje de Nick, que ahora le escribía cada mañana deseándole un buen día junto con alguna foto de Bella. También lo hacía por las noches y, aunque su hermano fingía naturalidad, se daba cuenta de que era un gesto que demostraba cierta preocupación. Hasta entonces lo había dejado que fuera libre, pero desde que Mason se había sincerado, parecía que su hermano necesitaba estar allí para él y romper esa distancia que no solo estaba limitada por los kilómetros que separaban Filadelfia de Manhattan, sino la que ellos habían definido como defensa cuando Sam ya no estuvo para mantenerlos unidos.

Nueva York, 2023

Mason estaba sentado en su propia cama, el departamento estaba a oscuras y, tan solo a unos pasos, pudo verse a él mismo, conectando el móvil con el parlante. Frunció el ceño y ladeó la cabeza lentamente. Lo último que recordaba era compartir una serie de mensajes con Duncan, que había visto la campaña de Oh, Honey! en redes sociales y estaba muy orgulloso. Le había escrito para felicitarlo y a Mason le resultó de lo más natural. A lo largo de los últimos años, su amigo había estado siempre.

Después se había acostado y había observado las últimas fotografías del carrete de su móvil. No solía tomar fotografías pero, últimamente, había comenzado a hacerlo. Tal vez, aquellos sueños en sitios recónditos o tan diferentes a su propio mundo lo habían incentivado a volverse un poco más observador. A querer guardar un registro de su vida. Entonces, había acumulado unas cuantas fotografías de Bella, del evento de aquella tarde, de Jazlyn, de Tao y de Gato. Haciendo un balance, la mayoría eran de Gato. También tenía algunas de su viaje relámpago a Filadelfia y de comida.

Después de eso, ya no recordaba nada, así que supuso que estaba soñando. Se puso de pie, decidido a acercarse hacia él mismo, que estaba metido de lleno en su móvil. Supuso que estaba eligiendo una canción para reproducir, pero... se detuvo a observar su cuerpo. Llevaba la ropa con la que había dormido mientras que el otro Mason, tenía unos pantalones negros y una camiseta de Nirvana. Le dio la sensación de que se veía un poco más delgado.

Comenzó a sonar *Jesus Doesn't Want Me For A Sunbeam* de Nirvana. Una canción que siempre le había gustado. El otro Mason se movió lentamente hacia el baño y el que estaba soñando lo siguió. Se mantuvo alejado de la puerta y lo observó. Se inclinó en el lavabo y se observó en el espejo. Mason sonrió amargado. Esa angustia que estaba sintiendo aquel Mason que se observaba en el espejo era terriblemente dolorosa. Hacía varias semanas que no tenía tiempo de ahogarse en ella, pero siempre estaba allí, latente. Lista para sorprenderlo y desestabilizarlo.

Se observó un rato más y cuando se incorporó, dispuesto a apagar la luz y salir del baño, Mason se sintió atravesado por una ráfaga de reconocimiento. De repente, como si un rayo hubiese caído desde el cielo y hubiese rajado la tierra a sus pies, comprendió todo. Recordaba esa noche. No había sido hacía mucho tiempo, aunque varias cosas habían cambiado. Todavía sentía que su vida era un fracaso y ese departamento le resultaba deprimente. No estaba conforme con

su trabajo ni con su vida en general, pero sí podía manejar ese momento.

Abrió la puerta justo cuando el otro Mason apagaba la luz del baño. Bajó las escaleras del edificio al galope, con la garganta ardiendo y el corazón acelerado. ¿Por qué estaba soñando eso? Se trataba de la misma noche en la que sus sueños con las vidas pasadas habían comenzado. Abrió la puerta del edificio y una brisa suave lo sacudió.

La primavera estaba empezando, todavía no había sentido en su piel las huellas de sus vidas pasadas. Bella no había nacido. Jazlyn era una simple compañera de trabajo de la cual no sabía siquiera su nombre.

Cerró los ojos y sintió el aroma de la ciudad. Cuando llegó allí por primera vez, lo habían sorprendido los aromas. Los carros de comida en las avenidas, el sabor delicioso de los restaurantes de comida india o china. El aroma de una ciudad agitada, un sitio al que llegó para cumplir sueños.

Cruzó la calle y se detuvo justo enfrente del edificio. La fachada de ladrillos rojos con esas ventanas y balcones oxidados era preciosa a su modo. Típica. Tan neoyorkina como él había soñado a los quince años. La vida lo había llevado a odiar lo que un tiempo antes había deseado. Suspiró y observó sus pies descalzos sobre la acera. Tenía el alma rota.

Levantó la vista nuevamente y se observó abriendo la ventana y saliendo al balcón, temeroso. Vio cómo se detenía a observar el cielo. Recordó las estrellas que lo habían sorprendido. Sintió una pena profunda por ese Mason, que todavía era el mismo. Que odiaba su vida y que pensaba que nada podía ser tan bueno, si una vez había ocurrido algo tan malo como perder a su hermana, una chica inocente de dieciséis años.

Se secó las lágrimas con el antebrazo y percibió cómo comenzaba a perder la fuerza en las piernas. En esos sueños que había tenido, había cambiado el rumbo de muchas vidas a partir de sus decisiones. Hoy podía hacer lo mismo, pero esta vez, las consecuencias lo afectarían a él directamente.

Podía cambiarlo todo. Quedarse allí y verse caer. Tenía la chance de dejar que ese Mason no conociera a su sobrina, ni a Jazlyn, ni consiguiera tener una campaña exitosa en la empresa. Lo ayudaría, porque su vida seguiría siendo igual de agobiante. Taylor continuaría con su tortura y Nick visitaría Nueva York para comprender que su vida era un fracaso. ¿Y Jazlyn? Tal vez fuera mejor para ella ni siquiera conocerlo.

Pero en ese momento, recordó a Dodek Zajac. Ese chico que también había sido él alguna vez. Había enfrentado las peores aberraciones posibles, solo por la esperanza de vivir. Entonces, suspiró. Había resuelto seis vidas, no podía fallar justo en la última.

Mason, todavía en el balcón, cerró los ojos y los volvió a abrir al cabo de unos instantes. Luego, levantó la pierna derecha.

Mason, que lo observaba todo desde enfrente, se ocultó bajo las sombras y en medio del silencio de la noche, gritó:

—¡NO!

Nueva York, 2023

Mason estiró el brazo para detener la alarma que parecía retumbar dentro de su cabeza. En la torpeza, golpeó la estatuilla que estaba sobre los cómics y cayó detrás de la mesa. En otro movimiento, el móvil cayó hacia delante. Mason gruñó y se inclinó hacia el piso para tomarlo. Con la vista todavía nublada, verificó que la pantalla estuviera sana y salva. Suspiró aliviado. Empezar el día con el móvil destruido no era lo que se llamaba un buen presagio.

Como todos los días, tomó asiento en la cama y revisó que no tuviera ninguna llamada o mensaje importante. Encontró lo que ya era habitual: una foto de su sobrina acompañada de un saludo de buen día de parte de su hermano. Desde que habían hablado con sinceridad en Philly, Nick había actuado diferente. Como si se hubiese cansado de darle espacio o como si hubiese concluido en que hacerlo no tenía sentido.

Mason respondió el mensaje con una foto de Gato que, contrario a todas las mañanas, estaba enroscado a sus pies, todavía dormido. Era la primera vez que abría los ojos y no lo encontraba sentado observándolo.

Suspiró y dejó el móvil sobre la cama. Recordaba aquel sueño tan vívido como los anteriores, solo que esta vez se sentía diferente. Llevaba meses soñando con vidas ajenas, con cuerpos que alguna vez habían contenido su alma. Había viajado de Italia a Reino Unido. Había conocido tiempos antiguos y vidas llenas de sufrimiento, pero esa noche le había tocado ver su propia vida desde afuera. Y ya no le importaba si estaba enloqueciendo o si algo mágico lo había envuelto. De cualquier manera, lo sentía como una cachetada. Como algo a lo que debía prestar atención.

No le importaba cómo o por qué había comenzado, porque no podía cambiarlo y le parecía mucho más maduro tomarlo y aprender. Se puso de pie como todos los días, dispuesto a comenzar con la rutina que consistía en darse una ducha (cuando tenía tiempo), vestirse, salir y comprar un café negro sin endulzar antes de treparse al metro. Se detuvo. No tenía sentido apurarse, llevaba años corriendo y cumpliendo con todas y cada una de sus tareas en el trabajo y a nadie le importaba.

Se dio vuelta y observó la ventana. Estaba nublado y advirtió unas gotitas ligeras que marcaban el cristal. Se puso de rodillas sobre la cama y contempló el paisaje. La tienda de pescados de enfrente todavía estaba cerrada, pero dos hombres descargaban mercadería. La pastelería china llevaba cerrada ya hacía tres años y Mason extrañaba el aroma de las delicias que a veces compraba para comer camino a la oficina. Bajo ese toldo había estado en aquel

sueño. Desde allí se había observado mientras atravesaba el momento más desolador de su vida. Y ahora lo sentía tan lejano, que le costaba entender.

Se preparó un café y encendió la *laptop*. Resolvió todo lo que estaba pendiente de la campaña de Oh, Honey! y luego se dio una ducha. Revisó su cuenta bancaria y confirmó la sospecha de que no le quedaba mucho dinero. Entre el viaje sorpresivo a Philly y que llevaba comiendo puro *delivery*, el sueldo le duraba cada vez menos. Se deslizó en el asiento y golpeó la mesa con el bolígrafo. Oyó la lluvia golpear los cristales con mayor intensidad. Hizo algunas cuentas y analizó diferentes escenarios. Cuando ya estaba llegando notoriamente tarde al trabajo, se puso unos *jeans* negros, una camiseta estilo polo azul y unas zapatillas negras aptas para el día lluvioso.

Saludó al papá de Tao en cuanto salió del departamento. Estaba acomodando unas estatuillas doradas en un estante que bloqueaba la salida del edificio. Sonrió.

Esta vez no compró el café negro, pero saludó al dueño de la tienda desde afuera. Una vez en la oficina, descargó el archivo que se había enviado por correo y lo imprimió justo cuando Taylor apareció y empezó a hacerle encargos y comentarios. Ninguno de ellos relacionados con lo bien que había resultado el evento de Boost ni a cómo venía creciendo la campaña de Oh, Honey! Por primera vez en cinco años, no le importó.

Se dirigió al sector de diseño, que era mucho más grande que su oficina, y fue hacia el escritorio de Jazlyn que estaba trabajando con los auriculares puestos. Se los quitó de inmediato y lo observó.

—Yo tampoco uso paraguas —dijo, con una sonrisa.

Mason tenía el pelo mojado y la camiseta húmeda. La estación del metro estaba cerca de la oficina, pero estaba lloviendo más de lo que él había notado antes de salir de casa.

—¿Cómo estás? —preguntó, al tiempo que se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

Jazlyn enarcó las cejas, sorprendida. Ella ya lo conocía. Sabía cómo era él en la intimidad. Era demostrativo, muy gracioso y bastante más *sexy* de lo que ella había imaginado. Pero no solía actuar de ese modo frente a otras personas.

—Bien. —Se detuvo, nerviosa por sentirlo tan raro—. ¿Dormiste bien?

Era una pregunta en clave. Así como él había sospechado que soñaría con una nueva vida tras la noche en blanco después de la vida del vikingo, ella también lo había considerado.

—Sí, muy bien —mintió. Ella frunció el ceño, claramente descreída—. Voy a entregar esto, pero quería que lo vieras antes. —Le extendió la hoja de papel que había impreso.

Mason carraspeó mientras Jazlyn leía atenta y se giró para saludar a Ricky que estaba trabajando en el diseño de un portal que, por supuesto, era de lo más aburrido que Mason había visto.

—Es una carta de renuncia —murmuró Jazlyn cuando terminó de leer—. ¿Vas a presentarla ahora?

—La voy a llevar a recursos humanos ahora, luego hablaré con Taylor.

—¿Pasó algo? —Se mordió el labio inferior—. Vas a dejar la campaña de Oh, Honey! a medias, después de tanto trabajo.

—Eso es lo que más pena me da, pero creo que lo más difícil ya está hecho. Taylor va a poder continuarlo. Fue una buena inyección de confianza, ahora sé que puedo hacerlo.

—Ya lo sabías. No necesitabas de esa campaña ni de esos resultados.

Era cierto. Mason siempre se había tenido confianza en su trabajo, tal vez por eso esperaba cierto reconocimiento que nunca llegaba. No era un gran momento para dejarlo, pero era el momento. Él sentía que si no lo hacía esa mañana, ya no se atrevería. Y tenía que salir de ese círculo vicioso, tenía que probarse que podía empezar de cero y que existían otras empresas donde valorarían sus esfuerzos. O tal vez no, pero debía intentarlo.

—Gracias por tu ayuda, Lyn. —Extendió la mano y tomó el papel de las manos de ella—. Fue toda una experiencia trabajar con vos. Quiero que sepas que valoré muchísimo tu esfuerzo, a veces no soy muy demostrativo y menos en cuestiones laborales. Tenés talento.

—Te voy a extrañar —susurró Jazlyn y Mason esbozó una sonrisa suave. En otro momento, le hubiese dicho que él también y hubiese tomado ese comentario como un adiós.

Pero esa mañana se sentía diferente. Llevaba meses resolviendo vidas ajenas. Tomando la palabra para hacer lo que esas personas no podían. ¿Cómo era posible que fuese tan fácil solucionar problemas de desconocidos y no los propios? Claro, estaban las consecuencias. En esos sueños, él descifraba el camino y conducía a las personas hacia la solución, pero luego se esfumaba y no enfrentaba ningún tipo de resultado. Ahora, era diferente. Entendía hacia dónde ir, pero no tenía claro qué iba a encontrar o a qué se iba a enfrentar. Sin embargo, sentía que aquella vida no era tan mala como él había pensado de un tiempo a esta parte. Después de ver morir a Josephine con ocho años de edad o a Margaret intentando lidiar con la violencia, se preguntó cómo no iba a ser capaz de renunciar a un trabajo y buscar uno nuevo. Era su problema y, por supuesto que le afectaba y eso estaba bien, pero no apilaba muertos como Dodek Zajac ni sentía las cenizas de su pueblo sobre sus hombros. Si antes lo había logrado, ahora también debía intentarlo.

—Supongo que te referís a que vas a extrañarme en la hora del almuerzo y eso —dijo Mason, estiró la mano y tiró de Jazlyn, que se puso de pie—. En principio, hoy a la noche quiero festejar por haberme decidido y probar el *soju* saborizado del que me hablaste.

Después de pasar por el área de recursos humanos, Mason regresó a la oficina y se preocupó al ver el rostro de Taylor. Estaba enojado porque había desaparecido media hora. Tal vez tuviera razón, pero estaba próximo a enojarse más. Mason suspiró y se recordó que no tenía motivos para preocuparse por Taylor.

—Acabo de presentar la renuncia —afirmó—. Hubiese preferido darles más tiempo para encontrar un reemplazo, pero no estoy en condiciones de continuar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Taylor, pero continuó antes de que Mason fuera capaz de responder—. Si fueras un niño de veinte años lo entendería, pero es una actitud irresponsable y poco solidaria.

—Taylor, no estoy en condiciones de seguir porque lo que soporté tantos años, ya no quiero tolerarlo. —Suspiró—. Siempre esperé algún reconocimiento de tu parte cuando hacía un buen trabajo y con el afán de contentarte soporté cosas que no fueron justas.

—Tu trabajo es hacer las cosas bien. No tengo que hacer un escándalo cuando te pagan por ello.

—Sí, sé que es tu modo de pensar. Pero a veces a las personas nos hace bien un cumplido, sobre todo cuando nos lo merecemos. —Taylor quiso hablar pero Mason lo detuvo con un gesto—. Sé que tomabas mis ideas y las presentabas como propias, así que supongo que estabas conforme con mi trabajo y decidí dejarlo pasar. Sin embargo, hace algunas semanas descubrí que algunos aumentos que se hicieron nunca llegaron a mi bolsillo. Hice las consultas en recursos humanos y descubrieron que habías hecho un acuerdo con alguien del departamento para que los desvíen hacia tu cuenta. Eso no lo puedo dejar pasar, por suerte, voy a recibir todo ese dinero y me va a ayudar hasta que encuentre un empleo nuevo.

Taylor se mantuvo callado. No respondió a las acusaciones de Mason ni continuó la conversación. Solo se mantuvo allí, observando cómo Mason colocaba sus pertenencias dentro de una caja. A pesar de que llevaba cinco años en esa empresa y que la oficina ya era como su propia casa, no tenía mucho que llevarse. Guardó su taza con el logo de los 76ers, unos cuadernos y libretas. Antes de abandonar la oficina con la caja bajo el brazo, se detuvo frente a Taylor y esbozó una sonrisa suave. Fue sincero.

—Aprendí mucho. Supongo que todo lo que sé de *marketing* lo conocí en esta empresa. La universidad aportó mucha teoría, pero todo lo demás lo descubrí aquí. —Taylor asintió con un gesto lento—. Gracias, porque de una manera tal vez un poco cruel, me obligaste a mejorar.

Mason no quiso despedirse de nadie, así que con la caja bajo el brazo abandonó el edificio. La lluvia todavía era intensa, así que decidió tomar un taxi. Podría haber dejado la caja en casa, pero aun sabiendo que estaba tomando una decisión correcta, se sentía culpable.

Le indicó el destino al chofer y observó la ciudad bajo la lluvia. Siempre le habían gustado los días lluviosos, pero en Manhattan eran todavía más lindos. Todo era pintoresco y agradable, incluso cuando estaba plagado de gente o el aroma de la basura o la comida de los puestos era intenso. Esa ciudad había sido su sueño por muchos años, pero hacía unos cuantos que había dejado de verla y de vivirla.

Observó los edificios, las tiendas y los puestos de comida. Cuando el taxi se atascó en la zona del Times Square, se inclinó para ver las marquesinas. Era de día, pero ese pedazo de la ciudad era mágico a toda hora. Las luces se reflejaban en los charcos de agua y los turistas tomaban fotos bajo los paraguas.

Había llegado. Estaba exactamente en donde había soñado pero, hasta entonces, había estado demasiado ocupado para notarlo o disfrutarlo. Primero, acostumbrándose a la universidad y a estar lejos de su familia. Luego, adaptándose al trabajo y más tarde, intentando conseguir un ascenso o un reconocimiento que le permitiera mudarse. En ese momento, se preguntó si realmente lo haría. Tal vez, ese pequeño departamento acabara siendo especial. Probablemente, a los sesenta años lo recordaría como un sitio hermoso, plagado de recuerdos. Del mismo modo

que recordaba su casa en Philly, incluso cuando había sido el lugar en el que había perdido a Sam.

Suspiró y apoyó la cabeza sobre la ventana. Sintió las gotas golpeando cerca de él.

Pensó en Taylor y lo que le había contado Jazlyn acerca de los acuerdos entre almas. Tal vez, había necesitado cruzarse con alguien como él. A lo mejor, esos grupos de almas que se cruzaban una y otra vez, se ayudaban para evolucionar. Para aprender. Y aunque Mason la había pasado terriblemente mal por culpa de Taylor, era cierto que había aprendido. No solo de *marketing*, sino también de la vida. A hacerse valer. A confiar en su capacidad. A tomar decisiones arriesgadas. Sin Taylor Foster, ¿cómo hubiese aprendido todo aquello?

Todavía con la caja bajo el brazo y las zapatillas llenas de agua, entró en las oficinas de Oh, Honey! Se anunció en recepción y aguardó por Caroline. Sabía que la mujer y su equipo estaban entusiasmados con la campaña y que renunciar justo en ese momento generaría inconvenientes y malestar, pero él ya no quería vivir a través de la satisfacción de los demás.

—Mason —exclamó Caroline y le pidió que ingresara a su oficina. Eso le dio la pauta de que ya estaba al tanto.

—Caroline —dijo Mason, mientras tomaba asiento—, me siento fatal por esta situación.

La mujer cerró la puerta y tomó asiento frente a él.

—Taylor me acaba de enviar un correo con la noticia. Sé que sos muy responsable. ¿Hay algo que podamos hacer? Trabajamos con la agencia hace muchos años, puedo hablar directamente con el presidente.

Mason sonrió, sorprendido.

—Gracias, pero fue una decisión propia. Llevo un buen tiempo con la necesidad de un cambio y sé que no es el mejor momento porque estamos en medio de una campaña, pero Taylor va a poder llevarlo sin problemas y la diseñadora es muy proactiva, va a poder apoyarlo sin problemas. —Suspiró—. Solo quería pedirte disculpas personalmente, porque no soy una persona que deje las cosas a medias.

Carolineladeó la cabeza.

—Sos muy responsable, lo sé. De hecho, seguimos trabajando con la agencia por vos. De ser por Taylor, ya hubiésemos cancelado el contrato hace tiempo.

—Gracias, es bueno escucharlo. La marca me gusta y siempre fue un honor trabajar con ustedes. Ojalá esta campaña hubiese llegado en otro momento.

—¿Y dónde vas a trabajar? —La mujer lo interrumpió, en el intento de quitarle la culpa.

—No lo sé, me voy a poner en campaña hoy mismo.

Caroline se acomodó en la silla.

—Un momento. Nosotros llevamos hace tiempo intentando dejar de tercerizar las campañas. Tenemos la idea de ampliar el departamento de *marketing* y que todo el trabajo que hacen en la agencia lo hagan empleados de la compañía. —Sonrió—. Me gustaría mucho que estuvieras a cargo de este proyecto.

Mason titubeó. Eran muchas decisiones para tomar en tan poco tiempo.

—Puedo pensarlo.

—Bueno, serías líder de proyecto con gente a cargo. Tu salario sería el triple del que cobrabas en la agencia.

Mason la observó. Tenía la caja sobre sus piernas y el corazón le latía desesperado. No podía creer que una simple decisión hubiese desembocado en ello. Un solo cambio en la rutina había desplegado frente a él la teoría del caos.

—Creo que podría hacerlo.

Caroline se puso de pie, entusiasmada.

—Tomate lo que queda del mes. Hoy por la tarde te envió la propuesta detallada por correo. —Le entregó un papel—. Dejame tu correo personal. Mason, va a ser un honor tenerte en el equipo.

Nueva York, 2023

Mason se llevó una mano a la cabeza y deslizó su cabello hacia atrás. Cada tanto, se tomaba el tiempo de observar el techo del departamento. Podía recordar exactamente dónde habían estado las manchas de humedad y la extensión que abarcaban. Sentía una especie de paz mental cuando se encontraba ante una superficie lisa y pulcra.

Tampoco es que le había costado tanto hacerlo. Al día siguiente de su renuncia a la agencia, compró dos botes de pintura color crema y el resto de los elementos necesarios y dedicó esa semana a pulir y enmendar la superficie antes de pintar. Por suerte, al cabo de un mes ya había cobrado el dinero de los aumentos que nunca había recibido, así que pudo pagar todas las compras que había hecho con la tarjeta de crédito.

Además, ya llevaba dos meses trabajando en Oh, Honey! y cobrando un salario mucho más apropiado a las horas y el esfuerzo que le dedicaba a sus tareas. Por primera vez, estaba conforme con su trabajo. Le gustaba el desafío de armar un equipo y el hecho de que en la empresa confiaran en él. Caroline le había dado libertad a la hora de contratar su propio equipo y tomaba siempre en cuenta sus ideas. Era un gran salto. Ahora tenía mucha más responsabilidad, pero él siempre se había tenido confianza, de modo que estaba tranquilo y a gusto.

—Ya podés dejar de mirar el techo con esa cara de enamorado. —Bromeó Jazlyn, que tenía el cabello anudado sobre la cabeza y unos mechones rebeldes caían alrededor de su cara.

—El techo es una maravilla, pero mi cara de enamorado solo le pertenece a cierta decoradora de interiores.

Se giró y se acercó a ella en dos zancadas, la tomó de la cintura y la besó. Jazlyn sonrió cuando él dejó de besarla y puso una escoba entre el cuerpo de ambos.

—Hay que barrer, en dos horas llega tu hermano.

Mason resopló y tomó la escoba. Llevaban los últimos dos días restaurando y redecorando el departamento. En realidad, era todo obra de Jazlyn porque Mason confiaba ciegamente en su sentido de la estética y había decidido dejarlo todo en sus manos.

Mientras ella había planificado una redistribución y una organización para que Mason no tuviera todo revuelto, él había pintado las ventanas, que ahora ya no estaban oxidadas y daba gusto observarlas. La cama continuaba allí, pero había comprado una colcha suave y mullida que Gato ya había adoptado como propia. Junto a la cama, estaba la misma mesa de siempre, con una pila de cómics.

En el centro, había cambiado la mesa rectangular por una redonda que había conseguido en una tienda de segunda mano y había pintado él mismo. Jazlyn se había encargado de restaurar unos tablones para transformarlos en estantes en los que Mason había acomodado su calzado y algo de ropa. Sobre la pequeña mesa que estaba junto a la cama, Lyn había colocado otros estantes más pequeños donde Mason había acomodado algunos de sus cómics y la primera foto que se había tomado con Bella, su sobrina.

—Los cómics de la mesa deberías ponerlos en los estantes y dejar allí solo el que estés leyendo —dijo Jazlyn.

—Sí, mi capitán.

—No te hagas el gracioso, el departamento está quedando increíble, pero tenés que ser más ordenado.

—Lo intentaré —respondió Mason que realmente quería lograrlo. El orden y la puntualidad eran dos cosas difíciles de manejar en su vida.

Tomó los cómics que estaban sobre la mesa y dejó solamente el que estaba leyendo. Acomodó el resto sobre el estante donde Jazlyn había puesto también una pequeña planta que le prometió que no necesitaba mucha atención. Deslizó la escoba debajo de la cama y luego movió la mesita para barrer detrás. Frunció el ceño cuando vio algo entre la mesa y la pared. Se puso en cuclillas y se lamentó al descubrir de qué se trataba.

—¿Qué pasa? —Se acercó Jazlyn preocupada.

—Esta estatuilla. —Se puso de pie y se la mostró a Jazlyn.

—Yo lo que veo no es una estatuilla, sino pedazos.

—No seas cruel, que estoy herido. A veces te domina el alma de Keitaro.

Jazlyn lanzó una carcajada.

Mason ya no había tenido más sueños relacionados con sus vidas pasadas. De hecho, pocas veces recordaba lo que soñaba. Sin embargo, cuando lo hacía no eran más que cosas un poco alocadas, pero dentro de lo que él consideraba parámetros normales.

—Me la regaló Tao.

—A lo mejor podemos arreglarla —dijo Jazlyn, porque sintió ternura al ver a Mason tan preocupado. Era imposible repararla, parecía que le había pasado un tren por encima.

Mason resopló y se puso de pie. Le dijo a Jazlyn que regresaba pronto y salió del departamento, deseando que Tao estuviera en la tienda. Lo había visto un rato antes, así que pensó en que probablemente todavía estaría allí.

—¿Ya terminaron? —preguntó Tao, entusiasmado, cuando lo vio entrar en la tienda.

—Todavía no, pero es que acabo de encontrar la estatuilla que me regalaste. —Extendió la mano y le mostró los pedazos—. No sé cómo pasó, la tenía en mi mesita. Supongo que Gato o yo empujamos la mesa y cayó. O, a lo mejor, la golpeé dormido. —Suspiró—. Me gustaba, porque me la habías regalado vos, aunque confieso que era rara.

Chang, el papá de Tao, se acercó y observó los pedazos.

—Dudo que consigamos otra, esa ni siquiera la había pedido. De hecho, no sabía que Tao te la había dado. Llamó la atención de él desde que la encontró en esa caja.

—Es que nunca había visto algo igual —dijo el chico, tomando los pedazos de la mano de Mason.

—Creo que es Meng Po, la dama del olvido —murmuró el papá de Tao—. Es una especie de diosa de la mitología china que se asegura de que las almas listas para reencarnarse en algún reino superior no recuerden sus vidas pasadas ni su estancia en el infierno. Igual es raro... —Se inclinó para ver un pedazo en particular—. Se supone que la mujer lleva una vasija, pero esta tiene una vasija rota.

Mason lo observó atónito. Tao le había obsequiado esa estatuilla antes de la noche en la que comenzó todo. Antes de que decidiera por fin acabar con su vida y de que sus vidas pasadas empezaran a desarrollarse en sus sueños.

—Tomá —dijo el hombre y le entregó una estatuilla dorada con forma de dragón—. Un reemplazo para la otra.

Se negó rápidamente. Lo último que necesitaba era que un dragón dorado lo llevara a soñar con vaya a saber qué cosa extraña. Chang se encogió de hombros y se retiró para atender a un cliente que acababa de entrar.

Mason suspiró. Había pasado mucho tiempo lidiando con sus sueños, pero ya habían acabado y no quería regresar a ese lugar. Prefería olvidarlo y seguir adelante. Sin embargo, todavía se sentía culpable por haber descuidado el regalo de Tao, porque adoraba a ese chico.

—Odié este lugar por mucho tiempo —confesó Mason a Tao.

Si bien tenían una relación cercana y muchas veces lo elegía para pasar el rato cuando quería olvidar sus preocupaciones, nunca se había puesto del todo serio con él.

—Lo sé —murmuró Tao con una sonrisa suave.

—Encontré un amigo en vos. A pesar de nuestra diferencia de edad, tu compañía me hace bien. De verdad, no sé cómo se rompió esto porque lo cuidé muchísimo.

—No es para tanto. De hecho... —Tao frunció el ceño y suspiró—. No tengo idea por qué te la regalé, pero la vi y... no sé, algo me llevó a dártela. De verdad, no es importante.

—Soy muy desordenado y descuidado, pero nunca maltrataría un regalo.

Tao lanzó una carcajada y extendió un brazo hasta apoyar la mano sobre el hombro de Mason. Estaba muy alto. Los últimos dos años había crecido muchísimo.

—Está bien —respondió Tao, divertido por la preocupación de Mason—. No es tan grave. Es solo una estatuilla. A todos nos puede pasar que se nos rompa algo y eso no quiere decir que no lo cuidemos. —Mason asentía mientras escuchaba a Tao. Hasta que dijo lo último que esperaba escuchar—: Debés pensar menos y vivir más.

Sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Que caía y caía en un pozo sin fin.

Se paralizó por completo, el corazón le dejó de latir por un instante y luego empezó a galopar desesperado.

—¿Qué? —preguntó, impávido.

Claro que la frase de su hermana no era algo del otro mundo pero, en veintisiete años, nadie se la había dicho jamás. Solo ella, o alguien de su familia haciendo mención a Sam.

—Que tenés que pensar menos y vivir más. No te preocupes por cosas tan pequeñas. Esa

estatuilla estaba entre los pedidos que recibió mi papá. No recordaba haber pedido eso y era una sola, así que me permitió quedármela y yo te la di a vos. Puedo conseguirte otra, aunque no esa porque, bueno... era la única que habíamos recibido.

Mason estaba perplejo. A duras penas respiraba. Porque no era solo la frase de Sam, sino que podía sentirlo del mismo modo que en sus sueños. Tao estaba allí y él, de repente, comprendía la conexión que habían tenido desde el primer momento. Cuanto más cerrado estaba y menos permitía que las personas entraran en su vida, él le abría su alma a Tao. Y nunca lo dudaba. Era la relación más natural y pura que había construido en los últimos años. No disimulaba cuando se sentía mal ni se esforzaba con él. A pesar de la diferencia de edad, se sentía tan cómodo como con Duncan o su hermano. Todo ese tiempo, no se había dado cuenta, pero podía ver a Sam en Tao y a Tao en Sam. Eran lo mismo... un alma en dos cuerpos.

—Mason —le habló Tao, preocupado—. ¿Estás bien?

Se le había nublado la vista, producto de las lágrimas. Lo que parecía absolutamente descabellado, él lo sentía tan real como que se llamaba Mason.

—Sí, estoy bien —afirmó, intentando disimular—. Solo un poco cansado por las remodelaciones en el departamento.

—¿Hoy llega tu hermano? —preguntó Tao, con naturalidad.

—Sí, en un rato tenemos que ir a buscarlo al aeropuerto con Lyn. —El chico lo observó, un poco incómodo, porque aunque Mason se veía relajado e intentaba disimular, por dentro sentía una revolución. Y un poco se notaba.

Se despidió de Tao dejándole los trozos de la estatuilla y subió al departamento lentamente. No entendía si estaba enloqueciendo o si todo lo que había pasado tenía sentido.

—¿Qué pasa? —preguntó Jazlyn cuando Mason regresó al departamento y tomó asiento en la cama, con la mirada perdida—. Estás pálido.

—Creo que esa estatuilla fue la culpable de mis sueños. Representaba una leyenda china. Una mujer que se encarga de que las almas no recuerden sus vidas pasadas. Me lo acaba de decir el papá de Tao.

Jazlyn se puso en cuclillas y apoyó ambas manos en las rodillas de él.

—Pero está rota y eso ya terminó, Mason. —Ladeó la cabeza y lo observó. Sin siquiera planearlo, se había enamorado de él profundamente, conociéndolo poco a poco—. Los sueños terminaron hace tiempo y tampoco fueron tan malos, te ayudaron a ver las cosas desde otra perspectiva y ahora estás mucho mejor.

Mason nunca le había contado cómo habían acabado sus sueños, solo que había tenido que resolver también algo de su vida actual. No tenía ganas de contarle que había estado a punto de quitarse la vida. Era una parte de él que prefería dejarla allí, como un secreto con él mismo.

—Hay otra cosa.

Jazlyn suspiró y se levantó un poquito para besarlo.

—Contame... no puede ser tan grave.

—No es grave en absoluto. Solo que... —Se mordió el labio inferior, pensativo—. Tao acaba de decirme una frase que solo decía mi hermana. —Vio cómo el rostro de Jazlyn se

transformaba, el hecho de ver que no estaba a punto de tomarlo por loco le dio el pie para continuar—. Es una frase que podría decir cualquiera, pero nunca antes me la dijeron y, en ese momento, sentí que era ella. Que Tao siempre fue Sam y no lo había notado. No sé cómo explicarlo, pero fue como en mis sueños. Como cuando la encontré a ella o a vos.

—Tao tiene dieciséis años... —murmuró Jazlyn—. Y Sam falleció hace diecisiete.

—Eso... ¿tiene sentido? —preguntó Mason—. Sé que en mis vidas pasadas también estuvo. Era Yasu y vos era Keitaro. También sentí que Nick era la madre de Josephine o que vos eras Gianna. ¿Por qué siempre son las mismas personas? Sé que ya me lo dijiste pero...

—No son personas, son almas. —Jazlyn sonrió—. Seguro escuchaste el concepto de las almas gemelas. Todo el mundo lo asocia a algo romántico, pero nuestras almas gemelas no siempre son nuestras parejas y tampoco tenemos una sola. —Lyn se detuvo, intentando explicarlo con tranquilidad, porque si bien era algo sobre lo que ella había leído mucho, entendía que los tiempos de él no eran los mismos—. Hay almas que están unidas por lazos. Almas que se encuentran una y otra vez porque así lo deciden. Y viven muchas vidas juntas, con cuerpos diferentes y roles distintos. Sam fue tu hermana y también tu mejor amiga de la cual estabas enamorado. Yo soy tu novia y fui tu vecina una vez.

—Y mi asesina personal.

—Sos muy rencoroso. —Rio ella—. Creo que ya te lo mencioné antes, pero en muchos libros se habla de los acuerdos entre almas. Yo creo que Josephine murió porque esas almas así lo acordaron. Lo necesitaban para evolucionar o aprender. Lo mismo pasó con Sam en esta vida y por algo te asesinó en Japón. A lo mejor yo necesitaba hacerlo o vos necesitabas que yo lo hiciera. —Mason asintió y ella continuó—: Probablemente, Taylor Foster sea otra de tus almas gemelas, por duro que suene, él necesitaba aprender de vos o vos necesitabas aprender de él. Fue un acuerdo entre almas.

—Que él me hiciera la vida imposible...

—Sí. A veces necesitamos que nos pasen cosas malas para aprender. O equivocarnos. Taylor fue desagradable y egoísta con todo el mundo, pero nadie hacía nada... salvo vos. A lo mejor su alma necesitaba de una vida así.

—Entonces, puede ser que Tao y Sam sean la misma alma.

—Sobre todo si fue él quien te dio esa estatuilla. —Jazlyn sonrió—. El amor es tan fuerte, Mason. Es infinito y eterno. Ese chico no lo sabe, pero su alma lo tiene muy claro porque los une una fuerza enorme. La fuerza del amor. Y te ayudó sin saber siquiera lo que estaba haciendo.

—Suenas como un delirio... ¿no?

—Pero tuviste unas cuantas pruebas.

—Demasiadas para alguien que sabe buscarle una explicación en todo.

—Sos un poco insoportable, a veces. —Bromeó.

—Acabás de decirme que somos almas gemelas, Lyn. —La tomó de la cintura y la acomodó en su regazo. Escondió su cabeza en el cuello de ella—. Qué romántica.

Jazlyn lanzó una risita y se quedaron allí por mucho tiempo, perdidos en sus pensamientos, pero unidos del mismo modo en que lo estaban sus almas.

—La encontré, Jazlyn —dijo en un susurro, al cabo de un rato—. Encontré a Sam.

—En realidad, ella siempre estuvo. —Mason se acomodó para verla, ella continuó—: Yo te amo, Mason. Ella también lo hacía. Tu mamá te ama, tu papá y tu hermano también. Y el amor es demasiado fuerte como para que la muerte pueda fragmentarlo. Esos lazos están cargados de amor y así continuarán eternamente. Todas tus vidas serán parte de las mías y también de las de Sam.

—Siempre estamos juntos.

—En todas nuestras vidas.

Esa noche, Mason cenó con Nick, Emily, Bella, Jazlyn y Tao en un departamento que ya no le generaba vergüenza, porque ahora recordaba que había sido su sueño cuando tenía quince años. Y estaba rodeado de las personas que más quería. Cuando Tao intentó servir helado en unas copas y lo volcó sobre la mesa, Nick lanzó una carcajada y le dijo a Mason que era increíble lo bien que le caía el chico, aunque acababa de conocerlo.

Más tarde, cuando todos se iban, se inclinó para saludarlo y en voz baja le murmuró: *“No te voy a preguntar cómo hiciste para dejar de ser ese Mason que vi por última vez en Philly, pero gracias por intentarlo y hacerlo tan bien. Que seas feliz me hace feliz”*.

Varsovia, 2024

Era de noche cuando Mason llegó a Varsovia. Su viaje de trabajo en París había acabado, pero él llevaba tiempo con ganas de visitar la ciudad. Decidió, entonces, que pasaría allí una noche antes de regresar a Nueva York.

Entre las calles Sienna y Złota, Mason encontró un trozo del muro que separó el gueto de Varsovia del resto de la ciudad. Observó ese paredón de ladrillo y pensó en Dodek Zajac. Era extraño, porque siempre lo recordaba como si lo hubiera conocido cuando, en realidad, Dodek había sido él. Su alma había estado presa de ese paredón y él, de un modo u otro, lo había soportado. Dodek era un recordatorio vívido y constante de que su alma era muy valiente.

Recorrió la zona hasta llegar al *Monumento a los Héroes del Gueto*, construido unos años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial para recordar a quienes habían luchado y fallecido en el gueto de Varsovia. Luego, se dejó llevar por un sendero delineado con una franja de hierro sobre el piso, que marca como recordatorio el perímetro del gueto. Supo que esa moldura una vez había sido un muro. Una prisión para muchos que perdieron la vida. Tomó asiento y pasó horas observando la ciudad. Era bellísima y Mason se preguntó cómo habían logrado construir algo tan bonito, sobre tanto dolor. La ciudad se había reinventado pero los recuerdos estaban en todos lados.

Le envió un mensaje a Jazlyn. La extrañaba mucho cuando viajaba. A pesar de que ella se había mudado sola cerca de la casa de su padre, pasaban la mayor parte del tiempo en su departamento. De modo que en sus viajes le costaba mucho despertarse sin tenerla pegada a su cuerpo.

Sonrió cuando encontró un mensaje de Tao que iba acompañado de una foto. Era una *selfie* en la que se veía el colgante que le había regalado. Una placa con sus iniciales. Mason observó la de él, con las iniciales M y D. Había dejado de usar la de Sam, que ahora la tenía en casa como un recuerdo de su hermana. Quería recordarla, pero sin olvidarse de quién era él y de que todavía tenía una oportunidad.

Cuando se hicieron las doce de la noche, en la oscuridad de esa ciudad reconstruida, Mason se puso de pie y observó el tranvía vacío con la estrella de David que, como todos los 27 de enero, recorría la ciudad en recuerdo de los judíos asesinados en Varsovia.

Y pensó en Dodek.

Nunca supo qué había ocurrido, pero si Margaret había tenido cuarenta y siete años en 1992.

Entonces, el chico no había vivido mucho más después de lo que él había recordado en sus sueños. Ese descubrimiento lo había torturado demasiado al principio, pero luego, había encontrado el modo de solventarlo. Era una especie de promesa tatuada en el alma. Ahora, cada día, vivía un poco por Mason Daft y otro poco por Dodek Zajac.

Agradecimientos

(Alerta de *spoilers*. No los leas sin leer el libro primero)

Este libro existe gracias a un sueño.

Lo soñó Juani, mi novio, a principios de 2019.

Esa mañana cuando se despertó me dijo: “Soñé que me pasaba algo que está buenísimo para un libro”. Y bueno... acá estamos. No solo me contó su sueño sino que me dio muchas ideas (muchísimas, en serio), algo que en realidad siempre hace. Por eso, en primer lugar le quiero agradecer a él. Por siempre acompañarme y darme confianza cuando me falta. Gracias, Juanito. Este libro es enterito para vos.

Como siempre, quiero agradecer a mi familia y amigas que se entusiasman con cada libro, cada firma y cada logro: mamá, papá, Gime, Marili, Joaco, Cami, Jero, Nora, Juan Carlos, Emma, Lu, Andy, Majo, Marlene y también a mi queridísima Lau Hache.

Gracias a mi colega Tiffany Calligaris por soportar mis lamentos una vez más. Siempre creo que no voy a llegar a la fecha de entrega y ella se ríe y me dice que es imposible que no llegue. En este libro en particular, tus consejos me sirvieron mucho. Gracias, Tiffy.

Párrafo aparte para Flor, que nunca se olvida que cuando escribí *14/7 El descubrimiento* le dije que lo más importante para mí era que ese libro fuera lo que a mí me gustaba. Gracias, Flor, no solo por escuchar mis audios eternos cuando estoy enojada o frustrada, sino por siempre traerme ese recuerdo y enfocarme en el camino. Gracias por leer este libro antes que nadie y ser la primera en abrazar fuerte a Mason Daft.

Por supuesto, quiero darle las gracias a Planeta. Por este y los once libros anteriores. Por el cariño, el entusiasmo y la paciencia tanto de mis editoras Teo Scoufalos y Majo Ferrari, como de todas las personas increíbles que trabajan en la editorial. Lu y Joel, gracias por esta portada mágica que representa tan bien la historia. Álvaro Garat, que se entusiasmó con *Las siete vidas de Mason Daft* desde que le conté de qué se trataba. Santi Satz y María Estomba de Marketing y Prensa. José y las chicas de redes. Y Adri Fernández. Gracias a todos por creer en los libros y creer en los míos.

Gracias, obviamente, a Pepper y Bacon por ladrar o llorarme al lado en la mejor parte del capítulo. Y a la tortuga que, POR EL AMOR DE DIOS, un día se me escondió atrás de la heladera mientras escribía y tuve que bajar corriendo a rescatarla.

¡Muchachooooos! Gracias a la Scaloneta y a Messi. ¿Pueden creer que somos campeones del mundo? Eso también ocurrió en medio de la escritura de este libro. Y fue la distracción más

fantástica que tuve. ¡VAMOS ARGENTINA!

Como siempre, quiero agradecer a mis abuelos. Ellos fueron, en gran medida, una inspiración en este libro.

En esta historia hay muchos momentos que tienen que ver con ellos. Algunos lindos y otros que, naturalmente, fueron los más tristes de mi vida. Perderlos fue lo peor que me pasó, pero siempre quise construir algo lindo de esa falta. Así que les voy a contar una breve historia.

Cuando falleció mi abuelo yo acababa de cumplir dieciocho años. Ni siquiera estaba en la ciudad cuando ocurrió. Fue accidental y sorpresivo. Horrible. Porque mi abuelo era una persona con la cual yo elegía pasar todas las tardes.

Durante toda la escuela secundaria me apuraba a hacer la tarea y a estudiar para poder caminar una cuadra y pasar la tarde en el negocio que tenía en la esquina de casa. Jugábamos a las cartas, tomábamos helado y hablábamos de un poco de todo: el colegio, los vecinos, su abuela. Hablábamos muchísimo y una de las cosas que siempre me frustró fue haber sido tan chica. No haberlo tenido a los veinticinco o a los treinta. Que hubiese conocido a Juani o haya leído mis libros.

Como fue mi primera pérdida y una persona demasiado especial para mí, recuerdo que esos primeros días no sabía qué hacer. Pensaba que mi vida había cambiado para siempre y que nada bonito iba a volver a ocurrir. Y sí, la vida cambió porque nunca fue igual sin él; pero vinieron cosas lindas. Tuve a mi abuela muchos años más, conocí a Juani y nacieron mis sobrinos. Además, de conocerlos a todos ustedes, escribir mis libros y hacer en redes sociales lo que soñaba desde chiquita.

Pero bueno. Esos primeros meses fueron difíciles porque no podía aceptarlo. No quería hacerlo y creo que me lo guardé todo y no se lo dije a nadie. No sé construirlo en tiempo. No sé si fue un año, seis meses o una década. Pero lo recuerdo muy feo. Con pensamientos horribles y un desgano infinito.

Hasta que un día mi mamá vino con un libro de Brian Weiss sobre vidas pasadas en sus manos, me contó de qué se trataba y me incentivó a que lo leyera.

Ese libro a mí me dio esperanzas. Me hizo pensar en que tenía que disfrutar mi vida porque algún día, en otra vida, mi abuelo y yo nos podíamos volver a encontrar. Podíamos ser distintos en apariencia, pero los mismos en cuanto a todo lo demás. Y, aunque sé que son solo teorías, al menos significó un empujón para volver al ritmo que había perdido.

Por eso valoro los libros. Porque a veces llegan en el momento justo y son capaces de cambiar todo a tu alrededor. Ojalá este libro empuje al menos a una persona a disfrutar de su vida. Ojalá un lector se sienta esperanzado. Deseo que puedan guardarlo en su corazón y recurrir a él cuando se sientan tristes o desorientados.

A mis abuelos, entonces. Gracias porque todavía me siguen inspirando.

En este libro, además, les dejé unos retazos pequeños de mi historia. Mi bisabuelo Carmelo (abuelo de mi papá) que vino a construir su familia a la Argentina desde Sicilia. Y Buna, mi bisabuela (abuela de mi mamá) que también vino desde Sicilia un poco angustiada, porque en realidad estaba enamorada de un soldado que pasaba por la puerta de su casa en un caballo

blanco. Decidí unirlos y mezclar las historias porque, aunque nunca se hubiesen conocido, representan dos partes de mí y sus historias viven en mi corazón aunque no los haya conocido tampoco.

Y porque no estaría en este lugar, ni en este momento si ellos no hubiesen tomado esa decisión.

Para terminar, como siempre, gracias a ustedes. Seguidores de hace tantísimos años en mis redes y lectores que crecen conmigo libro a libro. Gracias por confiar en mis historias y por recibirlas con tanto amor. Por defenderlas y cuidarlas y, principalmente, por regalarme momentos tan lindos desde hace tanto tiempo.

Mis almas gemelas. Eso son. Los amo eternamente.

Pame

PD: Ya tenemos la tercera.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

LA HISTORIA CONTIENE SITUACIONES DE VIOLENCIA FÍSICA, SUICIDIO Y MUERTE.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

